

El Dios del Placer (Larry)

by RosalindaRivera0

Harry Styles, un Dios griego maldecido para toda la eternidad para servir como esclavo sexual a los mortales. Pero todo cambiara cuando es invocado por Louis Tomlinson, un sexologo que acaba de estar en una relacion dolorosa. ¿podra Louis romper la maldicion? ¿Podra resistirse a los encantos de Harry?

=====

El Dios del Placer (Larry)

Nombre: El Dios del Placer

Autor: onedirectionfanboy

Adaptación: si, se adapto el primer libro de "los cazadores oscuros"

Género: Romance, drama, comedia, etc.

Advertencias: lenguaje fuerte, parejas homosexuales y sexo explicito

Nota: esta historia no es mia solo la copie de activoforo con permiso de la autora

Otras páginas: <http://onlywn.activoforo.com/t32775-el-dios-del-placer-larry-stylinson-hot>

\*\*\*\*\*

Prólogo

Una antigua leyenda griega.

Poseedor de una fuerza suprema y de un valor sin parangón, fue bendecido

por los dioses, amado por los mortales y deseado por todas las mujeres que

posaban los ojos en él. No conocía la ley, y no acataba ninguna.

Su habilidad en la batalla, y su intelecto superior rivalizaban con los de

Aquiles, Ulises y Heracles. De él se escribió que ni siquiera el poderoso Ares en

persona podía derrotarle en la lucha cuerpo a cuerpo.

Y, por si el don del poderoso dios de la guerra no hubiera sido suficiente,

también se decía que la misma diosa Afrodita le besó la mejilla al nacer, y se

aseguró de que su nombre fuese siempre guardado en la memoria de los hombres.

Bendecido por el divino toque de Afrodita, se convirtió en un hombre al que

ninguna mujer podía negarle el uso de su cuerpo. Porque, llegados al sublime Arte del Amor... no tenía igual. Su resistencia iba más allá de la de cualquier mero

mortal. Sus ardientes y salvajes deseos no podían ser domados.

Ni negados.

De cabello castaño y piel blanca, y con los ojos de un guerrero, de él se comentaba que su sola presencia era suficiente para satisfacer a las mujeres, y que con un solo roce de su mano les proporcionaba un indecible placer.

Nadie podía resistirse a su encanto.

Y proclive como era a provocar celos de otros, consiguió que le maldijeran.

Una maldición que jamás podría romperse.

Como la del pobre Tántalo, su condena fue eterna: nunca encontraría la

satisfacción por más que la buscase; anhelaría las caricias de aquella persona que le invocara, pero tendría que proporcionarle un placer exquisito y supremo.

De luna a luna, yacería junto a una persona y le haría el amor, hasta que fuese

obligado a abandonar el mundo.

Pero se ha de ser precavido, porque una vez se conocen sus caricias, quedan

impresas en la memoria. Ninguna otra persona será capaz de dejar a ese alguien

plenamente satisfecho. Porque ningún humano mortal puede ser comparado a un

hombre de tal apostura. De tal pasión. De una sensualidad tan atrevida.

Guárdate del Maldito.

Harry Styles

Sostenlo sobre el pecho y pronuncia su nombre tres veces a medianoche,

bajo la luz de la luna llena. Él vendrá a ti y hasta la siguiente luna, su cuerpo estará a tu disposición.

Su único objetivo será complacerte, servirte.

Saborearte.

Entre sus brazos aprenderás el significado de la palabra «paraíso».

=====

Capitulo 1

Capítulo 1

- Lou, necesitas que alguien te de un buen sexo.

Louis Tomlinson se estremeció al escuchar el grito de Niall en mitad del pequeño Café de Londres, donde se encontraban apurando los restos del almuerzo, consistente en judías rojas con arroz.

Desafortunadamente para él, la voz de su amigo poseía un encantador timbre agudo que podía hacerse oír incluso en mitad de un huracán.

Y que en esta ocasión, fue seguido de un repentino silencio en el atestado local.

Al echar un vistazo a las mesas cercanas, Louis percibió que las personas dejaban de hablar, y se giraban para observarlos con mucho más interés del que a él le gustaría.

¡Jesús! ¿Aprenderá alguna vez Niall a hablar en voz baja? O peor aún, qué será lo próximo que haga, quitarse la ropa y bailar desnudo sobre las mesas?

Otra vez.

Por enésima vez desde que se conocieron, Louis deseaba que Niall pudiese sentirse avergonzado. Pero su vistoso, y a menudo extravagante, amigo no conocía el significado de dicha palabra.

Se tapó la cara con las manos e hizo lo que pudo por ignorar a los curiosos mirones. Un deseo irrefrenable de deslizarse bajo la mesa, acompañado de una urgencia aún mayor de darle una buena patada a Niall, lo consumían.

- ¿Por qué no hablas un poquito más alto, Niall? -murmuró-. Supongo que las personas de Canadá no habrán podido escucharte.

- Oh, no lo sé -dijo un apuesto camarero moreno al detenerse junto a su mesa-. Seguramente se dirigen hacia aquí mientras hablamos.

Un calor abrasador tomó por asalto las mejillas de Louis ante la diabólica sonrisa que le dedicó el camarero, obviamente en edad de acudir a la universidad.

- ¿Puedo ofrecerles algo más? -preguntó, y después miró directamente a Louis-. O para ser más exactos, ¿hay algo que pueda hacer por usted?

"¿Qué tal una bolsa con la que taparme la cabeza y un garrote para golpear a Niall?"

- Creo que ya hemos acabado -contestó Louis con las mejillas ardiendo. Definitivamente, mataría a Niall por esto-. Sólo necesitamos la cuenta.

- Muy bien, entonces -dijo sacando la nota, y escribiendo algo en la parte superior del papel. La colocó justo delante de Louis-. Puede hacerme una llamadita si necesita cualquier cosa.

Una vez el camarero se marchó, Louis se dio cuenta de que había anotado su nombre y su teléfono en la parte superior del papel.

Niall le echó un vistazo y soltó una carcajada.

- Espera y verás -le dijo Louis, reprimiendo una sonrisa mientras calculaba el importe de la mitad de la cuenta con su Palm Pilot-. Me las pagarás.

Niall ignoró la amenaza y se dedicó a buscar el dinero en su bolsillo.

- Sí, sí. Eso lo dices ahora. Si yo estuviese en tu lugar, marcaría ese número. Esta muy guapo el chico.

- muy Joven -corrigió Louis-. Y creo que voy a pasar. Lo último que necesito es que me encierren por corrupción de menores.

Niall paseó la mirada por el preciso lugar donde el camarero esperaba, con una cadera apoyada en la barra.

- Sí, pero don Soy Igualito a Brad Pitt, que está ahí enfrente, bien lo merece.

Me pregunto si tendrá algún hermano mayor...

- Y yo me pregunto cuánto estaría dispuesto a pagar Zayn por saber que su marido se ha pasado todo el almuerzo comiéndose con los ojos a un chico.

Niall resopló mientras dejaba el dinero sobre la mesa.

- No me lo estoy comiendo. Lo estoy evaluando para ti. Después de todo, era de tu vida sexual de lo que hablábamos.

- Bueno, mi vida sexual es sensacional y no le interesa a la gente que nos rodea. -Y tras soltar el dinero en la mesa, cogió el último trozo de queso y se encaminó hacia la puerta.

- No te enfades -le dijo Niall mientras salía tras él a la calle, atestada de turistas y de los clientes habituales de los establecimientos de la plaza comercial.

Las notas de jazz de un solitario saxofón se escuchaban por encima de la cacofonía de voces, caballos y motores de automóviles; una oleada de calor típico de Londres en pleno agosto, los recibió al salir a la calle.

Intentado no hacer caso del aire, tan espeso que dificultaba la respiración, Louis se abrió camino entre la multitud y los tenderetes ambulantes, dispuestos a lo largo de la valla de hierro que rodeaba la plaza

- Sabes que es cierto -le dijo Niall una vez lo alcanzó-. Quiero decir, ¡Dios mío, Louis!, ¿hace cuánto? ¿Dos años?

- Cuatro -contestó el con aire ausente-. ¿Pero a quién le interesa llevar la cuenta?

- ¿Cuatro años sin tener relaciones sexuales? -repitió Niall incrédulo

Varios mirones se detuvieron, curiosos, para observar alternativamente a Niall y a Louis. Ajeno - como era habitual en él- a la atención que despertaban, Niall continuó sin detenerse.

- No me digas que tú has olvidado que estamos en plena Era de la Electrónica. O sea, vamos a

ver, ¿alguno de tus pacientes sabe que llevas tanto tiempo sin tener relaciones?

Louis acabó de tragarse el trozo de queso y le dedicó a su amigo una desagradable y furiosa mirada. ¿Es que la intención de Niall era la de gritar a todo pulmón, en plena plaza comercial, sus asuntos personales a todo humano y caballo que pasara por la zona?

-Baja la voz -le dijo, y añadió con sequedad-, no creo que sea de la incumbencia de mis pacientes si soy o no la reencarnación de la Virgen. Y con respecto a la Era de la Electrónica, no quiero tener una relación con algo que viene acompañado de una etiqueta con advertencias y unas pilas.

Niall soltó un bufido.

- Sí, vale, oyéndote hablar se diría que la mayoría de los hombres deberían venir acompañados de una etiqueta con esta advertencia: -alzó las manos para enmarcar la siguiente afirmación- Atención, por favor, Alerta Psíquica. Yo, machoman, soy propenso a sufrir horribles cambios de humor, y a poner caras largas, y poseo la habilidad de decir la verdad a cualquiera sobre su peso, sin previo aviso.

Louis soltó una carcajada. Había soltado, en innumerables ocasiones, ese discursito sobre las etiquetas que deberían llevar los hombres.

- Ah, ya lo entiendo, Doctor Amor -dijo Niall imitando la voz de la doctora Ruth-. Usted se limita a sentarse y escuchar cómo sus pacientes le largan todos los detalles íntimos de sus encuentros sexuales, mientras usted vive como un miembro vitalicio del "Club de los Bóxers de Teflón". - bajando la voz, Niall añadió:- No puedo creer que después de todo lo que has escuchado en tus sesiones, nada haya conseguido revolucionar tus hormonas.

Louis le lanzó una mirada divertida.

- Bueno, a ver, soy un sexólogo. No me beneficiaría mucho que mis pacientes se dedicaran a hacerme experimentar la petit mort mientras echan fuera todos sus problemas. En serio, Nialler, perdería el título.



- Pues no entiendo cómo puedes aconsejarles, cuando ni siquiera te acercas a un hombre.

Haciendo una mueca, Louis comenzó a caminar hacia el lado opuesto de la plaza, justo frente a la Oficina de Información Turística, donde Niall había instalado su puestecillo para echar las cartas y leer las líneas de las manos.

Cuando llegó al tenderete -una mesa cubierta con una faldilla de color morado intenso-, suspiró.

- Sabes que no me importaría quedar con un hombre. Pero la mayoría resulta ser una pérdida de tiempo tan evidente que prefiero sentarme en el sofá y ver las repeticiones de Hee Haw2.

Niall le dedicó una expresión irritada.

- ¿Qué tenía de malo Gerry?

- Mal aliento.

- ¿Y Jamie?

- Le encantaba hurgarse en la nariz. Especialmente durante la cena.

- ¿Tony?

Louis miró a Niall y éste alzó las manos.

- Vale, quizás tuviera un pequeño problema con lo de las apuestas. Pero es que todos necesitamos distraernos con algo.

Louis lo miró furioso.

- Eh, Niall, ¿ya has regresado de almorzar? -le preguntó Sunshine desde el puestecillo situado justo al lado del suyo, en el que vendía objetos de loza y dibujos, hechos por ella.

Unos años más joven que ellos, Sunshine tenía una larga melena negra y siempre llevaba ropas que a Louis le hacían pensar que estaba delante de un hada.

Su vestimenta de hoy consistía en una liviana falda blanca, que hubiese resultado obscena de no ser por los leotardos rosados que llevaba debajo, y una preciosa

camisa de estilo medieval.

- Sí, ya he vuelto -le contestó Niall mientras se arrodillaba para abrir la tapa del carrito de la compra que todas las mañanas aseguraba a la verja de hierro con una de esas cadenas que se usan para las bicicletas-. ¿Algo interesante durante mi ausencia?

- Un par de chicos cogieron una de tus tarjetas, y dijeron que regresarían después de comer.

- Gracias -dijo Niall guardando el monedero en el carro, sacó la caja de puros azul donde guardaba el dinero y las cartas de tarot -siempre envueltas en un pañuelo de seda negra-, y un delgado, pero gigantesco, libro con tapas de cuero marrón que Louis no había visto nunca.

Niall se colocó su enorme sombrero de paja, se dio la vuelta y se puso en pie.

- ¿Tus artículos tienen los precios marcados? -preguntó a Sunshine.

- Sí -le contestó ésta mientras cogía su monedero-. Sigo diciendo que trae mala suerte; pero al menos, si alguien quiere saber lo que valen cuando no estoy, puede averiguarlo.

Una motocicleta de aspecto desastroso frenó a cierta distancia.

- ¡Eh, Sunshine! -gritó el conductor-. Mueve el culo. Tengo hambre.

La chica le saludó sin hacer caso a la orden.

- No me agobies o comerás tú sólo -le contestó mientras caminaba sin prisas hacia él, y se subía a la parte trasera de la moto.

Louis movió la cabeza mientras les observaba. Sunshine necesitaba que alguien le aconsejara sobre sus citas, mucho más que el. Les siguió con la mirada mientras pasaban delante del Café du Monde.

- ¡Oh! Un beignet sería un estupendo postre.

- La comida no puede sustituir al sexo -le dijo Niall mientras colocaba las cartas y el libro sobre la mesa-. ¿No es eso lo que siempre dices...?

- De acuerdo, el punto es tuyo. Pero, Niall, en serio, ¿a qué viene este repentino interés en mi vida sexual? Mejor dicho, en mi falta de ella.

Niall cogió el libro.

- A que tengo una idea.

El escalofrío que sintió ante las palabras de Niall le llegó hasta los huesos, y eso que el calor era agobiante. Y el no se asustaba fácilmente. Bueno, a no ser que su amigo estuviera involucrado con una de sus ideas típicas de "mamá gallina".

- ¿No será otra sesión de espiritismo?

- No, esto es mejor.

En su interior, Louis se encogió y comenzó a preguntarse qué sería de su vida en esos momentos si hubiese tenido un compañero de habitación normal el primer año en Tulane, en lugar de Niall Quiero Ser Un Gitano Travieso. De algo estaba seguro: no estaría discutiendo de su vida sexual en medio de una calle llena de gente.

En ese momento, Louis se fijó en lo diferentes que eran. El soportaba el húmedo calor con una ligera camisa sin mangas y unos pantalones sueltos, y llevaba el pelo rubio peinado hacia arriba.

La gente siempre se había entrometido en sus diferencias físicas, pero él sabía que Niall escondía una mente astuta y una gran inseguridad bajo su «exótico» atuendo. Por dentro, se parecían mucho más de lo que cualquiera podía imaginar.

Excepto en la extraña creencia que Niall había desarrollado por el ocultismo.

Y en su insaciable apetito sexual.

Acercándose a él, Niall dejó el libro en las manos -poco dispuestas a tomarlo- de Louis y comenzó a pasar hojas. Se las arregló para no dejarlo caer. Y para no poner los ojos en blanco por la exasperación que lo invadía.

- Encontré esto el otro día, en esa vieja librería que hay junto al Museo de Cera. Estaba cubierto por una montaña de polvo; intentaba encontrar un libro sobre psicometría cuando de repente vi éste, ¡Voilà! -dijo señalando triunfalmente a la página.

Louis miró el dibujo y se quedó con la boca abierta.

Jamás había visto algo parecido.

El hombre del dibujo era fascinante, y la pintura estaba realizada con asombroso detalle. Si no fuese por las marcas dejadas en la página al haber sido impresa, se diría que se trataba de una fotografía actual de alguna antigua estatua griega.

No, se corrigió a si mismo: de un dios griego. Estaba claro que ningún mortal podía jamás tener esa pinta tan fantástica.

Gloriosamente desnudo, el tipo exudaba poder, autoridad y una aplastante y salvaje sexualidad. Aunque su pose pareciera ser casual, daba la sensación de estar contemplando un depredador listo para ponerse en acción en cualquier momento.

Las venas se le marcaban en aquel cuerpo perfecto que prometía poseer una fuerza inigualable, diseñada específicamente para proporcionar placer a cualquiera.

Con la boca seca, Louis observó los músculos, que tenían las proporciones adecuadas para su altura y su peso. Contempló la profunda hendidura que separaba los duros pectorales y bajó hasta el estómago -esculpido con forma de tableta de chocolate-, que suplicaba ser acariciado.

Y entonces llegó al ombligo.

Y después a...

Bueno, no se les había ocurrido tapar aquello con una hoja. ¿Y por qué deberían haberlo hecho? ¿Quién, en su sano juicio, iba a querer ocultar unos atributos masculinos tan estupendos? Y siguiendo con aquella línea de pensamiento, ¿quién necesitaría un artilugio con pilas teniendo aquello en su casa?

Se humedeció los labios y volvió a la cara.

Mientras contemplaba los afilados y apuestos contornos del rostro, y los labios -con una diabólica sonrisa apenas esbozada-, le asaltó la imagen de una ligera brisa agitando esos castaños mechones, aclarados por el sol, que se ensortijaban alrededor del cuello, especialmente diseñado para cubrirlo de húmedos besos. Y de aquellos penetrantes ojos de color verde, mientras alzaba una lanza sobre la cabeza, y gritaba.

El sofocante aire que le rodeaba se estremeció ligeramente de forma repentina, y le acarició las

partes de su cuerpo expuestas a la brisa.

Casi podía escuchar el profundo timbre de la voz del tipo, y sentir cómo aquellos musculosos brazos lo envolvían y lo atraían hacia un pecho duro como una roca, mientras su cálido aliento le rozaba la oreja. Percibía unas manos fuertes y expertas que vagaban por su cuerpo, y le proporcionaban un deleite exquisito, mientras buscaban sus más recónditos lugares.

Un escalofrío le recorrió la espalda y el cuerpo comenzó a palparle en zonas donde nunca había pensado que aquello pudiese ocurrir. Sentía un dolor fiero y exigente que jamás había experimentado.

Parpadeó y volvió a mirar a Niall, para ver si también él se había visto afectado del mismo modo. Pero si así era, no daba señales de ello.

Debía estar alucinando. ¡Exacto! Las especias de las judías le habían llegado al cerebro y lo habían convertido en papilla.

- ¿Qué opinas de él? -le preguntó Niall, mirándolo por fin a los ojos.

Louis se encogió de hombros, en un esfuerzo por olvidar la hoguera que abrasaba su cuerpo. Pero sus ojos volvieron a demorarse en las perfectas formas del hombre.

- Se parece a un paciente que tuvo cita ayer.

Bueno, no era exactamente cierto... el chico que había estado en su consulta era medianamente atractivo, pero nada que ver con el hombre del dibujo.

¡Jamás había visto algo así en toda su vida!

- ¿De verdad? -los ojos de Niall adquirieron un matiz oscuro que pronosticaba el comienzo de su sermón sobre las oportunidades de conseguir una cita y la intervención del destino.

- Sí -dijo cortando a Niall antes de que pudiese comenzar a hablar-. Me dijo que era una lesbiana atrapada en el cuerpo de un hombre.

Niall abrió la boca, mudo de asombro. Cogió el libro, quitándoselo a Louis de las manos, y lo cerró con fuerza mientras lo miraba furioso.

- Siempre conoces a las personas más extrañas.

Louis alzó una ceja.

- Ni se te ocurra decirlo - dijo Niall mientras ocupaba su sitio habitual tras la mesa. Colocó el libro a su lado-. Te lo advierto; esto -dijo, dando dos golpecitos al libro- es lo que estás buscando.

Louis miró fijamente a su amigo mientras pensaba en lo absolutamente convincente que parecía Niall -autoproclamado Señor de la Luna-, sentado tras sus cartas de tarot, con aquella mesa morada, y el misterioso libro bajo las manos. En ese momento, casi podía creer que Niall era en realidad un

esotérico gitano.

Si creyera en esas cosas.

- Vale -dijo Louis dándose por vencido-. Deja de hablar con rodeos y dime qué tienen que ver ese libro y ese dibujo con mi vida sexual.

El rostro de Niall adoptó una expresión bastante seria.

- El tipo que te he enseñado... Harry... es un esclavo sexual griego que está obligado a cumplir los deseos de aquéllas personas que le invoquen, y a adorarla.

Louis se rió con ganas. Sabía que estaba siendo muy maleducado, pero no pudo evitarlo. ¿Cómo demonios iba a creer Niall, un licenciado en historia antigua y en física, premiado con la beca Rhodes, y con un doctorado en filosofía, en algo tan ridículo, aun con todas sus excentricidades?

- No te rías. Lo digo en serio.

- Ya lo sé, eso es lo que me hace gracia -se aclaró la garganta y se serenó-. Vale, ¿qué tengo que hacer?, ¿quitarme la ropa y bailar desnudo en la calle a medianoche? -un leve intento de sonrisa curvó sus labios, sin importarle que los ojos de Niall se oscurecieran a modo de aviso-. Tienes razón, me encargaré de conseguir una buena sesión de sexo, pero no creo que sea con un espléndido esclavo sexual griego.

El libro se cayó de la mesa.

Niall dio un grito, se levantó de un salto y tiró la silla.

Louis jadeó.

- Lo empujaste con el codo, ¿verdad?

Niall negó con la cabeza muy despacio; tenía los ojos abiertos como platos.

- Confiésalo, Niall.

- No fui yo -dijo con una expresión mortalmente seria-. Creo que lo ofendiste.

Moviendo la cabeza ante aquella necedad, Louis sacó sus gafas de sol y las llaves. Bien, estupendo, esto se parecía a la época de la facultad, cuando Niall le habló de usar una Ouija, y lo amañó todo para que le dijese que se iba a casar con un dios griego cuando cumpliera los veintitrés años.



Hasta el día de hoy, Niall se negaba a admitir que había sido él el que dirigiera el puntero. Y, en este preciso momento, hacía demasiado calor bajo el implacable sol de agosto como para discutir.

- Mira, necesito regresar al despacho. Tengo una cita a las dos en punto y no quiero coger un atasco -le dijo-. ¿Vendrás entonces esta noche?

- No me lo perdería por nada del mundo. Llevaré el vino.

- Bien, te veo a las ocho. -E hizo una larga pausa para añadir:- Dile a Zayn que hola y que gracias por dejarte visitarme por mi cumpleaños.

Niall lo observó alejarse y sonrió.

- Espera a ver tu regalo -susurró, y recogió el libro del suelo. Pasó la mano por la suave tapa de cuero repujado, y quitó unas motas de polvo.

Volvió a abrirlo y observó de nuevo el maravilloso dibujo; aquellos ojos habían sido dibujados con tinta negra, y aun así, daban la impresión de ser de un profundo verde esmeralda.

Por una sola vez su hechizo iba a funcionar. Estaba seguro.

- Te gustará Louis, Harry -murmuró dirigiéndose al hombre mientras recorría con los dedos su cuerpo perfecto-. Pero debo advertirte algo: acabaría con la paciencia de un santo. Y traspasar sus defensas va a resultar más duro que abrir una brecha en la muralla de Troya. No obstante, si alguien puede ayudarlo, ése eres tú.

Sintió que el libro desprendía una súbita oleada de calor bajo su mano, y supo instintivamente que era la forma que Harry elegía para darle la razón.

Louis pensaba que estaba loco a causa de sus creencias, pero siendo el séptimo hijo de una séptima hija, y con la sangre gitana que corría por sus venas, Niall sabía que había ciertas cosas

en la vida que desafiaban cualquier explicación. Ciertas corrientes de energía misteriosa que pasaban desapercibidas, esperando que alguien las canalizara.

Y esa noche habría luna llena.

Devolvió el libro a la seguridad del carrito de la compra y lo cerró con llave.

Estaba seguro que había sido cosa del destino que el libro llegara hasta él. Había sentido su llamada tan pronto como se acercó a la estantería donde yacía.

Puesto que llevaba dos años felizmente casado, supo que no estaba destinado a él. Lo usaba para llegar donde lo necesitaban.

Hasta Louis.

Su sonrisa se ensanchó. Cómo sería tener a este increíblemente apuesto esclavo sexual griego a tu disposición y disponer de él durante todo un mes...

Sí. Éste era, definitivamente, un regalo de cumpleaños que Louis recordaría durante el resto de su vida.

=====

Capitulo 2

Capítulo 2

Unas horas más tarde, Louis suspiró al abrir la puerta de su dúplex y poner el pie en el suelo encerado del vestíbulo. Dejó el montón de cartas que llevaba en la mano sobre la antigua mesa de alas abatibles, que decoraba el rincón adyacente a la escalera, y cerró la puerta tras él, echando el pestillo. Las llaves fueron a parar al lado de la correspondencia.

Mientras se quitaba a tirones los zapatos, el silencio le golpeó los oídos y se le formó un nudo en la garganta. Todas las noches la misma rutina tranquila: entrar a un hogar vacío, clasificar el correo, leer un libro, llamar a Niall, comprobar el contestador e irse a la cama.

Niall tenía razón, la vida de Louis era una aburrida y escueta investigación sobre la monotonía.

A los veintidós años, Louis estaba muy cansado de su vida.

¡Demonios!, incluso Jamie -el incansable buscador de tesoros nasales- comenzaba a parecer atractivo.

Bueno, quizás Jamie no. Y menos su nariz, pero seguro que había alguien ahí afuera, en algún lugar, que no era un cretino.

¿O no?

Mientras subía las escaleras, decidió que vivir de forma independiente no era tan espantoso. Al menos, tenía mucho tiempo para dedicar a sus entretenimientos favoritos.

O también podría buscar nuevos pasatiempos, pensaba mientras caminaba por el pasillo que llevaba a su dormitorio. Algún día, encontraría un entretenimiento divertido.

Cruzó la habitación y dejó caer los zapatos junto a la cama. No tardó nada en cambiarse de ropa.

Acababa de peinarse cuando sonó el timbre.

Bajó de nuevo las escaleras para dejar pasar a Niall.

Tan pronto como abrió la puerta, su amigo le soltó enojado:

- No irás a ponerte eso esta noche, ¿verdad?

Louis echó un vistazo a los vaqueros llenos de agujeros y después se fijó en su enorme camiseta de manga corta.

- ¿Desde cuándo te preocupa mi aspecto? -Y entonces lo vio; en la enorme cesta de mimbre que Niall utilizaba para llevar las compras-. ¡Uf! No.

Ese libro otra vez, no.

Con una expresión ligeramente irritada, Niall le contestó:

- ¿Sabes cuál es tu problema, Louis?

Louis miró al techo, rogando a los cielos un poco de ayuda.

Desafortunadamente, no lo escucharon.

- ¿Cuál? ¿Que no me trastorna la luz de la luna y que no arrojó mi gordo y pecoso cuerpo sobre cualquier hombre que conozco?

- Que no tienes ni idea de lo encantador que eres en realidad.

Mientras Louis se quedaba allí plantado, mudo de asombro ante el poco frecuente comentario, Niall llevó el libro a la salita de estar y lo colocó sobre la mesita de café. Sacó el vino de la cesta y se dirigió a la cocina.

Louis no se molestó en seguirlo. Había encargado una pizza antes de salir del trabajo, y sabía que Niall estaría buscando unas copas.

Empujado por un resorte invisible, Louis se acercó a la mesita donde estaba el libro.

Esponáneamente, extendió la mano y tocó la suave cubierta de cuero. Podría jurar que había sentido una caricia en la mejilla.

Qué ridiculez.

No crees en esta basura.

Louis pasó la mano por el cuero y notó que no había título, ni ninguna otra inscripción. Abrió la tapa.

Era el libro más extraño que había visto en su vida. Las páginas parecían haber formado parte, originariamente, de un rollo de pergamino, que más tarde había sido transformado en un libro

El amarillento papel se arrugó bajos sus dedos al pasar la primera página; en ella había un elaborado símbolo hecho a mano, formado por la intersección de tres triángulos y la atrayente imagen de tres mujeres unidas por varias espadas.

Louis frunció el ceño esforzándose por recordar si aquello podía ser una especie de antiguo símbolo griego.

Aún más intrigado que antes, pasó unas cuantas páginas y descubrió que estaba completamente en blanco, excepto aquellas tres hojas...

Qué extraño...

Debía de haber sido algún tipo de cuaderno de bocetos de un pintor, o de un escultor, decidió. Eso sería lo único que explicase que las páginas estuviesen en blanco. Algo tuvo que suceder antes de que el artista tuviera oportunidad de añadir algo más al libro. Pero eso no acababa de

explicar por qué las páginas parecían mucho más antiguas que la encuadernación...

Retrocedió hasta llegar al dibujo del hombre, y observó con atención la inscripción que había sobre él, pero no pudo sacar nada en claro. Al contrario que Niall, él evitó las clases de lenguas antiguas en la facultad como si fueran veneno; y si no hubiese sido por su amigo, jamás habría superado aquella parte fundamental en su currículum.

- Definitivamente, creo que es griego -dijo sin aliento cuando volvió a mirar al hombre.

Era sorprendente. Absolutamente perfecto e incitante.

Increíblemente fascinante.

Cautivado por completo, se preguntó cuánto tiempo se tardaría en hacer un dibujo tan perfecto. Alguien debía haber pasado años dedicado a la tarea; porque aquel tipo parecía estar preparado para saltar del libro y meterse en su casa.

Niall se detuvo en la entrada y observó cómo Louis miraba fijamente a Harry. Nunca lo había visto tan extasiado desde que lo conoció.

Bien.

Quizás Harry pudiese ayudarlo.

Cuatro años eran demasiado tiempo.

Pero Paul había sido un cerdo narcisista y desconsiderado. Se había comportado de un modo tan cruel con Louis y con sus sentimientos, que incluso lo había hecho llorar la noche que perdió la virginidad.

Y ninguna persona merecía llorar. No cuando estaba con alguien que había prometido cuidar de

el.

Harry sería definitivamente bueno para Louis. Un mes con él y olvidaría todo lo referente a Paul. Y, una vez que descubriera lo bien que sabía el sexo compartido y real, se liberaría de la crueldad de Paul para siempre.

Pero, primero, tenía que conseguir que su testarudo amiguito fuese un poco más obediente.

- ¿Has encargado la pizza? -le preguntó mientras le ofrecía una copa de vino.

Louis la cogió con un gesto distraído. Por alguna razón, no podía apartar los ojos del dibujo.

- ¿Louis?

Parpadeó y se obligó a mirar hacia arriba.

- ¿Hum?

- Te pillé mirando -bromeó Niall.

Louis se aclaró la garganta.

- ¡Oh, por favor!, no es más que un pequeño dibujo en blanco y negro.

- Lou, en ese dibujo no hay nada pequeño.

- Niall, eres malo.

- Completamente cierto. ¿Más vino?

Y como si hubiesen estado esperando el momento preciso, sonó el timbre.

- Yo voy -dijo Niall, colocando el vino en la mesita del teléfono para dirigirse al recibidor.

Unos minutos después, volvió a la salita. Hasta Louis llegó el maravilloso aroma de la enorme pizza de peperoni y sus pensamientos dejaron a un lado el libro. Y al hombre cuya imagen parecía haberse grabado en su subconsciente.

Pero no resultó fácil.

De hecho, cada minuto que pasaba parecía más difícil.

¿Qué demonios le pasaba? Era él Rey de Hielo. Ni siquiera Brad Pitt o

Jensen Ackles despertaban sus deseos. Y a ellos los veía en color.

¿Qué había de extraño en aquel dibujo?

¿En él?

Mordisqueó la pizza y se cambió de asiento. Se acomodó en un sillón en la otra punta de la sala, a modo desafío personal. Sí. Demostraría a Niall y al libro que él dominaba la situación.

Después de cuatro porciones de pizza, dos pastelitos de chocolate, seis copas de vino y una película, se reían a más no poder tumbados en el suelo sobre los cojines del sofá mientras veían Dieciséis velas.

- «Dices que es tu cumpleaños» -comenzó Niall a cantar, y acto seguido



golpeó el suelo como si de unos bongos se tratara- «También es el mío».

Louis le golpeó la cabeza con un cojín y le dio la risa tonta al comprobar los efectos del vino.

- ¿Louis? -dijo Niall burlón-. ¿Estás achispado?

Louis volvió a reírse.

- Más bien, agradablemente contento. Maravillosamente contento.

Niall se rió de él

- Entonces, ¿estás dispuesto a hacer un pequeño experimento?

- ¡No! -gritó Louis con énfasis-. No quiero utilizar la Ouija, ni hacer lo del péndulo y te juro que si veo una sola carta del Tarot o una runa, te vomitaré encima los pastelitos.

Mordiéndose el labio, Niall cogió el libro y lo abrió.

Las doce menos cinco.

Sostuvo el dibujo para que Louis lo observara y señaló aquel increíble cuerpo.

- ¿Qué opinas de él?

Louis lo miró y sonrió.

- Está para relamerse, ¿verdad?

Bueno, definitivamente la cosa iba progresando. No conseguía recordar la última vez que Louis le había dedicado un cumplido a un hombre. Movi6 juguetonamente el libro frente al rostro de su amigo.

- Venga, Louis. Admítelo. Deseas a este bombón.

- Si te digo que no le dejaría salir de mi cama ni a cambio de unas galletas saladas, ¿me dejarías en paz?

- Puede. ¿A qué más renunciarías por mantenerlo en tu cama?

Louis puso los ojos en blanco y apoyó la cabeza sobre un cojín.

- ¿A comer sesos de mono a la plancha?

- Ahora soy yo él que va a vomitar.

- No estás prestando atención a la película.

- Lo haré si pronuncias este hechizo tan cortito.

Louis alzó las manos y suspiró. Sabía que no merecía la pena discutir con Niall... tenía aquella expresión. No se detendría hasta salirse con la suya, ni aunque cayese un meteorito sobre ellos en ese mismo momento.

Además, ¿qué había de malo? Ya hacía mucho tiempo que sabía que ninguno de los estúpidos rituales y encantamientos de Niall funcionaban.

- Vale, si así te sientes mejor, lo haré.

- ¡Sí! -gritó Niall y lo agarró de un brazo para ponerlo en pie-. Necesitamos salir al porche.

- Muy bien, pero no voy a cortarle el cuello a un pollo, ni voy a beber nada asqueroso.

Con la sensación de ser un niño a la que habían dejado dormir en casa de una amigo, y que acababa de perder en el juego de Verdad o Reto, dejó que Niall lo precediera a través de la puerta corredera de cristal que daba al porche. El aire húmedo llenó sus pulmones, escuchó a los grillos cantar y descubrió miles de estrellas brillando sobre su cabeza. Louis supuso que era una noche perfecta para invocar a un esclavo sexual.

Se rió por lo bajo.

- ¿Qué quieres que haga? -le preguntó a Niall-. ¿Pedir un deseo a un planeta?

Niall negó con la cabeza y lo colocó en mitad de un rayo de luna que se colaba entre los árboles y el alero del tejado. Le ofreció el libro.

- Apóyalo en el pecho y abrázalo con fuerza.

- ¡Oh, nene! -dijo Louis con fingido deseo mientras envolvía amorosamente el libro con sus brazos y lo acercaba a su pecho, como si de un amante se tratara-. Me pones tan cachondo... No puedo esperar a hundir mis dientes en ese maravilloso cuerpo que tienes.

Niall se rió.

- Para. ¡Esto es serio!

- ¿Serio? Por favor. Estoy aquí fuera en mitad del porche, el día de mi cumpleaños 23, descalzo, con unos vaqueros a los que mi madre les prendería fuego y abrazando un estúpido libro para invocar a un esclavo sexual griego que está en el más allá -miró a Niall-. Sólo conozco una

manera de hacer que esto sea aún más ridículo...

Sosteniendo el libro con una sola mano, extendió los brazos a ambos lados, echó la cabeza hacia atrás y comenzó a rogar al oscuro cielo:

- ¡Oh! Fabuloso esclavo sexual, llévame contigo y hazme todas las cosas escandalosas que sepas. Te ordeno que te levantes -dijo, alzando las cejas.

Niall resopló.

- Así no es como debes hacerlo. Tienes que decir su nombre tres veces.

Louis se enderezó.

- Esclavo sexual, esclavo sexual, esclavo sexual.

Con los brazos en jarras, Niall le lanzó una furiosa mirada.

- Harry de Macedonia

- ¡Oh! Lo siento -dijo Louis volviendo a apretar el libro sobre el pecho, y cerrando los ojos-. Ven y alivia el dolor que siento en mis partes bajas, ¡Oh! Gran Harry de Macedonia, Harry de Macedonia, Harry de Macedonia -se giró para mirar a Niall-. ¿Sabes? Esto es un poco difícil de pronunciar tres veces seguidas, y tan rápido.

Pero su amigo no le prestaba la más mínima atención. Estaba muy ocupado mirando por todos lados, esperando la aparición de un apuesto extraño.

Louis acababa de poner otra vez los ojos en blanco, cuando un ligero soplo de viento cruzó el patio y un suave aroma a sándalo los envolvió. Volvió a inhalar para recrearse de nuevo en el agradable olor antes de que se evaporara, y entonces la brisa desapareció, dejando de nuevo el

caluroso y húmedo bochorno, típico de una noche de agosto.

De repente, se escuchó un débil sonido procedente del patio trasero, y las

hojas de los arbustos se movieron.

Arqueando una ceja, Louis contempló como las plantas se mecían. Y

entonces, el diablillo que había en él cobró vida.

- ¡Oh, Dios mío! -farfulló y señaló a un arbusto del patio trasero-. ¡Niall, mira allí!

Niall se giró a toda prisa ante el nerviosismo de Louis. Un enorme seto se mecía como si hubiese alguien detrás.

- ¿Harry? -le llamó Niall, y dio un paso hacia delante.

El arbusto se inclinó y, súbitamente, un siseo y un miau rompieron el silencio, un segundo antes de que un gato cruzara el patio como una exhalación.

- Mira, Niall. Es el señor Don Gato que viene a poner fin a mi celibato - sostuvo el libro con un brazo y se llevó el dorso de la mano a la frente, en un simulacro de desmayo-. ¡Oh, ayúdeme Señor de la Luna! ¿Qué voy a hacer con las atenciones de tan desacertado pretendiente? Ayúdeme rápido, antes de que me mate a causa de la alergia.

- Dame ese libro -le espetó Niall quitándoselo de un tirón. Regresó a la casa mientras pasaba las páginas-. ¡Joder!, ¿qué he hecho mal?

Louis abrió la puerta para que Niall pasara al fresco interior de la sala.

- No hiciste nada mal, Niall. Esto es absurdo. ¿Cuántas veces tengo que decirte que hay un viejecito sentado en la parte trasera de un almacén, escribiendo toda esta porquería? Apostaría a que ahora mismo está partiéndose de la risa por lo imbéciles que hemos sido.

- Quizás era necesario hacer algo más. Me juego lo que sea a que hay algo en los primeros párrafos que no puedo interpretar. Debe ser eso.

Louis cerró la puerta de cristal y suplicó un poco más de paciencia.

Y me llama testarudo, ¡a mí!

El teléfono sonó en ese instante y, al contestarlo, Louis escuchó la voz de Zayn preguntado por Niall.

- Es para ti -dijo alargándole el auricular.

Niall lo cogió.

- ¿Sí? -se mantuvo en silencio unos minutos. Niall podía escuchar la voz nerviosa de Zayn. Por la repentina palidez del rostro de su amigo, dedujo que algo había pasado.

- Vale, vale. Llegaré enseguida. ¿Estás seguro de que te encuentras bien? Vale, te quiero. Voy de camino... no hagas nada hasta que yo llegue.

Louis sintió un horrible nudo en el estómago. Una y otra vez, volvía a ver al policía en la puerta de su dormitorio, y a escuchar su desapasionada voz: Siento mucho informarle...

- ¿Qué pasa? -preguntó Louis.

- Zayn se ha caído jugando a baloncesto y se ha roto un brazo.

Dejó escapar el aliento más tranquilo. Gracias Señor, no ha sido un accidente de coche.

- ¿Se encuentra bien?

- Dice que sí. Sus amigos le llevaron a un médico de guardia que le hizo una radiografía antes de que se marcharan. Me dijo que no me preocupara, pero creo que es mejor que vuelva a casa.

- ¿Quieres que te lleve en mi coche?

Niall negó con la cabeza.

- No, has tomado demasiado vino; yo he bebido menos. Además, estoy seguro de que no es nada serio. Pero ya sabes lo aprensivo que soy. Quédate aquí y disfruta de lo que queda de película. Te llamaré mañana por la mañana.

- Vale. Avísame si es grave.

Niall cogió la cesta y sacó las llaves. Se detuvo a mitad de camino y le alargó el libro a Louis.

- ¡Qué demonios! Quédatelo. Supongo que en los próximos días te ayudará a reírte a carcajadas cada vez que te acuerdes de lo idiota que soy.

- No eres idiota. Simplemente, un poco excéntrico.

- Eso es lo que decían de Mary Todd Lincoln. Hasta que la encerraron.

Louis cogió el libro, riéndose a carcajadas, y observó como Niall caminaba hacia su coche.

- Ten cuidado -gritó desde la puerta-. Y gracias por el regalo, y por lo que esté por venir.

Niall le dijo adiós con la mano antes de subirse a su Jeep Cherokee de color rojo brillante y alejarse.

Con un suspiro de cansancio, Louis cerró la puerta, echó el pestillo y arrojó el libro al sofá.

- No te vayas a ningún lado, esclavo sexual.

Louis se rió de su propia estupidez. ¿Acabaría alguna vez Niall con todas aquellas majaderías?

Apagó el televisor y llevó los platos sucios al fregadero. Mientras lavaba las copas, vio un repentino fogonazo.

Durante un segundo, pensó que se trataba de un relámpago.

Hasta que se dio cuenta de que había sido dentro de la casa.

- ¿Qué dem...?

Soltó la copa y fue hacia la salita de estar. Al principio no vio nada. Pero según se acercaba a la puerta, percibió una presencia extraña. Algo que le puso la piel de gallina.

Entró en la estancia con mucho cuidado y vio una figura alta, de pie delante del sofá. Era un hombre. Un hombre muy apuesto. ¡Un hombre desnudo!

=====



## Capítulo 3

Louis hizo lo que cualquier persona que se encuentra a un hombre desnudo en su salita de estar hubiese hecho: gritar.

Y después, salir corriendo hacia la puerta.

Sólo que se olvidó de los cojines que habían amontonado en el suelo y que aún estaban allí. Se tropezó con unos cuantos y cayó de bruces.

¡No! Gritó mentalmente mientras aterrizaba de forma poco elegante y dolorosa. Tenía que hacer algo para protegerse.

Temblando de pánico, se abrió paso entre los cojines mientras buscaba un arma. Al sentir algo duro bajo la mano lo cogió, pero resultó ser uno de sus zapatos azules con forma de dinosaurio.

¡Joder! Por el rabillo del ojo vio la botella de vino. Rodó hacia ella y la cogió; entonces se giró para enfrentar al intruso.

Más rápido de lo que él hubiese podido esperar, el hombre cerró sus cálidos dedos alrededor de su muñeca y lo inmovilizó con mucho cuidado.

— ¿Te has hecho daño? —le preguntó.

¡Santo Dios!, su voz era profundamente masculina y tenía un melodioso y marcado acento que sólo podía describirse como musical. Erótico. Y francamente estimulante.

Con todos los sentidos embotados, Louis miró hacia arriba y...

Bueno...

Para ser honestos, sólo vio una cosa. Y lo que vio hizo que las mejillas le ardieran más que un Cajun gumbo. Después de todo, cómo no iba a verlo si estaba al alcance de su mano. Y además, con semejante tamaño.

Al momento, el tipo se arrodilló a su lado, con mucha ternura le apartó el pelo de la frente y pasó las manos por su cabeza en busca de una posible herida.

Louis se recreó con la visión de su pecho. Incapaz de moverse ni de mirar otra cosa que no fuese aquella increíble piel, sintió la urgencia de gemir ante la intensa sensación que los dedos de aquel tipo le estaban provocando en el pelo. Le ardía todo el cuerpo.

— ¿Te has golpeado la cabeza? —le preguntó él.

De nuevo, ese magnífico y extraño acento que reverberaba a través de su cuerpo, como una caricia cálida y relajante.

Louis miró con mucha atención aquella extensión de piel blanca, que parecía pedirle a gritos a su mano que la tocara. ¡El tipo prácticamente resplandecía!

Fascinado, deseó verle el rostro y comprobar por sí mismo que era tan increíble como el resto de su cuerpo.

Cuando alzó la mirada más allá de los esculturales músculos de sus hombros, se quedó con la boca abierta. Y la botella de vino se deslizó entre sus adormecidos dedos.

¡Era él!

¡No!, no podía ser.

Esto no podía estar sucediéndole a él, y él no podía estar desnudo en su sala de estar con las manos enterradas en su pelo. Este tipo de cosas no pasaban en la vida real. Especialmente a las

personas equilibradas como él.

Pero aun así...

— ¿Harry? —preguntó sin aliento.

Tenía la poderosa y definida constitución de un gimnasta. Sus músculos eran duros, prominentes y magníficos, y muy bien definidos; tenía músculos hasta en lugares donde ni siquiera sabía que se podían tener. En los hombros, los bíceps, en los antebrazos; en el pecho, en la espalda. Y del cuello hasta las piernas.

Cualquier músculo que se le antojara, se abultaba con una fuerza ruda y totalmente masculina.

Hasta "aquellos" había comenzado a abultarse.

El pelo le caía a la buena de Dios en una melena rizada, y le enmarcaba un rostro sin rastro de barba, que parecía haber sido esculpido en granito.

Increíblemente guapo y cautivador, sus rasgos no resultaban femeninos ni delicados. Pero definitivamente, robaban el aliento.

Los sensuales labios se curvaban en una leve sonrisa que dejaba a la vista un par de hoyuelos en cada una de sus blancas mejillas.

Y sus ojos.

¡Dios mío!

Tenían un magnífico verde esmeralda. Resultaban abrasadores de tan intensos, y reflejaban inteligencia. Louis tenía la sensación de que aquellos ojos podían realmente resultar letales. O al menos, devastadores.

Y él se sentía realmente devastado en esos momentos. Cautivado por un hombre demasiado perfecto para ser real.

Vacilante, extendió la mano para colocarla sobre su brazo. Se sorprendió mucho cuando no se evaporó, demostrando que no era una alucinación etílica. No, ese brazo era real. Real, duro, y cálido. Bajo aquella piel que su mano tocaba, un poderoso músculo se flexionó, y el movimiento hizo que su corazón comenzara a martillearle con fuerza.

Atónito, no podía hacer otra cosa que mirarlo. Harry alzó una ceja, intrigado. Nunca antes una persona había salido huyendo de él. Ni lo había dejado de lado después de haberlo invocado.

Todas las demás personas habían esperado ansiosas a que él tomara forma y se habían lanzado directamente a sus brazos, exigiéndole que las complaciera.

Pero él no...

Era distinto.

En sus labios cosquilleaba una sonrisa mientras deslizaba los ojos por el cuerpo de aquel hombre. Una melena castaña, y sus ojos tenían el color azul pálido del mar, con motitas de color plata y verde que brillaban con calidez e inteligencia.

Tenía una bronceada y suave piel. Era tan adorable como su suave e insinuante voz. No es que eso importase demasiado.

Sin tener en cuenta cuál fuese su apariencia, él estaba allí para servirlo sexualmente. Para perderse al saborear aquel cuerpo, y tenía toda la intención de hacer precisamente eso.

— Vamos —le dijo sujetándolo por los hombros—. Déjame ayudarte.

— Estás desnudo —murmuró Louis mirándole de arriba abajo, totalmente perplejo, mientras se ponían en pie—. Estás muy desnudo.

Él hizo a un lado unos cuantos mechones castaños que estorbaban en su frente.

— Lo sé.

— ¡Estás desnudo!

— Sí, creo que ya lo hemos dejado claro.

— Estás tan contento, y desnudo.

Confundido, Harry frunció el ceño.

— ¿Qué?

Louis miró su erección.

— Estás "contento" —le dijo con una intencionada mirada—. Y estás desnudo. Así le llamaban entonces en este siglo. Debería recordarlo.

— ¿Y eso te hace sentir incómodo? —le preguntó, asombrado por el hecho de que a alguien le preocupara su desnudez, cosa que jamás había sucedido anteriormente.

— ¡Bingo!

— Bueno, conozco un remedio —dijo Harry, bajando el timbre de su voz mientras miraba los pantalones de Louis y miembro que se marcaban a través de la tela. No podía esperar más para ver su miembro.

Para saborearlo.

Se acercó tocando su pecho.

Louis se alejó un paso con el corazón desbocado. Esto no era real. No podía serlo. Estaba borracho y tenía alucinaciones. O quizás se había golpeado la cabeza con la mesita del sofá y estaba desangrándose, muriéndose poco a poco.

¡Sí, eso era! Eso tenía sentido.

Por lo menos, tenía más sentido que aquel palpitante estremecimiento que hacía que su cuerpo ardiera. Un estremecimiento que le pedía que se lanzara al cuello de aquel tipo. Y de justos era decir que tenía un bonito cuello.

"Cuando tengas una fantasía, muchacho, es que definitivamente estás agotado. Seguramente habrás estado trabajando más de la cuenta, y estás empezando a llevarte a casa los sueños de tus pacientes."

Harry se acercó a él y le encerró el rostro entre sus fuertes manos. Louis no podía moverse. Se limitó a dejar que le alzara la cabeza hasta que pudo mirar de frente aquellos penetrantes ojos, que con toda seguridad podrían leerle el alma. Lo hipnotizaban como los de un mortífero depredador sosegando a su presa.

Louis se estremeció bajo su abrazo.

Y entonces, unos ardientes y exigentes labios cubrieron los suyos. Louis gimió en respuesta. Había escuchado hablar toda su vida de besos que hacían flaquear las rodillas, pero ésta era la primera vez que le sucedía a él.

¡Oh! Aquel hombre olía estupendamente, daba gusto tocarle y, además, sabía muchísimo mejor.

Por propia iniciativa, sus brazos envolvieron aquellos amplios y fuertes hombros. El calor del pecho del hombre se introdujo en su cuerpo, incitándolo con la erótica y sensual promesa de lo que vendría a continuación. Y mientras tanto, Harry se dedicaba a embelesarlo con sus labios con tanta maestría como un vikingo con la intención de arrasarlo todo a su paso.

Cada centímetro de su magnífico cuerpo estaba íntimamente pegado al suyo, acariciándolo con la intención de despertar todos sus instintos.

¡Oh Dios!

Su presencia lo estimulaba como ningún otro hombre lo había hecho jamás. Deslizó la mano por los esculturales músculos de su espalda y suspiró cuando sintió que se movían bajo su mano. Louis decidió en aquel preciso instante que si era un sueño, definitivamente no quería que sonara el despertador. Ni el teléfono. Ni...

Las manos de Harry acariciaron su espalda antes de agarrarlo por las nalgas y acercar más sus caderas, mientras su lengua seguía danzando en su boca. El aroma a sándalo inundaba sus sentidos. Con el cuerpo derretido, exploró los duros y firmes músculos de su espalda desnuda, mientras los largos mechones de él le rozaban las manos en una erótica caricia.

Harry sintió que su cabeza daba vueltas con el cálido roce de Louis, con la sensación de sus brazos envolviéndolo mientras sus propias manos recorrían su suave y bronceada piel, un deleite para el hambriento.

Cómo le gustaban los sonidos inarticulados con los que Louis provocativamente le respondía. Mmm, estaba deseando oírlo gritar de placer. Ver cómo su cabeza caía hacia atrás mientras su cuerpo se convulsionaba espasmo tras espasmo envolviendo su miembro.

Hacía muchísimo tiempo que no sentía las caricias de una persona. Mucho tiempo desde que no gozaba del más mínimo contacto humano.

Sentía un deseo candente que le recorría todo el cuerpo; si ésta fuese su primera vez, devoraría a Louis como a un trozo de chocolate. Lo tumbaría y gozaría de él como un hambriento invitado a

un banquete.

Pero tenía que esperar a que se acostumbrara un poco a él.

Muchos siglos atrás, había aprendido que las personas siempre se desvanecían tras su primera unión. Definitivamente, no quería que Louis se desmayara.

Al menos todavía.

No obstante, no podía esperar un minuto más para poseerlo.

Lo tomó en brazos y se encaminó hacia la escalera.

En un principio, Louis no reaccionó, perdido como estaba en la sensación de aquellos fuertes brazos que la rodeaban con pasión; su mente estaba totalmente centrada en el hecho de que un hombre lo hubiera levantado del suelo y no hubiese gruñido por el esfuerzo. Pero al pasar junto a la enorme piña que decoraba el pasamanos de la escalera, salió de su ensimismamiento con un sobresalto.

— ¡Eh! —le soltó agarrándose a la piña de caoba tallada como si se tratara de un salvavidas—. ¿Dónde crees que me llevas?

Harry se detuvo y lo miró con curiosidad. En ese momento, Louis fue consciente de que un hombre tan alto y poderoso como aquél, podría hacer lo que le apeteciese con él y sería inútil intentar detenerlo.

Un estremecimiento de terror lo sacudió.

Sin embargo, por muy peligrosa que la situación fuese, una parte de él no estaba asustada. Algo en su interior le decía que ese hombre jamás le haría daño intencionadamente.



— Te llevo a tu dormitorio, donde podemos acabar lo que hemos empezado —dijo llanamente, como si estuviesen hablando del tiempo.

— Me parece que no. Harry encogió aquellos hombros, maravillosamente amplios.

— ¿Prefieres las escaleras entonces?, ¿o quizás el sofá? —se detuvo y echó un vistazo alrededor de su casa, como si estuviese considerando las opciones—. No es mala idea, en realidad. Hace mucho que no poseo a alguien en un...

— ¡No, no, no! El único sitio donde vas a "poseerme" es en tus sueños. Y ahora déjame en el suelo antes de que me enfade de verdad.

Para su asombro, Harry obedeció.

Comenzó a sentirse un poco mejor una vez que sus pies tocaron tierra firme y subió dos escalones.

Ahora estaban frente a frente, y casi a la misma altura; bueno, si es que alguien podía estar alguna vez a la altura de un hombre con semejante autoridad e innato poder. De pronto, el impacto de su presencia la golpeó con intensidad.

¡Era real!

¡Cielos!, Niall y él habían conseguido convocarlo y traerlo a este mundo.

Con el rostro impasible y sin la más ligera muestra de que la situación lo divirtiera, Harry lo miró directamente a los ojos.

— No entiendo por qué estoy aquí. Si no quieres sentirme dentro de ti, ¿por qué me has convocado?

Estuvo a punto de gemir al escuchar sus palabras. Y más aún cuando la visión de su cuerpo dorado, esbelto y poderoso introduciéndose en él le pasó por la mente.

¿Qué se sentiría cuando un hombre tan increíblemente delicioso te hacía el amor durante toda la noche?

Estaba claro que Harry sería delicioso en la cama. No cabía duda. Con la destreza y agilidad que caracterizaban sus movimientos, no hacía falta decir lo fenomenalmente bien que...

Louis se puso tenso ante el rumbo de sus pensamientos. ¿Qué pasaba con este hombre?

Jamás en su vida había sentido un deseo sexual como el que sentía en esos momentos. ¡Nunca!

Literalmente hablando, lo tumbaría en el suelo y se lo comería entero.

No tenía sentido.

Se había acostumbrado, con el paso de los años, a que le describieran innumerables encuentros sexuales de la forma más gráfica; algunos de sus pacientes incluso intentaban conmocionarlo o excitarlo.

Ni una sola vez habían conseguido su propósito.

Pero cuando se trataba de Harry, lo único que tenía en mente era cogerlo, echarlo en el suelo y subírsele encima.

Ese pensamiento, tan impropio de él, le devolvió la sensatez.

Abrió la boca para responder su pregunta, y no dijo nada. ¿Qué iba a hacer con este hombre?

Aparte de "aquello".

Movió la cabeza con incredulidad.

— ¿Qué se supone que voy a hacer contigo?

Los ojos de Harry se oscurecieron por la lujuria e intentó tocarlo de nuevo.

¡Oh, sí!, le pedía su cuerpo, por favor, tócame por todos sitios.

— ¡Para! —espetó, dirigiéndose tanto a Harry como a sí mismo; se negaba a perder el control. La cordura gobernaría la situación, no las hormonas. Ya había cometido ese error una vez, y no estaba dispuesto a repetirlo.

Subió de un salto un escalón más y miró a Harry directamente a los ojos. ¡Jesús, María y José!, era fantástico. El cabello castaño le caía en ondas hasta el comienzo de su cuello.

Las cejas, de color castaño oscuro, se arqueaban sobre unos ojos fascinantes a la par que terroríficos. Y esos ojos lo estaban mirando con más pasión de la que debieran.

En ese momento desearía poder matar a Niall, sin ninguna duda.

Pero no tanto como le gustaría meterse en la cama con este hombre y clavarlos dientes en esa piel dorada.

¡Déjalo ya!

— No entiendo lo que sucede —dijo Louis al fin. Tenía que pensar; descubrir lo que debía hacer—Necesito sentarme un minuto y tú... —deslizó los ojos sobre el magnífico cuerpo—. Tú necesitas taparte.

Harry puso una expresión crispada. Era la primera vez en toda su existencia que alguien le decía eso.

De hecho, todos a los que había conocido antes de la maldición, no habían hecho otra cosa que intentar arrancarle la ropa. Lo más rápido posible. Y después de la maldición, sus invocadores habían dedicado días enteros a contemplar su desnudez mientras pasaban las manos por su cuerpo, saboreando su presencia.

— Quédate aquí un momento —le dijo Louis antes de subir a toda prisa las escaleras.

Harry observó el vaivén de sus caderas mientras subía los peldaños y su miembro se endureció al instante. Echó un vistazo a su alrededor con los dientes apretados, en un intento por ignorar el ardor que sentía en la entrepierna.

La clave estaba en la distracción; al menos hasta que él claudicara.

Lo cual no tardaría en ocurrir. Ninguna persona podía negarse por mucho tiempo el placer de tenerlo.

Con una amarga sonrisa ante aquella idea, contempló la casa.

¿En qué lugar y en qué época se encontraba?

No sabía cuánto tiempo había estado atrapado. Lo único que recordaba era el sonido de las voces a lo largo del tiempo, el sutil cambio de los acentos y de los dialectos según pasaban los años.

Mirando la luz que se encontraba sobre su cabeza, frunció el ceño. No había ninguna llama. ¿Qué era esa cosa? Los ojos se le llenaron de lágrimas, irritados, y desvió la vista.

Eso debía ser una bombilla, decidió.

«Oye, necesito cambiar la bombilla. Hazme el favor de darle al interruptor que está junto a la puerta, ¿vale?»

Mientras recordaba las palabras del dueño de la librería, miró hacia la puerta y vio lo que supuestamente debía ser el interruptor. Harry se alejó de las escaleras y apretó el pequeño dispositivo. De inmediato, las luces se apagaron. Volvió a encenderlas.

Sonrió sin proponérselo. ¿Qué otras maravillas le aguardaban en esta época?

— Aquí tienes.

Harry miró a Louis que estaba en la parte superior de la escalera. Le arrojó un largo rectángulo de tela verde oscuro. La sostuvo sobre el pecho mientras la incredulidad lo dejaba perplejo.

¿Había dicho en serio lo de cubrirle?

Qué extraño. Frunciendo más el ceño, se envolvió las caderas con la tela.

Louis esperó hasta que se alejó de la puerta para mirarlo de nuevo. Gracias a Dios, por fin estaba tapado. No era de extrañar que los victorianos insistieran tanto en el asunto de las hojas. Era una pena no tener unas cuantas en el patio.

Lo único que crecía allí eran unos cuantos acebos, y dudaba mucho que él apreciara sus hojas. Louis se encaminó hacia la sala y se sentó en el sofá.

— Ayúdame, Niall —suspiró—. Me las pagarás por esto.

Y entonces, Harry se sentó a su lado, revolucionando todas las hormonas de su cuerpo con su presencia.

Mientras se movía hasta la otra punta del sofá, Louis le miró cautelosamente.

— Así que... ¿para cuánto tiempo has venido?

¡Oh, qué buena pregunta, Louis! ¿Por qué no le preguntas por el tiempo o le pides un autógrafo ya que te pones? ¡Jesús!

— Hasta la próxima luna llena —sus gélidos ojos dieron muestras de un pequeño deshielo. Y, mientras deslizaba su mirada por todo su cuerpo, el hielo se transformó en fuego en décimas de segundo. Se inclinó sobre Louis para tocarle la cara. Louis se incorporó de un salto y puso la mesita del café como barrera de separación.

— ¿Me estás diciendo que tengo que aguantarte durante todo un mes?

— Sí.

Conmocionado, Louis se pasó la mano por los ojos. No podía entretenerlo durante un mes. ¡Un mes entero, con todos sus días! Tenía obligaciones, responsabilidades. Hasta tenía que buscar un pasatiempo.

— Mira —le dijo—. Lo creas o no, tengo una vida en la que no estás incluido.

Sabía, por la expresión de su rostro, que a él no le importaban sus palabras.

En absoluto.

— Si crees que estoy encantado de estar aquí contigo, estás lamentablemente equivocado. Te aseguro que no elegí venir.

Sus palabras consiguieron herirlo.

— Bueno, "cierta" parte de ti no siente lo mismo —le dijo mientras dedicaba una furiosa mirada a "aquella" parte de su cuerpo que aún estaba tiesa como una vara.

Harry suspiró al echar un vistazo a su regazo y vislumbrar la protuberancia que sobresalía bajo la toalla.

— Desafortunadamente, tengo tanto control sobre "esto" como sobre el hecho de estar aquí.

— Bueno, la puerta está ahí —dijo señalándola—. Ten cuidado de que no te golpee el trasero al cerrarse.

— Créeme; si pudiese irme, lo haría.

Louis titubeó ante sus palabras, ante su significado.

— ¿Quieres decir que no puedo ordenarte que te marches?, ¿ni que regreses al libro?

— Creo que la expresión que usaste fue: bingo.

Louis guardó silencio.

Harry se puso de pie lentamente y lo miró. Durante todos los siglos que llevaba condenado, ésta la primera vez que le sucedía una cosa así. El resto de sus invocadores habían sabido lo que él significaba, y habían estado más que dispuestos a pasar todo un mes en sus brazos, utilizando felizmente su cuerpo para obtener placer.

Jamás en su vida, mortal o inmortal, había encontrado a alguien que no le deseara físicamente.

Era...

Extraño.

Humillante.

Casi embarazoso.

¿Sería un indicio de que la maldición se debilitaba?, ¿de que quizás pudiera liberarse?

No. En el fondo sabía que no era cierto, aun cuando su mente se esforzaba en aferrarse a la idea. Cuando los dioses griegos decretan un castigo, lo hacen con un estilo y con un ensañamiento que ni siquiera dos milenios pueden suavizar.

Hubo una época, mucho tiempo atrás, en la que había luchado contra la condena. Una época en la que había creído que podría liberarse. Pero después de dos mil años de encierro y tortura despiadada, había aprendido algo: resignación.

Se merecía este infierno personal y, como el soldado que una vez había sido, aceptaba el castigo.

Sentía un nudo en la garganta y tragó para intentar deshacerlo. Extendió los brazos a los lados y ofreció su cuerpo a Louis.

— Haz conmigo lo que desees. Sólo tienes que decirme cómo puedo complacerte.

— Entonces deseo que te marches.

Harry dejó caer los brazos.

— En eso no puedo complacerte.



Frustrado, Louis comenzó a caminar nervioso de un lado a otro. Finalmente, sus hormonas habían regresado a la normalidad y, con la cabeza más despejada, se esforzó por encontrar una solución.

Pero por mucho que la buscaba, no parecía haber ninguna.

Un dolor punzante se instaló en sus sienes.

¿Qué iba a hacer un mes —un mes entero— con él?

De nuevo, una visión de Harry tumbado sobre él, con el pelo cayéndole a ambos lados del rostro, formando un dosel alrededor de sus cuerpos mientras se introducía totalmente en él, lo asaltó.

— Necesito algo... —a Harry le falló la voz.

Louis se dio la vuelta para mirarle, con el cuerpo aún suplicándole que cediera a sus deseos.

Sería tan fácil rendirse ante él... Pero no podía cometer ese error. Se negaba a usar a Harry de ese modo. Como si...

No, no iba a pensar en eso. Se negaba a pensar en eso.

— ¿Qué? —preguntó él.

— Comida —contestó Harry—. Si no vas a utilizarme de forma apropiada, ¿te importaría si como algo?

La expresión avergonzada y teñida de desagrado que adoptó su rostro le indicó a Louis que no le gustaba tener que pedir.

Entonces cayó en la cuenta de algo; si para él esto resultaba extraño y difícil, ¿cómo demonios se sentiría él después de haber sido arrancado de donde quiera que estuviese, para ser arrojado a su vida como si fuese un guijarro lanzado con un tirachinas? Debía ser terrible.

— Por supuesto —le dijo mientras se ponía en movimiento para que él lo siguiera—. La cocina está aquí —lo guió por el corto pasillo que llevaba a la parte trasera de la casa.

Abrió el frigorífico y se apartó para que él echara un vistazo.

— ¿Qué te apetece?

En lugar de meter la cabeza para buscar algo, se quedó a medio metro de distancia.

— ¿Ha quedado algo de pizza?

— ¿Pizza? —repitió Louis asombrado. ¿Cómo sabría él lo que era una pizza?

Harry se encogió de hombros.

— Me dio la impresión de que te gustaba mucho.

A Louis le ardieron las mejillas mientras recordaba el tonto juegucito al que se dedicaron mientras comían. Niall había hecho otro comentario acerca de reemplazar el sexo con la comida, y él había fingido un orgasmo al saborear el último trozo de pizza.

— ¿Nos escuchaste?

Con una expresión hermética, Harry contestó en voz baja.

— El esclavo sexual escucha todo lo que se dice en las proximidades del libro.

Si las mejillas le ardieran un poco más, acabarían explotando.

— No quedó nada —dijo rápidamente, desando meter la cabeza en el congelador para enfriársela—. Tengo un poco de pollo que me sobró de ayer, y también pasta.

— ¿Y vino?

Louis asintió con la cabeza.

— Está bien.

El tono despótico que utilizó Harry hizo estallar su furia. Era uno de esos tonillos usados por un típico Tarzán que en el fondo quería decir: Yo soy el macho, nene. Tráeme la comida. Y había conseguido que le hirviera la sangre.

— Mira, no soy tu cocinero. Como te pases conmigo te daré de comer Alpo. Harry arqueó una ceja.

— ¿Alpo?

— Olvídalo —aún irritado, sacó el pollo y lo preparó para meterlo en el microondas.

Harry se sentó a la mesa con ese aura de arrogancia tan masculina que acababa con todas sus buenas intenciones. Deseando tener una lata de Alpo, Louis sirvió un poco de pasta en un cuenco.

— De todos modos, ¿cuánto tiempo has estado encerrado en ese libro? ¿Desde la Edad Media?  
—al menos su forma de actuar correspondía a la de la época.

Harry permaneció sentado, tan quieto como una estatua. Nada de mostrar sus emociones. Si no lo hubiese conocido mejor, habría pensado que se trataba de un androide.

— La última vez que fui convocado fue en el año 1895.

— ¿En serio? — Louis se quedó con la boca abierta mientras metía el cuenco en el microondas — ¿En 1895? ¿Estás hablando en serio?

Él asintió con la cabeza.

— ¿En qué año te metieron en el libro?, la primera vez quiero decir.

La ira se adueñó de su rostro con tal intensidad que Louis se asustó.

— Según tu calendario, en el año 149 a.C.

Louis abrió los ojos de par en par.

— ¿En el año 149 antes de Cristo? ¡Jesús, María y José! Cuando Niall dijo que eras de Macedonia era cierto. Eres de Macedonia.

Harry asintió con un gesto brusco.

Los pensamientos de Louis giraban como un torbellino mientras cerraba el microondas y lo ponía en marcha. Era imposible. ¡Tenía que ser imposible!

— ¿Cómo te metieron en el libro? A ver, según tengo entendido, los antiguos griegos no tenían libros, ¿verdad?

— Originalmente fui encerrado en un rollo de pergamino que más tarde fue encuadernado como medida de protección —dijo con un tono sombrío y el rostro impasible—. Y con respecto a qué fue lo que hice para que me castigaran: invadí Alexandria.

Louis frunció el ceño. Aquello no tenía ni pizca de sentido; como el resto de todo lo que estaba sucediendo.

— ¿Y por qué ibas a merecerte un castigo por invadir una ciudad?

— Alexandria no era una ciudad, era una sacerdotisa virgen del dios Príapo.

Louis se tensó ante el comentario, y ante la magnitud del castigo que implicaba «invadir» a una mujer. Encerrar al autor de la invasión para toda la eternidad era un poco excesivo.

— ¿Violaste a una mujer?

— No la violé —contestó mirándola con dureza—. Fue de mutuo consentimiento, te lo aseguro.

Vale, ése era un tema sensible para él. Se percibía claramente en su gélida conducta. No le gustaba hablar del pasado. Tendría que ser un poquito más sutil en su interrogatorio. Harry escuchó el extraño timbre, y observó cómo Louis apretaba un resorte que abría la puerta de la caja negra donde había introducido su comida.

Louis sacó el humeante cuenco de comida y lo colocó ante Harry, junto con un tenedor plateado, un cuchillo, una servilleta de papel y una copa de vino. El cálido aroma se le subió a la cabeza e hizo que el estómago rugiera de necesidad.

Se suponía que debía estar perplejo por el modo tan rápido en que él había cocinado, pero después de haber oído hablar de artefactos con nombres extraños como tren, cámara, automóvil, fonógrafo, cohete y ordenador, Harry dudaba que cualquier cosa pudiese tomarlo por sorpresa.

En realidad, no quedaba ningún sentimiento en él, aparte del deseo; hacía mucho que había desterrado todas sus emociones.

Su existencia no era más que una sucesión de fragmentos temporales a lo largo de los siglos. Su única razón de ser era la de obedecer los deseos sexuales de sus invocadores.

Y, si algo había aprendido en los dos últimos milenios, era a disfrutar de los escasos placeres que podía obtener en cada invocación.

Con ese pensamiento, cogió una pequeña porción de comida y saboreó la deliciosa sensación de los tibios y cremosos tallarines sobre su lengua. Era una pura delicia. Dejó que el aroma de las especias y del pollo invadiera su cabeza. Había pasado una eternidad desde la última vez que probó la comida.

Una eternidad sufriendo un hambre atroz. Cerró los ojos y tragó. Acostumbrado como estaba a la privación en lugar de a los alimentos, su estómago se cerró ante el primer bocado.

Harry apretó con fuerza el cuchillo y el tenedor mientras luchaba por alejar el terrible dolor. Pero no dejó de comer. No lo haría mientras hubiese comida en el cuenco.

Había esperado demasiado tiempo para poder aplacar su hambre y no estaba dispuesto a detenerse ahora.

Después de unos cuantos bocados más, los retortijones disminuyeron y le permitieron disfrutar plenamente de la comida.

Una vez su estómago se calmó, tuvo que echar mano de todas sus fuerzas para comer como un humano y no zamparse la comida a puñados, tal era el hambre que le devoraba las entrañas.

En momentos como éste, le resultaba muy difícil recordar que aún era humano, y no una bestia desbocada y feroz que había sido liberada de su jaula.

Hacía siglos que había perdido la mayor parte de su condición humana. Y estaba decidido a conservar lo poco que le quedaba.

Louis se apoyó en la encimera y lo observó mientras comía. Lo hacía lentamente, de forma casi mecánica. No dejaba entrever si le gustaba la comida, pero aún así, continuaba comiendo.

Lo que realmente le sorprendió fueron los exquisitos modales europeos que demostraba. Él nunca había sido capaz de comer de ese modo, y fue entonces cuando comenzó a preguntarse dónde habría aprendido a utilizar el cuchillo para mantener la pasta en el tenedor, y evitar que se cayera.

— ¿Había tenedores en al antigua Macedonia? —le preguntó. Harry dejó de comer.

— ¿Disculpa?

— Me preguntaba cuándo se inventó el tenedor. ¿Ya lo utilizaban en...? ¡Estas desvariando! Le gritó su mente.

¿Y quién no lo haría en esta situación? Mira al tipo. ¿Cuántas veces crees que alguien ha actuado como un imbécil y ha acabado devolviendo la vida a una estatua griega? ¡Especialmente una estatua con ese cuerpo!

No muy a menudo.

— Creo que se inventó a mediados del siglo XV.

— ¿En serio? —preguntó Louis—. ¿Tú estabas allí?

Con una expresión ilegible, alzó los ojos y a su vez le preguntó:

— ¿A qué te refieres, al momento en que inventaron el tenedor o al siglo XV?

— Al siglo XV, por supuesto. —Y pensándolo mejor, añadió:— No estabas allí cuando se inventó el tenedor, ¿verdad?

— No. —Harry se aclaró la garganta y se limpió la boca con la servilleta—. Fui convocado en cuatro ocasiones durante ese siglo. Dos veces en Italia, una en Francia y otra en Inglaterra.

— ¿De verdad? —Intentó imaginarse cómo debía ser el mundo en aquella época—. Apuesto a que has visto todo tipo de cosas a lo largo de los siglos.

— No tantas.

— ¡Oh, venga ya! En dos mil años...

— He visto mayormente dormitorios, camas y armarios.

Su tono seco hizo que Louis se detuviera y él continuó comiendo. Una imagen de Paul se le clavó el corazón. Él sólo había conocido a un imbécil egoísta y despreocupado. Pero parecía que Harry tenía más experiencia en ese terreno.

— Cuéntame entonces, ¿qué haces mientras estás en el libro, te tumbas y esperas que alguien te convoque?

Harry asintió.

— ¿Y qué haces para pasar el tiempo?

Harry se encogió de hombros y Louis cayó en la cuenta de que, en realidad, no demostraba poseer un gran número de expresiones.



Ni de palabras.

Se acercó a la mesa y se sentó en un taburete frente a él.

— A ver, de acuerdo con lo que me has dicho tenemos que estar juntos durante un mes, ¿qué tal si nos dedicamos a charlar para hacerlo más agradable?

Harry levantó la mirada, sorprendido. No podía recordar la última vez que alguien quiso conversar con él, excepto para darle ánimos o hacerle sugerencias que lo ayudaran a incrementar el placer que les proporcionaba. O para pedirle que volviera a la cama. Había aprendido a una edad muy temprana que las personas sólo querían una cosa de él: esa parte de su cuerpo enterrada profundamente entre sus muslos. Con esa idea en la mente, paseó lentamente la mirada por el cuerpo de Louis, deteniéndose en su pecho. Indignado, Louis cruzó los brazos sobre el pecho y esperó a que él lo mirara a los ojos. Julian casi soltó una carcajada. Casi.— A ver —dijo Harry utilizando sus mismas palabras—. Hay cosas que hacer con la lengua mucho más placenteras que charlar: como pasártela por tus pezones desnudo y por la garganta —bajó la mirada hacia el lugar donde, aproximadamente, quedaría su regazo a través de la mesa—. Sin mencionar otras partes que podría visitar. Por un instante, Louis se quedó sin habla. Y después le encontró la gracia al asunto. Y un momento más tarde empezó a ponerse muy cachondo. Como terapeuta, había oído cosas mucho más sorprendentes que ésta, se recordó. Sí, claro, pero no lo había dicho una persona con la que él quería hacer otras cosas aparte de hablar.— Tienes razón, hay otras muchas cosas que se pueden hacer con una lengua; como, por ejemplo, cortarla —le dijo, y se regodeó en la sorpresa que reflejaron sus ojos—. Pero soy una persona a la que le gusta mucho hablar, y tú estás aquí para complacerme, ¿verdad? Su cuerpo se tensó de forma muy sutil, como si se resistiera a aceptar su papel.— Es cierto.— Entonces, cuéntame lo que haces mientras estás en el libro. Louis sintió como sus ojos lo atravesaban con una intensidad tan abrasadora que la dejó intrigado, desconcertado y un poco asustado.— Es como estar encerrado en un sarcófago —contestó él en voz baja—. Oigo voces, pero no puedo ver la luz ni ninguna otra cosa. No puedo moverme. Simplemente me limito a esperar y a escuchar. Louis se horrorizó ante la simple idea. Recordaba el día, mucho tiempo atrás, en que se había quedado encerrado accidentalmente en el armario de las herramientas de su padre. La oscuridad era total y no había modo de salir. Aterrorizado, había sentido que se le oprimían los pulmones y que la cabeza empezaba a darle vueltas por el miedo. Chilló y pateó contra la puerta hasta que tuvo las manos llenas de moratones. Finalmente, su madre lo escuchó y lo ayudó a salir. Desde entonces, Louis sentía una ligera claustrofobia debido a la experiencia. No podía imaginarse lo que sería pasar siglos enteros en un lugar así.— Es horrible —balbució.— Al final te llegas a acostumbrar. Con el tiempo.— ¿De verdad? —no estaba muy seguro, pero dudaba que fuese cierto. Cuando su madre lo sacó del armario, descubrió que sólo había estado encerrado media hora; pero a él le había parecido una eternidad. ¿Qué se sentiría al pasar realmente una eternidad encerrado?— ¿Has intentado

escapar alguna vez? La mirada que le dedicó lo decía todo.— ¿Qué sucedió? —preguntó Louis.— Obviamente, no tuve suerte. Se sentía muy mal por él. Dos mil años encerrado en una cripta tenebrosa. Era un milagro que no se hubiera vuelto loco. Que fuera capaz de sentarse con él y hablar. No era de extrañar que le hubiese pedido comida. Privar a una persona de todos los placeres sensoriales era una tortura cruel y despiadada. Y entonces supo que iba a ayudarlo. No sabía muy bien cómo hacerlo, pero tenía que haber algún modo de liberarlo.— ¿Y si encontráramos el modo de sacarte de ahí?— Te aseguro que no hay ninguno.— Eres un tanto pesimista, ¿no? Harry lo miró divertido.— Estar atrapado durante dos mil años tiene ese efecto sobre las personas. Louis lo observó mientras acababa la comida, con la mente en ebullición. Suparte más optimista se negaba a escuchar su fatalismo, exactamente igual que él terapeuta que había en él se negaba a dejarlo marchar sin ayudarlo. Había jurado aliviar el sufrimiento de las personas, y él se tomaba sus juramentos muy en serio. Quien lo sigue, lo consigue. Y aunque tuviese que atravesar océanos o cruzar el mismo infierno, ¡encontraría el modo de liberarlo! Mientras tanto, decidió hacer algo que dudaba mucho que alguien hubiese hecho por él antes: iba a encargarse de que disfrutara de su libertad en Londres. Las otras personas lo habían mantenido encerrado en los confines de sus dormitorios o de sus vestidores, pero él no estaba dispuesto a encadenar a nadie.— Bien, entonces digamos que esta vez vas a ser tú el que disfrute. Harry alzó la mirada del cuenco con repentino interés.— Voy a ser tu sirviente — continuó Louis—. Haremos cualquier cosa que se te antoje. Y veremos todo lo que se te ocurra. Mientras tomaba un sorbo de vino, curvó los labios en un gesto irónico.— Quítate la camisa.— ¿Cómo? —preguntó Louis. Harry dejó a un lado la copa de vino y lo atravesó con una lujuriosa y candente mirada.— Has dicho que puedo ver lo que quiera y hacer lo que se me antoje. Bien, pues quiero verte desnudo y después quiero pasar la lengua por...— ¡Oye!, ¡relájate! —le dijo Louis con las mejillas ardiendo y el cuerpo abrasado por el deseo—. Creo que vamos a dejar claras unas cuantas reglas que tendrás que cumplir estés aquí. Número uno: nada de eso.— ¿Y por qué no? Sí, le exigió su cuerpo entre la súplica y el enfado. ¿Por qué no?— Porque no soy ningún gato callejero con el rabo alzado para que cualquier gato venga, me monte y se largue

=====

Capitulo 4

Capitulo 4

Harry alzó una ceja ante la cruda e inesperada analogía. Pero más que las

palabras, lo que le sorprendió fue el tono amargo de su voz. Debieron utilizarlo en el

pasado. No era de extrañar que se asustase de él.

Una imagen de Penélope le pasó por la mente y sintió una punzada de dolor en el pecho, tan feroz que tuvo que recurrir a su firme entrenamiento militar para no tambalearse.

Tenía muchos pecados que expiar. Algunos habían sido tan grandes que dos mil años de cautiverio no eran más que el principio de su condena.

No es que fuese un bastardo de nacimiento; es que, tras una vida brutal, plagada de desesperación y traiciones, había acabado convirtiéndose en uno.

Cerró los ojos y se obligó a alejar esos pensamientos. Eso era, nunca mejor dicho, historia antigua y esto era el presente. Louis era el presente.

Y estaba en el por él.

Ahora entendía lo que Niall quería decir cuando le habló sobre Louis. Por eso le convocaron. Para mostrarle a Louis que el sexo podía ser divertido.

Nunca antes se había encontrado en una situación semejante.

Mientras lo observaba, sus labios dibujaron una lenta sonrisa. Ésta sería la primera vez que tendría que perseguir a alguien para que lo aceptara.

Anteriormente, ninguno había rechazado su cuerpo.

Con la inteligencia de Louis y su testarudez, sabía que llevárselo a la cama sería un reto comparable al de tender una emboscada al ejército romano.

Sí, iba a saborear cada momento.

Igual que acabaría saboreándolo a él. Cada dulce y hermoso centímetro de su cuerpo.

Louis tragó saliva ante la primera sonrisa genuina de Harry. La sonrisa suavizaba su expresión y lo hacía aún más devastador.

¿Qué demonios estaría pensando para sonreír así?

Por enésima vez, sintió que se le subían los colores al pensar en su crudo discursito. No lo había hecho a propósito; en realidad no le gustaba desnudar sus sentimientos ante nadie, especialmente ante un desconocido.

Pero había algo fascinante en este hombre. Algo que él percibía de forma perturbadora. Quizás fuese el disimulado dolor que reflejaban de vez en cuando esos celestiales ojos verdes, cuando lo pillaba con la guardia baja. O tal vez fuesen sus años como psicólogo, que le impedían tener un alma atormentada en su casa y no prestarle ayuda.

No lo sabía.

El reloj de pared del recibidor de la escalera, dio la una.

- ¡Dios mío! -dijo asombrado por la hora-. Tengo que levantarme a las seis de la mañana.

- ¿Te vas a la cama?, ¿a dormir?

Si el humor de Harry no hubiese sido tan huraño, el espanto que mostró su rostro habría hecho reír a Louis de buena gana.

- Tengo que irme.

Harry frunció el ceño...

¿Dolorido?

- ¿Te ocurre algo? -preguntó Louis

Harry negó con la cabeza.

- Bueno, entonces voy a enseñarte el sitio donde vas a dormir y...

- No tengo sueño.

A Louis le sobresaltaron sus palabras.

- ¿Qué?

Harry lo miró, incapaz de encontrar las palabras exactas para describirle lo

que sentía. Llevaba atrapado tanto tiempo en el libro, que lo único que quería hacer

era correr o saltar. Hacer algo para celebrar su repentina libertad de movimientos.

No quería irse a la cama. La idea de permanecer tumbado en la oscuridad un

solo minuto más...

Se esforzó por volver a respirar.

- He estado descansando desde 1895 -le explicó-. No estoy muy seguro

de los años que han transcurrido, pero por lo que veo, han debido ser unos cuantos.

- Estamos en el año 2012 -le informó Louis-. Has estado «durmiendo»

durante ciento diecisiete años. -No, se corrigió él mismo. No había estado durmiendo.

Él le había dicho que podía escuchar cualquier conversación que tuviera lugar

cerca del libro; lo que significaba que había permanecido despierto durante su

encierro. Aislado. Solo.

Louis era la primera persona con la que había hablado, o estado cerca,

después de cien años.

Se le hizo un nudo en el estómago al pensar en lo que debía haber soportado.

Aunque la prisión de su timidez nunca había sido tangible para él, sabía lo que era

escuchar a la gente y no ser parte de ellos. Permanecer como un simple

espectador.

- Me gustaría poder quedarme despierto -dijo, reprimiendo un bostezo-.

De verdad; pero si no duermo lo suficiente, mi cerebro se convierte en gelatina y se

queda sin batería.

- Te entiendo. Al menos entiendo lo esencial, aunque no sé que son la

gelatina ni la batería.

Louis todavía percibía su desilusión.

- Puedes ver la televisión.

- ¿Televisión?

Cogió el cuenco vacío y lo limpió antes de regresar con Harry a la sala de

estar. Encendió el televisor y le enseñó a cambiar los canales con el mando a

distancia.

- Increíble -susurró él mientras hacía zapping por primera vez.

- Sí, es algo muy útil.

Eso lo mantendría ocupado. Después de todo, los hombres sólo necesitaban

tres cosas para ser felices: comida, sexo y un mando a distancia. Dos de tres

deberían mantenerlo satisfecho un rato.



- Bueno -dijo mientras se dirigía a las escaleras-. Buenas noches.

Al pasar a su lado, Harry le tocó el brazo. Y, aunque su roce fue muy ligero,

Louis sintió una descarga eléctrica.

Con el rostro inexpresivo, sus ojos dejaban ver todas las emociones que lo

invadían. Louis percibió su sufrimiento y su necesidad; pero sobre todo, captó su

soledad.

No quería quedarse solo.

Humedeciéndose los labios -se le habían secado de forma repentina-, dijo

algo increíble.

- Tengo otro televisor en mi habitación. ¿Por qué no ves allí lo que quieras,

mientras yo duermo?

Harry le dedicó una sonrisa tímida.

Fue tras él mientras subían las escaleras, totalmente sorprendido por el

hecho de que Louis lo hubiera comprendido sin palabras. Había tenido en cuenta su

necesidad de compañía, sin preocuparse de sus propios temores.

Eso le hizo sentir algo extraño hacia él. Una rara sensación en el estómago.

¿Ternura?

No estaba seguro.

Louis lo llevó hasta una enorme habitación presidida por una cama con

dosel, situada en la pared opuesta a la puerta de entrada. Enfrente de la cama había

una cómoda y, sobre ella, una ¿cómo lo había llamado Louis?, ¿televisión?

Observó cómo Harry paseaba por su dormitorio, mirando las fotografías que

había en las paredes y sobre los muebles; fotografías de sus padres y de sus

abuelos, de Niall y él en la facultad, y una del perro que tuvo cuando era

pequeño.

- ¿Vives solo? -le preguntó.

- Sí -dijo, acercándose a la mecedora que estaba junto a la cama. Su

pijama estaba sobre el respaldo. Lo cogió y después miró a Harry y a la toalla

verde que aún llevaba alrededor de sus esbeltas caderas. No podía dejar que se metiera en la cama con él de aquella forma.

Seguro que puedes.

No, no puedo.

¿Por favor?

¡Shh! Parte irracional de mí, cállate y déjame pensar.

Aún guardaba los pijamas de su padre en el dormitorio que había pertenecido a sus progenitores; allí estaban todas sus pertenencias y para Louis, era un lugar sagrado. Teniendo en cuenta la anchura de los hombros de Harry, estaba seguro de que las camisas no le servirían, pero los pantalones tenían cinturas ajustables y, aunque le quedasen cortos, al menos no se le caerían.

- Espera aquí -le dijo-. No tardaré nada.

Después de verlo marcharse como una exhalación, Harry se acercó a los ventanales y apartó las cortinas de encaje blanco. Observó las extrañas cajas

metálicas -que debían ser automóviles- mientras pasaban por delante de la casa con aquel zumbido tan extraño que no cesaba un instante, semejante al ruido del mar. Las luces iluminaban las calles y todos los edificios; se parecían a las antorchas que había en su tierra natal.

Qué insólito era este mundo. Extrañamente parecido al suyo y, aun así, tan diferente.

Intentó asociar los objetos que veía con las palabras que había escuchado a lo largo de las décadas; palabras que no comprendía. Como televisión y bombilla.

Y por primera vez desde que era niño, sintió miedo. No le gustaban los cambios que percibía, la rapidez con la que las cosas habían evolucionado en el mundo.

¿Cómo sería todo la siguiente vez que lo convocaran?

¿Podrían las cosas cambiar mucho?

O lo que era más aterrador, ¿y si jamás volvían a invocarlo?

Tragó saliva ante aquella idea. ¿Y si acababa atrapado durante toda la eternidad? Solo y despierto. Alerta. Sintiendo la opresiva oscuridad en torno a él, dejándolo sin aire en los pulmones mientras su cuerpo se desgarraba de dolor.

¿Y si no volvía a caminar de nuevo como un hombre? ¿O a hablar con otro ser humano, o a tocar a otra persona?

Esta gente tenía cosas llamadas ordenadores. Había escuchado al dueño de la librería hablar sobre ellos con los clientes. Y unos cuantos le habían dicho que, probablemente, los ordenadores sustituirían un día a los libros.

¿Qué sería de él entonces?

Vestido con su pijama de dormir azul con dibujos de zanahorias, Louis se detuvo en la habitación de sus padres, junto a la puerta de espejo del vestidor, donde guardó los anillos de boda el día posterior al funeral. Podía ver el débil resplandor del diamante marquise de medio quilate.

El dolor hizo que se le formara un nudo en la garganta; luchó contra las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos.

Con dieciocho años recién cumplidos en aquella época, había sido lo

suficientemente arrogante como para pensar que era una persona madura y capaz de hacer frente a cualquier cosa que la vida le pusiera por delante. Se había creído invencible. Y en un segundo, su vida se derrumbó.

La muerte le arrebató todo aquello que una vez tuvo: la seguridad, la fe, su creencia en la justicia y, sobre todo, el amor sincero de sus padres y su apoyo emocional.

A pesar de toda su vanidad juvenil, no había estado preparado para que le arrebataran por completo a toda su familia.

Y, aunque habían pasado cinco años, aún los echaba de menos. El dolor era muy profundo. El viejo dicho aquél, según el cual era mejor haber conocido el amor antes de perderlo, era un enorme fraude. No había nada peor que perder a las personas que te quieren y te cuidan en un accidente sin sentido.

Incapaz de enfrentar su ausencia, Louis había sellado la habitación tras el funeral, y lo había dejado todo tal y como estaba.

Abrió el cajón donde su padre guardaba los pijamas y tragó saliva. Nadie

había tocado estas cosas desde la tarde que su madre las dobló y las guardó.

Todavía recordaba la risa de su madre. Las bromas sobre el conservador

estilo de su padre, que siempre elegía pijamas de franela.

Peor aún, recordaba el amor que se profesaban.

Lo que daría él por encontrar la pareja perfecta, como les había sucedido a

ellos. Habían estado casados veinticinco años antes de morir, y su amor había

permanecido intacto desde el día que se conocieron.

No podía recordar un solo momento en que su madre no sonriera ante una

broma de su padre. Siempre iban cogidos de la mano como dos adolescentes, y se

robaban besos cuando creían que nadie los veía.

Pero él los veía.

Y ahora lo recordaba.

Quería ese tipo de amor. Pero por alguna razón, no había encontrado a un

hombre que lo dejase sin aliento. Un hombre que consiguiera que se le desbocara el corazón y que sus sentidos se tambalearan.

Un hombre sin el cual la vida no tuviese sentido.

- ¡Oh, mamá! -balbuceó, deseando que sus padres no hubiesen muerto

aquella noche.

Deseando...

No sabía qué. Lo único que quería era conseguir algo que le hiciese pensar

en el futuro. Algo que le hiciese feliz; de la misma forma que su padre había hecho

feliz a su madre.

Mordiéndose el labio, Louis cogió el pantalón de cuadros azul marino y

blanco, y salió corriendo de la habitación.

- Aquí tienes -dijo arrojándole la prenda a Harry y saliendo a toda prisa

hacia el cuarto de baño, en mitad del pasillo. No quería que él fuese testigo de sus

lágrimas. No volvería a mostrarse vulnerable delante de un hombre.



Harry cambió la toalla por los pantalones y se fue tras Louis. Había cerrado de un portazo la puerta más cercana a la habitación donde él se encontraba.

- Louis -lo llamó mientras abría la puerta con suavidad.

Se quedó paralizado al verlo llorar. Estaba en mitad de un cuarto de aseo

extraño, con dos lavamanos incrustados en la pared y una encimera blanca en la

cual se apoyaba. Se había tapado la boca con una toalla, en un intento de sofocar

sus desgarradores sollozos.

A pesar de su severa educación y de los dos mil años de autocontrol, Harry

se vio arrastrado por una oleada de compasión. Louis lloraba como si alguien le

hubiese roto el corazón.

Y eso lo hacía sentirse incómodo. Inseguro.

Apretando los dientes, alejó aquellos insólitos sentimientos. Si algo había

aprendido durante su infancia era a no ahondar en los problemas de los demás,

porque nunca traía nada bueno. No había que cuidar de nadie más que de uno

mismo. Cada vez que había cometido el error de interesarse por alguien, lo había pagado con creces.

Además, en esta ocasión no había tiempo. Nada de tiempo.

Cuanto menos tuviese que ver con las emociones y la vida de Louis, más fácil le resultaría volver a soportar su confinamiento.

Y, entonces, las palabras de Louis lo golpearon con fuerza, justo en mitad del pecho. Él lo había definido a la perfección: no era más que un gato dedicado a conseguir placer y después marcharse.

Se aferró con fuerza al tirador de la puerta. No era un animal. Él también tenía sentimientos.

O, al menos, solía tenerlos.

Antes de que pudiese reconsiderar sus acciones, entró en la estancia y lo abrazó. Louis le rodeó la cintura con los brazos y se apoyó en él como si se tratara de un salvavidas, mientras enterraba la cara en su pecho desnudo y sollozaba. Todo

su cuerpo temblaba.

Algo muy extraño se abrió paso en el interior de Harry. Un profundo anhelo

que no sabía muy bien como definir.

Jamás en su vida había consolado a una persona que lloraba. Se había

acostado con tantas que no podía recordarlo; pero nunca, jamás, había abrazado a

una persona como estaba abrazando a Louis. Ni después de hacer el amor. Una vez

acababa con su pareja de turno, se levantaba, se limpiaba y buscaba algo con qué

entretenerse hasta que fuese requerido de nuevo.

Incluso antes de la maldición, jamás había demostrado ternura por nadie. Ni

por su esposa.

Como soldado, había sido entrenado desde que tenía uso de razón para

mostrarse feroz, frío y duro.

«Vuelve con tu escudo, o sobre él». Ésas fueron las palabras de su madrastra

el día que lo agarró del pelo y lo echó de su casa para que comenzara el

entrenamiento militar, a la tierna edad de siete años.

Su padre había sido aún peor. Un legendario comandante espartano que no toleraba muestras de debilidad. Ni de emoción. El tipo se había encargado, látigo en mano, de que la infancia de Harry llegase a su fin, enseñándolo a ocultar el dolor.

Nadie podía ser testigo de su sufrimiento.

Hasta el día de hoy, aún podía sentir el látigo sobre la piel desnuda de su espalda, y escuchar el sonido que hacía el cuero al cortar el aire entre golpe y golpe.

Podía ver la burlona mueca de desprecio en el rostro de su padre.

- Lo siento -murmuró Louis sobre su hombro, devolviéndole al presente.

Louis alzó la cabeza para poder mirarle. Tenía los ojos azules brillantes por las lágrimas y parecían resquebrajar la capa que recubría su corazón, congelado desde hacía siglos por necesidad y por obligación.

Incómodo, Harry se alejó de él.

- ¿Te sientes mejor?

Louis se limpió las lágrimas y se aclaró la garganta. No sabía por qué había

ido Harry tras él, pero había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien

lo consoló mientras lloraba.

- Sí -murmuró-. Gracias.

Harry no respondió.

En lugar de ser el hombre tierno que lo abrazaba instantes antes, había vuelto

a ser el Señor Estatua; todo su cuerpo estaba rígido y no daba muestras de

emoción.

Dejando escapar un suspiro iracundo, y pasó a su lado.

- No me habría puesto así si no estuviese tan cansado y quizás todavía un

poco achispado. Necesito dormir.

Sabía que Harry iría tras él, así que volvió resignadamente a su habitación y se

metió en la cama de madera de pino, acurrucándose bajo el grueso edredón. Sintió

cómo el colchón se hundía bajo el peso de Harry un instante después.

Su corazón se aceleró ante la repentina calidez del cuerpo del hombre junto al suyo. Y la cosa empeoró cuando él se acurrucó a su espalda y le pasó una larga y musculosa pierna sobre la cintura.

- ¡Harry! -gritó con una nota de advertencia al sentir su erección contra la cadera-. Creo que sería mejor que te quedaras en tu lado de la cama, mientras yo me quedo en el mío.

No pareció prestar atención a sus palabras, puesto que inclinó la cabeza y dejó un pequeño rastro de besos sobre su cuello.

- Pensaba que me habías llamado para aliviar el dolor de tus partes bajas -  
le susurró en el oído.

Con el cuerpo al rojo vivo debido a su proximidad, y al aroma a sándalo que le embotaba la cabeza, Louis se sonrojó al escucharle repetir las palabras que le dijera a Niall.

- Mis partes bajas se encuentran en perfecto estado, y muy felices tal y

como están.

- Te prometo que yo conseguiré que estén mucho, mucho más felices.

¡Oh!, no le cabía la menor duda.

- Si no te comportas, te echaré de la habitación.

Entonces lo miró y vio la incredulidad reflejada en los ojos verdes.

- No entiendo por qué vas a echarme -le dijo.

- Porque no voy a utilizarte como si fueses un muñeco sin nombre, que no

tiene más razón de ser que servirme. ¿De acuerdo? No quiero tener ese tipo de

intimidad con un hombre al que no conozco.

Con una mirada preocupada, Harry se apartó finalmente de él y se tumbó

en la cama.

Louis respiró profundamente para intentar que su acelerado corazón se

relajara, y poder apagar el fuego que le hacía hervir la sangre. Resultaba muy duro

decirle que no a este hombre.

¿Crees realmente que vas a ser capaz de dormir con este tipo a tu lado? ¿Es

que tienes una piedra por cerebro?

Cerró los ojos y recitó su aburrida letanía. Tenía que dormir. No había sitio

para los «y si...» ni para los «pero...». Ni tampoco para Harry.

Harry colocó las almohadas de modo que le sirvieran de respaldo, y miró a

Louis. Ésta iba a ser, en su excepcionalmente larga vida, la primera vez que pasara

una noche junto a alguien sin hacerle el amor.

Era inconcebible. Nadie lo había rechazado antes.

Louis se dio la vuelta en aquel momento y le dio un mando a distancia, como el

que le había enseñado en la sala. Apretó un botón y encendió la televisión, después

bajó el volumen de la gente que hablaba.

- Esto es para la luz -dijo apretando otro botón. De inmediato, las luces se

apagaron, dejando que fuera el televisor el que iluminara débilmente las sombras de

la habitación-. No me molestan los ruidos, así es que no creo que me despiertes -



le dio el mando a distancia-. Buenas noches, Harry Styles.

- Buenas noches, Louis -susurró observando como se acurrucaba para dormir.

Dejó el mando a un lado y, durante un buen rato, se dedicó a mirarlo mientras

la luz procedente del televisor parpadeaba sobre los relajados ángulos de su rostro.

Supo el momento exacto en el que se durmió, por la uniformidad de su

respiración. Sólo entonces se atrevió a tocarlo. Se atrevió a seguir con la yema de

un dedo la suave curva de su pómulos.

Su cuerpo reaccionó con tal violencia que tuvo que morderse el labio para no

soltar una maldición. El fuego se había extendido por su sangre.

Había conocido numerosos dolores durante toda su vida: primero el dolor de

estómago cuando necesitaba comer, después la sed de amor y respeto, y por último

el dolor exigente de su miembro cuando ansiaba la humedad resbaladiza del cuerpo

de una persona. Pero jamás, jamás, había experimentado algo semejante a lo que

sentía ahora.

Era un hambre tan voraz, una sensación tan potente, que amenazaba hasta su cordura.

Sólo podía pensar en separarle los cremosos muslos y hundirse profundamente en él. En deslizarse dentro y fuera de su cuerpo una y otra vez, hasta que ambos alcanzaran el clímax al unísono.

Pero eso jamás llegaría a suceder.

Se alejó de él a una distancia prudente, desde donde no pudiese oler su suave aroma, ni sentir el calor de su cuerpo bajo el edredón.

Podría proporcionarle placer durante días, sin detenerse, pero él jamás encontraría la paz.

- Maldito seas, Príapo -gruñó. Era el dios que le había maldecido, hundiéndolo en este miserable destino-. Espero que Hades te esté dando lo que te mereces.

Una vez aplacada su ira, suspiró y se dio cuenta que las Parcas y las Furias

se estaban encargando de lo propio con él.

Louis se despertó con una extraña sensación de calidez y seguridad. Un

sentimiento que no había experimentado desde hacía años.

De pronto, sintió un beso muy dulce sobre los párpados, como si alguien

estuviese acariciándola con los labios. Unas manos fuertes y cálidas le tocaban el

pelo.

¡Harry!

Se incorporó tan rápido que se golpeó con su cabeza. Hasta sus oídos llegó

el gemido de dolor de Harry. Frotándose la frente, abrió los ojos y vio que él lo

observaba con el ceño fruncido y obviamente molesto.

- Lo siento -se disculpó mientras se sentaba-. Me sobresaltaste.

Harry abrió la boca y se tocó los dientes con el pulgar para comprobar si el

golpe los había aflojado.

Aquello fue peor aún para Louis, puesto que no pudo evitar contemplar el

roce de su lengua sobre los dientes. Y la visión de esos blanquísimos dientes, increíblemente rectos, que a ella le gustaría tener mordisqueándole...

- ¿Qué quieres para desayunar? -le preguntó para alejarse un poco de sus pensamientos.

La mirada de él descendió.

Siguiendo la dirección de sus ojos, Louis se dio cuenta de que, desde donde él estaba sentado, podría ver todo su cuerpo.

Antes de que pudiera moverse, Harry tiró de él, hasta sentarlo sobre sus muslos y reclamó sus labios.

Louis gimió de placer bajo el asalto de su boca, mientras su lengua le hacía las cosas más escandalosas. La cabeza comenzó a girarle con la intensidad del beso y con el cálido aliento de Harry mezclándose con el suyo.

Y pensar que nunca le había gustado besar...

¡Debía estar loco!

Los brazos de Harry intensificaron su abrazo. Miles de llamas lamían su

cuerpo, encendiéndolo e incitándolo, mientras se agrupaban en una zona: entre las nalgas, donde quería tenerle.

Sus labios lo abandonaron para trazar con la lengua un rastro hasta su

garganta, dibujando húmedos círculos sobre el mentón, el lóbulo de la oreja y

finalmente el cuello.

¡El tipo parecía conocer todas las zonas erógenas del cuerpo!

Mejor aún, sabía cómo usar las manos y la lengua para masajearlas hasta

obtener el máximo placer.

Exhaló el aire suavemente sobre su oreja y, de inmediato, un escalofrío lo

recorrió de arriba a abajo; cuando pasó la lengua por el lóbulo, todo su cuerpo

comenzó a temblar.

Un hormigueo le recorrió el pecho, que al instante hizo que sus pezones se endurecieran,

sobresaliendo como duros montículos que clamaban por ser besados.

- Harry -gimió, incapaz de reconocer su voz. Su mente le pedía que se

detuviera, pero las palabras se quedaron atravesadas en la garganta.

Había mucho poder en sus caricias. Mucha magia. Le hacía ansiar,

dolorosamente, mucho más.

Se dio la vuelta con Louis en brazos y lo aprisionó contra el colchón. Incluso a

través del pijama, Louis percibía su erección, su miembro duro y ardiente que

presionaba sobre la cadera, mientras con las manos le aferraba las nalgas y

respiraba entrecortadamente junto a su oreja.

- Tienes que parar -consiguió decirle al fin con voz débil.

- ¿Parar el qué? -le preguntó-. ¿Esto? -y trazó con la lengua el laberinto

de su oreja. Louis siseó de placer. Los escalofríos se sucedían y, como si se tratase

de ascuas al rojo vivo, abrasaban cada centímetro de su piel. Sus pezones se

endurecieron aún más bajo el cuerpo de Harry-. ¿O esto? -e introdujo una mano

bajo la cinturilla elástica de sus bóxers para tocarle donde más lo deseaba.

Louis se arqueó en respuesta a sus caricias y clavó los dedos en las sábanas

ante la sensación de sus manos entre las piernas. ¡Dios, este hombre era increíble!

Harry comenzó a acariciar en círculos su miembro, utilizando un solo

dedo, haciendo que se consumiera antes de introducirle dos dedos hasta el fondo en su entrada.

Mientras rodeaba, acariciaba y atormentaba su interior, comenzó a

masajearle muy suavemente su miembro con el pulgar.

- ¡Ooooh! -gimió Louis, echando la cabeza hacia atrás por la intensidad

del placer.

Se aferró a Harry, mientras él continuaba su implacable asalto utilizando sus

manos y su lengua, dándole placer. Totalmente fuera de control, Louis se frotaba de

forma desinhibida contra él, ansiando su pasión, sus caricias.

Harry cerró los ojos y saboreó el olor del cuerpo de Louis bajo el suyo; la

sensación de sus brazos envolviéndolo. Era suyo. Podía sentirle temblar y latir

alrededor de su mano, mientras su cuerpo se retorció bajo sus caricias.

En cualquier momento llegaría al clímax.

Con ese pensamiento ocupando su mente por completo, le quitó la camisa e inclinó la cabeza hasta atrapar un duro pezón y succionar suavemente toda la areola, deleitándose en la sensación de la rugosa piel bajo su lengua.

No recordaba que una persona supiese tan bien como él.

Su sabor se le quedaría grabado a fuego en la mente, jamás podría olvidarlo.

Y estaba completamente preparado para recibirlo: ardiente, húmedo y muy estrecho; exactamente como a él le gustaba.

Rasgó de un tirón la pequeña prenda que se ceñía a las caderas de Louis, y que le impedía un acceso total a aquel lugar que se moría por explorar completamente.

Y en toda su profundidad.

Louis escuchó cómo rompía los bóxers, pero no fue capaz de detenerlo. Su voluntad ya no le pertenecía; había sido engullida por unas sensaciones tan intensas, que lo único que quería era encontrar alivio.



¡Tenía que conseguirlo!

Alzando los brazos, enterró las manos en el pelo de Harry, incapaz de

permitir que se alejara, aunque sólo fuese por un segundo.

Harry se quitó los pantalones a tirones y le separó las nalgas.

Con el cuerpo envuelto en puro fuego, Louis aguantó la respiración mientras

él colocaba su largo y duro cuerpo entre su entrada.

La punta de su miembro presionaba justo sobre el centro de su entrada.

Louis se acercó aún más, aferrándose a sus amplios hombros.

Deseaba sentirlo dentro con una desesperación tal, que desafiaba a todo

entendimiento.

Y de repente, sonó el teléfono.

Louis dio un respingo al escucharlo, y su mente recobró repentinamente el

control

- ¿Qué es ese ruido? -gruñó Harry.

Agradecido por la interrupción, Louis salió como pudo de debajo de Harry; le

temblaban las piernas y le ardía todo el cuerpo.

- Es un teléfono -dijo, antes de inclinarse hacia la mesita de noche y coger

el auricular.

La mano no dejaba de temblarle mientras se lo acercaba a la oreja.

Lanzando una maldición, Harry se puso de lado.

- Niall, gracias a Dios que eres tú -dijo Louis, tan pronto como escuchó

su voz. ¡En ese momento agradecía muchísimo la habilidad que tenía Niall de

saber el momento preciso en que llamar!

- ¿Qué pasa? -preguntó su amigo.

- Deja de hacer eso -le espetó a Harry que, en ese instante, se dedicaba a

lamerle las nalgas en un movimiento descendente...

- Pero si no estoy haciendo nada -le dijo Niall.

- Tú no, Niall.

El silencio cayó sobre el otro extremo de la línea.

- Escucha -le dijo Louis a Niall con una dura advertencia en la voz-.

Necesito que busques entre la ropa de Bill y traigas unas cuantas cosas. Ahora.

- ¡Funcionó! -el agudo chillido estuvo a punto de perforarle el tímpano-.

¡Ay, Dios mío! ¡Funcionó!, ¡no puedo creerlo! ¡Voy para allá!

Louis colgó el teléfono justo cuando la lengua de Harry bajaba desde sus

nalgas hacia...

- ¡Para ya!

Él se echó hacia atrás y lo miró con el ceño fruncido, estupefacto.

- ¿No te gusta que te haga eso?

- Yo no he dicho eso -contestó antes de poder detenerse.

Harry se acercó de nuevo a él.

Louis bajó de un salto de la cama.

- Tengo que irme a trabajar.

Harry se apoyó en un brazo, tendido sobre un costado, y lo observó mientras recogía los pantalones del pijama y se los arrojaba. Los agarró con una mano mientras sus ojos se movían, perezosamente, sobre el cuerpo de Louis.

- ¿Por qué no llamas para decir que estás enfermo?

- ¿Que estoy enfermo? -repitió-. ¿Y tú cómo conoces ese truco?

Él se encogió de hombros.

- Ya te lo he dicho. Puedo escuchar mientras estoy encerrado en el libro. Por eso puedo aprender idiomas y entender los cambios en la sintaxis.

Con la misma elegancia de una pantera que se endereza tras estar

agazapada, Harry apartó el edredón y salió lentamente de la cama. No llevaba los pantalones. Y su miembro estaba totalmente erecto.

Hipnotizado, Louis fue incapaz de moverse.

- No hemos acabado -dijo él con la voz ronca, mientras se acercaba a Louis

- ¡Pues claro que sí! -le contestó Louis, y huyó al cuarto de baño,

encerrándose allí tras echar el pestillo a la puerta.

Con los dientes apretados, Harry tuvo la repentina necesidad de golpearse la cabeza contra la pared de tan frustrado como se sentía. ¿Por qué tenía que ser tan testarudo?

Se miró el miembro rígido y soltó un juramento.

- ¿Y tú no puedes comportarte durante cinco minutos al menos?

Louis se dio una larga ducha fría. ¿Qué tenía Harry que hacía que su sangre literalmente hirviera? Incluso ahora podía sentir el calor de su cuerpo sobre él.

Sus labios sobre...

- ¡Para, para, para!

No era un ninfómana sin control sobre sí mismo. Era un licenciado en

Filosofía, con un cerebro; y sin hormonas.

Pero aun así, sería extremadamente fácil olvidarse de todo y pasar todo el mes en la cama con Harry.

- Muy bien -se dijo a sí mismo-. Supongamos que te metes en la cama

con él un mes. Y luego, ¿qué? -Se enjabonó el cuerpo mientras la irritación

desvanecía los últimos rescoldos de su deseo-. Yo te diré qué pasará después. Él

se irá y tú, colega, te quedarás solo otra vez.

» ¿Te acuerdas de lo que ocurrió cuando Paul se marchó? ¿Te acuerdas de

cómo te sentías cuando te paseabas por la habitación, con el estómago revuelto

porque habías permitido que te utilizara? ¿Te acuerdas de la humillación que

sentías?

Pero aún peor que esos recuerdos, era la imagen de Paul burlándose de él

a carcajadas con sus amigos, mientras recogía el dinero de la apuesta. Cómo

deseaba poder abrir la puerta de su apartamento de una patada y golpearlo hasta hacerlo pedazos.

No, no dejaría que nadie más lo utilizara.

Le había costado años superar la crueldad de Paul, y no tenía ningún deseo

de arruinar lo que había conseguido por un capricho. ¡Aunque fuese un fabuloso capricho!

No, no y no. La próxima vez que se entregara a un hombre, sería con uno que estuviese unido a ella. Alguien que lo cuidara.

Alguien que no dejase a un lado su dolor y continuase usando su cuerpo

buscando su propio placer, como si él no importara nada -pensaba, mientras los

recuerdos reprimidos regresaban a la superficie. Paul se había comportado como si

él no hubiese estado presente. Como si no hubiese sido más que un muñeco sin

emociones, diseñado sólo para proporcionarle placer.

Y no estaba dispuesto a dejar que lo volviesen a tratar así, especialmente si

se trataba de Harry.

Jamás.

Harry bajó las escaleras, maravillado por la brillante luz del sol que entraba

por las ventanas. Le resultaba divertido el hecho de que la gente diese por sentado

esos pequeños detalles. Recordaba la época en la que no se fijaba en algo tan simple como una mañana soleada.

Y ahora, cada una de ellas era un verdadero regalo de los dioses. Un regalo que tenía toda la intención de degustar durante el mes que tenía por delante, hasta que estuviese obligado a regresar a la oscuridad.

Con el corazón agobiado, se dirigió a la cocina, hacia el armario donde Louis guardaba la comida. Al abrir la puerta le sorprendió la frialdad. Alargó la mano y dejó que el aire frío le acariciara la piel. Increíble.

Sacó varios recipientes, pero no pudo leer las etiquetas.

- No comas nada que no puedas identificar -se recordó a sí mismo,

mientras pensaba en algunas de las asquerosidades que había visto a la gente comer a lo largo de los siglos.

Se inclinó hacia delante y rebuscó hasta encontrar un melón en uno de los cajones inferiores. Lo llevó a la encimera del centro de la cocina, cogió un cuchillo



largo del soporte, donde Louis tenía al menos una docena de ellos, y lo partió por la mitad.

Cortó un trozo y se lo introdujo en la boca.

Cuando el delicioso jugo inundó sus papilas gustativas, gruñó de satisfacción.

La dulce pulpa hizo que su estómago rugiera con una feroz exigencia. La garganta le pedía, con una sensación cercana al dolor, que le proporcionara un poco más de aquel relajante dulzor.

Era tan estupendo volver a tener comida... Tener algo con lo que apagar la sed y el hambre.

Antes de poder detenerse, dejó el cuchillo a un lado y comenzó a partir el melón con las manos, llevándose los trozos a la boca tan rápido como podía.

¡Por los dioses!, estaba tan hambriento... Tenía tanta sed...

No fue consciente de lo que hacía hasta que se descubrió desgarrando la cáscara.

Se quedó paralizado al ver sus manos cubiertas con el jugo del melón, y los

dedos curvados como las garras de cualquier animal.

«Date la vuelta, Harry y mírame. Ahora sé un buen chico y haz lo que te

ordeno. Tócame aquí. Mmm... sí, eso es. Buen chico, buen chico. Házmelo bien y te

traeré de comer en un momento.»

Harry se encogió de temor ante la repentina invasión de los recuerdos de su

última invocación. No era de extrañar que se comportara como un animal; le habían

tratado como tal durante tanto tiempo que apenas recordaba cómo ser un hombre.

Al menos, Louis no le había encadenado a la cama.

Todavía.

Asqueado, echó un vistazo alrededor de la cocina, mientras daba gracias

mentalmente por el hecho de que Louis no hubiese presenciado su pérdida

momentánea de control.

Con la respiración entrecortada, cogió la mitad del melón y lo echó al

recipiente donde había visto a Louis tirar la basura la noche anterior. Después, abrió el grifo del fregadero y se lavó para desprenderse de la pegajosa pulpa.

Tan pronto como el agua fresca le rozó la piel, suspiró de placer. Agua. Fría y pura. Era lo que más echaba de menos durante su confinamiento. Lo que más anhelaba, hora tras hora, mientras su reseca garganta ardía de dolor.

Dejó que el agua se deslizara por su piel antes de capturarla con las manos ahuecadas y beber directamente de ellas. Se chupó los dedos. Era maravillosamente relajante la sensación de sentir el frescor en la boca y después notar cómo bajaba por la garganta, calmando su sed. Lo único que deseaba en ese momento era meterse en el fregadero y dejar que el agua se deslizara por todo su cuerpo.

Dejar que...

Escuchó que alguien golpeaba suavemente la puerta y, al instante, un ruido de pasos que descendían por la escalera. Cerró el grifo y cogió el trapo seco que

había junto al fregadero para secarse las manos y la cara.

Cuando volvió a la encimera para recoger los restos del melón, reconoció la

voz de Niall.

- ¿Dónde está?

Harry agitó la cabeza ante el entusiasmo del amigo de Louis. Eso era lo

que había esperado de Louis.

Los dos entraron a la cocina. Harry alzó la mirada y se encontró con

unos ojos azules.

- ¡Jesús, María y José! -balbució Niall.

Louis cruzó los brazos sobre el pecho, en sus ojos brillaba una mezcla de ira

y diversión.

- Harry, él es Niall.

- ¡Jesús, María y José! -repitió su amigo.

- ¿Niall? -preguntó Louis, moviendo la mano ante los ojos de su

boquiabierto amigo, que ni siquiera parpadeó.

- ¡Jesús, Ma...!

- ¿Vas a dejarlo ya? -la reprendió Louis.

Niall dejó que la ropa que llevaba en las manos cayera directa al suelo y

dio una vuelta completa alrededor de Harry para poder ver su cuerpo desde todos

los ángulos. Sus ojos comenzaron por la cabeza y descendieron hasta los dedos de

los pies.

Harry apenas pudo suprimir la ira ante semejante escrutinio.

- ¿Te gustaría mirarme los dientes tal vez, o prefieres que me baje los

pantalones para que puedas inspeccionarme más a gusto? -le preguntó con más

malicia de la que había pretendido en un principio. Después de todo, él estaba,

técnicamente, de su parte.

Si cerrase la boca y dejara de mirarlo de aquel modo... Nunca había

soportado ser el centro de esas desmedidas muestras de atención.

Niall alargó la mano, inseguro, para tocarle el brazo.

- ¡Uuuh! -se burló él, consiguiendo que Niall diera un respingo.

Louis soltó una carcajada.

Niall frunció el ceño y les dedicó a ambos una furiosa mirada.

- Muy bien, ¿están intentando reírse de mí?

- Te lo mereces -le dijo Louis mientras cogía un trozo de melón recién

cortado por Harry y se lo llevaba a la boca-. Por no mencionar que tú vas a

ocuparte de él durante el día de hoy.

- ¿Qué? -preguntaron Harry y Niall al unísono.

Louis se tragó el bocado.

- Bueno, no puedo llevarlo conmigo a la consulta, ¿no?

Niall sonrió con malicia.

- Apuesto a que Lisa y tus pacientes femeninas estarían encantadas.

- Exactamente igual que el chico que tiene cita a las ocho. No obstante, no

creo que fuese muy productivo.

- ¿No puedes cancelar las citas? -preguntó Niall.

Harry estuvo de acuerdo. No le apetecía en absoluto mostrarse en un sitio

público. La única parte de la maldición que encontraba remotamente tolerable era el

hecho de que la mayoría de sus invocadoras lo mantenían oculto en sus estancias

privadas o en los jardines.

- Sabes perfectamente por qué -contestó Louis-. No tengo un maridito

abogado que me mantenga. Además, no creo que a Harry le guste quedarse solo en

casa todo el día, sin nada que hacer. Estoy seguro de que le encantará salir y

conocer la ciudad.

- Preferiría quedarme aquí contigo -dijo Harry.

Porque lo que realmente le apetecía era verlo retorcerse otra vez bajo su

cuerpo, mientras lo hacía chillar de placer.

Louis quedó atrapado en su mirada, y Harry reconoció el deseo que brillaba

en las profundidades azules de sus ojos. En ese instante, descubrió lo que se proponía. Se iba a trabajar para evitar quedarse a solas con él.

Bien, tarde o temprano tendría que regresar a casa.

Y, entonces, sería suyo.

Y una vez se rindiera, iba a demostrarle la resistencia y la pasión que poseía

un soldado Macedonio entrenado en el ejército Espartano.

.

.

.

Chicas, ya cheque y en la compu si me aparecen bien los capitulos, comenten si les aparecen bien porfa

=====

Capitulo 5

Capitulo 5

La mañana pareció transcurrir muy lentamente con la habitual ronda de citas.



Por mucho que intentase concentrarse en sus pacientes y sus problemas, no lo lograba.

Una y otra vez, su mente volvía a recordar una piel blanca y unos maravillosos ojos verdes.

Y una sonrisa...

Cómo desearía que Harry no le hubiese sonreído jamás. Esa sonrisa podía muy bien ser su perdición.

-...y entonces le dije: «Dave, mira, si quieres ponerte mi ropa, de acuerdo.

Pero no toques mis vestidos de diseño, porque cuando te los pones, me doy cuenta de que te quedan mejor que a mí, y me dan ganas de dárselos todos al Ejército de Salvación.» ¿Hice bien, doctor?

Louis alzó la vista del cuaderno donde garabateaba bocetos de hombres

«contentos» con lanzas en ristre.

- ¿Qué decías, Rachel? -le preguntó a la paciente, sentada en el sillón

justo enfrente de él.

La mujer era una fotógrafa elegantemente vestida.

- ¿Estuvo bien lo de decirle a Dave que no se pusiera mi ropa? A ver, joder,

no sienta muy bien que a tu novio le quede tu ropa mejor que a ti, ¿no?

Louis asintió.

- Por supuesto. Es tu ropa y no tendrías por qué cerrar tu vestidor con llave.

- ¿Lo ve? ¡Lo sabía!, eso fue lo que le dije. ¿Pero acaso me escuchó? No. Él

puede llamarse Davida siempre que quiera, y decirme que es una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre; pero cuando aterriza, me escucha como lo hacía mi

exmarido. Juraría...

Louis miró inadvertidamente la hora... otra vez. Casi había acabado con

Rachel.

- Ya sabes, Rachel -le dijo, cortándola antes de que pudiese comenzar su

consabida arenga sobre los hombres y sus irritantes costumbres-, quizás

deberíamos dejar el tema para el lunes, cuando tengamos la sesión conjunta con

Dave, ¿no crees?

Rachel asintió.

- Estupendo. Pero recuérdeme el lunes que le hable sobre Chico.

- ¿Chico?

- El chihuahua que vive en el apartamento de al lado. Juraría que ese perro

me ha echado el ojo.

Louis frunció el ceño. No era posible que Rachel insinuase lo que ella estaba

imaginado que en el fondo quería decir.

- ¿El ojo?

- Ya sabe, el "ojo". Puede que parezca un chucho, pero ese perro sólo piensa

en el sexo. Cada vez que paso a su lado, me mira la falda. Y no se imagina lo que

hace con mis zapatillas de deporte. Ese perro es un perverso.

- Vale -contestó Louis, interrumpiéndola de nuevo. Empezaba a sospechar

que no podía hacer nada con Rachel, y su obsesión acerca de que todos los

hombres del mundo se morían por poseerla-. Definitivamente, nos ocuparemos de desentrañar el enamoramiento que ese Chihuahua siente por ti.

- Gracias doctor. Es usted es el mejor -Rachel recogió su bolso del suelo

y se encaminó hacia la puerta.

Louis se frotó la frente mientras las palabras de Rachel aún resonaban en su cabeza. ¿Un chihuahua? ¡Jesús!

Pobre Rachel. Tenía que haber algún modo de ayudar a esta pobre mujer.

Aunque, por otro lado, era preferible tener a un chihuahua lanzando miradas lujuriosas a tu falda, que a un esclavo griego.

- Ay, Niall -resopló-, ¿cómo consigues meterme en estos líos?

Antes de poder hilar ese pensamiento, sonó el zumbido del intercomunicador.

- ¿Sí, Lisa?

- Su cita de las once ha sido cancelada, y durante la hora de la señorita

Thibideaux, su amigo Niall Horan ha llamado seis docenas de veces; y no estoy exagerando, ni bromeando. Ha dejado una cantidad impresionante de mensajes

para que lo llame al móvil tan pronto como sea posible.

- Gracias, Lisa.

Cogió el teléfono y marcó el número de Niall.

- ¡Uf, gracias a Dios! -exclamó su amigo antes de que Louis pudiese

pronunciar palabra-. Mueve el culo hasta aquí y llévate a tu novio a tu casa. ¡Ahora mismo!

- No es mi novio, es tu...

- ¡Ah!, ¿quieres saber lo que es? -le preguntó Niall con un tono

histórico-. Es un jodido imán de estrógenos, eso es lo que es. Estoy rodeada de

una multitud de personas en este mismo momento. Sunshine está encantada, porque está vendiendo más cerámica de la que ha vendido en su vida. He intentado llevar a Harry de vuelta a tu casa esta mañana, pero no he podido abrir un huequecito en semejante muchedumbre. Te juro que si lo ves, pensarías que hay un famoso. Es la primera vez que soy testigo de algo así. Y ahora, ¡mueve el culo y ven a ayudarme!

Y colgó.

Louis maldijo su suerte y le pidió a Lisa, a través del intercomunicador, que

cancelara todas las citas pendientes para el resto del día.

Tan pronto como llegó a la plaza, entendió lo que Niall había querido

decirle. Habría unas veinte personas rodeando a Harry, y docenas más boquiabiertas al pasar cerca del tenderete.

Las que estaban más cerca de él, se empujaban a codazos tratando de llamar su atención.

Pero lo más increíble de todo era contemplar a las tres mujeres que le pasaban los brazos por la cintura, mientras otra les hacía una foto.

- Gracias -ronroneó una de ellas, cuya edad rondaría los treinta y cinco, dirigiéndose a Harry mientras le arrebatava la cámara a la chica que acababa de hacer la instantánea. La sostuvo delante del pecho en un intento de atraer la atención de Harry, pero él no pareció interesado en lo más mínimo-. Esto es simplemente maravilloso -continuó babeando-. No puedo esperar a llegar a casa y enseñársela a mi grupo de novela. Jamás me creerán cuando les cuente que me he encontrado con un modelo de portada de novela romántica en el Barrio Francés.

Había algo en la rigidez de Harry que le decía que no le gustaba la atención que despertaba. Pero tenía que admitir que no se comportaba de forma abiertamente maleducada.

No obstante, la sonrisa no le llegaba a los ojos; y la que tenía en esos

momentos no se parecía en nada a la que le había dedicado a él la noche anterior.

- Un placer -les contestó.

Las risitas que siguieron al comentario fueron ensordecedoras. Louis agitó la

cabeza totalmente incrédulo. ¡Chicas, un poco de dignidad...!

Y de nuevo, observando el rostro de Harry, su cuerpo y su sonrisa, le

sobrevino aquella sensación de vértigo, tan habitual desde que le viera por primera vez.

¿Cómo iba a culparlas por comportarse como adolescentes a la puerta de un

concierto en un centro comercial?

De repente, Harry miró más allá de la marea de admiradoras y lo vio. Louis

arqueó una ceja, indicándole que encontraba la situación bastante divertida.

Al instante, la sonrisa se borró de su rostro y clavó los ojos en él como un

hambriento depredador que acaba de encontrar su próxima comida.

- Si me disculpan -dijo, abriéndose paso entre las mujeres y dirigiéndose

directamente hacia Louis.

Louis tragó saliva al percibir la instantánea hostilidad de las mujeres, que

fruncieron el ceño en masa, observándolo.

Pero fue mucho peor el repentino y crudo arrebató de deseo que la recorrió

por completo, e hizo que su corazón comenzara a latir descontrolado. Con cada

paso que Harry daba hacia él, la sensación se multiplicó por diez.

- Saludos, agapimenei (NOTA: agapimenei significa querida/o en griego clásico) -dijo Harry, alzándole la mano para depositar un beso sobre los nudillos.

Una ardiente descarga eléctrica recorrió su espalda y, antes de que pudiese

moverse, él lo arrastró hacia sus brazos y le dio un tórrido beso que le desgarró el

alma.

Cerró los ojos de forma instintiva y saboreó la calidez de su boca y de su

aliento; la sensación de sus brazos rodeándolo con fuerza contra su pecho, duro

como una roca. La cabeza comenzó a darle vueltas.

¡Uf, ciertamente este hombre sabía cómo dar un beso! Harry tenía una forma

de mover los labios que desafiaba cualquier posible explicación.



Y su cuerpo... Louis nunca había sentido nada parecido a esos músculos

esbeltos y duros flexionándose a su alrededor.

Una de las «admiradoras» susurró un apenas audible ¡Lagarta!, que rompió el

hechizo.

- Harry, por favor -murmuró-. La gente nos mira.

- ¿Y a ti te importa?

- ¡Pues claro!

Harry separó sus labios de los de Louis con un gruñido, y volvió a dejarlo

sobre el suelo. Sólo entonces, fue consciente de que lo había estado sosteniendo,

aparentemente sin mucho esfuerzo.

Con las mejillas al rojo, Louis captó las miradas envidiosas de las mujeres

mientras se dispersaban.

Harry se apartó y dio un paso hacia atrás; su rostro mostraba a las claras lo

poco dispuesto que estaba a mantenerse alejado.

- Por fin -dijo Niall con un suspiro-. De nuevo puedo oír -dijo agitando

la cabeza-. Si hubiese sabido que iba a funcionar, yo mismo le habría besado.

Louis le dedicó una sonrisilla satisfecha.

- Bueno, tú eres él culpable.

- ¿Cómo dices? -le preguntó Niall.

Louis señaló la ropa de Harry con un gesto de la mano.

- Mira cómo va vestido. No puedes mostrar en público a un dios griego con

unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes dos tallas más pequeña de la que necesita.  
¡Jesús, Niall!, ¿en qué estabas pensando?

- En que estamos a 38° con una humedad del ciento diez por ciento. No

quería que muriese por un golpe de calor.

- Hey!, por favor -dijo Harry, interponiéndose entre ellos-. Hace

demasiado calor como para estar discutiendo en plena calle sobre algo tan trivial

como mi ropa -dijo, deslizado una hambrienta mirada sobre Louis, y sonriendo de una forma que derretiría a cualquiera-. Y no soy un dios griego, sólo un

semidiós menor.

Louis no entendió lo que Harry decía, ya que el sonido de su voz lo tenía

cautivado. ¿Cómo lo conseguía?, ¿cómo hacía que su voz sonara con ese tono tan erótico?

¿Sería su timbre profundo?

No, era algo más. Pero no acaba de entender qué podía ser.

Honestamente, lo único que quería era encontrar una cama y dejar que

hiciese con Louis todo lo que se le antojase; y sentir su apetitosa piel bajo las manos.

Observó a Niall y vio que éste se lo comía con los ojos, mientras le miraba

las piernas desnudas y el trasero.

- Tú también lo sientes, ¿verdad? -le preguntó.

Niall alzó la mirada, parpadeando.

- ¿El qué?

- A él. Es como si fuese el Flautista de Hamelin y nosotros fuésemos las

ratas, seducidas por su música -Louis se dio la vuelta y observó el modo en que

las mujeres lo miraban; algunas incluso estiraban el cuello para verle mejor-. ¿Qué hay en él que nos hace olvidar nuestra voluntad? -preguntó.

Harry arqueó una ceja con un gesto arrogante.

- ¿Yo te atraigo en contra de tu voluntad?

- Sinceramente sí. No me gusta sentirme de este modo.

- ¿Y cómo te sientes? -le preguntó él.

- Sexualmente atractivo -le contestó antes de poder contener la lengua.

- ¿Cómo si fueras un dios? -le volvió a preguntar él con voz ronca.

- Sí -respondió, mientras Harry se acercaba a él.

No lo tocó, pero tampoco es que hiciese falta. Su mera presencia conseguía

abrumarlo y embriagarlo tan sólo con que clavase su mirada en sus labios o en su

cuello. Podía jurar que realmente sentía el calor de sus labios sobre la garganta.

Y Harry ni siquiera se había movido.

- Yo puedo decirte qué es -ronroneó él.

- La maldición, ¿no es cierto?

Harry negó con la cabeza mientras alzaba una mano para pasarle muy

lentamente el dedo por el pómulos. Louis cerró los ojos con fuerza al sentir una feroz oleada de deseo. Si no lo miraba, quizás fuese capaz de mantenerse firme y no capturar ese dedo con los dientes.

Harry se inclinó un poco más y frotó la mejilla contra la de Louis.

- Es el hecho de que puedo percibirte a un nivel que los hombres de tu

misma edad no aprecian.

- Es el hecho de que tienes el trasero más firme que he visto en mi vida -

dijo Sunshine, interrumpiéndolos-. Por no mencionar que cualquiera se muere al

escuchar tu voz. Me gustaría que alguna de vosotros dos me dijera dónde puedo

hacerme con uno de éstos.

Louis rompió a reír a carcajadas ante el inesperado comentario de Sunshine.

- Míralo -dijo la chica, señalando a Harry con el lápiz. Tenía la mano

manchada de pintura gris, al igual que la mejilla derecha-. ¿Cuándo fue la última

vez que viste a un hombre tan bien formado, con unos músculos tan tonificados que puedes ver cómo la sangre corre por sus venas? Tu novio es... a ver... está bueno. Está buenísimo -y después añadió con una expresión muy seria: - Está como un camión.

Sunshine giró un poco su cuaderno de bocetos para que Louis pudiese ver

su interpretación de Harry.

- ¿Te das cuenta del modo en que la luz resalta el tono blanco de su piel?

Da la sensación de que el sol le besara.

Louis frunció el ceño. Sunshine tenía razón.

Harry se inclinó hacia Louis, con los ojos verdes repletos de pasión.

- Vuelve a casa conmigo, Louis -le susurró al oído-. Ahora. Déjame que

te abrace, que te desnude y que te enseñe cómo quieren los dioses que un hombre ame. Te juro que lo recordarás durante el resto de tu vida.

Louis cerró los ojos mareado con el aroma del sándalo. El aliento de Harry le

acariciaba el cuello y su rostro estaba tan cerca que podía sentir los incipientes

pelos de su barba rozándole la mejilla.

Todo su cuerpo quería rendirse ante él. Sí, por favor, sí.

Miró los definidos y duros músculos de los hombros y el hueco de la garganta.

¡Ay, cómo desearía pasar la lengua por esa piel, y comprobar que el resto de su cuerpo era tan sabroso como su boca!

Harry sería espléndido en la cama. No había duda.

Pero él no significaba nada para Harry. Nada en absoluto.

- No puedo -balbuceó, dando un paso atrás.

Con la decepción reflejada en los ojos, Harry apartó la mirada y adoptó una actitud brusca y resuelta.

- Podrás -le aseguró.

Interiormente, sabía que Harry tenía razón. ¿Cuánto tiempo sería capaz alguien de resistirse a un hombre como él?

Alejando esos pensamientos de la mente, miró al otro lado de la calle.

- Necesitamos comprarte algo que te siente bien.

- No he podido hacer otra cosa; le saca una cabeza a Zayn, y es dos veces

más ancho de hombros -dijo Niall-. La estupenda idea de que lo trajera

conmigo fue tuya.

Louis lo miró con los ojos entornados.

- De acuerdo. Estaremos en la plaza, por si nos necesitas.

- Muy bien, pero tened cuidado.

- ¿Que tengamos cuidado? -preguntó Louis.

- Si hay una estampida de mujeres, hazme caso y apártate de su camino.

Desde que se fue el último grupo de «admiradoras» no siento el pie derecho.

Louis cruzó la calle entre carcajadas. Sabía que Harry iría tras él; de

hecho, sentía su presencia justo a su espalda. Era algo innegable: ese hombre tenía una forma horrorosa de invadir sus pensamientos y sus sentidos.

Ninguno de los dos dijo una palabra mientras atravesaban la atestada galería

comercial, y entraban en la primera tienda que vieron.

Louis echó un vistazo hasta encontrar la sección de ropa masculina. Cuando

la localizó, se dirigió hacia allí.

- ¿Qué estilo de ropa te gusta más? -le preguntó a Harry, mientras se

detenía junto al expositor de los Jeans.



- Para lo que tengo en mente, el nudismo nos vendría bien.

Louis puso los ojos en blanco.

- Estás intentando fastidiarme, ¿verdad?

- Tal vez. Debo admitir que me gustas mucho cuando te sonrojas.

Y se acercó a Louis.

Louis se apartó y dejó que el mostrador de los Jeans se interpusiera entre

ellos.

- Creo que necesitarás por lo menos tres pares de pantalones mientras

estés aquí.

Él suspiró y miró atentamente los Jeans.

- ¿Para qué molestarte si me iré dentro de unas semanas?

Louis lo miró furioso...

- ¡Jesús, Harry! -le espetó, indignado-. Te comportas como si nadie se

hubiese preocupado de vestirme en tus anteriores invocaciones.

- No lo hicieron.

Louis se quedó paralizado ante el desapasionado tono de su voz.

- ¿Me estás diciendo que durante los últimos dos mil años nadie se ha

preocupado de que te pongas algo de ropa encima?

- Sólo en dos ocasiones -le contestó con la misma inflexión monótona-.

Una vez, durante una ventisca en Inglaterra, en la época de la Regencia, uno de mis invocadores me cubrió con un camisón rosa de volantes, antes de sacarme al balcón para que su marido no me encontrara en la cama. La segunda vez fue demasiado bochornosa para contártela.

- No tiene gracia. Y no entiendo cómo alguien puede tener a un hombre al

lado durante un mes y no preocuparse de que se vista.

- Mírame, Louis -le dijo, extendiendo los brazos para que contemplara su

esbelto y delicioso cuerpo-. Soy un esclavo sexual. Nadie había pensado jamás en ponerme ropa para cumplir con mis obligaciones, antes de que tú llegaras.

La apasionada mirada de Harry lo mantenía en un estado de trance, pero el

dolor que él intentaba ocultar en las profundidades verdes de sus ojos lo golpeó con fuerza. Y el golpe le llegó al alma.

- Te aseguro -prosiguió él en voz baja- que una vez me tenían dentro,

hacían cualquier cosa por mantenerme allí; en la Edad Media, uno de las

invocadores atrancó la puerta y dijo a todo el mundo que tenía la peste.

Louis desvió la mirada mientras le escuchaba. Lo que contaba era increíble,

pero podía decir -por la expresión de su rostro- que no estaba exagerando ni un

poco.

No era capaz de imaginarse las degradaciones que habría sufrido a lo largo

de los siglos. ¡Santo Dios!, la gente trataba a los animales mejor de lo que le habían tratado a él.

- ¿Te invocaban y ninguno de ellos conversaba contigo, ni te daba ropa?

- La fantasía de cualquiera, ¿no es cierto? Tener a un millón de personas

dispuestas a arrojarse a tus brazos, sin compromisos ni promesas. Sin buscar otra

cosa que tu cuerpo y las pocas semanas de placer que puedes proporcionarles -el tono ligero no consiguió ocultar la amargura que le invadía.

Puede que ésa fuese la fantasía de cualquiera, pero estaba claro que no era la de Harry.

- Bueno -dijo Louis, volviendo a los Jeans-, yo no soy así, y vas a

necesitar llevar algo encima cuando salgamos.

La mirada que él le dedicó fue tan iracunda que dio un involuntario paso hacia atrás.

- No me maldijeron para ser mostrado en público, Louis. Estoy aquí para servirte a ti, y sólo a ti.

Qué bien sonaba eso. Pero ni aún así iba a darse por vencido. No podía utilizar a otro ser humano de la forma que Harry describía. Estaba mal y no sería capaz de seguir viviendo consigo mismo si le hacía eso.

- Me da igual -dijo, decidido-. Quiero que salgas conmigo y vas a necesitar ropa -y comenzó a mirar las tallas de los pantalones.

Harry guardó silencio.

Louis alzó los ojos y captó la tenebrosa y encolerizada mirada de Harry.

- ¿Qué?

- ¿Qué de qué? -espetó Harry.

- Nada. Vamos a ver cuál de éstos te queda mejor -cogió unos cuantos

Jeans de diferentes tallas y se los ofreció. Por el modo en que Harry reaccionó,

cualquiera habría pensado que le estaba dando una mierda de perro.

Sin hacer caso de su amenazante apariencia, Louis le empujó hacia los

probadores y cerró con fuerza la puerta de uno de los compartimentos tras Harry.

Harry se quedó paralizado al entrar en el pequeño cubículo. Su imagen le

asaltó súbitamente desde tres ángulos diferentes. Durante un minuto, fue incapaz de respirar mientras luchaba contra el irrefrenable deseo de huir del estrecho y reducido habitáculo. No podía hacer un solo movimiento sin darse un golpe con la puerta o

con los espejos.

Pero aún peor que la claustrofobia, fue enfrentarse a la imagen de su rostro.

Hacía siglos que no contemplaba su reflejo. El hombre que tenía delante se parecía tanto a su padre que le entraron deseos de hacer pedazos el cristal. Tenían los mismos rasgos angulosos y la misma mirada desdeñosa.

Lo único que no compartían era la profunda e irregular cicatriz que atravesaba

la mejilla izquierda de su progenitor.

Por primera vez en incontables siglos, Harry contempló la desagradable

imagen de las tres trenzas que le identificaban como general, y que le caían sobre el hombro.

Alzó una temblorosa mano y las tocó mientras hacía algo que no había hecho

en mucho tiempo: recordar el día que se ganó el derecho a llevarlas.

Durante la batalla de Tebas, el general que les comandaba cayó abatido y las

tropas macedonias comenzaron a replegarse aterrorizadas. Él agarró la espada del general, reagrupó a sus hombres y les condujo a la victoria, aplastando a los

romanos.

El día posterior a la lucha, la Reina de Macedonia en persona le trenzó el

cabello y le regaló las tres cuentas de cristal que las sujetaban en los extremos.

Harry encerró las pequeñas bolitas en un puño.

Esas trenzas habían pertenecido al que una vez fuera un orgulloso y heroico

general macedonio, cuyo ejército fue tan poderoso que obligó a los romanos a

dispersarse aterrorizados.

El recuerdo le atormentaba.

Bajó la mirada hacia el anillo que llevaba en la mano derecha. Un anillo que

había estado allí tanto tiempo que ya no era consciente de que existía; hacía mucho que había olvidado su significado.

Pero las trenzas...

No había pensado en ellas desde hacía muchos, muchos siglos.

Tocándolas en ese momento, recordaba al hombre que una vez fue.

Recordaba los rostros de sus familiares. A la gente que se apresuraba a servirle. A

aquéllos que le temían y le respetaban.

Recordaba una época en la que él mismo gobernaba su destino, y el mundo

conocido se extendía ante él para ser conquistado.

Y ahora no era más que...

Con un nudo en la garganta, cerró los ojos y se quitó las cuentas del extremo

de las trenzas, antes de comenzar a deshacerlas.

Mientras sus dedos se esforzaban en deshacer la primera de ellas, miró los

pantalones que había dejado caer al suelo.

¿Por qué estaba haciendo Louis eso por él? ¿Por qué se empeñaba en tratarle como a un ser humano?

Estaba tan acostumbrado a ser tratado como a un objeto, que la amabilidad

de este hombre le resultaba insoportable. El trato impersonal y frío que había

mantenido con el resto de sus invocadores le había ayudado a tolerar la maldición, a no recordar quién y qué fue tiempo atrás.

A no recordar lo que había perdido.

Le permitía concentrarse tan solo en el aquí y el ahora, en los placeres

efímeros que tenía por delante.

Pero los seres humanos no vivían de ese modo. Tenían familias, amigos, un

futuro y muchos sueños.

Esperanzas.

Cosas que hacía siglos que él había dejado atrás. Cosas que jamás volvería a

conocer.

- ¡Maldito seas, Príapo! -resopló mientras tironeaba de la última trenza-.



¡Y maldito sea yo también!

Louis lo miró asombrado, de la cabeza a los pies y de nuevo hacia arriba,

cuando por fin Harry salió del probador vestido con unos Jeans que parecían

haber sido diseñados específicamente para él.

La ceñida camiseta de tirantes que Niall le había prestado, le llegaba justo

a la estrecha y musculosa cintura. Los pantalones le caían sobre las caderas,

dejando a la vista una porción de su duro estómago, dividido en dos por la línea de

vello oscuro que comenzaba bajo el ombligo y desaparecía bajo los Jeans.

Louis tuvo el fuerte impulso de acercarse a él y deslizar la mano por aquel

sugerente sendero para investigar hasta dónde llevaba. Recordaba demasiado bien la imagen de Harry desnudo delante de él.

Con los dientes apretados y tratando de normalizar la respiración, tuvo que

admitir que los Jeans le sentaban de maravilla. Estaba mucho mejor que con los

pantalones cortos -si es que eso era posible.

Sunshine estaba en lo cierto: tenía el mejor culo que unos Jeans hubiese

tapado jamás, y en lo único que podía pensar era en pasar la mano por ese trasero y darle un buen apretón.

La vendedora, y la clienta a la que ésta atendía, dejaron de hablar y miraron a

Harry boquiabiertas.

- ¿Me quedan bien? -le preguntó a Louis.

- ¡Uf!, sí -le contestó Louis sin aliento, antes de pensar en lo que

iba a decir.

Harry le sonrió, pero la sonrisa no le iluminó los ojos.

Louis dio una vuelta completa a su alrededor y se fijó en la talla.

¡Ay, sí!, ¡un culo precioso!

Distraído por su bien formada espalda, pasó inadvertidamente los dedos

sobre su piel mientras cogía la etiqueta. Sintió como Harry se tensaba.

- Ya sabes -dijo Harry, mirándolo por encima del hombro-, que disfrutaríamos

muchísimo más si ambos estuviésemos desnudos. Y en tu cama.

Louis escuchó cómo la vendedora y la otra mujer jadeaban sorprendidas.

Con el rostro abochornado, se enderezó y lo miró furioso.

- Tenemos que hablar con urgencia sobre los comentarios adecuados en un lugar público.

- Si me llevaras a casa, no tendrías que preocuparte por eso.

El tipo era realmente implacable.

Moviendo la cabeza con incredulidad, Louis cogió dos pares más de

vaqueros, unas cuantas camisas, un cinturón, unas gafas de sol, calcetines, zapatos y varios boxers enormes y horrorosos. Ningún hombre estaría atractivo con aquellos calzoncillos, decidió. Y lo último que pretendía era que Harry resultase aún más apetecible.

Salieron de la zona de los probadores con Harry vestido de arriba abajo con

la ropa nueva: un polo, unos Jeans y unas zapatillas de deporte.

- Ahora pareces casi humano -bromeó Louis, mientras dejaban atrás el

departamento de ropa masculina.

Harry le dedicó una mirada fría y letal.

- Sólo por fuera -le contestó con voz tan baja que Louis no estuvo seguro

de haber escuchado bien.

- ¿Qué has dicho? -le preguntó.

- Que sólo soy humano exteriormente -dijo él hablando más alto.

Louis captó la angustia en su mirada. Su corazón comenzó a latir con más

fuerza.

- Harry -dijo con claras intenciones de reprenderle-, eres humano.

Él apretó los labios y le contestó con una mirada sombría y precavida:

- ¿En serio? ¿Un humano puede vivir dos mil años? ¿Se le permite a un

humano caminar por el mundo unas cuantas semanas cada cientos de años?

Miró a su alrededor, fijándose en las mujeres que lo miraban a hurtadillas por

entre la ropa. Mujeres que se detenían por completo, paralizadas, en cuanto lo veían por el rabillo del ojo.

Hizo un amplio gesto con la mano, señalando el espectáculo que se

desarrollaba a su alrededor.

- ¿Has visto que hagan eso con alguien más? -el rostro de Harry adoptó

una expresión dura y peligrosa, mientras la atravesaba con la mirada- No, Louis,

jamás he sido humano.

Con el urgente deseo de reconfortarlo, Louis llevó la mano hasta su mejilla.

- Eres humano, Harry.

La duda que vio en sus ojos le partió el corazón.

Sin saber muy bien qué hacer ni qué decir para que se sintiera mejor, dejó

pasar el tema y se encaminó hacia la salida. Estaba casi saliendo cuando se dio

cuenta de que Harry no iba tras él.

Se giró y lo localizó de inmediato. Se había distraído en el departamento de

lencería; estaba de pie junto a un expositor de minúsculos calzoncillos. Comenzó a ruborizarse de nuevo; juraría que podía escuchar los lascivos

pensamientos que pasaban en esos momentos por la mente masculina.

Sería mejor que fuese rápidamente a buscarlo, antes de que cualquiera

se ofreciera como modelo. Se acercó apresuradamente y se aclaró la

garganta.

- ¿Nos vamos?

Harry lo miró muy despacio, de arriba abajo y Louis supo por sus ojos que

estaba conjurando su imagen con aquella prenda de gasa.

- Estarías deslumbrante con esto.

Louis lo miró con escepticismo. Aquella cosa era tan diáfana que se

transparentaría por entero. Al contrario de lo que ocurría con él, el suyo no era un

cuerpo que consiguiera hacer volver la cabeza de nadie -a menos que el susodicho estuviese muy desesperado. O hubiese estado encarcelado un par de décadas.

- No sé si deslumbraría a alguien, pero seguro que yo acababa congelado.

- No tardarías mucho en entrar en calor.

Louis contuvo la respiración al escuchar sus palabras; las creyó a pies

juntillas.

- Eres muy malo.

- No, en la cama no -dijo bajando la cabeza hacia la suya-. Realmente en

la cama soy muy...

- ¡Aquí estáis!

Louis retrocedió de un salto al escuchar la voz de Niall. Harry le dijo algo

en una lengua extraña que no logró entender.

- Vaya, vaya -dijo con tono acusador-. Louis no entiende el griego

clásico. Se dedicó a dormir durante todo el semestre -Niall lo miró y chasqueó la

lengua-. ¿Lo ves? Te dije que algún día te serviría para algo.

- ¡Sí, claro! -dijo a carcajadas-. Como si en aquella época yo me pudiera

haber imaginado que ibas a convocar a un esclavo sexual gri... -la voz de Louis se extinguió al caer en la cuenta de que Harry estaba presente. Avergonzado, se

mordió el labio.

- No pasa nada, Louis -lo tranquilizó en voz baja.

Pero él sabía que ese comentario lo había molestado. Era lógico.

- Sé lo que soy Louis; la verdad no me ofende. En realidad, estoy más

ofendido por el hecho de que me llames griego. Fui entrenado en Esparta y luché

con el ejército Macedonio. Para mí era un hábito evitar todo contacto posible con los griegos antes de ser maldecido.

Louis arqueó una ceja ante sus palabras, o mejor dicho ante lo que no había

dicho. No hacía ninguna referencia a su infancia.

- ¿Dónde naciste?

Comenzó a latirle un músculo en la mandíbula, y sus ojos se oscurecieron de

forma siniestra. Cualquiera que hubiese sido el lugar de su nacimiento, no parecía

agradarle demasiado.

- Muy bien, soy medio griego; pero no estoy orgulloso de esa parte de mi

herencia.

Bien; un tema espinoso. De ahora en adelante, borraría la palabra «griego»

de su vocabulario.

- Volviendo al asunto del calzoncillo negro -dijo Niall-, debo decir que allí

hay uno rojo que creo que le quedaría mucho mejor.



- ¡Niall! -le gritó Louis.

Su amigo lo ignoró y condujo a Harry al estante donde estaba colgada la

prenda de color rojo. Niall cogió un picardías de color rojo brillante abierto por la

parte delantera, y sujeto por un pequeño cordoncillo que se anudaba justo bajo el

pecho.

- ¿Qué estás pensando? -le preguntó Louis mientras Niall sostenía la

prenda frente a Harry.

Harry lo miró de forma especulativa.

Si continuaban con ese juegucito, acabaría muerto de vergüenza.

- ¿Queréis dejar ya eso? -les preguntó-. No pienso ponérmelo.

- De todas formas voy a comprarlo -dijo su amigo con voz resuelta-. Estoy

prácticamente seguro de que Harry es capaz de convencerte para que te lo pongas.

Harry lo miró divertido.

- Preferiría convencerlo para que se lo quitara.

Louis se cubrió la cara con las manos y gimió.

- Acabará animándose -le contestó Niall con un gesto conspirador.

- No lo haré -le dijo Louis, aún oculta tras las manos.

- Sí lo harás -dijo Harry dejando zanjado el tema, mientras Niall pagaba

la prenda.

Usó un tono tan arrogante y confiado, que Louis imaginó que no estaba

acostumbrado a que le desafiaran.

- ¿Te has equivocado alguna vez? -le preguntó.

La diversión desapareció de su rostro, y de nuevo ocultó sus sentimientos tras

una especie de velo. Esa mirada escondía algo, estaba seguro. Algo muy doloroso, teniendo en cuenta la repentina tensión de su cuerpo.

No volvió a pronunciar una sola palabra hasta que Niall regresó y le dio la

bolsa.

- Vaya -comentó-, se me ocurre que podíais poner unas velas, una

música tranquila y...

- Niall -lo interrumpió Louis-, te agradezco mucho lo que intentas

hacer, pero en lugar de hablar de mí, ¿podemos ocuparnos de Harry?

Niall lo miró de reojo.

- Claro, ¿le pasa algo?

- ¿Sabes cómo sacarlo del libro? De forma permanente, quiero decir.

- Ni idea -contestó y se dirigió a Harry-. ¿Tú sabes algo al respecto?

- No he dejado de repetírselo: es imposible.

Niall asintió con la cabeza.

- Es muy testarudo. Nunca presta atención a lo que se le dice, a menos que

sea lo que él quiere oír.

- Testarudo o no -añadió Louis dirigiéndose a Harry-, no puedo imaginar

una sola razón por la cual querrías permanecer encerrado en un libro.

Harry apartó la mirada.

- Louis, no lo agobies.

- Eso es lo que intento, librarlo del agobio de su confinamiento.

- De acuerdo -dijo Niall, cediendo finalmente-. Muy bien, Harry, ¿qué

horrible pecado cometiste para acabar metido en un libro?

- Hubris (NOTA: Hubris significa arrogancia)

- ¡Ooooh! -exclamó Niall con tono fúnebre-, eso no es nada bueno.

Louis, puede que tenga razón. Solían hacer cosas como despedazar a la gente por eso. Deberías haber prestado atención durante las clases de cultura clásica. Los dioses griegos son realmente despiadados en lo referente a los castigos.

Louis entrecerró los ojos para mirarlos.

- Me niego a creer que no exista ningún modo de liberarlo. ¿No podemos

destruir el libro, o convocar a uno de tus espíritus, o hacer algo para ayudarlo?

- ¡Vaya!, ¿ahora crees en mi magia vudú?

- No mucho, la verdad. Pero te las arreglaste para traerle hasta aquí. ¿Es

que no puedes pensar en algo que sirva de ayuda?

Niall se mordisqueó el pulgar en un gesto pensativo.

- Harry, ¿qué dios estaba a tu favor?

Él inspiró hondo, como si estuviese realmente cansado de sus preguntas.

- En realidad, ninguno de ellos me apreciaba mucho. Como era un soldado,

normalmente dedicaba sacrificios a Atenea, pero tenía más contacto con Eros.

Niall le dedicó una sonrisa traviesa.

- El dios del amor y el deseo; lo comprendo perfectamente.

- No es por lo que crees -le contestó Harry agriamente.

Niall le ignoró.

- ¿Has intentado alguna vez recurrir a Eros?

- No nos hablamos.

Louis puso los ojos en blanco ante el despreocupado sarcasmo de Harry.

- ¿Por qué no intentas convocarlo? -le sugirió Niall.

Louis le lanzó una furiosa mirada.

- Niall, ¿podrías hacer el esfuerzo de ser un poco más serio? Sé que me

he burlado de tus creencias durante todos estos años, pero ahora estamos hablando de la vida de Harry.

- Estoy hablando totalmente en serio -le contestó con énfasis-. Lo mejor

para Harry sería invocar a Eros y pedirle ayuda.

¿Qué demonios? -pensó Louis. La noche anterior, no creía que pudieran

invocar a Harry. Quizás Niall tuviese razón.

- ¿Lo intentarás? -le preguntó Louis.

Harry suspiró resignado, pero daba la impresión de que estaba más que

dispuesto a zarandearlos a los dos. Con aspecto ofendido, echó la cabeza hacia

atrás y mirando al techo dijo:

- Cupido, bastardo inútil, invoco tu presencia.

Louis alzó las manos.

- ¡Joder!, no entiendo cómo no se aparece después de llamarlo de ese

modo.

Niall se rió.

- Muy bien -dijo Louis-. De todas formas no me creo nada de este

abracadabra. Vamos a dejar las bolsas en mi coche y a buscar un sitio donde comer; allí podremos pensar algo más productivo que invocar al tal «Cupido, bastardo inútil». ¿Estáis de acuerdo?

- Por mí bien -contestó Niall.

Louis le dio la bolsa con la ropa de su marido.

- Aquí están las cosas de Zayn.

Niall miró en el interior y frunció el ceño.

- ¿Dónde está la camiseta de tirantes?

- Luego te la doy.

Niall se rió de nuevo.

Harry caminaba tras ellos, escuchando sus bromas mientras salían de la

tienda.

Afortunadamente, Louis había encontrado aparcamiento justo en el

estacionamiento del centro comercial.

Harry los observó dejar las bolsas en el coche. Si lo pensaba un poco, tenía que admitir que le gustaba el hecho de que Louis estuviese tan interesado en ayudarlo.

Nadie lo había estado antes.

Había recorrido el camino de su existencia en solitario, apoyándose en su inteligencia y en su fuerza. Incluso antes de ser maldecido estaba cansado de todo.

Cansado de la soledad, de no contar con nadie en este mundo y, lo más importante, de no tener a nadie que se preocupara por él.

Era una pena que no hubiese conocido a Louis antes de la maldición. Él

habría sido un bálsamo para su inquietud. Pero de todos modos, las personas de su época no se parecían a las actuales; esas personas lo trataban como a una leyenda a la que temer o aplacar, pero Louis lo miraba como a un igual.

¿Qué tenía Louis que la hacía parecer único? ¿Qué había en él que le

permitía llegar a lo más hondo de su alma, cuando su propia familia le había dado la espalda?

No estaba muy seguro. Pero era una persona muy especial. Un corazón puro en



un mundo plagado de egoísmo. Nunca había creído posible encontrar a alguien como Louis.

Incómodo ante el rumbo que estaban tomando sus pensamientos, echó un

vistazo a la multitud. Nadie parecía molesto con el opresivo calor reinante en aquella extraña ciudad.

Captó la discusión que una pareja mantenía justo enfrente de donde ellos se

encontraban; la mujer estaba enfadada porque su marido se había olvidado algo.

Con ellos había un niño, de unos tres o cuatro años, que caminaba entre ambos.

Harry les sonrió. No podía recordar la última vez que había visto a una familia

inmersa en sus quehaceres. La imagen despertó una parte de él que apenas si

recordaba tener. Su corazón. Se preguntó si esas personas sabrían el regalo que

suponía tenerse los unos a los otros.

Mientras la pareja continuaba con la discusión, el niño se detuvo. Algo al otro

lado de la calle había captado su atención.

Harry contuvo el aliento al darse cuenta de lo que el niño estaba a punto de

hacer.

Louis cerró en ese momento el maletero del coche.

Por el rabillo del ojo, vio una mancha azul que cruzaba la calle a toda carrera.

Le llevó un segundo darse cuenta de que se trataba de Harry, atravesando como

una exhalación el aparcamiento. Frunció el ceño, extrañado, y entonces vio al

pequeñín que se internaba en la calle atestada de coches.

- ¡Oh, Dios mío! -jadeó cuando escuchó que los vehículos comenzaban a

frenar en seco.

- ¡Steven! -gritó una mujer.

Con un movimiento propio de una película, Harry saltó el muro que separaba

el aparcamiento de la calle, cogió al niño al vuelo y protegiéndolo sobre su pecho, se abalanzó sobre la luna del coche que acababa de frenar, dio un salto lateral y acabó en el otro lado.

Aterrizaron a salvo en el otro carril, un segundo antes de que otro coche

colisionara con el primero y se abalanzara directamente sobre ellos.

Horrorizado, Louis observó cómo Harry se subía de un salto a la capota de un viejo Chevy, se deslizaba por el parabrisas y se dejaba caer al suelo, rodando unos cuantos metros hasta detenerse por fin y quedarse inmóvil, tendido de costado.

El caos invadió la calle, que se llenó de gritos y chillidos, mientras la multitud rodeaba el escenario del accidente.

Louis no podía dejar de temblar. Aterrorizado, cruzó la muchedumbre, intentando llegar al lugar donde había caído Harry.

- Por favor, que esté bien; por favor, que esté bien -murmuraba una y otra vez, suplicando que hubiesen sobrevivido al golpe.

Cuando logró atravesar la marea humana y llegó al lugar donde había caído, vio que Harry no había soltado al niño. Aún lo tenía firmemente sujeto, a salvo entre sus brazos.

Incapaz de creer lo que veía, se detuvo con el corazón desbocado.

¿Estaban vivos?

- No he visto nada igual en mi vida -comentó un hombre tras él.

Todos los congregados eran de la misma opinión.

Cuando vio que Harry comenzaba a moverse, se acercó muy despacio y muy asustado.

- ¿Estás bien? -escuchó que le preguntaba al niño.

El pequeño contestó con un lastimero aullido.

Ignorando el ensordecedor grito, Harry se puso en pie, lentamente, con el niño en brazos.

¿Cómo se las había arreglado para mantener cogido al pequeño?

Se tambaleó un poco y volvió a recuperar el equilibrio sin soltar al niño.

Louis le ayudó a mantenerse en pie sujetándole por la espalda.

- No deberías haberte levantado -le dijo cuando vio la sangre que le empapaba el brazo izquierdo.

Él no pareció prestarle atención.

Tenía una extraña y lúgubre mirada.

- ¡Shh! Ya te tengo -murmuró-. Ahora estás a salvo.

Esta actitud lo dejó asombrado. Aparentemente, no era la primera vez que

consolaba a un niño. Pero, ¿cuándo habría estado un soldado griego cerca de un

niño?

A menos que hubiera sido padre.

La mente de Louis giraba a velocidades de vértigo, sopesando las

posibilidades, mientras Harry dejaba a la llorosa criatura en brazos de su madre,

que sollozaba aún más fuerte que el niño.

¡Señor!, ¿era posible que Harry hubiese tenido hijos? Y si era cierto, ¿dónde

estaban esos niños?

¿Qué les habría sucedido?

- Steven -gimoteó la mujer mientras abrazaba al niño-. ¿Cuántas veces

tengo que decirte que no te alejes de mi lado?

- ¿Está bien? -preguntaron al unísono el padre del niño y el conductor,

dirigiéndose a Harry.

Haciendo una mueca, se pasó la mano por el brazo izquierdo para comprobar

los daños sufridos.

- Sí, no es nada -contestó, pero Louis percibió la rigidez de su pierna

izquierda, donde le había golpeado el coche.

- Necesitas que te vea un médico -le dijo, mientras Niall se acercaba.

- Estoy bien, de verdad -le contestó con una débil sonrisa, y entonces bajó

la voz para que sólo Louis pudiese escucharle-; pero he de confesar que los carros hacían menos daño que los coches cuando te chocabas con ellos.

A Louis le horrorizó su inoportuno sentido del humor.

- ¿Cómo puedes bromear con esto?, creía que habías muerto.

Él se encogió de hombros.

Mientras el hombre le daba profusamente las gracias por haber salvado a su

hijo, Louis echó un vistazo a su brazo; la sangre manaba justo por encima del codo, pero se evaporaba al instante, como si se tratara de un efecto especial propio de una película.

De pronto, Harry apoyó todo su peso sobre la pierna herida, y la tensión que

se reflejaba en su rostro desapareció.

Louis intercambió una atónita mirada con Niall, que también se había

percatado de lo que acababa de suceder. ¿Qué demonios había hecho Harry?

¿Era humano, o no?

- No puedo agradecerse lo suficiente -insistía el hombre-, creía que los

dos habían muerto.

- Me alegro de haberle visto a tiempo -susurró Harry. Extendió la mano

hacia el niño.

Estaba a punto de acariciar los castaños rizados del pequeño cuando se detuvo.

Louis observó las emociones que cruzaban por su rostro antes de que él recuperara su actitud estoica y retirara la mano.

Sin decir una palabra, volvió al aparcamiento.

- ¿Harry? -le llamó, apresurándose para darle alcance-. ¿De verdad

estás bien?

- No te preocupes por mí, Louis. Mis huesos no se rompen, y rara vez

sangro -en esta ocasión, la amargura de su voz era indiscutible-. Es un regalo de la maldición. Las Parcas prohibieron mi muerte para que no pudiera escapar a mi castigo.

Louis se encogió al ver la angustia que reflejaban sus ojos.

Pero no sólo estaba interesada en el hecho de que hubiese sobrevivido al

accidente, también quería preguntarle sobre el niño, sobre su modo de mirarlo -

como si hubiese estado reviviendo una horrible pesadilla. Pero las palabras se le

atragantaron.

- te mereces una recompensa -le dijo Niall al alcanzarles-. ¡Vamos

a la Praline Factory!

- Niall, no creo que...

- ¿Qué es Praline? -preguntó él.

- Es ambrosía Cajun -explicó Niall-. Algo que debería estar a tu altura.

En contra de las protestas de Louis, Niall les condujo hacia la escalera

mecánica. Subió al primer escalón y se dio la vuelta para mirar a Harry, que subía



en medio de los dos.

- ¿Cómo hiciste para saltar sobre el coche? ¡Fue increíble!

Harry encogió los hombros.

- ¡Vamos, hombre no seas modesto! Te parecías a Keanu Reeves en Matrix.

Louis, ¿te fijaste en el movimiento que hizo?

- Sí, lo vi -dijo en voz queda, percibiendo lo incómodo que se sentía Harry

ante los halagos de Niall.

También percibió la forma en que las mujeres a su alrededor lo miraban

boquiabiertas.

Harry tenía razón. No era normal. Pero, ¿cuántas veces podía contemplarse

un hombre como él en carne y hueso?, ¿un hombre que exudara ese brutal atractivo sexual?

Era un saco de feromonas andantes.

Y ahora un héroe.

Pero, sobre todo, era un misterio; al menos para él. Se moría por conocer

unas cuantas cosas sobre él. Y, de una u otra forma, conseguiría averiguarlas

durante el mes que tenían por delante.

Cuando llegaron a la Praline Factory, en el último piso, Louis compró dos

Pralines de azúcar y nueces y una Coca Cola. Sin pensarlo dos veces, le ofreció un praline a Harry. Pero en lugar de cogerlo, él se inclinó y le dio un bocado mientras Louis lo sostenía.

Paladeó el sabor azucarado de una forma que hizo que a Louis le subiera la

temperatura; sus ojos verdes no dejaron de mirarlo mientras degustaba el dulce,

como si deseara que fuese su cuerpo lo que saboreaba en aquel momento.

- Tenías razón -dijo con esa voz ronca que hacía que se le pusiese la piel

de gallina-. Está delicioso.

- ¡Guau! -dijo la vendedora desde el otro lado del mostrador-. Ese acento

no es de por aquí cerca. Usted debe venir de lejos.

- Sí -contestó Harry-. No soy de aquí.

- ¿Y de dónde es?

- De Macedonia.

- Eso no está en California, ¿verdad? -preguntó la chica-. Parece uno de

esos surferos que se ven por la playa.

Harry frunció el ceño.

- ¿California?

- Es de Grecia -informó Niall a la chica.

- ¡Ah! -exclamó ella.

Harry arqueó una acusadora ceja.

- Macedonia no es...

- Colega -dijo Niall, con los labios manchados de praline-, por estos

contornos puedes sentirte afortunado si encuentras a alguien que conozca la

diferencia.

Antes de que Louis pudiera responder a las bruscas palabras de Niall,

Harry le colocó las manos en la cintura y lo alzó hasta apoyarlo sobre su pecho.

Se inclinó y atrapó su labio inferior con los dientes para, acto seguido,

acariciarlo con la lengua. A Louis comenzó a darle vueltas todo tras el tierno abrazo.

Harry profundizó el beso un momento antes de soltarlo y alejarse de él.

- Tenías azúcar -le explicó con una traviesa sonrisa, que hizo que sus

hoyuelos aparecieran en todo su esplendor.

Louis parpadeó, sorprendido ante lo rápido que su beso había despertado su

pasión, y lo refrescante que parecía al mismo tiempo.

- Podías habérmelo dicho.

- Cierto, pero de este modo fue mucho más divertido.

Louis no pudo rebatir su argumento.

Con pasos rápidos, se alejó de él e intentó ignorar la sonrisa maliciosa de

Niall.

- ¿Por qué me tienes tanto miedo? -le preguntó Harry inesperadamente,

mientras se ponía a su lado.

- No te tengo miedo.

- ¿Ah, no? ¿Y entonces qué es lo que te asusta? Cada vez que me acerco a ti, te encoges de miedo.

- No me encojo -insistió Louis. Joder, ¿es que había eco?

Harry alargó el brazo y se lo pasó por la cintura. Louis se apartó con rapidez.

- Te has encogido -le dijo acusadoramente, mientras regresaban a la escalera mecánica.

Louis bajaba un escalón por delante de Harry, y él le pasó los brazos por los

hombros y apoyó la barbilla sobre su cabeza. Su presencia lo rodeaba por completo, lo envolvía y hacía que se sintiera extrañamente mareado y protegido.

Miró fijamente la fuerza que desprendían esas manos blancas y grandes

bajo las suyas. La forma en las venas se marcaban, resaltando su poder y su

belleza. Al igual que el resto de su cuerpo, sus manos y sus brazos eran magníficos.

- Nunca has tenido un orgasmo, ¿verdad? -le susurró él al oído.

Louis se atragantó con el Praline.

- Éste no es lugar para hablar de eso.

- He acertado, ¿verdad? -le preguntó-. Por eso...

- No es eso -le interrumpió él-; de hecho sí que he tenido algunos.

Vale, era una mentira. Pero él no tenía por qué averiguarlo.

- ¿Con un hombre?

- ¡Harry! -exclamó-. ¿Qué os pasa a Niall y a ti con ese afán de discutir

sobre mi vida privada en público?

Él inclinó aún más la cabeza, acercándolo tanto a su cuello que Louis podía

sentir el roce de su aliento sobre la piel, y oler su cálido aroma a limpio.

- ¿Sabes, Louis? Puedo proporcionarte placeres tan intensos que no serías

capaz de imaginarlos.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Le creía.

Sería tan fácil dejar que le demostrara sus palabras...

Pero no podía. Estaría mal y, sin tener en cuenta lo que él dijese, acabaría

remordiéndole la conciencia. Y en el fondo, sospechaba que a él también.

Se echó hacia atrás, lo justo para mirarlo a los ojos.

- ¿Se te ha ocurrido pensar que quizás no me interese tu propuesta?

Sus palabras le dejaron perplejo.

- ¿Y eso cómo es posible?

- Ya te lo he dicho. La próxima vez que comparta mi intimidad con un

hombre, quiero que estén involucradas muchas más partes además de las obvias.

Quiero tener su corazón.

Harry miró sus labios con ojos hambrientos.

- Te aseguro que no lo echarías de menos.

- Sí que lo haría.

Estremeciéndose como si lo hubiese abofeteado, Harry se irguió.

Louis sabía que acababa de tocar otro tema espinoso. Como quería

descubrir más cosas sobre él, se dio la vuelta y lo miró a los ojos.

- ¿Por qué es tan importante para ti que yo acceda? ¿Te ocurrirá algo si no

cumplo con mi parte?

Él rió amargamente.

- Como si las cosas pudiesen empeorar más.

- Entonces, ¿por qué no te dedicas a disfrutar el tiempo que pases conmigo

sin pensar en... -y bajó la voz- el sexo?

Los ojos de Harry llamearon.

- ¿Disfrutar con qué? ¿Conociendo a personas cuyos rostros me

perseguirán durante toda la eternidad? ¿Crees que me divierte mirar a mi alrededor sabiendo que en unos días me arrojarán de nuevo al agujero vacío y oscuro donde puedo oír, pero no puedo ver, saborear, sentir ni oler, dónde mi estómago se retuerce constantemente de hambre y la garganta me arde por la sed que no puedo satisfacer? Tú eres lo único que me está permitido disfrutar. ¿Y me negarías ese placer?

Los ojos de Louis se llenaron de lágrimas. No quería hacerle daño. No era su

intención.

Pero Paul había utilizado un truco similar para ganarse su simpatía y

llevarse a la cama; y eso le había destrozado el corazón.



Tras la muerte de sus padres, Paul le había asegurado que lo cuidaría. Había

estado junto a él, consolándola y sosteniéndola. Y, cuando finalmente confío en él

por completo y le entregó su cuerpo, él le hizo tanto daño y, de forma tan cruel, que aún sentía el alma desgarrada.

- Lo siento mucho, Harry. De verdad. Pero no puedo hacerlo -bajó de la

escalera mecánica y se encaminó de vuelta a la calle peatonal.

- ¿Por qué? -le preguntó, mientras Niall y él le daban alcance.

¿Cómo podía explicárselo? Paul le hizo mucho daño aquella noche. No había

tenido compasión alguna por sus sentimientos. Louis le pidió que se detuviera pero no lo hizo.

«Mira, se supone que la primera vez duele -le dijo Paul- ¡Joder!, deja de

llorar; acabaré en un minuto y podrás marcharte.»

Para cuando Paul acabó, se sentía tan humillado y herido que se pasó días

enteros llorando.

- ¿Louis? -la voz de Harry se introdujo entre el torbellino de sus

pensamientos- ¿Qué te sucede?

Le costó mucho trabajo contener las lágrimas. Pero no lloraría; no en público.

No así. No permitiría que nadie sintiera lástima por él.

- No es nada -le contestó.

En busca de una bocanada de aire fresco, aunque fuese más ardiente y

espeso que el vapor, se dirigió a la puerta lateral del Brewery que llevaba al

Moonwalk. Harry y Niall lo siguieron.

- Louis, ¿qué es lo que te hace llorar? -le preguntó Harry.

- Paul -susurró Niall.

Louis lo miró furioso, mientras se esforzaba por recuperar la calma. Con un

suspiro entrecortado, miró a Harry.

- Me encantaría echarte los brazos al cuello y meterme en la cama contigo,

pero no puedo. ¡No quiero que me utilicen de ese modo, y no quiero utilizarte! ¿Es

que no lo entiendes?

Harry apartó la mirada con la mandíbula tensa. Louis miró hacia el lugar

donde había fijado su atención y vio un grupo de seis rudos moteros que se acercaban hasta ellos. La vestimenta de cuero debía ser agobiante con aquella temperatura, pero ninguno de ellos parecía notarlo, puesto que no paraban de tomarse el pelo y reírse.

En ese momento, Louis se fijó en la mujer que les acompañaba. Su forma de andar, lenta y seductora, era el equivalente femenino al elegante y ágil deambular tan típico de Harry. La chica también poseía una extraña belleza, propia de cualquier actriz o modelo.

Alta y rubia, llevaba un escueto top de cuero y unos shorts cortísimos y ajustados.

La chica aminoraba el paso, quedando rezagada tras los hombres, mientras se deslizaba las gafas por el puente de la nariz para mirar fijamente a Harry.

Louis se encogió mentalmente.

¡Oh Señor!, esto podía ponerse muy feo. Ninguno de los desaliñados y duros

motos parecían pertenecer al tipo de hombre que tolera que su novia mire a otro. Y lo último que él deseaba era una pelea en el Moonwalk.

Louis agarró a Harry de la mano y tiró de él en dirección contraria.

Pero se negó a moverse.

- ¡Venga, Harry! -le dijo nervioso-. Tenemos que volver al centro

comercial.

Aún así no se movió.

Miraba fijamente a los motos, de forma tan furiosa que parecía querer

asesinarlos. Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, se soltó de la mano de Louis y se acercó a ellos a zancadas, hasta que cogió a uno por la camisa.

Mudo de asombro, Louis observó cómo Harry le daba al tipo un puñetazo en

la mandíbula.

.

.

.

Aqui dos capitulos para los que me pedian que la siguiera:)

en la compu si me aparecen bien los capitulos, les voy a poner numero y me dicen si les aparecen bien.

besotes

=====

Capitulo 6

Capítulo 6

— ¡Ven aquí, pedazo de...! —Harry dejó caer una retahíla de maldiciones

que hubiesen avergonzado hasta a un marinero.

Louis abrió unos ojos como platos. No estaba muy seguro de qué le

sorprendía más: si el ataque de Harry al desconocido motero o el lenguaje que

estaba usando.

Como Harry no dejaba de darle puñetazos, el tipo empezó a defenderse; pero sus

habilidades en la lucha no se aproximaban, ni de lejos, a las de Harry.

Olvidando por completo a Niall, Louis echó a correr hacia ellos con el

corazón latiendo desbocado mientras intentaba pensar lo que hacer. No había

manera de interponerse entre los dos hombres, teniendo en cuenta que intentaban

matarse el uno al otro.

— ¡Harry, detente antes de que le hagas daño! —gritó la chica que les

acompañaba.

Louis se detuvo al escucharla, incapaz de moverse.

¿Cómo es que conocía a Harry?

La mujer daba vueltas alrededor de ambos, en un intento de ayudar al motero

y estorbar a Harry.

— Cielo, ten cuidado, va a... ¡Ay, eso ha debido doler! —la mujer se encogió

en un gesto de dolor, cuando Harry golpeó al tipo en la nariz—. ¡Harry, deja de

maltratarle de ese modo! Vas a hacer que se le hinche la nariz. ¡Uf, corazón,

agáchate!

El motero no se agachó y Harry le asestó un tremendo puñetazo en la

barbilla, que lo hizo tambalearse hacia atrás.

La mirada de Louis pasaba de Harry a la mujer con total incredulidad,



anonadado.

¿Cómo era posible que se conociesen?

— ¡Eros, corazón! ¡No! —gritó la chica de nuevo, agitando las manos

frenéticamente delante de la cara.

Niall se acercó hasta Louis.

— ¿Éste es el Eros que Harry ha invocado? —le preguntó Louis.

Niall se encogió de hombros.

— Puede ser; pero jamás me habría imaginado a Cupido de motero.

— ¿Dónde está Príapo? —preguntó Harry a Eros, mientras le agarraba para

empujarle sobre la barandilla de madera, bajo la cual discurría el río.

— No lo sé —le contestó, forcejeando para apartar las manos de Harry de su

camiseta.

— No te atrevas a mentirme —gruñó Harry.

— ¡No lo sé!

Harry le sujetó con la fuerza que otorgan dos mil años de dolor y rabia. Las

manos le temblaban mientras le tiraba de la camiseta. Pero aún peores que el deseo de matarle allí mismo, eran las implacables preguntas que resonaban en su cabeza.

¿Por qué nadie había acudido antes a sus llamadas?

¿Por qué lo había traicionado Eros?

¿Por qué lo habían dejado solo para que sufriera?

— ¿Dónde está? —preguntó de nuevo Harry.

— Comiendo, eructando; ¡demonios! No lo sé. Hace una eternidad que no lo

veo.

Harry lo apartó de la barandilla de un tirón y lo soltó. Tenía la cara

desencajada por la ira.

— Tengo que encontrarlo —dijo entre dientes—. Ahora.

En la mandíbula de Eros comenzó a palpar un músculo mientras intentaba

alisarse las arrugas de la camiseta.

— Bueno, dándome una tunda no vas a llamar su atención.

— Entonces quizás deba matarte —le contestó Harry, acercándose de nuevo

a él.

Súbitamente, los otros moteros reaccionaron para detenerlo.

Al acercarse a ellos, Eros se agachó para esquivar el puñetazo de Harry y se

interpuso entre éste y sus amigos.

— Dejadle en paz, chicos —les dijo mientras agarraba al más cercano por el

brazo y lo empujaba hacia atrás—. No querréis luchar con él. Hacedme caso. Podría sacarles el corazón y hacer que se los comieran antes de que caigan muertos al suelo.

Harry estudió a los hombres con una furiosa mirada que desafiaba a

cualquiera de ellos a acercarse. Louis sintió terror ante la ira reflejada en sus ojos.

Una ira letal que parecía confirmar las palabras de Eros.

— ¿Estás loco? —preguntó el más alto observando incrédulo a Harry—. No

creo que sea capaz de tanto.

Eros se limpió la sangre del labio y sonrió débilmente al mirarse el dedo.

— Sí, bueno. Confíen en mí. Sus puños son como almádenas, y tiene la

condenada habilidad de moverse tan rápido que no podran esquivarlo.

A pesar de sus polvorientos pantalones de cuero negro y la desgarrada

camiseta, Eros era increíblemente guapo y no parecía estar agotado, como el resto de sus compañeros. Su apuesto rostro podría ser hermoso si no llevase una perilla castaña rodeada de una barba de tres días, y el corte de pelo al estilo militar.

— Además, no es más que una pequeña riña familiar —continuó Eros, con un

extraño brillo en los ojos. Dio unas palmaditas a su amigo en el brazo y soltó una

carcajada—. Mi hermano pequeño siempre ha tenido un carácter desagradable.

Louis intercambió una atónita e incrédula mirada con Niall, a la par que

ambos se quedaban boquiabiertos por el asombro.

— ¿He escuchado bien? —le preguntó a Niall—. No es posible que sea

hermano de Harry. ¿O sí?

— ¿Cómo quieres que lo sepa?

Harry le dijo algo a Eros en griego que hizo que los ojos de Niall se

abrieran como platos y que la sonrisa desapareciera del rostro del

dios



— Si no fueses mi hermano, te mataría por eso.

Los ojos de Harry lo fulminaron.

— Si no necesitase tu ayuda, ya estarías muerto.

En lugar de enfadarse, Eros se rió a carcajadas.

— No se te ocurra reírte —le advirtió con enfado la chica—. Es mejor que

recuerdes que es de las pocas personas capaz de cumplir esa amenaza.

Eros asintió y se giró para hablar con sus compañeros.

— Marchense —les dijo—. Nos reuniremos con ustedes más tarde.

— ¿Estás seguro? —preguntó el más alto de los cuatro, mirando con

nerviosismo a Harry— Podemos echarle una mano, si te hace falta.

— No, no pasa nada —dijo moviendo la mano despectivamente—. ¿No

recuerdan que les dije que tenía que ver a alguien? Mi hermano está un poco

cabreado conmigo, pero se le pasará.

Louis se apartó para dejar pasar a los moteros; todos se marcharon, con la

excepción de la imponente mujer, que se quedó allí de pie, observando

cautelosamente a los dos hombres con los brazos cruzados sobre el generoso

pecho cubierto de cuero.

Totalmente ajeno a él, a Niall y a la mujer, Eros caminó lentamente

alrededor de Harry, dibujando un círculo para poder examinarle atentamente.

— ¿Relacionándote con mortales? —le preguntó Harry, deslizando una

mirada igualmente fría y desdeñosa sobre Eros—. Vaya, Cupido... ¿es que se ha

congelado el Tártaro desde que me marché?

(NOTA: Tártaro es el averno en la mitología griega)

Eros hizo caso omiso de sus airadas palabras.

— ¡Joder, chico! —exclamó incrédulo—. No has cambiado nada. Creía

que eras mortal.

— Se suponía que debía serlo pero... —y de nuevo comenzó a soltar

improperios, uno tras otro.

Los ojos de Eros comenzaron a brillar, amenazadores.

— Con una boca como ésta, deberías codearte con Ares. ¡Joder, hermanito!,

no sabía que pudieras conocer el significado de todo eso.

Harry volvió a agarrar a su hermano por la camiseta, pero antes de poder

hacer nada más, la mujer alzó el brazo e hizo un extraño movimiento con la mano.

Harry se quedó inmóvil como una estatua. Por la expresión de su rostro,

Louis podía afirmar que no estaba muy contento.

— Déjame, Psique —gruñó.

Louis abrió la boca por la sorpresa. ¿Psique? ¿Sería posible?

— Sólo si prometes no volver a golpearlo —contestó ella—. Sé que no tenéis

la mejor de las relaciones, pero respeta el hecho de que me guste su cara tal y como está, y que no soporte que le des un solo puñetazo más.

— Li-bé-ra-me —volvió a decir Harry, recalcando cada sílaba.

— Es mejor que lo hagas, Psique —le dijo Eros—. Está siendo amable

contigo, pero puede librarse de ti mucho más fácilmente que yo, gracias a mami. Y si lo hace, acabarás herida.

Psique bajó el brazo.

Harry liberó a su hermano.

— No te encuentro para nada gracioso, Cupido. Nada de esto me resulta

gracioso. Y ahora, dime dónde está Príapo.

— ¡Maldita sea! No lo sé. Lo último que supe de él es que estaba viviendo en

el sur de Francia.

A Louis le zumbaban los oídos ante la información que estaba descubriendo.

No podía dejar de mirar a Cupido y a Psique. ¿Sería posible? ¿Podrían ser

verdaderamente Cupido y Psique?

¿Y serían familia de Harry? ¿Sería posible tal cosa?

De nuevo supuso que sería tan lógico como la imagen de dos mujeres

borrachas conjurando a un esclavo sexual griego, que estaba encerrado en un viejo libro.

Captó la mirada ávida y encantada de Niall.



— ¿Quién es Príapo? —le preguntó Louis.

— Un

dios

fálico de la fertilidad que siempre se ha representado totalmente

empalmado —le susurró.

— ¿Y para qué lo necesita Harry?

Su amigo se encogió de hombros.

— ¿Porque quizás fue él quien le maldijo? Pero entonces aquí habría algo

muy divertido: Príapo es hermano de Eros, por tanto, si Eros es hermano de Harry,

hay bastantes posibilidades de que éste y Príapo también lo sean.

¿Condenado a una eternidad como esclavo por su propio hermano?

El simple pensamiento lo ponía enfermo.

— Llámalo —le dijo Harry con tono amenazador a Eros.

— Llámalo tú. Yo estoy fuera de juego para él.

— ¿Fuera de juego?

Cupido le respondió en griego.

Con la mente totalmente embotada por todo lo que estaba sucediendo, Louis

decidió interrumpirlos y ver si conseguía algunas respuestas.

— Perdóname pero, ¿qué está pasando aquí? —le preguntó a Harry—. ¿Por

qué le has golpeado?

Harry lo miró con regocijo.

— Porque me apetecía mucho.

— Muy bonito —le dijo Cupido lentamente a Harry, sin ni siquiera mirar a

Louis—. No me ves desde hace... ¿cuánto?, ¿dos mil años? Y en lugar de darme

un abrazo fraternal y amistoso, acabo aporreado. —Cupido sonrió jocosamente a Psique—

. Y mami se pregunta por qué no me relaciono más con mis hermanos...

— No estoy de humor para aguantar tus sarcasmos, Cupido —le advirtió

Harry entre dientes.

Cupido resopló.

— ¿Es que no vas a dejar de llamarme por ese nauseabundo nombre? Jamás

he podido soportarlo, y no puedo creer que te guste, dado lo mucho que odiabas a

los romanos.

Harry le dedicó una fría sonrisa.

— Lo utilizo porque sé lo mucho que lo odias, Cupido.

Cupido apretó los dientes y Louis notó que se contuvo a duras penas para no

abalanzarse sobre Harry.

— Dime, ¿me llamaste tan sólo para zurrarme? ¿O hay algún otro motivo,

más productivo, que explique mi presencia?

— Para serte sincero, no pensaba que te molestaras en venir, puesto que me

has ignorado las últimas tres mil veces que te llamé.

— Porque sabía que ibas a pegarme —dijo Cupido señalándose la mejilla

hinchada—; y lo has hecho.

— Y entonces, ¿por qué has acudido esta vez? —inquirió Harry.

— Para serte sincero —contestó, repitiendo las palabras de Harry—, asumía

que estabas muerto y que me llamaba un simple mortal cuya voz era muy similar a

la tuya.

Louis observó cómo las emociones abandonaban a Harry. Como si las

hirientes palabras de Cupido hubiesen matado algo en su interior. A él también

parecieron afectarlo, ya que se veía más calmado.

— Mira —le dijo a Harry—, sé que me culpas de lo que pasó, pero no tuve

nada que ver con lo que le sucedió a Penélope. No tenía forma de saber lo que

Príapo iba a hacer al descubrirlo todo.

Harry hizo un gesto de dolor, como si Cupido lo hubiese abofeteado. Una

agonía arrolladora se reflejó en sus ojos y en su rostro. Louis no tenía ni idea de

quién era la tal Penélope, pero parecía bastante obvio que había significado mucho para Harry.

— ¿Ah, no? —le preguntó Harry con la voz ronca.

— Te lo juro, hermanito —contestó Cupido en voz baja. Lanzó una rápida



mirada a Psique y de nuevo se centró en Harry—. Nunca tuve la intención de

hacerle daño, y jamás quise traicionarte.

— Ya —dijo él con una sonrisa burlona—. ¿Y esperas que me lo crea? Te

conozco demasiado bien, Cupido. Te encanta causar estragos en las vidas de los

mortales.

— Pero no lo hizo contigo, Harry —le dijo Psique con voz lastimera—. Si no le

crees a él, confía en mí. Nadie quiso que Penélope muriera de esa manera. Tu

madre aún llora sus muertes.

La furiosa mirada de Harry se endureció aún más.

— ¿Cómo soportas hablar de ella? Afrodita estaba tan celosa de ti que intentó

casarte con un hombre horrible, y después casi te mató para evitar que te casaras

con Cupido. Para ser la diosa del Amor, no tiene mucho para los demás, todo lo

malgasta en ella misma.

Psique apartó la mirada.

— No hables así de ella —le espetó Cupido—. Es nuestra madre y se merece

nuestro respeto.

La siniestra ira que reflejó el rostro de Harry habría aterrorizado al mismísimo

diablo, y Cupido se encogió al verla.

— No te atrevas jamás a defenderla delante de mí.

Fue entonces cuando Cupido notó la presencia de Louis y de Niall. Las

miró dos veces, sorprendido, como si acabasen de aparecer de repente en mitad del grupo.

— ¿Quiénes son?

— Amigos —contestó Harry, para sorpresa de Louis.

El rostro de Cupido adoptó una expresión dura y fría.

— Tú no tienes amigos.

Harry no respondió, pero la tirante mueca que torció sus labios afectó

profundamente a Louis.

Aparentemente inconsciente de la dureza de sus palabras, Cupido se acercó

indolentemente hasta Psique.

— Aún no me has dicho por qué es tan importante para ti echarle el guante a

Príapo.

La mandíbula de Harry se tensó.

— Porque me maldijo a pasar la eternidad como un esclavo, y no puedo

escapar. Quiero tenerlo delante el tiempo suficiente para empezar a arrancarle

partes del cuerpo que no puedan volver a crecerle.

Cupido perdió el color del rostro.

— Tío, ya le echó pelotas si hizo eso. Mami le hubiese matado de haberse

enterado.

— ¿En serio crees que voy a creerme que Príapo me hizo esto sin que ella se

enterase? No soy tan estúpido, Eros. A esa mujer no le interesa nada lo que pueda ocurrirme.

Cupido negó con la cabeza.

— No empieces con eso. Cuando te ofrecí sus regalos me dijiste que me los

metiera por mi orificio trasero. ¿Te acuerdas?

— ¿Por qué lo haría? —preguntó Harry con sarcasmo—. Zeus me expulsó

del Olimpo horas después de mi nacimiento, y Afrodita jamás se molestó en discutir la decisión. Sólo se acercaba a mí para torturarme de algún modo. —Harry miró a Cupido con furia asesina—. Cuando a un perro se le golpea con frecuencia, acaba volviéndose agresivo.

— Vale, lo admito. Algunos de nosotros podríamos haber sido un poco más

condescendientes contigo, pero...

— Nada de peros, Cupido. No hicisteis nada por mí, ni una puñetera vez.

Especialmente ella.

— Eso no es cierto. Mami jamás superó que le dieras la espalda. Eras su

favorito.

Harry resopló.

— ¿Y por eso he estado atrapado en un libro los últimos dos mil años?

Louis sufría por él. ¿Cómo podía Cupido escucharlo tan tranquilo, sin ni

siquiera pensar en usar sus poderes para liberar a su hermano de un destino peor

que la muerte? No era de extrañar que Harry les maldijera. Súbitamente, Harry



cogió una daga del cinturón de Cupido y se hizo un profundo corte en la muñeca.

Louis jadeó horrorizado, pero antes de poder abrir la boca, la herida se cerró

sin haber derramado una sola gota de sangre.

Cupido abrió los ojos de par en par.

— ¡Qué cabrón! —jadeó—. Ésa es una de las dagas de Hefesto.

— Ya lo sé —le respondió Harry mientras le devolvía el arma—. Hasta tú

puedes morir si te hieren con una de éstas, pero yo no. Hasta ahí llega la maldición de Príapo.

Louis contempló el horror en los ojos de Cupido al ser consciente de la

magnitud de lo ocurrido.

— Sabía que te odiaba, pero jamás pensé que caería tan bajo. Tío, ¿en qué

estaba pensando?

— No me importa lo que pensara, sólo quiero librarme de esto.

Cupido asintió. Por primera vez, Louis vio simpatía y preocupación en su

mirada.

— Muy bien, hermanito. Paso por paso. No te vayas muy lejos mientras voy a

buscar a mami y veo lo que tiene que decir al respecto.

— Si me quiere tanto como dices, ¿por qué no la llamas para que venga aquí

y hablo directamente con ella?

Cupido le miró pensativamente.

— Porque la última vez que mencioné tu nombre, estuvo llorando durante un

siglo. Le hiciste mucho daño.

Aunque la apariencia de Harry seguía siendo rígida y distante, Louis

sospechaba que, en el fondo, debía haber sufrido tanto como su madre.

Si no más.

— Lo consultaré con ella y volveré en un momento —le dijo mientras pasaba

un brazo alrededor de los hombros de Psique—. ¿De acuerdo?

Harry alargó el brazo, cogió el colgante que Cupido llevaba al cuello y tiró de

él con fuerza.

— De este modo me aseguro de que regreses.

Cupido se frotó el cuello; parecía bastante malhumorado.

— Ten mucho cuidado. Ese arco puede ser muy peligroso si cae en las

manos equivocadas.

— No temas. Recuerdo muy bien cómo duele.

Ambos intercambiaron una mirada cargada de significado.

— Hasta ahora —se despidió Cupido dando una palmada, y junto con Psique,

se desvaneció entre los vapores de una neblina dorada.

Louis retrocedió un paso, con la mente en ebullición. No podía acabar de

creerse lo que había presenciado.

— Debo estar soñando —murmuró—. O eso, o he visto demasiados episodios

de Xena.

Permaneció muy quieto mientras se esforzaba por digerir todo lo que había

visto y oído.

— No puede haber sido real. Debe ser algún tipo de alucinación.

Harry suspiró con cansancio.

— Me gustaría poder creerlo.

— ¡

Dios

Santo!, ¡ése era Cupido! —exclamó Niall extasiado—. Cupido. El

real. Ese querubín tan mono que tiene poder sobre los corazones.

Harry resopló.

— Cupido es cualquier cosa menos «mono». Y con respecto a los corazones,

se encarga de destrozarlos.

— Pero hace que la gente se enamore.

— No —le contestó, apretando con más fuerza el colgante entre sus dedos—.

Lo que él ofrece es una ilusión. Ningún poder celestial puede conseguir que un

humano ame a otro. El amor proviene del corazón —confesó con una nota

apesadumbrada en la voz.



Louis buscó su mirada.

— Hablas como si lo supieras de primera mano.

— Lo sé.

Louis sentía su dolor como si fuese el de él. Alargó el brazo para tocarle

suavemente el brazo.

— ¿Eso fue lo que le ocurrió a Penélope? —le preguntó en voz baja.

Harry apartó la mirada de Louis, pero Louis captó el sufrimiento que se reflejó

en sus ojos.

— ¿Hay algún lugar donde pueda cortarme el pelo? —preguntó

inesperadamente.

— ¿Qué? —respondió Louis, consciente de que había cambiado el tema

para, de ese modo, no tener que contestar a su pregunta—. ¿Por qué?

— No quiero tener nada que me recuerde a ellos —el dolor y el odio que se

veían en su rostro eran tangibles.

De mala gana, Louis asintió.

— Hay un lugar en el Brewery.

— Por favor, llévame.

Y Louis lo hizo. Abrió la marcha de vuelta al centro comercial, hasta llegar al

salón de belleza.

Nadie dijo una palabra hasta que estuvo sentado en la silla con la estilista

detrás.

— ¿Está seguro de que quiere cortárselo? —preguntó la chica, pasando las

manos con una caricia reverente entre los largos y castaños mechones—. Le aseguro que es magnífico. La mayoría de los hombres están espantosos con el pelo largo, pero a usted le sienta de maravilla, ¡lo tiene tan saludable y suave! Me encantaría saber qué usa para acondicionarlo.

El rostro de Harry permaneció impasible.

— Córdelo.

La chica, una diminuta morena, miró por encima de su hombro buscando a

Louis.

— ¿Sabe? Si tuviese esto en mi cama todas las noches y pudiese acariciarlo,

no me gustaría nada que quisiese estropearlo.

Louis sonrió. Si la chica supiera...

— Es su pelo.

— Está bien —contestó con un suspiro resignado. Lo cortó justo por encima

de los hombros.

— Más corto —dijo Harry mientras la chica se alejaba.

La estilista pareció sorprendida.

— ¿Está seguro?

Harry asintió con la cabeza.

Louis observó en silencio cómo la chica le cortaba el pelo dejándoselo con un

estilo que recordaba al David de Miguel Ángel, con los rizos alborotados

enmarcándole el rostro.

Estaba más deslumbrante que antes, si es que eso era posible.

— ¿Qué tal? —le preguntó la chica finalmente.

— Está bien —le respondió él—. Gracias.

Louis pagó el corte y le dio una propina a la chica. Miró a Harry y sonrió.

— Ahora pareces de esta época.

Él volvió la cabeza con un gesto rápido, como si Louis le hubiese dado un

bofetón.

— ¿Te he ofendido? —le preguntó Louis, preocupado por la posibilidad de

haberle hecho daño inadvertidamente. Eso era lo último que Harry necesitaba.

— No.

Pero Louis lo intuía. Algo relacionado con su comentario le había herido.

Profundamente.

— Entonces —dijo Niall pensativamente, mientras se unían a la multitud

que atestaba el Brewery—, ¿eres hijo de Afrodita?

Él lo miró de reojo, furioso.



— No soy hijo de nadie. Mi madre me abandonó, mi padre me repudió y crecí

en un campo de batalla espartano, bajo el puño de cualquiera que anduviese cerca.

Sus palabras desgarraron el corazón de Louis. No era de extrañar que fuese

tan duro. Tan fuerte.

La asaltó una inquietud: ¿lo habría abrazado alguien con cariño alguna vez?

Sólo una vez, sin que él tuviese que complacer a ese alguien primero.

Harry encabezaba la marcha y Louis observaba su andar sinuoso. Parecía

un depredador esbelto y letal. Llevaba los pulgares metidos en los bolsillos

delanteros de los vaqueros, y caminaba totalmente ajeno a las mujeres que

suspiraban y babeaban a su paso.

Intentó imaginarse a Harry con la apariencia que habría tenido llevando su

armadura de batalla. Dada su arrogancia y su modo de moverse, debía haber sido

un fiero luchador.

— Niall —llamó a su amigo en voz baja—. ¿No leí en la facultad que los

espartanos golpeaban a sus hijos todos los días, para comprobar el grado de dolor

que podían soportar?

Harry le contestó en su lugar.

— Sí. Y una vez al año, hacían una competición en busca del chico que

aguantase la paliza más dura sin llorar.

— Un gran número de ellos moría por la brutalidad de las competiciones —

añadió Niall—. Bien durante la paliza o por las posteriores heridas.

Louis lo recordó todo de repente. Sus palabras acerca de ser entrenado en

Esparta y su odio por los griegos.

Niall miró con tristeza a Louis antes de dirigirse a Harry.

— Siendo el hijo de una diosa, supongo que aguantarías más de una paliza.

— Sí, las soportaba —dijo llanamente, con la voz carente de emociones.

Louis nunca tuvo más deseos de abrazar a otro ser humano como en ese

momento. Quería sostener a Harry entre sus brazos. Pero sabía que a él no le

agradaría.

— Bueno —comentó Niall, y por su mirada, Louis supo que intentaba

alegrar el ambiente—, tengo un poco de hambre. ¿Por qué no pillamos unas

hamburguesas en el Hard Rock?

Harry frunció el ceño hasta formar una profunda V.

— ¿Por qué tengo constantemente la impresión de que habláis en otro

idioma? ¿Qué es «pillar una hamburguesa en el Hard Rock»?

Louis soltó una carcajada.

— El Hard Rock es un restaurante.

Harry pareció horrorizado.

— ¿Coméis en un sitio cuyo nombre anuncia que la comida es más dura que

una roca?

Louis se rió aún más. ¿Por qué nunca se había percatado de eso?

— Es muy bueno, en serio, ya verás.

Salieron del Brewery y atravesaron el estacionamiento en dirección al Hard

Rock Café.

Afortunadamente, no tuvieron que esperar demasiado antes de que la

camarera les buscase una mesa.

— ¡Oye! —dijo un chico cuando se acercaban a la mujer—. Nosotros

llegamos antes.

La camarera le lanzó una mirada glacial.

— Su mesa aún no está preparada —y se volvió hacia Harry con ojitos

tiernos—. Si es tan amable de seguirme...

La chica abrió la marcha contoneando las caderas, como si no tuviese otra

cosa que hacer.

Louis miró a Niall aguantando la risa, y le indicó con un gesto que mirara a

la chica.

— No se lo tengas en cuenta —le contestó su amigo—. Nos ha colado por



delante de diez personas.

La camarera les llevó hasta una mesa en la parte trasera.

— Aquí se puede sentar —dijo mientras rozaba ligeramente el brazo de

Harry—, y yo me encargo de que su comida no tarde mucho.

— ¿Y nosotros somos invisibles? —preguntó Louis cuando la chica se alejó.

— Empiezo a creer que sí —respondió Niall, sentándose en el banco

situado cara a la pared.

Louis se sentó enfrente, con el muro a su espalda. Como era de esperar,

Harry ocupó un sitio a su lado.

Louis le ofreció el menú.

— No puedo leer esto —le dijo antes de devolvérselo.

— ¡Ah! —exclamó Louis, avergonzado por no haberlo pensando antes—.

Supongo que no enseñaban a leer a los soldados de la antigüedad.

Harry se pasó una mano por la barbilla y pareció adoptar una actitud

malhumorada ante el comentario.

— En realidad sí lo hacían. El problema es que me enseñaron a leer griego

clásico, latín, sánscrito, jeroglíficos egipcios y otras lenguas que hace mucho que

desaparecieron. Usando tus propias palabras, este menú está en griego para mí.

Louis se encogió.

— No vas a dejar de recordarme que escuchaste todo lo que dije antes de

que aparecieras, ¿verdad?

— Me temo que no.

Apoyó el brazo en la mesa y, en ese momento, Niall apartó la vista del

menú y le miró la mano. Entonces jadeó.

— ¿Eso es lo que yo creo? —preguntó mientras le alzaba la mano.

Para sorpresa de Louis, él permitió que le agarrara la mano y que mirara el

anillo.

— Louis, ¿has visto esto?

Louis se incorporó en el asiento para poder verlo más de cerca.

— No, la verdad. He estado un tanto distraído.

“Un tanto distraído, sí, claro. Eso es como decir que el Everest es un adoquín”.

Aún bajo la tenue luz del local, el oro emitía luminosos destellos. La parte

superior era plana y tenía grabada una espada rodeada de hojas de laurel, e

incrustadas entre las hojas, había unas piedras preciosas que parecían ser

diamantes y esmeraldas.

— Es hermoso —dijo Louis.

— Es un jodido anillo de general, ¿cierto? —preguntó Niall—. No eras un

simple soldado de a pie. ¡Eras un puto general!

Harry asintió sobriamente.

— El término es equivalente.

Niall soltó el aire totalmente anonadado.

— Louis, ¡no tienes ni idea! Harry tuvo que ser alguien realmente relevante

en su tiempo para tener este anillo. No se lo daban a cualquiera —y movió la

cabeza—. Estoy muy impresionado.

— No lo estés —le contestó Harry.

Por primera vez en años, Louis envidió la licenciatura en Historia Antigua de

su amigo. Niall sabía mucho más acerca de Harry y de su mundo de lo que él

jamás podría averiguar.

Pero no parecía necesitar ese grado de conocimiento para entender lo

doloroso que debía haber sido para él pasar de ser un general que ordenaba a un

ejército, a un esclavo.

— Apuesto a que eras un magnífico general —dijo Louis.

Harry lo miró, captando la sinceridad con la que había pronunciado sus

palabras. Por alguna inescrutable razón, su cumplido le reconfortó.

— Hice lo que pude.

— Apuesto a que les diste una patada en el culo a unos cuantos ejércitos —



continuó Louis.

Él sonrió. No había pensado en sus victorias desde hacía siglos.

— Pateé a unos cuantos romanos, sí.

Louis se rió ante el uso del vocabulario.

— Aprendes rápido.

— ¡Oye! —exclamó Niall, interrumpiéndolos—. ¿Puedo echarle un vistazo

al arco de Cupido?

— ¡Sí! —exclamó Louis—. ¿Podemos?

Harry lo sacó de su bolsillo y lo dejó sobre la mesa.

— Con cuidado —advirtió a Niall mientras alargaba el brazo—. La flecha

dorada está cargada. Un pinchacito y te enamorarás de la primera persona que

veas.

Niall retiró la mano.

Louis cogió el tenedor y con él arrastró el arco hasta tenerlo cerca.

— ¿Se supone que debe ser tan pequeño?

Harry sonrió.

— ¿Es que nunca has oído esa frase que dice: «El tamaño no importa»?

Louis puso los ojos en blanco.

— No quiero ni escucharla de un hombre que la tiene tan grande como tú.

— ¡Louis! —jadeó Niall—. Jamás te había oído hablar así.

— He sido extremadamente comedida, considerando todo lo que vosotros me

habéis dicho estos últimos días.

Harry acarició su pelo. Esta vez, Louis no se retiró. Estaba haciendo progresos.

— Entonces, dime cómo usa Cupido esto —le dijo Louis. Harry dejó que sus

dedos acariciaran los sedosos mechones de su pelo. Brillaban aun con la escasa luz del restaurante. Deseaba tanto sentir ese pelo. Enterrar su rostro en él y dejar que le acariciara las mejillas.

Con la mirada ensombrecida, imaginó cómo se sentiría al tener el cuerpo de

Louis rodeándolo. Y el sonido de su respiración junto al oído.

— ¿Harry? —preguntó Louis, sacándolo de su ensoñación—. ¿Cómo lo utiliza

Cupido?

— Puede adoptar un tamaño semejante al del arco, o puede hacer que el

arma se haga más grande. Depende del momento.

— ¿En serio? —preguntó Niall—. No lo sabía.

La camarera llegó corriendo y colocó la bandeja sobre la mesa, mientras

devoraba con los ojos a Harry como si fuese el especial del día.

Muy discretamente, Harry recogió el arco de encima de la mesa y lo devolvió

a su bolsillo.

— Siento mucho haberle hecho esperar. Si hubiese sabido que no iban a

atenderle de inmediato, yo misma le habría tomado nota nada más sentarse.

Louis le dirigió a la chica una mirada ceñuda. ¡Joder!, ¿es que Harry no

podía tener cinco minutos de tranquilidad, sin que una persona se le ofreciera

abiertamente?

¿Y eso no te incluye a ti?

Se quedó helado ante el giro de sus pensamientos. Louis se comportaba

exactamente igual que los demás, mirándole el culo y babeando ante su cuerpo. Era un milagro que él soportara su presencia.

Hundiéndose en el asiento, se prometió a sí mismo que no lo trataría de aquel

modo. Harry no era un trozo de carne. Era una persona, y merecía ser tratado con

respeto y dignidad.

Pidió el menú para los tres, y cuando la camarera regresó con las bebidas,

trajo una bandeja de alitas de pollo al estilo Búfalo.

— Nosotros no hemos pedido esto —apuntó Niall.

— ¡Oh, ya lo sé! —respondió la chica, sonriendo a Harry—. Hay mucho

trabajo en la cocina y tardaremos un poco más en poder servirle la comida. Pensé

que debería estar hambriento y por eso le traje las alitas. Pero si no le gustan, puedo traer cualquier otra cosa; la casa invita, no se preocupe. ¿Preferiría otra cosa?

¡Puaj! El doble sentido era tan obvio que a Louis le entraron ganas de

arrancarle de raíz el pelo cobrizo.

— Está bien así, gracias —le dijo Harry.



— ¡Ay,

Dios

mío!, ¿puede hablar un poco más? —le pidió la chica, a punto de

desmayarse—. ¡Oh, por favor, diga mi nombre! Me llamo Mary.

— Gracias, Mary.

— ¡Ooooh! —exclamó la camarera—. Se me ha puesto la piel de gallina —y

con una última mirada a Harry, cargada de deseo, se alejó de ellos.

— No puedo creerlo —comentó Louis—. ¿Las mujeres siempre se

comportan así contigo?

— Sí —contestó él con la ira reflejada en la voz—. Por eso odio mostrarme en

lugares públicos.

— No dejes que te moleste —le dijo Niall, mientras cogía una alita de

pollo—. Definitivamente, tu presencia resulta muy útil. De hecho, propongo que lo

saquemos más a menudo.

Louis dejó escapar un bufido.

— Sí, bueno; si esa criatura anota su nombre y su número de teléfono en la

cuenta antes de dárnosla, tendré que darle un bofetón.

Niall estalló en carcajadas.

Antes de que Louis pudiese preguntar cualquier otra cosa, Cupido entró sin

prisas en el restaurante, y se acercó hasta ellos.

Tenía un ligero moretón en el lado izquierdo de la cara, donde Harry lo había

golpeado. Intentó mostrarse indiferente, pero aun así, Louis percibió la tensión en

su interior, como si estuviese preparado para huir en un momento dado. Arqueó una ceja ante el pelo corto de Harry, pero no dijo ni una palabra mientras tomaba asiento junto a Niall.

— ¿Y bien? —preguntó Harry.

Cupido suspiró profundamente.

— ¿Quieres que primero te dé las malas noticias o prefieres las pésimas?

— Veamos... ¿qué tal si hacemos que mi día sea más memorable? Comienza

con las pésimas y sigue con las malas para intentar mejorar el ambiente.

Cupido asintió.

— De acuerdo. En el peor de los casos, la maldición jamás se podrá romper.

Harry se tomó la noticia mejor que Louis; apenas si hizo un gesto de

aprobación.

Louis miró a Cupido con los ojos entornados.

— ¿Cómo puedes hacerle esto? ¡

Dios

Santo!, mis padres habrían removido

cielo y tierra para ayudarme, y tú te limitas a sentarte sin ni siquiera decirle lo siento.

¿Qué clase de hermano eres?

— Louis —la amonestó Harry—. No le retes. No sabemos qué

consecuencias puede traer.

— Eso es cierto mort...

— Tócalo —le interrumpió Harry— y utilizaré la daga que llevas en el cinturón

para sacarte el corazón.

Cupido se movió para alejarse de él.

— Por cierto, te olvidaste algunos detalles jugosos cuando me contaste tu

historia.

Harry le miró furioso, con los ojos entrecerrados.

— ¿Como qué?

— Como el hecho de que te acostaras con una de las sacerdotisas vírgenes

de Príapo. Tío, ¿en qué estabas pensando? Ni siquiera te preocupaste de quitarle la túnica mientras la tomabas. No eras tan estúpido como para hacer eso, ¿se puede saber qué te ocurrió?

— Por si se te ha olvidado, estaba muy enfadado con él en aquel momento —

dijo con amargura.

— Entonces deberías haber buscado a una de las seguidoras de mami. Para

eso están.

— Ella no fue la que mató a mi esposa. Fue Príapo.

Louis estuvo a punto de sufrir un infarto al escucharle. ¿Estaba hablando en

serio?



Cupido ignoró la abierta hostilidad de Harry.

— Bueno, Príapo aún está un poco sensible con respecto al tema. Parece que

lo ve como el último de tus insultos.

— ¡Ah, ya entiendo! —gruñó Harry—. El hermano mayor está enfadado

conmigo por haberme atrevido a tomar a una de sus vírgenes consagradas, ¿es que esperaba que me sentara tan tranquilo y dejara que él matara a mi familia a su antojo? —La ira que destilaba su voz hizo que a Louis se le erizara el vello de la nuca—. ¿Te molestaste en preguntarle a Príapo por qué fue tras ellos?

Cupido se pasó una mano por los ojos y dejó escapar un suspiro entrecortado.

— Claro, ¿recuerdas que perseguiste a Livio y lo derrotaste en Conjara? Pues

él pidió que se vengara su muerte, justo antes de que le cortaras la cabeza.

— Estábamos en guerra.

— Ya sabes lo mucho que siempre te ha odiado Príapo. Estaba buscando una

excusa para poder lanzarse sobre ti sin temor a sufrir represalias; y se la diste tú

mismo.

Louis observó a Harry, cuyo rostro era una máscara inexpresiva.

— ¿Le has dicho a Príapo que quiero verlo? —le preguntó.

— ¿Estás loco? ¡Maldición! Claro que no. Mencioné tu nombre y estuvo a

punto de estallar de furia. Dijo que podías pudrirte en el Tártaro durante toda la

eternidad. Créeme, no te gustaría estar cerca de él.

— ¡Ja! ¡Me encantaría!

Cupido asintió.

— Vale, pero si lo matas, tendrás que vértelas con Zeus, Tesífone y Némesis.

— ¿Y crees que me asustan?

— Ya sé que no, pero no quiero verte morir de ese modo. Y si no fueses tan

terco como una mula, al menos durante tres segundos, tú mismo te darías cuenta.

¡Venga ya! ¿De verdad quieres desencadenar la ira del gran jefe?

Por la expresión de Harry, Louis hubiera dicho que le daba exactamente

igual.

— Pero —continuó Cupido—, mami señaló que existe un modo de acabar con

la maldición.

Louis contuvo la respiración mientras la esperanza revoloteaba en los ojos de

Harry. Ambos esperaron a que Cupido se explicara.

En lugar de seguir, él se dedicó a observar el interior del sombrío local.

— ¿Crees que esta gente se come esta mier...?

Harry chasqueó los dedos delante de los ojos de su hermano.

— ¿Qué hago para romper la maldición?

Cupido se arrellanó en el asiento.

— Ya sabes que todo en el universo es cíclico. Todo lo que comienza tiene un

final. Puesto que fue Alexandria la que originó la maldición, debes ser convocado por otra persona dedicada a Alejandro. Una que también necesite algo de ti. Debes hacer un sacrificio por ella y... —entonces, estalló en carcajadas.

Hasta que Harry se estiró por encima de la mesa y le agarró por la camiseta.

— ¿Y...?

Él le dio un empujón para que le soltara y adoptó una actitud seria.

— Bueno... —continuó mirando a Louis y a Niall—. ¿Nos disculpáis un

momento?

— Soy un sexólogo —le dijo Louis—. Nada de lo que digas podrá

sorprenderme.

— Y yo no pienso levantarme de esta mesa hasta que escuche los jugosos

cotilleos —confesó Niall.

— De acuerdo entonces —convino Cupido, mientras miraba de nuevo a

Harry—. Cuando la persona consagrada a Alejandro te invoque, no podrás meter tu cucharita en su jarrita de mermelada hasta el último día. Será entonces cuando

debáis uniros carnalmente antes de la medianoche, y te encargarás de no separar

vuestros cuerpos hasta el amanecer. Si sales de ella en cualquier momento, por

cualquier motivo, regresarás de inmediato al libro y la maldición seguirá vigente.

Harry maldijo y miró hacia otro lado.

— Exactamente —le contestó su hermano—. Sabes lo fuerte que es la

maldición de Príapo. No hay una puñetera forma de que aguantes treinta días sin

tirarte a tu invocador.



— Ése no es el problema —dijo Harry entre dientes—. El problema radica en

encontrar a una persona consagrada a Alejandro que me invoque.

Con el corazón latiendo desenfrenado a causa de los nervios, Louis se

incorporó en el asiento.

— ¿Qué significa lo de «una persona consagrada a Alejandro»?

Cupido encogió los hombros.

— Que tiene que llevar el nombre de Alejandro.

— ¿Como apellido? —preguntó Louis.

— Sí.

Louis alzó los ojos y buscó la mirada apesadumbrada de Harry.

— Harry, mi nombre completo es Louis Alexander Tomlinson.

Sorry, lo se soy una perra por tardar tanto, pero ya tengo más tiempo y ahora actualizare más seguido, amenme porfaaaaa.

Feliz navidad y año nuevo a todos, subire otros 2 hoy, este es por navidad, otro por año nuevo y el otro por el cumple de Tommo:3

Besos, hagan el amor y no la guerra please

=====

Capitulo 7

Capítulo 7

Harry miró fijamente a Louis; su mente no paraba de darle vueltas a lo que

acababa de decir.

¿Sería cierto? ¿Podría atreverse a creerlo? ¿A tener esperanza después de

tanto tiempo...?

— ¿Tu apellido es Alexander? —repitió, incrédulo.

— Sí —le respondió Louis, con una sonrisa alentadora en el rostro.

Cupido observó a su hermano con una mirada severa.

— ¿Ya habéis intimado vosotros dos?

— No —contestó Harry—. Aún no —y pensar que había estado enfadado por

eso...

Louis había evitado que cometiera el tercer error más grande de su vida. En

ese momento lo besaría. Una sonrisa iluminó el rostro de Cupido.

— Bueno, maldita sea mi suerte... En fin, mejor no nombrar la cuerda en casa

del ahorcado... Nunca he conocido a una persona que pudiese estar cerca de ti más de diez minutos sin arrojarse a...

— Cupido —le cortó Harry, antes de que soltara un largo discurso acerca del

número de personas con las que se había acostado—. ¿Tienes algo más que decir que nos sea útil?

— Una cosa más. La fórmula de mami sólo tendrá éxito si Príapo no lo

descubre. Si lo hace, podría evitar que te liberaras con su característica mala

sombra.

Harry apretó los puños ante el recuerdo de algunas de las acciones más

repugnantes de su hermano.

Por alguna razón que no alcanzaba a comprender, Príapo le había odiado

desde que nació. Y con el paso de los años, su hermano había dado un nuevo

significado a la expresión «rivalidad fraternal».

Harry dio un sorbo a su bebida.

— No lo descubrirá a menos que tú se lo digas.

— A mí no me mires —replicó Cupido—. No soy de los suyos. Me confundes

con el primo Dion. Y ahora que lo recuerdo, tengo que reunirme con mis chicos.

Planeamos hacer un gran tributo al viejo Baco esta noche —alargó el brazo y dejó la mano con la palma hacia arriba—. Mi arco, si eres tan amable.

Con mucho cuidado, para no pincharse, Harry lo sacó del bolsillo y se lo

devolvió.

En ese momento percibió la extraña mirada de su hermano mayor; una

mirada de afecto sincero.

— Estaré cerca por si me necesitas. Sólo tienes que llamarme; por mi

nombre, nada de Cupido. Y por favor, deja eso de «bastardo inútil», ¡joder! —le miró con una sonrisa presuntuosa—. Debería haber sabido que eras tú.

Harry no dijo nada mientras recordaba lo que había sucedido la última vez

que tomó la palabra de su hermano, y le pidió ayuda.

Cupido se levantó, miró a Louis y a Niall, y sonrió a Harry.

— Buena suerte con tu intento de obtener la libertad. Que la fuerza de Ares y la sabiduría de Atenea te guíen.

— Y que Hades se encargue de asar tu vieja alma.

Cupido lanzó una carcajada.

— Demasiado tarde. Lo hizo cuando sólo tenía trescientos años y no fue tan horrible. Nos vemos, hermanito.

Harry no habló mientras Cupido se abría camino hacia la puerta de salida,

como cualquier ser humano normal. La camarera les trajo el pedido y él cogió la

extraña comida, consistente en un trozo de carne metido en dos rebanadas de pan; pero en realidad no tenía mucha hambre. Había perdido el apetito.

Louis cubrió la carne con una cosa roja, la tapó con el pan y le dio un

bocado. Niall picoteaba de una ensalada aderezada con la misma salsa.

Alzando la mirada, Louis se dio cuenta del ceño con que Harry la observaba

mientras comía. Parecía aún más preocupado que antes, y tenía la mandíbula tan

tensa que se veía que estaba apretando con fuerza los dientes.

— ¿Qué te ocurre? —le preguntó.

Él entrecerró los ojos suspicazmente.

— ¿Estás dispuesto realmente a hacer lo que Eros ha dicho?

Louis dejó la hamburguesa en el plato y se limpió la boca con la servilleta. En

realidad, no le gustaba mucho la idea de que Harry usase su cuerpo para obtener la libertad. Sería una relación de una sola noche, sin compromisos ni promesas.

Harry se iría en cuanto acabase con él. No tenía ninguna duda al respecto.

¿Por qué iba a querer quedarse junto a él un hombre como Harry, que bien

podía tener a cualquier mujer de la tierra comiendo de su mano?

Aun así, no podía condenarlo a seguir viviendo eternamente en un libro. No

cuando él era la llave para liberarlo.

— Cuéntame una cosa —dijo Louis en voz baja—; quiero saber cómo

acabaste metido en el libro; la historia completa. Y qué le ocurrió a tu esposa.

No lo habría creído posible, pero la mandíbula de Harry se tensó aún más.

Estaba intentado esconderse de nuevo.

Pero Louis se negó a que huyera. Ya era hora de que entendiera por qué le preocupaba el hecho de acostarse con él.

— Harry, me estás pidiendo mucho. No tengo demasiada experiencia con los hombres.

Él frunció el ceño.

— ¿Eres virgen?

— Ojalá —balbució Louis.

vio el dolor en sus ojos mientras le contestaba en un murmullo.

Avergonzado, Louis miró al suelo.

¡No!, rugió su mente. No era posible que hubiese sufrido lo que estaba

imaginando. Una inesperada furia se despertó en su interior ante la mera posibilidad.

— ¿Te han violado?

— No —susurró Louis—. No... exactamente.

La confusión disipó la ira de Harry.



— Entonces, ¿qué quieres decir?

— Era joven y estúpido —continuó Louis muy despacio.

— El muy cerdo se aprovechó de que sus padres acababan de morir y de que

él estaba muy mal —le contó Niall con voz áspera—. Era uno de esos sucios

embusteros que te sueltan lo de «sólo quiero cuidarte», para aprovecharse y

después salir corriendo una vez que lo consiguen.

— ¿Te hizo daño? —le preguntó Harry.

Louis asintió.

Una nueva oleada de furia lo asaltó. No sabía muy bien por qué le importaba

tanto lo que pudiera sucederle a Louis, pero por alguna razón que no acababa de

comprender, así era. Y quería vengarse en su nombre. Vio cómo le temblaba la

mano, se la cubrió con la suya, y comenzó a acariciarle suavemente los nudillos con el pulgar.

— Sólo lo hice una vez —confesó Louis en un murmullo—. Ya sé que la

primera vez duele, pero no sabía que fuese así. Y el daño físico no fue el peor; lo

más horrible fue el hecho de que no pareció importarle nada mi sufrimiento. Me sentí como si sólo estuviese allí para complacerle, como si ni siquiera fuese una persona.

A Harry se le hizo un nudo en el estómago. Sabía muy bien a lo que Louis se refería.

— Esa misma semana —prosiguió Louis—, como no me llamaba ni me contestaba, fui a su apartamento para verlo. Era primavera y tenía las ventanas abiertas. Cuando me acerqué... —un sollozo lo interrumpió.

— Él y su compañero de piso habían hecho una apuesta para ver cuál de los dos desfloraba más vírgenes ese año —le contó Niall—. Louis les escuchó burlarse de él.

Una furia letal y siniestra lo poseyó. Él había conocido a muchos hombres de esa calaña. Y jamás había podido soportarlos. De hecho, siempre le había dado mucho gusto librar a la tierra de su hedionda presencia.

— Me sentí utilizado; como un estúpido —murmuró Louis mirándolo. La

agonía que reflejaban sus ojos lo abrasó—. No quiero volver a sentirme así —se

tapó la cara con una mano, pero no antes de que Harry captara la humillación en su mirada.

— Lo siento mucho, Louis—susurró él, abrazándolo.

Entonces eso era. Esa era la fuente de sus demonios. La abrazó con fuerza,

apoyando la mejilla sobre su cabeza. El suave aroma lo rodeó.

Cómo ansiaba poder consolarlo. Y qué culpable se sentía. Él también había

usado a Penélope. Los dioses eran testigos de que él le había hecho a su esposa

mucho más daño, a fin de cuentas.

Se merecía estar maldito, pensó con amargura.

Se lo había ganado a pulso, y no volvería a hacer daño a Louis. Era una

persona honesta, con un gran corazón y se negaba a aprovecharse de él.

— No pasa nada, Louis—lo consoló con ternura, envolviéndolo aún más

entre sus brazos y acunándolo. Lo besó suavemente en la cabeza—. No te pediré

que hagas esto por mí.

Louis alzó la vista muy sorprendido. No podía creer que dijese algo así.

— No puedo dejar de hacerlo.

— Sí que puedes. Simplemente olvídalo —había dolor en su voz. Y una

cadencia extraña, algo que le daba una ligera idea del hombre que una vez había

Sido.

— ¿Realmente crees que puedo hacerlo?

— ¿Y por qué no? Todos los miembros de mi familia me dieron de lado. Tú ni

siquiera me conoces —su mirada se ensombreció al soltarlo.

—Harry...

— Hazme caso, Louis. No lo merezco —tragó saliva antes de volver a

hablar—. Como general, fui implacable en el campo de batalla. Aún puedo ver las

miradas horrorizadas de los miles de hombres que murieron bajo mi espada,

mientras los hacía pedazos sin el más mínimo asomo de remordimiento —buscó la mirada de Louis—. ¿Por qué iba alguien como tú a ayudar a alguien como yo?

Louis recordó cómo Harry había acunado y consolado al niño, cómo había

amenazado a Cupido para evitar que le hiciese daño; y entonces supo por qué.

Puede que en su pasado hubiese hecho cosas espantosas, pero no era un ser perverso. Podría haberlo violado si hubiese querido. Y en lugar de hacerlo, ese hombre que apenas si había conocido un gesto amable, se había limitado a consolarlo.

No, a pesar de todos los crímenes que pudiera haber cometido en el pasado, había bondad en él.

Harry había sido un hombre de su tiempo. Un general de la Antigüedad, forjado en el fragor de muchas batallas. Un hombre que se había criado en condiciones tan brutales que no podía acabar de imaginárselas.

— ¿Y tu esposa? —preguntó Louis.

Un músculo comenzó a latirle en la mandíbula.

— Le mentí, la traicioné y la engañé, y al final, la maté.

Louis se tensó ante la inesperada confesión.

— ¿Tú la mataste?

— Puede que no fuese yo el que le quitara la vida, pero fui el responsable, después de todo. Si no... —su voz se desvaneció mientras cerraba los ojos con fuerza.

— ¿Qué? —preguntó Louis—. ¿Qué ocurrió?

— Forcé mi destino, y el suyo. Y al final, las Parcas me castigaron.

Louis no pensaba quedarse así.

— ¿Cómo murió?

— Enloqueció cuando descubrió lo que le hice. Lo que Eros había hecho... —

Harry enterró la cara entre las manos mientras los recuerdos lo asaltaban—. Fui un estúpido al creer que Eros podía conseguir que alguien me amara.

Louis alargó el brazo y le pasó la mano por el rostro. Harry lo miró. Estaba increíblemente hermoso allí sentado. La ternura de sus ojos no dejaba de sorprenderlo. Ninguna persona lo había mirado nunca de ese modo.

Ni siquiera Penélope. Siempre había faltado algo cuando su mujer lo miraba,

o cuando lo acariciaba.

Su corazón, comprendió con un sobresalto. Louis estaba en lo cierto. Era

muy diferente cuando el corazón no estaba involucrado. Era algo muy sutil, pero

siempre había percibido el vacío en las caricias de Penélope, en sus palabras; y eso había hecho que su alma ennegrecida sufriera aún más.

Súbitamente, Cupido se materializó junto a Niall y miró a Harry con una

tímida sonrisa.

— Olvidé decirte algo.

Harry dejó escapar un suspiro encolerizado.

— No sé por qué tenéis la costumbre de olvidaros de algo. Y, suele ocurrir,

que ese algo es siempre lo más importante. ¿Qué has olvidado esta vez?

Cupido no fue capaz de enfrentar la mirada de su hermano.

— Como muy bien sabes, estás condenado a, digámoslo así, sentirte forzado

a complacer a la persona que te invoque.

Harry lanzó una rápida mirada a Louis y su miembro se tensó

malévolamente en respuesta.

— Soy muy consciente de ese hecho.

— ¿Pero eres consciente de que con cada día que pase sin poseerla, tu

cordura irá desapareciendo? Para cuando el mes esté llegando a su fin, serás un

loco desesperado por la falta de sexo y la única forma de sanarte será ceder a tus

deseos. Si no lo haces, hermano, sufrirás una agonía tan dolorosa que el castigo de Prometeo a tu lado parecerá una estancia en los Campos Elíseos.

Niall jadeó.

— ¿Prometeo no es el dios que supuestamente entregó el fuego a la

humanidad? —preguntó Louis.

— Sí —respondió Cupido.

Louis miró nervioso a Harry.

— ¿El que fue encadenado a una roca y condenado a que todos los días un

águila se comiese sus entrañas?



— Y a que cada noche se recuperara para que el pájaro pudiera seguir  
comiendo al día siguiente —acabó Harry en su lugar. Los dioses sabían cómo  
castigar a aquéllos que los fastidiaban.

Una ira amarga se extendió por sus venas mientras observaba a Cupido.

— Os odio.

Cupido asintió.

— Lo sé. Ojalá no hubiese hecho nunca lo que me pediste. Lo siento mucho.

Lo creas o no, mami y yo estamos muy arrepentidos.

Con las emociones revueltas, Harry no fue capaz de decir nada. Desolado, lo

único que veía era el rostro de Penélope en su mente, y la visión le hacía encogerse de dolor.

Una cosa era que su familia lo castigara a él, pero nunca deberían haber  
tocado a los que eran inocentes.

Cupido depositó una cajita en la mesa, frente a él.

— Si no quieres abandonar la esperanza, vas a necesitar esto.

— Cuídate de los regalos de los dioses —dijo Harry amargamente, mientras

abría la caja para encontrar dos pares de grilletes de plata y un juego de diminutas

llaves, colocadas sobre un lecho de satén azul oscuro. Al instante reconoció el

intrincado estilo de su padrastro.

— ¿Hefesto?

Su hermano asintió.

— Ni Zeus puede romperlas. Cuando sientas que pierdes el control, te

aconsejo que te encadenes a algo realmente sólido y que te mantengas... —esperó un momento mientras miraba fijamente a Louis— alejado de él.

Harry tomó aire. Podría reírse ante la ironía, pero ni siquiera era capaz de

reunir fuerzas. De una u otra manera, en cada invocación, siempre acababa

encadenado a algo.

— Eso es inhumano —balbució Louis.

Cupido le dedicó una mirada feroz.

— Hazme caso; si no lo encadenas, lo lamentarás.

— ¿Cuánto tiempo tardará? —preguntó Harry.

Él se encogió de hombros.

— No lo sé. Depende mucho de ti y del autocontrol del que dispongas —

espetó Cupido—. Conociéndote, es bastante posible que ni siquiera las necesites.

Harry cerró la caja. Podía ser muy fuerte, pero no tenía el optimismo de su

hermano. Lo había perdido hacía mucho, lenta y dolorosamente.

Eros le palmeó la espalda.

— Buena suerte.

Harry no dijo nada mientras su hermano se alejaba. Miraba fijamente la caja

mientras las palabras de Cupido resonaban en su cabeza. Si algo había aprendido a lo largo de los siglos, era a dejar que las Parcas se salieran con la suya.

Era una estupidez pensar que tenía la oportunidad de ser libre. Era su

penitencia y debía aceptarla. Era un esclavo, y un esclavo seguiría siendo.

— ¿Harry? —le llamó Louis—. ¿Qué te pasa?

— No podemos hacerlo. Llévame a casa, Louis. Llévame a casa y déjame

que te haga el amor. Vamos a olvidarlo antes de que alguien, seguramente tú, salga herido.

— Pero ésta es tu oportunidad de ser libre. Podría ser la única que tengas.

¿Has sido convocado antes por alguna persona que llevara el nombre de Alejandro?

— No.

— Entonces, debemos hacerlo.

— No lo entiendes —le dijo entre dientes—. Si lo que Eros dice es cierto, para

cuando llegue esa noche, no seré yo mismo.

— ¿Y quién serás?

— Un monstruo.

Louis le miró con escepticismo.

— No creo que pudieras serlo.

Harry lo observó, furioso.

— Tú no tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer. Cuando la locura de los

dioses se abate sobre alguien, no hay manera de encontrar ayuda, ni esperanza de hallarla —el estómago se le contrajo con un nudo—. No deberías haberme

convocado, Louis—concluyó, alargando el brazo para coger su vaso.

— ¿Te has parado a pensar que quizás todo esto estaba predestinado? —

preguntó Louis súbitamente—. Quizás fui yo él que te invocó porque estaba dispuesto que yo te liberara.

Harry contempló a Niall a través de la mesa.

— Me convocaste porque Niall te engañó. Lo único que quería era que

tuvieras unas cuantas noches placenteras para que pudieras olvidarlo todo y

buscasses a un hombre decente, sin temor a que pudiera hacerte daño.

— Pero es posible que...

— No hay peros que valgan, Louis. No estaba predestinado.

Louis bajó la mirada hasta su muñeca. Acercó la mano y acarició la inscripción

en griego que ascendía por la cara interna del brazo.

— ¡Qué bonito! —exclamó—. ¿Es un tatuaje?

— No.

— ¿Y qué es? —insistió.

— Príapo lo grabó a fuego —respondió él, ignorando la pregunta.

Niall se incorporó un poco y le echó un vistazo.

— Dice: «Maldito seas por toda la eternidad y más allá».

Louis dejó la mano sobre la inscripción y miró a Harry a los ojos.

— No puedo imaginar todo lo que has debido sufrir durante tanto tiempo. Y

más me cuesta entender que fuese tu propio hermano quien te hiciese algo así.

— Como dijo Cupido, sabía que no debía tocar a una de las vírgenes de

Príapo.

— ¿Y por qué lo hiciste entonces?

— Porque fui un estúpido.

Louis rechinó los dientes; tenía unas ganas horribles de estrangularlo. ¿Por

qué nunca contestaba a lo que se le preguntaba?

— ¿Y qué te hizo...?

— No me apetece hablar del tema —le espetó.

Louis le soltó el brazo.

— ¿Alguna vez has dejado que alguien se te acerque, Harry? Apuesto a que

siempre has sido uno de esos tipos que no abren su corazón porque no confían en

nadie. Uno de éstos que preferirían que les cortasen la lengua antes de que alguien descubriera que no son seres insensibles, sino todo lo contrario. ¿Te comportaste así con Penélope?

Harry apartó la mirada mientras los recuerdos le embargaban.

Recuerdos de una infancia plagada de hambre y privaciones.

Recuerdos de noches agónicas deseando...

— Sí —respondió sencillamente—. Siempre estuve solo.

Louis sufría por él. Pero no podía permitir que se conformara.

De algún modo tenía que encontrar la forma de llegar hasta su corazón. De

animarle a que luchara por romper la maldición.

Debía haber algún modo de hacerle luchar.

Y en ese momento juró encontrarlo.

Les puedo jurar que es uno de mis capitulos Favoritos \*-.\* Como les prometi aqui esta el otro, y luego en unos minutos otro:3

Ya sabes hagan el amor y no la guerra

=====

## Capitulo 8

Nota: Capitulo con poquito de contenido de smut:3 solo digo para que no les agarre de sorpresa:D

## Capítulo 8

Harry y Louis ayudaron a Niall a desmontar el puestecillo ambulante y a

guardarlo todo en el jeep, antes de regresar a casa sorteando el tráfico típico de un viernes por la noche.

— Has estado muy callado —le dijo Louis mientras se detenía en un semáforo

en rojo.

Observó cómo la mirada de Harry seguía el movimiento de los automóviles

que pasaban junto a ellos. Parecía perdido, como alguien que se debatiera en el



límite entre la fantasía y la realidad.

— No sé qué decir —respondió tras una breve pausa.

— Dime cómo te sientes.

— ¿Sobre qué?

Louis se rió.

— Definitivamente, eres un hombre —le dijo—. ¿Sabes? Las sesiones con los

hombres son las más difíciles. Llegan y pagan ciento veinticinco dólares para no

decir prácticamente nada. Jamás lograré entenderlo.

Harry bajó la vista hasta su regazo, y Louis observó el modo en que acariciaba

distraídamente su anillo con el pulgar.

— Dijiste que eras un sexólogo, ¿qué es eso exactamente?

El semáforo se puso en verde y se internaron de nuevo en el tráfico.

— Tú y yo estamos en el mismo negocio, más o menos. Ayudo a las personas

que tienen problemas con sus parejas. Mujeres que tienen miedo de tener relaciones íntimas con los hombres, o mujeres a las que les gustan los hombres un poco más de la cuenta.

— ¿Ninfómanas?

Louis asintió.

— He conocido a unas cuantas.

— Apuesto a que sí.

— ¿Y los hombres? —preguntó él.

— No son fáciles de ayudar. Como ya te he dicho, no suelen hablar mucho.

Tengo un par de pacientes que sufren de miedo escénico...

— ¿Y eso qué es?

— Algo que estoy completamente seguro que tú no padecerías jamás —le

contestó, pensando en la continua y arrogante persecución a la que él le sometía.

Se aclaró la garganta y se lo explicó—. Son hombres que tienen miedo de que sus

compañeras se rían de ellos cuando están en la cama.

— ¡Ah!

— También tengo un par que abusan verbalmente de sus parejas, y otros dos

que quieren cambiarse de sexo...

— ¿Se puede hacer eso? —preguntó Harry, totalmente pasmado.

— ¡Claro! —respondió Louis con un gesto de la mano—. Te sorprendería

saber de lo que son capaces los médicos hoy en día.

Tomó una curva y se adentraron en su vecindario.

Harry permaneció callado tanto rato que estaba a punto de enseñarle lo que

era la radio cuando, de repente, él preguntó:

— ¿Por qué quieres ayudarlos?

— No lo sé —le respondió con franqueza—. Supongo que se remonta a mi

infancia, una época de muchas inseguridades para mí. Mis padres me querían

mucho, pero no sabía relacionarme con otros niños. Mi padre era profesor de

historia y mi madre ama de casa...

— ¿Qué es un ama de casa?

— Una mujer que se queda en casa y hace las cosas típicas de las madres.

En el fondo, nunca me trataron como a un niño, por eso, cuando estaba cerca de otros niños, no sabía cómo comportarme. Ni qué decir. Me asustaba tanto que me ponía a temblar. Finalmente, mi padre comenzó a llevarme a un psicólogo y, después de un tiempo, mejoré bastante.

— Excepto con los hombres.

— Ésa es una historia totalmente diferente —le dijo, suspirando—. De

adolescente era un chico inseguro, y los chicos del instituto no se acercaban a mí, a menos que quisieran burlarse.

— ¿Burlarse de ti?, ¿por qué?

Louis se encogió de hombros con un gesto indiferente. Por lo menos, esos viejos recuerdos habían dejado de molestarlo. Finalmente los había superado.

— Porque era feo y gordo-le dijo Louis—. ¿Y tú?

— Yo no era gordo.

Lo dijo con un tono tan inexpresivo y serio que Louis no pudo evitar estallar

en carcajadas.

— No era eso a lo que me refería, y lo sabes muy bien. ¿Cómo fue tu

adolescencia?

— Ya te lo he dicho.

Louis le miró furioso.

— En serio.

— En serio, luchaba, comía, bebía, me acostaba con mujeres y me bañaba.

Normalmente, en ese orden.

— Todavía tenemos problemas con esto de la falta de confianza, ¿no? —

preguntó Louis de forma retórica.

Asumiendo su papel de psicólogo, cambió a un tema que a él le resultara más

fácil.

— ¿Por qué no me cuentas qué sentiste la primera vez que participaste en

una batalla?

— No sentí nada.

— ¿No estabas asustado?

— ¿De qué?

— De morir, o de que te hirieran.

— No.

La sinceridad de su sencilla respuesta consiguió desconcertarlo.

— ¿Y cómo es que no tenías miedo?

— No tienes miedo a morir cuando no tienes nada por lo que seguir viviendo.

Impresionado por sus palabras, Louis tomó el camino de entrada a su casa.

Decidiendo que sería mejor dejar un tema tan serio por el momento, bajó del

coche y abrió el maletero.

Harry cogió las bolsas y la siguió hasta la casa.

Se dirigieron a la planta alta. Louis sacó sus cómodos vaqueros del vestidor

e hizo sitio en los cajones para poder guardar la ropa nueva de Harry.

— Veamos —dijo, arrugando las bolsas vacías para arrojarlas a la papelera

de mimbre, colocada junto al armario—. Es viernes por la noche. ¿Qué te gustaría

hacer? ¿Te apetece una noche tranquila o prefieres dar una vuelta por la ciudad?

Su hambrienta mirada la recorrió de la cabeza a los pies, haciendo que

ardiera al instante.

— Ya conoces mi respuesta.

— Vale. Un voto a favor de arrojarse al cuello del doctor, y otro en contra.

¿Alguna otra alternativa?

— ¿Qué tal una noche tranquila en casa, entonces?

— De acuerdo —respondió Louis, mientras se acercaba a la mesita de noche

para coger el teléfono—. Déjame que compruebe los mensajes y después

prepararemos la cena.

Harry siguió colocando su ropa, mientras Louis llamaba al servicio de

contestador y hablaba con ellos.

Acababa de doblar la última prenda cuando percibió una nota de alarma en la voz de Louis.

— ¿Dijo qué quería?

Harry se giró para poder observarlo. Tenía los ojos ligeramente dilatados, y sujetaba el teléfono con demasiada fuerza.

— ¿Por qué le dio mi número de teléfono? —preguntó enfadado—. Mis pacientes jamás deben saber mi número privado. ¿Puedo hablar con su superior?

Harry se acercó a Louis.

— ¿Algo va mal?

Louis alzó la mano, indicándole que permaneciera en silencio para poder escuchar lo que la otra persona le estaba diciendo.

— Muy bien —dijo tras una larga espera—. Tendré que cambiar el número de nuevo. Gracias —colgó el teléfono, frunciendo el ceño por la preocupación.

— ¿Qué ha pasado? —le preguntó él.



Louis resopló irritado mientras se frotaba el cuello.

— La compañía acaba de contratar a esta chica y, como es nueva, le dio mi número privado a uno de mis pacientes.

Hablaba tan rápido que a Harry le costaba trabajo seguirlo.

— Bueno, en realidad, no es mi paciente —prosiguió sin detenerse—. Jamás habría aceptado a un hombre así, pero Luanne, la doctora Jenkins, no es tan

selectiva. La semana pasada tuvo que marcharse de la ciudad a toda prisa, por una emergencia familiar. Así es que Beth y yo tuvimos que repartirnos sus pacientes para atenderlos mientras Louis está fuera. Aún así, no quise quedarme con este hombre tan horripilante, pero Beth no pasa consulta los viernes, y él tiene que acudir los miércoles y los viernes debido al régimen de libertad condicional.

Louis lo miró con el pánico reflejado en sus ojos azules.

— Pero yo no quise atenderlo, y el supervisor de su caso me juró que no habría ningún problema. Dijo que el tipo no representaba una amenaza para nadie.

Harry sentía que le palpitaba la cabeza por la cantidad de información que

Louis estaba soltando, y que él era incapaz de comprender en su mayor parte.

— ¿Eso es un problema?

— Es un poquito espeluznante —dijo con las manos temblorosas—. Es un acosador. Acaban de darle el alta de un hospital psiquiátrico.

— ¿Un acosador? ¿Un hospital psiquiátrico? ¿Qué es eso?

Al escuchar la explicación, Harry no pudo evitar quedarse con la boca abierta.

— ¿Permitís que estas personas se muevan a su antojo?

— Bueno, sí. La idea es ayudarlos.

Harry estaba horrorizado. ¿Qué clase de mundo era ése en el que los

hombres se negaban a proteger a sus mujeres y niños de la depravación?

— En mi época, no permitíamos que personas así se acercaran a nuestras

familias. Nos asegurábamos de que no andaran sueltos por nuestras calles.

— ¡Bienvenido al siglo veintiuno! —exclamó Louis con amargura—. Aquí

hacemos las cosas de un modo... distinto.

Harry movió la cabeza, ensimismado, mientras pensaba en todas las cosas

de ésta época que le resultaban extrañas. No podía entender a esta gente, ni su

modo de vida.

— No encajo en este mundo —masculló.

— Harry...

Se alejó cuando vio que Louis se acercaba a él.

— Louis, sabes que es así. Supongamos que rompemos la maldición; ¿de

qué me va a servir? ¿Qué se supone que voy a hacer aquí? No puedo leer tu

idioma, no sé conducir y no tengo posibilidades de trabajar. Hay demasiadas cosas que no entiendo. Me siento perdido...

Louis se estremeció ante la evidente angustia que Harry intentaba ocultar con

todas sus fuerzas.

— Sólo estás un poco agobiado. Pero lo haremos pasito a pasito. Te

enseñaré a conducir y a leer. Y con respecto al trabajo... sé que eres capaz de

hacer muchas cosas.

— ¿Como qué?

— No lo sé. Además de ser un soldado, ¿a qué otra cosa te dedicabas en

Macedonia?

— Era un general, Louis. Lo único que sé hacer es dirigir a un antiguo

ejército en una batalla. Nada más.

Louis tomó su cara entre las manos y lo miró con dureza.

— No te atrevas a abandonar ahora. Me has dicho que no tenías miedo a

luchar, ¿cómo puedes asustarte por esto?

— No lo sé, pero me asusta.

Algo extraño ocurrió entonces; Louis percibió que Harry le había permitido

acercarse. No de forma muy íntima, pero por la expresión de su rostro se daba

cuenta de que estaba admitiendo su vulnerabilidad ante él. Y, en el fondo, sabía

que no era el tipo de hombre que admite fácilmente ese hecho.

— Yo te ayudaré.

La duda que reflejaban los ojos verdes hizo que se le revoliera el estómago.

— ¿Por qué?

— Porque somos amigos —le respondió con ternura, mientras le acariciaba la

mejilla con el pulgar—. ¿No fue eso lo que le dijiste a Cupido?

— Ya escuchaste su respuesta. No tengo amigos.

— Ahora sí.

Harry se inclinó y lo besó en la frente, atrayéndolo hacia su cuerpo para darle un

fuerte abrazo. El cálido aroma del sándalo lo inundó mientras escuchaba cómo el

corazón de Harry latía frenéticamente bajo su mejilla rodeada por sus bíceps. Fue un gesto tan tierno que a Louis le llegó al alma.

— De acuerdo, Louis —le dijo en voz baja—. Lo intentaremos. Pero

prométeme que no dejarás que te haga daño.

Louis lo miró ceñudo.

— Estoy hablando en serio. Una vez que me pongas los grilletes, no me

sueltes bajo ninguna circunstancia. Júralo.

— Pero...

— ¡Júralo! —insistió él con brusquedad.

— Muy bien. Si no puedes controlarte, no te liberaré. Pero yo también quiero que me prometas una cosa.

Harry se apartó un poco y lo miró con escepticismo. No obstante, siguió abrazándolo.

— ¿Qué?

Louis apoyó las manos sobre sus fuertes bíceps y sintió cómo la piel de

Harry se erizaba bajo su contacto. Él bajó la mirada hacia sus manos, con una de las expresiones más tiernas que Louis había visto nunca.

— Prométeme que no vas a desistir —le dijo—, que vas a intentar acabar con la maldición.

Lo miró con una sonrisa extraña.

— Está bien. Lo intentaré.

— Y lo lograrás.

Harry sonrió al escuchar su comentario.

— Tienes el optimismo de un niño.

Louis le devolvió la sonrisa.

— Como Peter Pan.

— ¿Peter qué?

Louis se alejó de sus brazos de mala gana. Tomándolo de la mano, lo llevó

hasta la puerta del dormitorio.

— Acompáñame, esclavo macedonio mío, y te contaré quiénes son Peter Pan

y los Niños Perdidos.

— Entonces, ¿ese chico nunca se hizo mayor? —preguntó Harry mientras

preparaban la cena.

Louis estaba muy sorprendido, ya que él no se había quejado cuando le pidió

que se encargara de la ensalada. Parecía bastante acostumbrado a usar cuchillos

para cortar comida.

Sin muchas ganas de investigar aquLouis pequeña peculiaridad, se concentró en la salsa para los tallarines.

— No. Regresó a la isla con Campanilla.

— Interesante.

Louis metió una cuchara en la salsa y, poniendo una mano debajo para que no goteara, se la acercó a Harry para que la probase, después de haberla enfriado.

— Dime qué te parece.

Él se inclinó, abrió la boca y dejó que Louis le diera a probar la salsa.

Louis observó cómo la saboreaba.

— Está deliciosa.

— ¿Demasiada sal quizás?

— No, está perfecta.

Louis sonrió alegremente.

— Ten —le dijo Harry, ofreciéndole un trozo de queso.



Louis abrió la boca, pero él no se lo dio; aprovechándose de las

circunstancias, se adueñó de sus labios para besarlos a conciencia.

¡Cielo santo! Una lengua con tal capacidad de movimiento debería ser

inmortalizada con un monumento, o encontrar el modo de conservarla para la

posteridad. Semejante tesoro no podía desaparecer. Y esos labios...

Mmm, Louis no quería pararse a pensar en esos deliciosos labios y en lo que

eran capaces de hacer.

Harry lo sujetó por la cintura apretándolo contra sus caderas, justo sobre el

lugar donde su miembro se tensaba bajo los vaqueros. ¡Por amor de

Dios

!, este

hombre estaba maravillosamente dotado y Louis comenzó a temblar ante la idea de que desplegara todos sus encantos sexuales para él.

¿Sería capaz de sobrevivir a algo así?

Sentía cómo Harry se tensaba y cómo su respiración comenzaba a alterarse.

Estaba dejándose arrastrar por la pasión, y Louis empezaba a temer que, si no lo detenía en ese momento, ninguno de los dos iba a ser capaz de parar después.

Aunque no le apetecía nada separarse de él, dio un paso atrás, deshaciendo el tórrido abrazo.

— Harry, compórtate.

Jadeando, observó la lucha que sostenía consigo mismo mientras lo devoraba con los ojos.

— Sería mucho más sencillo comportarse si no fueses tan jodidamente deseable.

El comentario fue tan inesperado que Louis se rió con ganas.

— Lo siento —le dijo, captando el gesto irritado de Harry—. Al contrario de lo que te ocurre a ti, yo no estoy acostumbrada a que me digan cosas como ésa. El

mayor cumplido que me han hecho nunca, fue el de un chico llamado Rick Glysdale. El día de la graduación, vino a recogerme a casa, me miró de arriba abajo y dijo: « ¡Joder!, te has arreglado más de lo que esperaba».

Harry resopló.

— Me preocupan las personas de esta época, Louis. Todos parecen ser unos completos imbéciles.

Riéndose de nuevo, Louis le dio un ligero beso en la mejilla y se acercó a la olla para sacar la pasta del agua antes de que se pasara.

Mientras echaba los tallarines en el escurridor, se acordó del pan.

— ¿Puedes echarle un vistazo a las baguettes?

Harry se acercó al horno y se inclinó, ofreciéndole a Louis una succulenta

visión de su parte trasera. Louis se mordió el labio inferior, mientras se esforzaba por no acercarse y pasar la mano por ese firme y prieto trasero.

— Están a punto de quemarse.

— ¡Ay, mierda! ¿Puedes sacarlas? —le preguntó, intentando no derramar el agua que estaba hirviendo.

— Claro —Harry cogió el trapo de la encimera, y comenzó a sacar el pan. De repente, soltó un juramento que llamó la atención de Louis.

Louis se giró y vio que el trapo estaba ardiendo.

— ¡Allí! —exclamó, quitándose de en medio—. Échalo al fregadero.

Harry lo hizo, pero al pasar por su lado, le rozó la mano con el trapo y Louis

siseó de dolor.

— ¿Te he quemado? —le preguntó.

— Un poco.

Harry hizo una mueca al cogerle la mano para examinarle la quemadura.

— Lo siento —le dijo, un momento antes de llevarse el dedo de Louis a la

boca.

Atónito, no fue capaz de moverse mientras Harry pasaba la lengua por la

sensibilizada piel de su dedo. A pesar de la quemazón de la herida, la sensación era muy agradable. Muy, muy agradable.

— Eso no le viene bien a la quemadura —susurró.

Con el dedo aún en la boca, Harry le dedicó una sonrisa traviesa y alargó el

brazo para abrir el grifo, que estaba a su espalda. Hizo un círculo completo con la lengua alrededor del dedo una vez más antes de abrir la boca y colocarlo bajo el chorro de agua fría.

Sosteniéndole el brazo para que el agua aliviara el escozor de la quemadura, se acercó a la planta de aloe, que estaba en alféizar de la ventana, y cortó un trozo.

— ¿Conoces las propiedades del aloe? —le preguntó Louis.

— Sus propiedades curativas se conocían mucho antes de que yo naciera — respondió él.

Cuando frotó el dedo con la viscosa savia de la planta, Louis sintió que un escalofrío le recorría la espalda y se le hacía un nudo en el estómago.

— ¿Te sientes mejor?

Louis asintió con la cabeza.

Con la ternura y el deseo reflejados en los ojos, Harry contempló sus labios como si aún pudiese percibir su sabor.

— Creo que, a partir de ahora, dejaré que seas tú él que se encargue del

horno —le dijo.

— Probablemente sea lo mejor.

Louis se apartó de él y sacó las baguettes, que aún eran comestibles.

Sirvió los platos y precedió a Harry hasta la sala de estar, donde se sentaron

a comer en el suelo, delante del sofá, mientras veían Matrix.

— Me encanta esta película —dijo Louis cuando empezaba la película.

Harry colocó el plato sobre la mesita de café y se acercó a Louis.

— ¿Siempre comes en el suelo? —le preguntó antes de llevarse un trozo de

pan a la boca.

Fascinado por la armonía de sus movimientos, Louis observó atentamente

cómo la mandíbula de Harry se tensaba al masticar.

¿No había ninguna parte de su cuerpo por la que no se le hiciese la boca

agua? Comenzaba a entender por qué el resto de sus invocadores lo habían

utilizado.

La idea de mantenerlo encerrado en una habitación durante un mes estaba empezando a resultarle muy tentadora.

Y además tenían aquellos grilletes...

— Bueno —dijo alejando su mente de aquella maravillosa piel, y de lo bien que se vería si Harry estuviese totalmente desnudo y desparramado sobre su colchón—, está la mesa del comedor, pero puesto que la mayoría de las

noches estoy solo, prefiero tomarme un tazón de sopa en el sofá.

Harry giró de forma magistral el tenedor sobre la cuchara, hasta que los tallarines estuvieron perfectamente enrollados.

— Necesitas a alguien que cuide de ti —le dijo antes de llevarse el tenedor a la boca.

Louis se encogió de hombros.

— Yo me cuido solo.

— No es lo mismo.

Louis lo miró ceñudo. Había algo en su voz que le indicaba que no lo decía

desde el punto de vista machista. Harry hablaba desde el corazón y basándose en su propia experiencia.

— Supongo que todos necesitamos alguien que nos cuide, ¿verdad? —

susurró Louis.

Él giró la cabeza para ver la televisión, pero no antes de que Louis captara el destello del deseo en sus ojos. Louis lo observó mientras permanecía unos minutos atento a la película. Aun distraído, comía de forma impecable. Louis estaba todo cubierta de manchas de salsa, y él ni siquiera había dejado caer una sola gota.

— Enséñame cómo haces eso —le dijo.

Harry lo miró con curiosidad.

— ¿El qué?

— Lo que haces con la cuchara. Me estás poniendo de los nervios. No

consigo que mis tallarines acaben enrollados en el tenedor; se quedan todos sueltos y me pongo perdido.



— Claro, y no queremos que nos rodeen un montón de tallarines gigantes que

lo dejen todo hecho un asco, ¿verdad?

Louis se rió porque sabía que no hablaba precisamente de los tallarines.

— A ver, ¿cómo lo haces?

Harry tomó un sorbo de vino y dejó la copa a un lado.

— Veamos, así me resultará más fácil enseñártelo.

Y se deslizó entre el sofá y Louis.

— Harry... —le advirtió Louis.

— Sólo voy a enseñarte lo que quieres.

— Hum... —exclamó dubitativo. De todos modos, no podía evitar sentir su

proximidad le calara hasta los huesos, hasta el alma. La calidez del pecho de Harry se extendió por su espalda cuando la rodeó con sus maravillosos brazos.

Al sentarse tras Louis, él dobló las rodillas, de modo que quedaron a cada lado

de su cuerpo y cuando se inclinó hacia delante, Louis notó su erección

presionándole en la cadera. Esta vez no se sorprendió. Curiosamente, estaba

empezando a acostumbrarse.

Sentía el poder y la fuerza de Harry mientras su cuerpo fibroso y esbelto se

acomodaba tras Louis, dejándolo sin aliento y muy inseguro.

Unos sentimientos extraños e intensos comenzaron a extenderse en su

interior, jamás le había ocurrido algo así. ¿Qué tenía Harry que le hacía sentirse tan protegido y feliz?

Si se trataba de la maldición, deberían cambiarle el nombre, porque no había

nada malévolos en las sensaciones que la embargaban.

— Muy bien —le dijo Harry, y su aliento le rozó la oreja haciendo que una

descarga eléctrica la traspasara. Al instante, le cogió las manos y los dos juntos

sostuvieron los cubiertos.

Cerró los ojos, mientras aspiraba el dulce aroma que desprendía el cabello de Louis. Estaba empleando toda su fuerza de voluntad para concentrarse

en la tarea de enseñarle a comer tallarines, y olvidarse de lo mucho que deseaba

hacerle el amor.

Louis deslizó provocativamente los dedos entre los suyos, intensificando de ese

modo las sensaciones que su piel cálida y suave producían en Harry. Un nuevo tipo de desesperación se adueñó de él. Una que no era capaz de nombrar. Sabía lo que quería de Louis, y no se trataba sólo de su cuerpo.

Pero no se atrevía a pensar en eso.

No se atrevía a tener esperanzas.

Louis no estaba a su alcance. Su corazón se lo decía, y su alma. Ni todo el

anhelo del mundo podría cambiar un hecho esencial: no se merecía una persona como Louis.

Jamás lo había merecido...

Abrió los ojos y le mostró el modo de usar la cuchara para ayudarse a enrollar

los tallarines en el tenedor.

— ¿Ves? —murmuró, acercándole el tenedor a los labios—. Es sencillo.

Louis abrió la boca y Harry introdujo con cuidado el tenedor. Mientras lo

sacaba, deslizándolo entre sus labios, sintió que experimentaba una nueva forma de tortura.

El corazón le latía a un ritmo frenético y salvaje, y su sentido común le decía

que se alejara de Louis.

Pero no podía. Llevaba tanto tiempo sin compañía. Tanto tiempo sin tener un amigo...

No podía dejarlo ahora. No sabía cómo hacerlo.

Así que siguió dándole de comer.

Louis se reclinó entre sus brazos. Apartó las manos de las suyas y dejó que

él tomara el control. Mientras masticaba los tallarines, cogió un trozo de pan y se lo ofreció a Harry. Él le mordisqueó los dedos al ponérselo en la boca.

Louis sonrió y le acarició el mentón mientras masticaba. ¡Uf! La forma en que

se tensaba ese músculo bajo su mano... le encantaba cómo se movía su cuerpo,

cómo se relajaban y se contraían sus músculos, por muy pequeño que fuese el

esfuerzo.

Una persona jamás podría cansarse de mirarlo.

Tomó un sorbo de vino y, mientras tanto, Harry le robó unos cuantos

tallarines.

— ¡Oye, tú! —le dijo bromeando—. Eso es mío.

Sus celestiales ojos verdes resplandecieron al sonreír, y le ofreció de nuevo el tenedor para que siguiera comiendo.

Mientras masticaba, Louis le acercó la copa de vino a los labios.

Desafortunadamente, no calculó bien y la alejó demasiado pronto, con lo que el vino se derramó por su barbilla y cayó sobre la camisa.

— ¡Lo siento! —exclamó, limpiándole la barbilla con los dedos. Su incipiente barba le raspaba la piel—. ¡Jesús! ¡La que he formado!

A él no pareció molestarle en absoluto. Le cogió la mano y se dedicó a lamer el vino que caía por sus dedos.

Louis dejó escapar un gemido. Harry le lamía los dedos y los mordisqueaba con mucha suavidad, y Louis se estremecía de la cabeza a los pies.

Uno a uno, los fue limpiando meticulosamente. Y cuando acabó, le alzó la barbilla y capturó sus labios.

Pero no fue el beso exigente y fiero al que Louis estaba acostumbrado. El que utilizaba para seducirlo y devorarlo.

Éste fue suave y tranquilo. Tierno. Los labios de Harry eran delicados pero exigentes.

Entonces se alejó.

— ¿Aún tienes hambre? —le preguntó.

— Sí —balbució Louis, sin referirse a la comida, sino a los apetitos que su cuerpo estaba experimentando junto a él.

Harry le ofreció más tallarines.

Cuando Louis le acercó la copa nuevamente para calmar su sed, Harry le cubrió la mano con la suya mientras lo observaba con ojos risueños.

Así siguieron, dándose de comer y deleitándose en su mutua compañía, hasta el final de la película. Harry pareció muy interesado en las luchas finales.

— Vuestras armas son fascinantes —comentó.

— Supongo que para un general deben serlo.

Harry lo miró de reojo y siguió atento a la película.

— ¿Qué es lo que más te gusta de Matrix?

— Las alegorías.

Harry asintió.

— Tiene influencias de Platón.

— ¿Conoces a Platón? —le preguntó sorprendido.

— Lo estudié cuando era joven.

— ¿En serio?

No pareció divertido por la conversación.

— Se las arreglaban para enseñarnos unas cuantas cosas entre paliza y

paliza.

— No estás hablando en serio, Harry.

— Ya.

Una vez acabó la película, lo ayudó a recoger la cocina.

Cuando Louis cargaba el lavavajillas, sonó el teléfono.

— No tardaré nada —le dijo mientras corría hacia la salita para contestar.

— Louis, ¿eres tú?

Se quedó helado al escuchar la voz de Rodney Carmichael.

— Hola, señor Carmichael —lo saludó fríamente.

En ese momento, habría matado a Luanne por marcharse de la ciudad.

Tan sólo había tenido una sesión con Rodney, el miércoles, pero había sido

suficiente para hacer que deseara contratar a un detective privado que buscase a

Luanne y la trajera de vuelta.

El tipo le daba escalofríos.

— ¿Dónde estuviste hoy, Louis? No estarás enfermo, ¿verdad? Podría

llevarte...

— ¿No le cambió Lisa su cita?



— Sí, pero estaba pensando que podía...

— Mire, señor Carmichael, no atiendo a mis pacientes en casa. Le veré a la hora de su sesión. ¿De acuerdo?

La línea se quedó en silencio.

— ¿Louis?

Louis saltó y chilló al escuchar la voz de Harry a su espalda.

Harry lo observaba con curiosidad, con una expresión que muy bien podría haber encontrado divertida si no hubiese estado tan aterrorizado.

— ¿Estás bien? —le preguntó Harry.

— Sí, lo siento —dijo, colgando el teléfono—. Era ese paciente del que te hablé. Rodney Carmichael. Me saca de quicio.

— ¿Qué?

— Que me pone muy nervioso —por primera vez, agradecía muchísimo la presencia de Harry. De no estar él, se habría ido a casa de Niall y Zayn, en busca

de su hospitalidad durante el fin de semana—. Venga —le dijo mientras apagaba la luz de la cocina—. ¿Nos vamos arriba y empiezo a enseñarte a leer?

Harry negó con la cabeza.

— No abandonas, ¿verdad?

— No.

— Muy bien —le respondió, siguiéndolo escaleras arriba—. Acepto que me

des clases si te pones la ropa interior roj...

— No, no y no —dijo Louis, deteniéndose en mitad de la escalera y girándose

para mirarlo—. Me temo que eso no va a ser posible.

Harry se acercó le acarició el pelo.

— ¿No sabes que necesito una musa que me anime a aprender? ¿Y qué

mejor musa que tú vestido con...?

Louis le colocó los dedos sobre los labios para impedir que siguiera

hablando.

— Si me pongo eso, dudo mucho que vayas a aprender algo que no sepas

ya.

Harry le mordisqueó los dedos.

— Prometo comportarme bien.

Sabiendo que era una idea pésima, dejó que lo convenciera.

— Será mejor que te comportes —le advirtió, mirándole por encima del

hombro mientras acababa de subir los escalones.

Louis entró en el enorme vestidor que su padre había convertido en

biblioteca años atrás, y rebuscó en los estantes hasta encontrar su viejo cuento de

Peter Pan.

Harry rebuscó en sus cajones hasta encontrar el deplorable atuendo.

Intercambiaron objetos en el centro de la habitación. Louis corrió hacia el

cuarto de baño y se cambió de ropa pero, tan pronto como se contempló en el

espejo, con la diáfana prenda roja, fue incapaz de moverse. ¡Puaj! Si Harry lo veía

con esas pintas saldría dando alaridos de la habitación.

Incapaz de soportar la humillación de verlo decepcionado por su cuerpo, se

quitó la prenda y se puso su sencilla pijama azul antes de regresar a la habitación.

Harry meneó la cabeza.

— ¿Por qué te has puesto eso?

— Mira, no soy idiota. No tengo el tipo de cuerpo que hace que los hombres

babeen.

— ¿Qué estás intentando decirme?, ¿que eres un alien?

Louis frunció el ceño ante su lógica.

— No.

— ¿Entonces cómo sabes que tu cuerpo no despierta el deseo de un

hombre?

— Porque no soy ciego. ¿Vale? Los hombres no babeen por mí del mismo

modo que las personas hacen contigo. ¡Maldita sea!, me considero afortunado

cuando se dan cuenta de que soy una persona.

— Louis —masculló, levantándose. Se puso en pie y se detuvo a los pies de la cama—. Ven aquí —le ordenó.

Louis obedeció.

Harry lo colocó exactamente enfrente del espejo de cuerpo entero.

— ¿Qué ves? —le preguntó.

— A ti.

Harry le sonrió.

Inclinándose, apoyó la barbilla sobre el hombro de Louis.

— ¿Qué ves cuando te miras?

— Veo a alguien que necesita perder de seis a nueve kilos

A Harry no pareció hacerle gracia.

Le pasó las manos por la cintura, hasta la parte delantera de la pijama, donde descansaba el nudo del cinturón.

— Déjame que te diga lo que yo veo —ronroneó justo sobre su oreja,

mientras colocaba las manos sobre el cinturón, sin abrirlo—. Veo un hermoso  
cabello castaño. Suave y abundante.

Louis empezó a temblar.

— Tienes un rostro con forma de corazón, semejante al de un pequeño  
diablillo, con labios llenos y sensuales que piden a gritos ser besados.

No sonaba tan mal dicho por Harry.

Le desabrochó el cinturón e hizo una mueca ante la visión de la pijama  
azul. Abriéndolo del todo, siguió hablando.

— ¿Qué tenemos aquí? —masculló, devorándolo con los ojos.

Antes de poder pensar siquiera en protestar, Harry le bajó el cinturón por los  
brazos y lo dejó caer al suelo, a sus pies. Volvió a apoyar la barbilla en su hombro  
mientras sus ojos la contemplaban a través del espejo.

Le quitó la pijama.

— Harry —dijo Louis, cogiéndole la mano.

Sus miradas se encontraron en el espejo. Louis no pudo moverse, ya que la

pasión y la ternura que se reflejaban en los ojos de Harry la sumieron en un estado de trance.

— Quiero verte, Louis —le dijo en un tono que dejaba a las claras que no

admitiría un no por respuesta.

Antes de poder volver a pensar con claridad, Harry le quitó la pijama y pasó sus

manos sobre la piel desnuda de su estómago.

— Eres hermoso —susurró, incorporándose tras Louis—.

— Harry —balbució Louis con un gemido y el cuerpo abrasado—. Recuerda

tu promesa.

— Me estoy comportando bien —respondió él con voz ronca.

Apoyándose sobre sus duros pectorales, Louis observó sin aliento en el

espejo cómo Harry dejaba su pecho y le acariciaba las costillas, descendiendo

hasta las caderas y una vez allí, metía las manos bajo el elástico de sus bóxers.

— Tienes un cuerpo hermoso, Louis —le dijo mientras le acariciaba.

Por primera vez en toda su vida, lo creyó. Harry le mordisqueó el cuello

mientras sus manos jugueteaban con los bellos oscuros de su entrepierna.

— Harry —lloriqueó, sabiendo que si no lo detenía ahora no sería capaz de

hacerlo más tarde.

— ¡Shh! —le dijo al oído—. Ya te tengo.

Y, entonces, con una mano tomo su miembro

.

Louis gimió, consumido por la pasión. Harry capturó sus labios y lo besó

plena y profundamente.

De forma instintiva, se dio la vuelta entre sus brazos para saborearlo mejor.

Lo levantó del suelo, sin abandonar sus labios, mientras lo llevaba hasta la

cama. De algún modo, se las arregló para acomodarlo sobre el colchón y tumbarse sobre Louis sin dejar de besarlo.

Ciertamente tenía un gran talento.

Y ¡uf!, Louis se sentía arder con sus caricias. Con su aroma



escandalosamente sensual. Con la sensación de su cuerpo tendido junto a Louis.

Comenzó a temblar de pies a cabeza mientras él le separaba los muslos con las

rodillas y se colocaba, aún vestido, sobre Louis.

Sentir su peso era algo maravilloso. Su cuerpo duro y viril, mientras

restregaba sus esbeltas caderas contra Louis. Aun a través de los vaqueros, podía

sentir su erección presionando sobre su entrepierna. Como si estuviesen atraídas

por un imán, sus caderas se alzaron acompañándose al movimiento de Harry.

— Eso es, Louis —murmuró sobre sus labios, mientras seguía rozando su

miembro hinchado contra el de Louis, de un modo tan magistral que Louis supo que ya habría llegado al clímax si estuviese dentro de él—. Siente mis caricias. Siente mi deseo por ti, sólo por ti. No luches contra él.

Louis volvió a gemir cuando Harry abandonó sus labios y dejó un abrasador

reguero de besos por su garganta, hasta llegar a su pecho, que comenzó a

succionar con suavidad.

Louis deliraba de placer mientras enterraba las manos en los rizos castaños de

Harry.

Harry atormentó implacablemente su pecho con la lengua.

Todo su cuerpo temblaba por el tremendo esfuerzo que le suponía

mantenerse vestido. Quería introducirse en Louis con tanta desesperación que su

cordura se desvanecía poco a poco.

Con cada envite de sus caderas contra las de Louis, le daban ganas de gritar

por la agonía del deseo insatisfecho. Era la tortura más deliciosa que jamás había

experimentado.

Y todo empeoró al sentir a Louis deslizar las manos por su espalda, e

introducirlas en sus bolsillos traseros para acercarlo aún más, apretándolo con

fuerza.

Harry se estremeció ante la sensación.

— ¡Sí, oh, sí! —jadeaba Louis cuando él aumentó el ritmo de sus

embestidas.

Harry sintió que todo le daba vueltas. Tenía que hundirse en Louis. Y si no podía hacerlo de una manera, por todos los templos de Atenas que lo haría de otra.

Se apartó de Louis y se movió hacia abajo, pasando los labios por su estómago

y besándole las caderas mientras le quitaba los bóxers.

Louis temblaba de pies a cabeza al sentir el poder que él ostentaba en ese momento.

— Por favor —le suplicó, incapaz de soportarlo más.

Le apartó los muslos con los codos. Louis se lo permitió sin protestar. Colocó

las manos bajo Louis y le elevó las caderas hasta que le pasó las piernas por encima de sus hombros.

Los ojos se le abrieron de par en par en el mismo instante en que Harry lo

tomó en la boca.

Louis enterró las manos en el cabello de él y echó la cabeza hacia atrás,

siseando de placer ante las caricias tan íntimas que la lengua de Harry le prodigaba.

Jamás había experimentado algo así. Una y otra vez, Harry lo lamía y lo atormentaba hasta

dejarlo sin aliento, exhausto.

Harry cerró los ojos y gruñó cuando probó su sabor. Y disfrutó de la

sensación. Los murmullos de placer que escapaban de la garganta de Louis

resonaban en sus oídos. Percibía cómo Louis reaccionaba ante cada caricia sensual de su lengua, cuidadosamente ejecutada. De hecho, sentía como le temblaban los muslos y las nalgas, como se estremecían contra sus hombros y sus mejillas.

Louis se retorció de modo muy erótico en respuesta a sus caricias.

Con la respiración entrecortada, Harry quiso mostrarle exactamente lo que se

había estado perdiendo. Cuando saliera de la habitación esa noche, Louis no

volvería a encogerse de temor ante sus caricias.

Louis gimoteó cuando movió la mano despacio para introducir el pulgar en su

entrada, mientras continuaba lamiéndolo.

— ¡Harry! —jadeó con un involuntario estremecimiento de su cuerpo.

Él movió el dedo y la lengua aún más rápido, más profundo, aumentando la

presión mientras giraba y giraba. Louis sentía que la cabeza le daba vueltas por el

roce de la barba de Harry en su sexo.

Y, cuando pensaba que ya no podría soportarlo más, alcanzó el clímax de forma tan violenta que echó la cabeza hacia atrás y gritó mientras su cuerpo se convulsionaba por las continuas oleadas de placer.

Pero Harry no se detuvo, siguió prodigándole caricias hasta que tuvo otro nuevo orgasmo, casi seguido al primero.

La tercera vez que le ocurrió pensó que moriría.

Débil, y totalmente saciado, sacudía la cabeza a uno y otro lado, sobre la almohada, mientras Harry continuaba su implacable asalto.

— Harry, por favor —le suplicó mientras su cuerpo seguía experimentando continuos espasmos por sus caricias—. No puedo más.

Sólo entonces, él se apartó.

Louis se sentía palpitar desde la cabeza hasta los pies, y respiraba entrecortadamente. Jamás había conocido un placer tan intenso.

Harry trazó una senda de besos desde sus muslos hasta su garganta, y allí

se quedó.

— Dime la verdad, Louis —le dijo al oído—. ¿Has sentido algo así antes?

— No —susurró Louis con honestidad; dudaba que muchas personas hubiesen

conocido algo semejante a lo que Louis acababa de experimentar. Quizás no hubiese ninguna—. No tenía ni idea de que pudiese ser así.

Con una mirada hambrienta, Harry lo contempló como si quisiese devorarlo.

Louis sintió la presión de su erección sobre la cadera y cayó en la cuenta que él

no había llegado al orgasmo. Había mantenido su promesa.

Con el corazón latándole frenético ante el descubrimiento, quiso

proporcionarle lo mismo que Louis acababa de vivir. O al menos, algo que se le

aproximara.

Bajando la mano, comenzó a desabrocharle los pantalones.

Harry le cogió la mano y se la llevó a los labios para besarle la palma con

mucha ternura.

— Tu intención es buena, pero no te molestes.

— Harry —le dijo en tono de reproche—. Sé que es muy doloroso para una persona si no se...

— No puedo —insistió él, interrumpiéndolo de nuevo.

Louis lo miró ceñudo.

— ¿Que no puedes qué?

— Tener un orgasmo.

Louis abrió la boca, atónito. ¿Estaría diciendo la verdad? De todos modos,

sus ojos tenían una expresión mortalmente seria.

— Es parte de la maldición —le explicó él—. Puedo darte placer, pero si me

tocas justo ahora, sólo conseguirás hacerme más daño.

Sufriendo por él, le acarició la mejilla.

— Entonces, ¿por qué...?

— Porque quería hacerlo.

No lo creía. No. Apartó la mano de su rostro y miró hacia otro lado.

— Querrás decir porque tenías que hacerlo. Por la maldición también, ¿no es cierto?

Harry lo cogió por la barbilla y lo obligó a mirarle a los ojos.

— No. Estoy luchando contra la maldición, si no fuese así, estaría dentro de ti ahora mismo.

— No lo entiendo.

— Yo tampoco —le confesó mirándolo a los ojos, como si buscase en Louis la respuesta—. Acuéstate conmigo —susurró—. Por favor.

Louis hizo una mueca de dolor ante el sufrimiento que destilaba aquella

sencilla petición. Su pobre Harry. ¿Qué le habían hecho? ¿Cómo podían hacerle eso a alguien como él?

Harry cogió el libro y se lo dio a Louis.

— Léeme.

Louis abrió el cuento mientras él colocaba las almohadas en el cabecero de la



cama.

Se estiró en el colchón e hizo que Louis se tumbara a su lado. Sin decir una

sola palabra, tiró de la manta y lo rodeó en un tierno gesto con su brazo.

El olor a sándalo la asaltó de nuevo, mientras comenzaba a leerle la historia

de Wendy y Peter Pan.

Estuvieron así durante una hora.

— Me encanta tu voz. Tu forma de hablar —le dijo mientras Louis se detenía

para pasar una página.

Louis sonrió.

— Debo decir lo mismo de ti. Tienes la voz más cautivadora que he

escuchado jamás.

Harry le quitó el libro de las manos y lo dejó sobre la mesita de noche. Louis

alzó la mirada hasta sus ojos. El deseo los hacía más brillantes, y lo contemplaba

con un anhelo que la dejó sin respiración.

Entonces, para su asombro, lo besó suavemente en la punta de la nariz.

Alargó el brazo, cogió el mando a distancia y bajó las luces hasta dejar la

habitación en penumbra. Louis no sabía qué decir mientras Harry se acurrucaba tras él y lo abrazaba por la espalda.

Harry le apartó el pelo de la cara y apoyó la cabeza en la almohada, al lado

de la suya.

— Me encanta tu olor —le susurró, abrazándolo con fuerza.

— Gracias —respondió Louis en un murmullo.

No estaba seguro, pero le daba la impresión de que Harry sonreía.

Se acurrucó aún más, acercándose a la calidez de su cuerpo, pero los

vaqueros le rasparon las piernas.

— ¿No estás incómodo vestido? ¿No deberías cambiarte de ropa?

— No —contestó tranquilamente—. De este modo, sé que mi cucharilla

permanecerá alejada de tu...

— Ni se te ocurra decirlo —dijo con una carcajada—. No te ofendas, pero tu

hermano es asqueroso.

— Sabía que había una razón para que me gustaras tanto.

Louis le quitó el mando a distancia de las manos.

— Buenas noches, Harry.

— Buenas noches, cariño.

Louis apagó la luz.

Al instante, notó cómo Harry se tensaba. Su respiración se convirtió en un

jadeo entrecortado y se apartó de Louis.

— ¿Harry?

Él no contestó.

Preocupado, Louis encendió la luz para poder verle. Se abrazaba con fuerza

el torso, con los brazos cruzados sobre el pecho. Tenía la frente cubierta de sudor y

una mirada aterrada y salvaje mientras se esforzaba por respirar.

— ¿Harry?

Él observó la habitación como si acabara de despertar de una pesadilla

espantosa. Louis vio cómo alzaba un brazo y colocaba la mano en la pared, para

asegurarse que todo era real, no una alucinación.

Se humedeció los labios, se pasó la mano por el pecho y tragó saliva.

Y entonces, Louis lo entendió.

La oscuridad. Por eso no había apagado las luces, sino que había bajado la

intensidad.

— Lo siento Harry, no lo sabía.

Él seguía sin hablar.

Louis lo abrazó, sorprendida de que un hombre tan fuerte buscara consuelo

en Louis como si no pudiese hacer otra cosa. Harry apoyó la cabeza sobre sus

pechos.

Con los dientes apretados, Louis sintió que los ojos se le llenaban de

lágrimas. Y en ese instante supo que jamás le dejaría regresar a ese libro. Nunca.

De algún modo, romperían la maldición. Y, cuando todo hubiese acabado, esperaba que Harry pudiese vengarse del responsable de su sufrimiento.

Nose siento que estoy muy alegre porque me regalaron "This Is Us" en 3-D y la estoy viendo, asi que al raaaato habrá otro capitulo:3

and let me Kiss You:D

=====

## Capitulo 9

Disfruten porque de aqui hasta el 3 de Enero:3 Los amooo

Pd: capitulo dedicado a trinicf

## Capítulo 9

Louis permaneció inmóvil durante horas, escuchando la respiración tranquila y acompasada de Harry, mientras dormía a su lado. Había colocado una pierna entre sus muslos y le rodeaba la cintura con un brazo. La sensación de su cuerpo, envolviéndolo, lo hacía palpar de deseo. Y su olor... Lo que más le apetecía en esos momentos era darse la vuelta y enterrar la nariz en el aroma cálido y amaderado de su piel. Nadie lo había hecho sentirse así jamás. Tan querido, tan seguro. Tan deseable. Y se preguntaba cómo era posible, teniendo en cuenta que apenas se conocían. Harry llegaba a una parte de su interior que iba más allá del mero deseo físico. Era tan fuerte, tan autoritario... Y tan divertido. Lo hacía reír y le encogía el corazón. Alargó el brazo y pasó los dedos con suavidad por la mano que tenía colocada justo bajo su barbilla. Tenía unas manos preciosas. Largas y ahusadas. Aun relajadas durante el sueño, su fuerza era innegable. Y la magia que obraban en su cuerpo... Un milagro. Pasó el pulgar por su anillo de general y comenzó a preguntarse cómo habría sido Harry entonces. A menos que la maldición hubiese alterado su apariencia física, no parecía ser muy mayor, no aparentaba más de veinte. ¿Cómo podría haber

liderado un ejército a una edad tan temprana? Pero claro, Alejandro Magno apenas si tenía edad para afeitarse cuando comenzó sus campañas. Harry debía haber tenido una apariencia magnífica en el campo de batalla. Louis cerró los ojos e intentó imaginárselo a caballo, cargando contra sus enemigos. Podía ver una vívida imagen del general vestido con la armadura y con la espada en alto mientras luchaba cuerpo a cuerpo con los romanos.— ¿Jasón? Louis se tensó al escuchar el murmullo. Harry estaba dormido. Giró sobre el colchón y lo miró.— ¿Harry? Él adoptó una postura rígida y comenzó a hablar en una confusa mezcla de español y griego clásico.— ¡No! ¡Okhee! ¡Okhee! ¡No! —y se incorporó hasta quedar sentado en la cama. Louis no podía saber si estaba dormido o despierto. Le tocó el brazo instintivamente y, lanzando una maldición, Harry lo agarró con fuerza y tiró de él hasta ponerlo sobre sus muslos. Después volvió a arrojarlo a la cama, con una mirada salvaje y los labios fruncidos.— ¡Maldito seas! —gruñó.— Harry —jadeó Louis, luchando por liberarse mientras él lo agarraba con más fuerza por el brazo—. ¡Soy yo, Louis!— ¿Louis? —repitió con el ceño fruncido, intentando enfocar la mirada. Se apartó de Louis parpadeando. Alzó las manos y las observó como si fueran apéndices extraños que no hubiese visto jamás. Después clavó los ojos en Louis.— ¿Te he hecho daño?— No, estoy bien. ¿Y tú? Él no contestó.— ¿Harry? —dijo mientras le tocaba. Se alejó de él como si se apartase de una criatura venenosa.— Estoy bien. Era un mal sueño.— ¿Un mal sueño o un mal recuerdo?— Un mal recuerdo que me persigue en sueños —murmuró con la voz cargada de dolor, y se levantó—. Debería dormir en otro sitio. Louis lo cogió por el brazo antes de que pudiera marcharse y lo acercó devuelta a la cama.— ¿Eso es lo que siempre hiciste en el pasado? Él asintió.— ¿Le has contado tus pesadillas a alguien? Harry lo miró horrorizado. ¿Por quién lo había tomado? ¿Por un niño llorón que necesitaba a su madre? Siempre había guardado la angustia en su interior. Como le habían enseñado. Sólo durante las horas de sueño los recuerdos podían traspasar las barreras que él mismo había erigido. Sólo cuando dormía era débil. En el libro no había nadie que pudiera resultar herido cuando le asaltaba la pesadilla. Pero una vez liberado de su confinamiento, sabía que no era muy inteligente dormir al lado de alguien que podía acabar inadvertidamente herido mientras estaba atrapado en el sueño. Podría matarlo de forma accidental. Y esa idea lo aterrizzaba.— No —susurró—. No se lo he contado nunca a nadie— Entonces, cuéntamelo a mí.— No —respondió con firmeza—. No quiero volver a vivirlo.— Si lo revives cada vez que sueñas, ¿cuál es la diferencia? Déjame entrar en tus sueños, Harry. Déjame ayudarte. ¿Podría hacerlo? ¿Podría tener esperanza? Sabes que no. Pero aún así... Quería purgar los demonios. Quería dormir una noche completa libre de tormento, con un sueño tranquilo.— Cuéntamelo —insistió suavemente. Louis percibía su renuencia mientras se unía a él en la cama. Permaneció sentado en el borde, con la cabeza entre las manos.— Ya me has preguntado qué hice para que me maldijeran. Lo hicieron porque traicioné al único hermano que jamás he conocido. La única familia que he tenido en la vida. La angustia de su voz caló muy hondo en Louis. Deseaba desesperadamente acariciarle la espalda, para reconfortarlo, pero no se atrevió por si él volvía a apartarse de nuevo.— ¿Qué hiciste? Harry se mesó el cabello y dejó enterrado el puño en él. Con la mandíbula más rígida que el acero y la mirada fija en la alfombra contestó:— Permití que la envidia me envenenase.— ¿Cómo? Permaneció callado un rato antes de volver a hablar.— Conocí a Jasón poco después de que mi madrastra me enviase a vivir a los barracones. Louis apenas si recordaba una conversación con Niall en la que le explicaba que los

barracones espartanos eran los lugares donde se obligaba a vivir a los niños, alejados de sus hogares y de sus familias. Siempre se los había imaginado como una especie de internado.— ¿Cuántos años tenías?— Siete. Incapaz de imaginar que la obligaran a apartarse de sus padres a esa edad, Louis jadeó.— No había nada de raro en la decisión —dijo Harry sin mirarlo—. Y era grande para mi edad. Además, la vida en los barracones era infinitamente mejor que la que llevaba junto a mi madrastra. Louis percibía el veneno que destilaba su voz y se preguntó cómo habríasido la mujer.— ¿Entonces, Jasón vivía contigo en los barracones?— Sí —murmuró él—. Cada barracón estaba dividido en grupos, y cada uno elegía a un líder. Jasón era el líder de mi grupo.— ¿Qué hacían esos grupos?— Éramos una especie de unidad militar. Estudiábamos, limpiábamos nuestro barracón, pero sobre todo, nos las apañábamos entre todos para poder sobrevivir. Louis se sobresaltó ante esa palabra tan dura.— ¿Sobrevivir a qué?— Al estilo de vida espartano —contestó Harry con voz áspera—. No sé si conoces algo sobre las costumbres de la gente de mi padre, pero no vivían con los lujos habituales del resto de los griegos.» Los espartanos sólo querían una cosa de sus hijos: que nos convirtiéramos en la fuerza militar más impresionante del mundo antiguo. Para prepararnos, nos enseñaban a sobrevivir con las necesidades más básicas. Nos daban una solatúnica que debíamos conservar durante todo un año, y si se estropeaba, la perdíamos, o acababa por quedarnos pequeña, nos quedábamos sin ella. Teníamos que hacernos nuestra propia cama. Y una vez que llegábamos a la pubertad, no se nos permitía llevar ningún tipo de calzado. Se rió con amargura.— Aún puedo recordar cómo me dolían los pies durante el invierno. Teníamos prohibido encender fuego, y tampoco podíamos taparnos con una manta, así es que nos envolvíamos los pies con harapos para evitar que se nos congelaran durante la noche. Por la mañana sacábamos los cadáveres de los chicos que habían muerto de frío. Louis se encogió de espanto ante el mundo que Harry describía. Intentaba imaginarse cómo debía haber sido vivir así. Peor aún, recordó el berrinche que pilló a los trece años porque se encaprichó de unos zapatos de ochenta dólares que, según su madre, eran demasiado para él; y a la misma edad, Harry habría estado buscando harapos. La injusticia de aquello la hacía pedazos.— Sólo erais niños.— Jamás fui un niño —le contestó con sencillez—. Pero eso no era todo, lo peor era que apenas nos daban de comer. Estábamos obligados a robar o a morir de hambre.— ¿Y los padres lo permitían? Harry lo miró por encima del hombro; sus ojos tenían una expresión irónica.— Lo consideraban un deber cívico. Y, puesto que mi padre era el stratgoi de Esparta, la mayoría de los profesores y de los chicos me despreciaron desde el primer momento. Me daban mucha menos comida que al resto.— ¿Qué era tu padre? —le preguntó, no acababa de comprender el término griego que Harry había empleado.— El general supremo, si lo prefieres —inspiró profundamente y continuó—. A causa de su posición, y de su reputación de hombre cruel, yo era un paria para mi grupo. Mientras ellos se unían para poder robar comida, a mí me dejaban de lado, y tenía que ingeníarmelas para sobrevivir. Un día, pescaron a Jasón robando comida. Cuando regresaron a los barracones iban a castigarlo. Así es que di un paso al frente y me eché toda la culpa.— ¿Por qué? Harry se encogió de hombros, restándole importancia al asunto.— Estaba tan débil por la paliza anterior que pensé que no viviría si le daban otra.— ¿Y por qué le habían golpeado antes?— Era el modo de empezar el día. Tan pronto como nos sacaban a rastras de las camas, nos daban una buena tunda. Louis hizo una mueca de dolor.— Entonces, ¿por qué dejaste que te pegaran en su lugar, si tú también estabas

herido?— Siendo el hijo de una diosa, aguantaba las palizas más duras. Louis cerró los ojos mientras recordaba las palabras que Niall había dicho esa misma tarde. Esta vez, no pudo resistir el impulso de acercarse a él. Le puso la mano sobre el bíceps. Harry no se apartó. Al contrario, le cubrió la mano con la suya y le dio un ligero apretón.— Desde ese día en adelante, Jasón me consideró su hermano, e hizo que los demás me aceptaran. Aunque mi madre y mi padre tenían otros hijos, nunca había tenido un hermano antes. Louis sonrió.— ¿Qué ocurrió después? El bíceps se contrajo bajo su mano.— Decidimos aunar fuerzas para conseguir lo que necesitábamos. Él distraía a la gente y yo robaba; así, si nos pillaban, yo me llevaba los golpes. ¿Por qué? Tenía Louis en la punta de la lengua, pero se la mordió. En el fondo, conocía la respuesta: Harry estaba protegiendo a su hermano.— El tiempo fue pasando —continuó él—, y noté que su padre salía furtivamente del pueblo para observarlo de lejos. El amor y el orgullo en su rostro eran algo indescriptible. Su madre hacía lo mismo. Se suponía que debíamos apañarnos para conseguir comida, pero algunos días, Jasón encontraba cosas que sus padres le habían dejado. Pan fresco, langosta asada, una jarra de leche... y a veces, dinero.— Qué tierno.— Sí, lo era; pero cada vez que me daba cuenta de lo que hacían por él, la realidad me destrozaba. Quería que mis padres sintieran lo mismo por mí. Habría dado gustoso mi vida porque mi padre me mirara una sola vez sin odio; o porque mi madre se preocupara por mí lo justo para venir a verme. Lo más cerca que he estado nunca de ella fue en su templo de Thimaria. Solía pasar horas contemplando su estatua, y preguntándome si era así realmente. Preguntándome si pensaba alguna vez en mí. Louis se sentó tras él, lo abrazó por la cintura y puso la barbilla sobre su hombro.— ¿Nunca viste a tu madre cuando eras pequeño? Él le rodeó los brazos con los suyos y echó la cabeza hacia atrás, hasta dejarla reposar sobre el hombro de Louis. Louis sonrió ante el gesto. Aunque estuviese tenso y nervioso, le estaba confiando cosas que jamás había compartido con otra persona. Y saberlo le proporcionaba una sensación de increíble intimidad.— No la he visto nunca —confesó en voz baja—. Me enviaba a otros, pero ella jamás se ha presentado ante mí. Sin importar lo mucho que le implorara, siempre se negaba. Después de un tiempo, dejé de pedirselo. Y al final, también dejé de entrar en sus templos. Louis le plantó un beso tierno en el hombro. ¿Cómo podía su madre haberlo ignorado? ¿Cómo podía ser capaz una madre de no atender el ruego de un hijo? Pensaba en sus propios padres. En el amor y la ternura que le habían prodigado. Y, por primera vez, después de tantos años, se dijo que sus sentimientos con respecto a su trágica muerte estaban totalmente equivocados. Siempre había pensado que habría sido mucho mejor no conocer su cariño para no perderlo de modo tan cruel. Pero no era así. Aunque los recuerdos de su infancia y de sus padres eran agradables, lo reconfortaban. Harry no había conocido nunca la ternura de un abrazo. La seguridad de saber que, hiciera lo que hiciera, sus padres siempre estarían allí. No podía imaginar cómo habría sido crecer del modo que él lo hizo.— Pero tenías a Jasón —le susurró, preguntándose si habría sido suficiente para él.— Sí. Tras la muerte de mi padre, cuando yo tenía catorce años, Jasón fue lo bastante amable como para dejarme ir a su casa cuando nos daban permiso. Fue en una de esas visitas cuando vi por primera vez a Penélope. Louis sintió una pequeña punzada de celos al escuchar el nombre de su esposa.— Era tan hermosa... —murmuró él— y estaba prometida a Jasón. Louis se quedó paralizado ante sus palabras. ¡Oh! La cosa no iba bien.— Peor aún —le dijo acariciándole el brazo con suavidad—, estaba enamorada de él. Cada vez que íbamos de permiso, se arrojaba en



brazos de Jasón para besarlo. Le decía lo mucho que significaba para ella. Cuando nos marchábamos, le pedía en voz baja que tuviese cuidado, y le dejaba comida para que la encontrara. Harry se detuvo mientras recordaba la imagen de Jasón cuando volvía a los barracones con los regalos de Penélope. «Algún día te casarás, Harry» decía su amigo mientras hacía gala de los obsequios «pero jamás tendrás una esposa como la mía para calentarte la cama.» Aunque su amigo no lo dijese, Harry conocía el motivo de que hablara así. Ningún padre responsable entregaría a su hija en matrimonio a un hombre desheredado, sin familia que lo reconociese. Cada vez que su amigo pronunciaba esas palabras, su alma se hacía pedazos. Había ocasiones en las que sospechaba que Jasón echaba sal en sus heridas debido a los celos. Penélope lo miraba más de la cuenta cuando pensaba que su prometido no lo notaba. Puede que él tuviese su corazón, pero al igual que el resto de las mujeres, ella se lo comía con los ojos cada vez que estaba cerca. Por ese motivo Jasón dejó de invitarlo a su casa. Y que le prohibieran regresar al único hogar que había conocido, acabó por destruirlo.— Debería haber dejado que se casaran —siguió Harry, mientras pasaba el brazo por la cabeza de Louis y enterraba el rostro en su cuello para inhalar el dulce aroma de su piel—. Entonces lo sabía, pero no podía soportarlo. Año tras año, veía cómo ella lo amaba. Veía cómo su familia lo adoraba, mientras yo no tenía un hogar donde acudir.— ¿Por qué? —preguntó Louis—. Has dicho que tenías hermanos, ¿no te habrían dejado quedarte con ellos? Él negó con la cabeza.— Los hijos de mi padre me odiaban a muerte. Su madre me habría permitido quedarme con ellos, pero me negaba a pagar el precio que pedía a cambio. No tenía nada en aquellos días, excepto mi dignidad.— Ahora también la tienes —murmuró Louis, abrazándolo con más fuerza por la cintura—. He sido testigo de ella. Soltándolo, dejó pasar sus palabras y tensó la mandíbula.— ¿Qué le ocurrió a Jasón? —siguió Louis. Quería que siguiera hablando mientras estuviese de humor—. ¿Murió en combate? Él soltó una amarga carcajada.— No. Cuando fuimos lo suficientemente mayores para unirnos al ejército, lo mantuve a salvo en el campo de batalla. Había prometido a Penélope y a su familia que no permitiría que le ocurriese nada. Louis sintió el corazón de Harry latiendo con rapidez bajo sus brazos.— Según pasaban los años, pronunciaban mi nombre con temor y respeto. Mis victorias se convertían en leyenda, y se contaban una y otra vez. Cuando regresaba a Thimaria, acababa durmiendo en la calle, o en la cama de cualquier mujer que me abriese la puerta para pasar la noche. De ese modo pasaba el tiempo hasta que regresaba a la batalla. A Louis le escocían los ojos por las lágrimas; la voz de Harry estaba cargada de dolor. ¿Cómo podían haberlo tratado así?— ¿Qué pasó para que cambiaran las cosas? —le preguntó. Él suspiró.— Una noche, mientras buscaba un lugar para dormir, me tropecé con ellos dos en la calle. Estaban abrazándose como dos enamorados. Me disculpé rápidamente pero, al alejarme, escuché a Jasón hablando con Penélope. Todo su cuerpo se puso rígido entre los brazos de Louis y el corazón comenzó a latirle con más rapidez.— ¿Qué dijo? —le urgió Louis. Los ojos de Harry adoptaron una mirada sombría.— Ella le preguntó que por qué nunca me quedaba en casa de mis hermanos. Jasón se rió y le contestó: «Nadie quiere a Harry. Es el hijo de Afrodita, la Diosa del Amor, y ni siquiera ella soporta estar cerca de él.» Louis fue incapaz de respirar mientras escuchaba las crueles palabras. Se imaginó cómo debió sentirse Harry al oírlas. Harry tomó aire con brusquedad.— Le había guardado las espaldas más veces de las que podía recordar. Me habían herido en batalla en incontables ocasiones por protegerlo,

incluyendo unavez en la que una lanza me atravesó el costado. Y allí estaba él, burlándose de mí. No pude soportar la injusticia. Había creído que éramos hermanos. Y supongo que, al final, lo fuimos, ya que me trató del mismo modo que el resto de mi familia. Yo siempre había sido un hijastro bastardo. Solo y repudiado. No entendía por qué él tenía tantas personas que lo querían y yo no tenía a nadie.» Herido y enfadado por sus palabras, hice lo que jamás debería haber hecho:invocar a Eros.Louis podía imaginarse fácilmente lo que había ocurrido.— Hizo que Penélope se enamorara de ti.Harry asintió.— Disparó a Jasón con una flecha de plomo que mató su amor por Penélope,y a ella le disparó con una de oro para que se enamorara de mí. Se suponía que todo debía acabar ahí pero...Meciéndolo con suavidad entre sus brazos, Louis aguardó a que encontrases las palabras exactas.— Tardé dos años en convencer a su padre para que le permitiera casarse con un bastardo desheredado, sin influencias familiares. Para entonces, mi leyenda había aumentado y había sido ascendido. Finalmente logré acumular riquezas suficientes para hacer que Penélope viviese como una reina. Y, en lo que se refería a ella, no reparé en gastos. Teníamos jardines, esclavos y todo lo que se le antojaba. Le di libertad e independencia, como jamás tuvo ninguna otra mujer de la época.— ¿Pero no era suficiente?Él negó con la cabeza.— Yo necesitaba algo más y sabía que le ocurría algo. Aun antes de que Erosinterviniese, siempre fue excesivamente vehemente. Dependía de Jasón de un modo prohibido para las espartanas y, en una ocasión en que fue herido, se afeitó totalmente la cabeza como muestra de su dolor.» Más tarde, una vez Eros disparó sus flechas, Penélope pasaba por largos periodos de depresión, o de furia. Yo hacía todo lo que podía por ella, e intentaba que fuese feliz.Louis le acarició el pelo mientras lo escuchaba.— Decía que me quería, pero yo percibía que no se interesaba por mí del mismo modo que lo había hecho por Jasón. Me entregaba su cuerpo de forma generosa, pero no había verdadera pasión en sus caricias. Lo supe desde la primera vez que la besé.» Intenté engañarme a mí mismo, diciéndome que no importaba. Muy pocos hombres, en aquel entonces, hallaban el amor en el matrimonio. Además, me ausentaba durante meses, a veces, incluso años, mientras dirigía mi ejército. Pero al final, supongo que me parezco demasiado a mi madre, porque siempre anhelé más.Louis sufría enormemente por él.— Y entonces llegó el día en que Eros también me traicionó.— ¿Te traicionó?, ¿cómo? —preguntó ansioso, sabiendo que ése era el origen de la maldición.— Él y Príapo estuvieron bebiendo la noche posterior a que yo matara a Livio.Eros, borracho, le contó lo que había hecho por mí. Tan pronto como Príapo escuchó la historia, supo cómo vengarse.» Fue al Inframundo y cogió agua de la Laguna de la Memoria para ofrecérsela a Jasón. Y en cuanto tocó sus labios, recordó su amor por Penélope.Príapo le contó lo que yo había hecho y le entregó más agua para que se la diera a beber a ella.Harry sentía cómo sus labios articulaban las palabras, pero perdió el control de la narración. En lugar de intentar pensar en lo que iba a contar, cerró los ojos y revivió aquel aciago día.Acababa de entrar en la casa procedente de los establos, cuando vio a Penélope y a Jasón en el atrio. Besándose.Atónito, se detuvo a mitad de camino, mientras una oleada de nerviosismo se apoderaba de él al comprobar la pasión de aquel abrazo.Hasta que Jasón alzó la mirada y lo vio en la puerta.En el instante en que sus ojos se encontraron, Jasón curvó los labios.— ¡Ladrón despreciable! Príapo me contó tu traición. ¿Cómo pudiste?Con el rostro desfigurado por el odio, Penélope se abalanzó sobre Harry y lo abofeteó.— Asqueroso bastardo, te mataría por lo que has hecho.— Yo lo mataré —gritó Jasón mientras desenvainaba su espada.Harry intentó apartar a

Penélope, pero ella se negó.— ¡Por todos los dioses! He dado a luz a tus hijos —dijo mientras intentaba rasarle la cara. Harry la sostuvo por las muñecas.— Penélope, yo...— ¡No me toques! —le gritó zafándose de sus manos—. Me das asco. ¿Crees que una mujer decente iba a quererte a la luz del día? Eres despreciable. Repulsivo. Se apartó de él y se acercó a Jasón.— Córtales la cabeza. Quiero bañarme en su sangre hasta borrar el rastro de su olor en mi piel. Jasón blandió la espada. Harry dio un salto hacia atrás, poniéndose fuera del alcance del arma. De forma instintiva, buscó su propia espada, pero se detuvo. Lo último que deseaba era derramar la sangre de Jasón.— No quiero luchar contigo.— ¿Que no? ¡Violaste a mi mujer y le hiciste llevar tu simiente, cuando deberían haber sido mis hijos a los que diese a luz! Te recibí en mi hogar con los brazos abiertos. Te di una cama cuando nadie te quería cerca, ¿y así me pagas? Harry lo miró con incredulidad.— ¿Te pago? ¿Tienes la más mínima idea de las ocasiones en las que te he salvado la vida durante las batallas? ¿De cuantas palizas me han dado en tu lugar? ¿Puedes siquiera contarlas? Y te atreviste a burlarte de mí. Jasón se rió cruelmente.— Todos, excepto Liam, se burlaban de ti, idiota. De hecho, era el único que te defendía, con tanto empeño que a veces me hacía plantearme qué haríais juntos cuando estabais a solas. Suprimiendo la ira que le habría dejado totalmente expuesto y vulnerable al ataque de Jasón, se agachó para esquivar la siguiente estocada.— Déjalo, Jasón. No me obligues a hacer algo de lo que los dos nos arrepentiríamos más tarde.— De lo único que me arrepiento es de haber dado cabida a un ladrón en mi casa —bramó Jasón con ira, alzando la espada de nuevo. Harry intentó agacharse, pero Penélope se acercó hasta él por detrás y le propinó un empujón. La espada de Jasón le dio en las costillas. Siseando de dolor, Harry sacó su propia espada y la blandió de tal modo que habría dejado a su amigo sin cabeza si le hubiese alcanzado. Jasón intentó alcanzarlo, pero Harry se limitó a defenderse mientras intentaba alejar a Penélope del alcance de las espadas.— No lo hagas, Jasón. Sabes que tu habilidad con la espada es inferior a la mía. Su amigo intensificó el ataque.— No voy a dejar que sigas con ella, de ningún modo. Los siguientes segundos se sucedieron con inusual rapidez, pero aún así, Harry veía pasar la imagen por su cabeza con diáfana nitidez. Penélope lo agarró del brazo libre al mismo tiempo que Jasón atacaba. La espada no hirió a Harry de milagro tras el empujón que le dio su esposa. Totalmente desequilibrado, intentó liberarse de Penélope, pero con ella en medio, lo que consiguió fue tropezarse hacia delante, a la vez que Jasón avanzaba hacia ellos. En el instante en que chocaron, sintió cómo su espada se hundía en el cuerpo de su amigo.— ¡No! —gritó Harry, extrayendo la hoja del vientre de Jasón mientras Penélope dejaba escapar un atormentado chillido de angustia. Lentamente, Jasón cayó al suelo. Arrodillándose, Harry arrojó su espada a un lado y cogió a su amigo.— ¡Dioses del Olimpo!, ¿qué habéis hecho? Escupiendo sangre y tosiendo, Jasón le lanzó una mirada acusadora.— Yo no hice nada. Fuiste tú el que me traicionó. Éramos hermanos y me robaste el corazón. Jasón tragó dolorosamente mientras sus pálidos ojos atravesaban a Harry.— Jamás tuviste nada que no robaras antes. Harry comenzó a temblar, consumido por la culpa y la agonía. Jamás había tenido intención de que sucediera algo así. Nunca había querido que alguien saliese herido, y menos aún Jasón. Lo único que deseaba era alguien que le amara. Sólo quería un hogar donde fuese bienvenido. Pero Jasón tenía razón. Él era el único culpable. De todo. Los chillidos de Penélope resonaban en sus oídos. Lo agarró del pelo y comenzó a tirar con todas sus fuerzas. Con una mirada salvaje, sacó la daga que Harry llevaba en el cinturón.— ¡Te quiero muerto! ¡Muerto! Le

hundió la daga en el brazo, y volvió a sacarla para atacar de nuevo. Él la agarró a tiempo. Con un fuerte tirón, se deshizo de él y se apartó.— No —le dijo con una mirada desencajada—. Quiero que sufras. Me quitaste lo que más quería. Ahora yo haré lo mismo contigo —y salió corriendo. Abrumado por el dolor y la furia, Harry no pudo moverse mientras veía cómo la vida abandonaba el cuerpo de su amigo. Entonces, las palabras de su esposa se filtraron entre la neblina que confundía su mente.— ¡No! —rugió mientras se ponía en pie—. ¡No lo hagas! Llegó a la puerta de los aposentos de Penélope a tiempo para escuchar los gritos de los niños. Con el corazón en un puño, intentó abrirla pero ella la había atrancado desde dentro. Cuando logró abrirla, era demasiado tarde. Demasiado tarde... Harry se llevó las manos a la cara, presionándose con fuerza los ojos, mientras el horror de lo sucedido aquel día lo inundaba de nuevo; pero ahora sentía las caricias de Louis en la espalda, y se sentía reconfortado. Jamás sería capaz de olvidar la imagen de sus hijos, el miedo en el corazón. La agonía más absoluta. Lo único que había amado en el mundo eran sus hijos. Y sólo ellos lo habían amado. ¿Por qué? ¿Por qué tuvieron que sufrir a causa de sus errores? ¿Por qué tuvo Príapo que torturarlo haciendo que ellos sufrieran? ¿Y cómo pudo permitir Afrodita que todo aquello sucediese? Una cosa era que no le hiciera caso a él, pero dejar que sus hijos murieran... Por eso fue aquel día a su templo. Había planeado matar a Príapo. Arrancarle la cabeza de los hombros y clavarla en una lanza.— ¿Qué ocurrió? —le preguntó Louis, devolviéndolo al presente.— Cuando entré en la habitación era demasiado tarde —dijo con la garganta casi cerrada por el dolor—. Nuestros hijos estaban muertos; su propia madre los había asesinado. Penélope se había abierto las muñecas y yacía junto a ellos. Llamé a un médico para que intentara detener la hemorragia —entonces hizo una pausa—. Mientras exhalaba su último aliento, me escupió a la cara. Louis cerró los ojos, consumido por el dolor de Harry. Era peor de lo que había imaginado. ¡Santo Dios! ¿Cómo había sobrevivido? Había escuchado numerosos relatos de tragedias a lo largo de su vida, pero ninguno podía compararse con lo que Harry había sufrido. Y lo pasó él solo, sin nadie que lo ayudara. Sin nadie que lo amara.— Lo siento tanto —susurró Louis acariciándole el pecho para consolarlo.— Aún no puedo creer que estén muertos —murmuró él con la voz rota de dolor—. Me preguntaste qué hacía mientras estaba en el libro. Recordar las caras de mis hijos; de mi hijo y de mi hija. Recordar sus bracitos alrededor de mi cuello. Recordar cómo salían corriendo a mi encuentro cada vez que regresaba a casa, después de una campaña. Y revivir cada uno de los momentos de ese día, deseando haber hecho algo para salvarlos. Louis parpadeó para alejar las lágrimas. No era de extrañar que jamás hubiese hablado a nadie de eso. Harry tomó una profunda bocanada de aire.— Los dioses ni siquiera me conceden caer en la locura para poder escapar a mis recuerdos. No se me permite semejante alivio. Después de esas palabras, no volvió a hablar. Se limitó a quedarse inmóvil entre los brazos de Louis. Sorprendido por su fortaleza, estuvo sentado tras Harry durante horas, abrazándolo. No sabía qué más podía hacer.

Espero que les haya gustado lo que sigue esta más interesante pero los dejare con la intriga, como ya dije hasta el 3 de enero, besos a todos...

Pd: si veo suficientes comentarios y votos mañana les subo otro:D

=====

## Capitulo 9 2/2

### Capítulo 9-2

Como veo que hay mucho amor para mi y la autora original, aqui esta otro capitulo:3Por primera vez en años, sus habilidades de psicólogo le fallaron por completo. Cuando se despertó, la luz del sol entraba a raudales por las ventanas. Tardó todo un minuto en recordar lo acontecido la noche anterior. Se sentó en la cama e intentó tocar a Harry, pero estaba solo.— ¿Harry? —lo llamó. Nadie contestó. Echando a un lado el edredón, se levantó y se vistió de prisa.— ¿Harry? —volvió a llamarlo, mientras bajaba las escaleras. Nada. Ni un sonido, aparte de los latidos frenéticos de su corazón. El pánico comenzó a abrirse paso en su cabeza. ¿Le habría sucedido algo? Entró corriendo en la sala de estar; el libro estaba sobre la mesita de café. Pasando las páginas con rapidez, vio que la hoja donde había estado el dibujo de Harry seguía en blanco. Aliviado por el hecho de que no hubiese regresado al libro, continuó registrando la casa. ¿Dónde estaba? Fue a la cocina y notó que la puerta trasera estaba entreabierta. Frunció el ceño, extrañado, y la abrió del todo para salir al porche. Echó una ojeada al patio hasta que vio a los niños de los vecinos sentados en el césped, justo al lado de los setos que separaban ambas casas. Pero lo que más le extrañó fue observar a Harry sentado con ellos, enseñándoles un juego con piedras y palitos. Los dos niños y una de las niñas estaban sentados a su lado, escuchando atentamente, mientras su hermana pequeña —de tan sólo dos años— gateaba entre ellos. Louis sonrió ante la apacible estampa. La calidez la invadió de repente, y se preguntó si Harry se habría visto así con sus propios hijos. Abandonó el porche y caminó hacia ellos. Bobby era el mayor de los niños, con nueve años; después venía Tommy, con ocho y Katie que acababa de cumplir seis. Sus padres se habían mudado al vecindario hacía ya diez años, recién casados, aunque tenían una buena relación, jamás habían pasado de ser más que amigos vecinos.— Entonces, ¿qué ocurrió? —preguntó Bobby, cuando llegó el turno de Harry.— Bueno, el ejército estaba atrapado —continuó Harry, moviendo una de las piedras con un palo—, traicionado por uno de los suyos: un joven hoplita que había vendido a sus compañeros porque quería convertirse en centurión romano. (Hoplita: Soldado griego de infantería.)— Eran los mejores —le interrumpió Bobby. Harry hizo una mueca burlona.— No eran nada comparados con los espartanos.— ¡Arriba Esparta! —gritó Tommy—. Así anima nuestra mascota del colegio. Bobby le dio un empujón a su hermano, y lo golpeó en la cabeza.— Estás interrumpiendo la historia.— No debes golpear a tu hermano jamás —le dio Harry con brusquedad pero, aún así, con cierta ternura—. Se supone que los hermanos deben protegerse, no hacerse daño. La ironía de sus

palabras le encogió el corazón. Era una pena que nadie hubiese enseñado a sus hermanos esa lección.— Lo siento —se disculpó Bobby—. ¿Qué pasó después? Antes de que Harry pudiese contestarle, el bebé se cayó y desparramó los palitos y las piedras. Los chicos comenzaron a gritarle, pero Harry los tranquilizó mientras levantaba a Allison y la ponía de nuevo en pie. Acarició levemente la nariz de la pequeña y la hizo reír. Después regresó al juego. Mientras le llegaba el turno a Bobby para mover la piedra, Harry retomó la historia donde la había dejado.— El general macedonio observó las colinas que lo rodeaban; estaban encerradas. Los romanos los habían acorralado. No había modo de flanquearlos, ni de retroceder.— ¿Se rindieron? —preguntó Bobby.— Nunca —contestó Harry con convicción—. La muerte antes que el deshonor. Hizo una pausa mientras las palabras reverberaban en su cabeza. Era la inscripción que adornaba su escudo. Como general, había vivido honrando ese lema. Como esclavo, hacía mucho que lo había olvidado. Los chicos se acercaron un poco más.— ¿Murieron? —preguntó Katie.— Algunos sí —respondió Harry, intentando alejar los recuerdos que afluían a su mente. Recuerdos de un hombre que, una vez, fue el dueño de su propio destino—. Pero no antes de hacer huir a los romanos.— ¿Cómo? —preguntaron los niños, ansiosos. Esta vez, Harry cogió al bebé antes de que volviese a interrumpirlos.— A ver —comenzó Harry mientras le daba a Allison su pelota roja. La niña se sentó sobre la rodilla que tenía doblada, y él la sujetó pasándole una mano por la cintura—. Mientras cabalgaban hacia ellos, el general macedonio sorprendió a los romanos, que esperaban que él reuniese a sus hombres en posición de falange, lo cual les hubiese convertido en una presa fácil para los arqueros y la caballería. En lugar de hacer lo previsible, el general ordenó a sus hombres que se dispersaran y apuntaran con las lanzas a los caballos, para romper las líneas de la caballería romana.— ¿Y funcionó? —preguntó Tommy. Incluso Louis estaba interesado en la historia. Harry asintió.— Los romanos no se esperaban ese movimiento táctico en un ejército entrenado. Completamente desprevenidas, las tropas romanas se dispersaron.— ¿Y el general macedonio? —Soltó un poderoso grito de guerra mientras cabalgaba en su caballo Mania, atravesando el campo hasta llegar a la colina donde los generales romanos se estaban replegando. Ellos se dieron la vuelta para enfrentarlo, pero no fue muy inteligente por su parte. Con la furia que sentía en el corazón, debida a la traición que había sufrido, cargó sobre ellos y sólo dejó a un superviviente.— ¿Por qué? —preguntó Bobby.— Quería que entregase un mensaje.— ¿Cuál? —inquirió Tommy. Harry sonrió ante las ávidas preguntas.— El general hizo jirones el estandarte romano y después usó un trozo para ayudar al romano a vendarse las heridas. Con una sonrisa letal, miró fijamente al hombre y le dijo: «Roma delenda est», Roma está destruida. Y, entonces, envió al general romano de vuelta a su casa, encadenado, para que entregara el mensaje al Senado Romano.— ¡Guau! —exclamó Bobby, impresionado—. Ojalá fueses mi profesor de historia en el colegio. Así aprobaría la asignatura seguro. Harry alborotó el cabello negro del niño.— Si te hace sentir mejor, a mí no me interesaba nada el tema a tu edad. Lo único que quería era hacer travesuras.— ¡Hola, señor Louis! —lo saludó Tommy cuando por fin se dio cuenta de su presencia—. ¿Ha escuchado la historia del señor Harry? Dice que los romanos eran tipos malos. Harry miró a Louis, que estaba a unos metros de distancia, y Louis le sonrió.— Estoy seguro de que él lo sabe.— ¿Puede arreglar mi muñeca? —le pidió Katie, ofreciéndosela. Harry soltó a Allison y cogió la muñeca. Le puso el brazo en su sitio y se la devolvió.— Gracias —le dijo Katie mientras se arrojaba a su cuello y le daba un fuerte abrazo. El

anhelo que reflejó el rostro de Harry hizo que a Louis le diera un pinchazo el corazón. Sabía que en ese momento, él estaba viendo la cara de su propia hija al mirar a Katie.— De nada, pequeña —le contestó con voz ronca, alejándose de ella.— ¿Katie, Tommy, Bobby? ¿Qué estáis haciendo ahí? Louis alzó la mirada mientras Emily rodeaba la casa.— No estaréis molestando al señor Louis, ¿verdad?— No, para nada —le respondió Louis. Emily no pareció escucharlo porque siguió regañando a los niños.— ¿Y qué está haciendo Allison aquí? Se suponía que debía estar en el patio trasero.— ¡Oye mamá! —gritó Bobby acercándose a ella a la carrera—. ¿Sabes jugar a Parcelon? El señor Harry nos ha enseñado. Louis se rió a carcajadas mientras los cinco regresaban al jardín delantero, con Bobby hablando sin parar. Harry tenía los ojos cerrados y parecía estar saboreando el sonido de las voces infantiles.— Eres todo un cuento —le dijo Louis cuando se le acercó.— No creas.— En serio —le contestó Louis con énfasis—. ¿Sabes? Me has hecho pensar. Bobby tiene razón, serías un maestro estupendo. Harry le sonrió satisfecho.— De general a maestro. ¿Por qué no cambiarme el nombre al de Catón el Viejo e insultarme mientras estás en clase? Louis se rió.— No estás tan ofendido como quieres hacerme creer.— ¿Y cómo lo sabes?— Por la expresión de tu rostro, y por la luz que hay en tus ojos —le cogió el brazo y lo llevó de vuelta al porche—. Deberías pensar seriamente en esa posibilidad. Niall consiguió su licenciatura en Tulane y conoce a mucha gente allí. ¿Quién mejor para enseñar Historia Antigua que alguien que la conoció de primera mano? No le contestó. En lugar de eso, Louis notó cómo movía los pies, descalzos, sobre la tierra.— ¿Qué estás haciendo? —le preguntó.— Disfrutando de la sensación de la hierba —respondió él con un susurro—. Las hojas me hacen coquillas en los dedos. Louis sonrió ante lo infantil de su actitud.— ¿Para eso saliste? Él asintió.— Me encanta sentir el sol en la cara. Louis sabía, en el fondo de su corazón, que había podido disfrutarlo en muchas ocasiones.— Vamos, prepararemos unos cuencos de cereales y comeremos en el porche. Louis subió en primer lugar los cinco escalones que llevaban hasta el porche, y le dejó sentado en su mecedora de mimbre para encargarse del desayuno. Cuando regresó, Harry tenía la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados; su expresión era serena. Como no quería molestarlo, retrocedió.— ¿Sabes que todo mi cuerpo percibe tu presencia? Todos mis sentidos son conscientes de tu proximidad —le confesó mientras abrió los ojos y lo miraba con un deseo abrasador.— No lo sabía —dijo Louis nervioso, ofreciéndole el cuenco. Él lo cogió, pero no volvió a hablar del tema. Comenzó a comer en silencio. Absorbiendo el calor del sol, Harry escuchaba la suave brisa y se recreaba con la presencia cercana y relajante de Louis. Se había despertado al amanecer para contemplar, a través de las ventanas, la salida del sol. Y había pasado una hora disfrutando del contacto del cuerpo de Louis. Louis lo tentaba de un modo que jamás había experimentado. Por un solo minuto se permitió barajar la posibilidad de permanecer en esta época. ¿Y después qué? Sólo tenía una «habilidad» que podía serle útil en este mundo moderno, y no era el tipo de hombre que pudiese vivir alegremente de la caridad de una persona. No después de... Apretó los dientes mientras los recuerdos lo abrasaban. A los catorce años, había cambiado su virginidad por un cuenco de gachas de avena frías y una taza de leche agria. Incluso ahora, con todo el tiempo que había transcurrido, podía sentir las manos de la mujer tocándole el cuerpo, quitándole la ropa, agarrándose febrilmente a él mientras le enseñaba cómo darle placer. «¡Ooooh!» Canturreó la mujer «Eres muy guapo, ¿verdad? Si alguna vez quieres más gachas, sólo tienes que venir a verme cuando mi marido no esté en casa» Se

sintió tan sucio después... tan usado. Durante los años siguientes, durmió en más ocasiones entre las sombras de los portales que en una cama acogedora, porque no le apetecía volver a pagar ese precio por una comida y un poco de comodidad. Y si fuese de nuevo libre, no querría... Cerró los ojos con fuerza. No se veía en este mundo. Era demasiado diferente. Demasiado extraño.— ¿Ya has acabado? Alzó los ojos y vio a Louis de pie junto a él, con la mano extendida esperando el cuenco.— Sí, gracias —le contestó mientras se lo daba.— Voy a darme una ducha rápida. Volveré en unos minutos. Lo contempló mientras se marchaba. Todavía podía sentir el sabor de su piel en los labios. Y el dulce aroma de su cuerpo. Louis lo obsesionaba. No se trataba de los efectos de la maldición. Había algo más. Algo que jamás había experimentado antes. Por primera vez, después de dos mil años, volvía a sentirse como un hombre; y ese sentimiento venía acompañado de un anhelo tan profundo que le partía en dos el corazón. Lo deseaba. En cuerpo y alma. Y quería su amor. La idea lo asustó. Pero era cierto. No había vuelto a experimentar ese profundo y doloroso deseo de sentir un tierno abrazo desde que era pequeño. Necesitaba que alguien le dijera que lo amaba, y que lo hiciese de corazón, no por el efecto de un hechizo. Echando la cabeza hacia atrás, soltó una maldición. ¿Cuándo iba a aprender? Había nacido para sufrir. El Oráculo de Delfos se lo había dicho. «Sufrirás como ningún hombre ha sufrido jamás» «¿Pero me amará alguien?» «No en esta vida.» Y se alejó de allí totalmente hundido por la profecía. Qué poco había imaginado entonces el sufrimiento que le aguardaba. «Es el hijo de la Diosa del Amor, y ni siquiera ella soporta estar cerca de él.» La verdad hizo que se encogiera de dolor. Louis jamás lo amaría. Nadie lo haría. Su destino no era que lo liberaran de su sufrimiento. Peor aún, su destino tenía una trágica tendencia a derramar la sangre de todos los que se acercaban a él. El dolor le desgarraba el pecho mientras pensaba en la posibilidad de que algo le sucediese a Louis. No podría permitirlo. Tenía que protegerlo a toda costa. Aunque eso significara perder su libertad. Con esa idea en mente, fue en su busca. Louis se estaba quitando el jabón de los ojos. Al abrirlos, se sobresaltó cuando vio que Harry lo observaba a través de la abertura de las cortinas de la ducha.— ¡Me has dado un susto de muerte! —exclamó.— Lo siento. Él permaneció al lado de la bañera de patas, tamaño extra grande, vestido sólo con los boxers y apoyado sobre la pared, con la misma pose que tenía en el libro: los anchos hombros echados hacia atrás y los brazos relajados a ambos lados del cuerpo. Louis se humedeció los labios al contemplar los musculares músculos de su pecho y de su torso. Espontáneamente, su mirada descendió hasta los boxers rojos y amarillos. Bueno, decir que ningún hombre estaría bien con ellos había sido un error. Porque Harry estaba fenomenal. En realidad, no había palabras que describiesen con exactitud lo buenísimo que estaba con ellos. Y aquella sonrisa traviesa, medio burlona, que esgrimía en esos momentos, derretiría el corazón de la más frígida de las personas. Ese hombre lo ponía muy, muy caliente. Nervioso, Louis cayó en la cuenta de que estaba completamente desnudo delante de él.— ¿Necesitas algo? —le preguntó. Para su consternación, Harry se quitó los boxers y se metió en la bañera con él. El cerebro de Louis se convirtió en papilla, abrumado por la poderosa y masculina presencia de Harry. Esa increíble sonrisa llena de hoyuelos curvaba sus labios, y hacía que el corazón se le acelerara y que comenzara a temblar.— Sólo quería verte —dijo en voz baja y tierna—. ¿Tienes idea de lo que me haces cuando te pasas las manos por tu pecho desnudo? Apreciando el tamaño de su erección, Louis tenía una idea bastante aproximada.— Harry...— ¿Mmm? Olvidó lo que iba a decir cuando él



acercó la cabeza hasta su cuello. Se estremeció por completo al sentir que su lengua le abrasaba la piel. Gimió por la sobrecarga sensorial que suponían las caricias de las manos de Harry, unidas a la sensación del agua caliente de la ducha. Apenas si fue consciente. Siseó de placer al sentir la lengua de Harry girar alrededor del endurecido pezón, rozándolo levemente y haciéndola arder. La ayudó a sentarse en la bañera y la echó hacia atrás, apoyándola en el respaldo. El contraste de la fría porcelana en la espalda y del cálido cuerpo de Harry por delante, mientras el agua caía sobre ellos, lo excitó de un modo que jamás hubiese creído posible. Nunca antes había apreciado el enorme tamaño de la antigua bañera pero, en ese momento, no la cambiaría por nada del mundo.— Tócame, Louis —le dijo con voz ronca, cogiéndole la mano y acercándosela hasta su hinchado miembro—. Quiero sentir tus manos sobre mí. Harry se estremeció cuando Louis acarició la dureza aterciopelada de su pene. Cerró los ojos mientras las sensaciones lo abrumaban. Las caricias de Louis no se limitaban al plano físico, las percibía también a un nivel indefinible. Increíble. Quería más de él. Lo quería todo de él.— Me encanta sentir tus manos sobre mi piel —balbució mientras Louis lo tomaba entre sus manos. ¡Por los dioses! Lo deseaba tanto que le dolía todo el cuerpo. Cómo deseaba que, tan sólo una vez, Louis le hiciese el amor a él. Que le hiciese el amor con el corazón. El dolor volvió a desgarrarlo. No importaba cuántas veces tuviera relaciones sexuales, el resultado siempre era el mismo. Siempre acababa herido. Si no se trataba de su cuerpo, era en lo profundo de su alma. «Ninguna persona decente te querrá a la luz del día.» Era verdad, y lo sabía. Louis percibió su tensión.— ¿Te he hecho daño? —preguntó mientras alejaba la mano. Él negó con la cabeza y le colocó las manos a ambos lados del cuello para besarlos profundamente. Súbitamente el beso cambió, intensificándose, como si estuviese intentado probar algo ante los dos. Deslizó la mano por el brazo de Louis, hasta capturar la suya y enlazar los dedos. Después, movió las manos unidas y lo acarició entre las piernas. Louis gimió mientras él lo tocaba con las manos entrelazadas. Era lo más erótico que había experimentado jamás. Temblaba de pies a cabeza mientras él aumentaba el ritmo de las caricias. Cuando introdujo los dedos de ambos en su interior, Louis gritó de placer.— Eso es —le murmuró al oído—. Siéntenos a los dos unidos. Sin aliento, Louis se agarró al hombro de Harry con la mano libre y el cuerpo en llamas. ¡Dios, era un amante increíble! De pronto, él retiró las manos y le alzó una de las piernas para pasársela por la cintura. Louis le dejó hacer, hasta que se dio cuenta de sus intenciones. Estaba preparándose para penetrarlo.— ¡No! —jadeó mientras lo empujaba—. Harry, no puedes. Sus ojos llameaban de necesidad y deseo.— Sólo quiero esto de ti, Louis. Déjame poseerte. Louis estuvo a punto de ceder. Pero entonces, algo extraño le sucedió a sus ojos. Un velo oscuro cayó sobre ellos, y las pupilas se le dilataron por completo. Se quedó inmóvil. Respiraba entre jadeos y cerró los ojos como si estuviese luchando con un enemigo invisible. Lanzando una maldición, se alejó de él.— ¡Corre! —gritó. Louis no lo dudó. Salió como pudo de debajo de él, agarró la toalla y corrió hacia la puerta. Pero no pudo abandonarlo. Se detuvo en la entrada y miró hacia atrás. Vio cómo Harry se agachaba hasta quedar apoyado en las manos y las rodillas, y se agitaba como si lo estuviesen torturando. Lo escuchó golpear la bañera con el puño cerrado mientras gruñía de dolor. El corazón de Louis martilleaba frenético al verlo luchar. Si supiese qué podía hacer... Finalmente, cayó exhausto a la bañera. Aterrorizado, y sin poder dejar de temblar, Louis entró en el cuarto de baño de nuevo y dio tres cautelosos pasos hacia la bañera, preparado para salir corriendo si él intentaba agarrarla. Estaba tendido de

costado, con los ojos cerrados. Respiraba con dificultad y parecía débil y agotado mientras el agua caía sobre él, aplastando los mechones castaños sobre su rostro. Cerró el grifo. Harry no se movió.— ¿Harry? Abrió los ojos.— ¿Te he asustado?— Un poco —le contestó con franqueza. Él respiró hondo, entrecortadamente, y se sentó despacio. No lo miró. Tenía los ojos clavados en algo que estaba a su espalda, por encima de su hombro.— No voy a ser capaz de luchar contra eso —dijo, tras una larga pausa. Entonces lo miró—. Nos estamos engañando, Louis. Déjame poseerte mientras estoy calmado.— ¿Eso es lo que quieres de verdad? Harry apretó los dientes al escuchar su pregunta. No, no era lo que quería. Pero lo que deseaba estaba más allá de su alcance. Quería cosas que los dioses no habían dispuesto para él. Cosas que ni siquiera se atrevía a nombrar, porque el simple hecho de pronunciarlas hacía su ausencia aún más insoportable.— Me gustaría poder morir. Louis retrocedió ante la sincera respuesta. Cómo deseaba poder consolarlo. Alejar su sufrimiento.— Lo sé —le dijo, con la voz ronca por las lágrimas que no se atrevía a derramar. Le pasó los brazos alrededor de los fuertes y esbeltos hombros, y lo abrazó con fuerza. Para su sorpresa, Harry apoyó la mejilla sobre la suya. Ninguno de los dos pronunció una palabra mientras se abrazaban. Finalmente, él se apartó.— Es mejor que nos detengamos antes de que... —no acabó la frase, pero no era necesario que lo hiciera. Louis ya había sido testigo de las consecuencias, y no tenía ningún deseo de repetir la experiencia. Lo dejó en el cuarto de baño y fue a vestirse. Harry salió lentamente de la bañera y se secó con una toalla. Escuchaba a Louis en su habitación; estaba abriendo la puerta del armario. En su mente, se lo imaginó desnuda y la visión lo ardeció. Una demoledora oleada de deseo lo asaltó, golpeándolo con tal fuerza que estuvo a punto de caer de espaldas al suelo. Se agarró al lavabo mientras luchaba consigo mismo.— No puedo seguir viviendo así —balbució—. No soy un animal. Alzó los ojos y se contempló en el espejo. Era la viva imagen de su padre. Miró su rostro con odio. Podía sentir los latigazos en la espalda, mientras su padre lo golpeaba hasta que casi no podía tenerse en pie. «No te atrevas a llorar, niño bonito. Ni un solo sollozo. Puede que seas el hijo de una diosa, pero éste es el mundo en el que vives, y aquí no mimamos a los niños bonitos como tú.» En el fondo de su mente, veía la mirada de desprecio de su padre mientras lo golpeaba con el puño hasta arrojarlo al suelo, y después lo levantaba por el cuello hasta casi asfixiarlo. Él pateaba e intentaba defenderse con los puños, pero a los catorce años era demasiado joven e inexperto como para eludir los golpes del general. Con el rostro desfigurado por una mueca de desprecio, su padre le había cortado en la mejilla con una daga, hundiéndola hasta el hueso. Y todo porque había pescado a su esposa mirándolo mientras comían. «Veamos si ahora te desea.» El lacerante dolor del corte fue insoportable, y la hemorragia no se detuvo en todo el día. A la mañana siguiente, la herida había desaparecido sin dejar huella. La ira de su progenitor había sido inconmensurable.— ¿Harry? Sobresaltado, dio un pequeño brinco al escuchar una voz olvidada desde hacía dos mil años. Echó un vistazo a la estancia, pero no vio nada. Sin estar muy seguro de haber escuchado la voz, habló en voz baja.— ¿Atenea? La diosa se materializó delante de él, justo en el hueco de la puerta. Aunque llevaba ropas modernas, tenía el pelo negro recogido sobre la cabeza, al estilo griego, con rizos color marrón cayendo a los lados. Sus pálidos ojos se llenaron de ternura al sonreír.— Vengo en representación de tu madre.— ¿Todavía no es capaz de enfrentarme? Atenea apartó la mirada. Harry sintió el repentino impulso de reírse a carcajadas. ¿Por qué se molestaba en esperar que su madre quisiera verlo? Debería estar

acostumbrado. Atenea jugueteaba con uno de sus rizos, envolviéndoselo en el dedo, mientras lo observaba con una extraña expresión de melancolía en el rostro.— Que conste que te habría ayudado de haber sabido esto. Eras mi general favorito. De repente, comprendió lo que había ocurrido tantos siglos atrás.— Me utilizaste en tu pulso contra Príapo, ¿verdad? Vio la culpa reflejada en los ojos de la diosa antes de que ella pudiese ocultarla.— Lo hecho, hecho está. Con los labios fruncidos por la ira, la miró furioso.— ¿Ah, sí? ¿Por qué me enviaste a esa batalla cuando sabías que Príapo me odiaba?— Porque sabía que podías ganar, y yo odiaba a los romanos. Eras el único general que tenía que podía deshacerse de Livio, y así lo hiciste. Jamás me he sentido más orgullosa de ti que aquel día, cuando le cortaste la cabeza. Cegado por la amargura, era incapaz de creer lo que estaba escuchando.— ¿Ahora me dices que estabas orgullosa? Ella ignoró su pregunta.— Tu madre y yo hemos hablado con Cloto para que te ayude. Harry se paralizó al escucharla. Cloto era la Parca encargada de las vidas de los humanos. La hilandera del destino.— ¿Y?— Si consigues romper la maldición, podremos devolvarte a Macedonia; regresarás al mismo día en que fuiste maldecido a permanecer en el pergamino.— ¿Puedo regresar?— repitió, anonadado por la incredulidad.— Pero no se te permitirá volver a luchar. Si lo haces, podrías cambiar el curso de la historia. Si te enviamos de vuelta, deberás jurar que vivirás retirado en tu villa. Siempre había una trampa. Debería haberlo recordado antes de pensar que podían ayudarlo.— ¿Con qué propósito, entonces?— Vivirás en tu época. En el mundo que conoces —diciendo esto, echó un vistazo al cuarto de baño—. O puedes permanecer aquí, si lo prefieres. La elección es tuya. Harry resopló.— Menuda elección.— Es mejor que no tener ninguna. ¿Sería cierto? Ya no estaba seguro de nada.— ¿Y mis hijos?— preguntó. Quería, no, deseaba volver a ver a su familia, a las dos únicas personas que habían significado algo para él.— Sabes que no podemos cambiar eso. Harry maldijo a Atenea. Los dioses siempre conseguían atormentarlo quitándole todo lo que le importaba. Jamás le habían concedido nada. Atenea alargó el brazo y lo acarició ligeramente en la mejilla.— Elige con cuidado —susurró, y se desvaneció.— ¿Harry?, ¿con quién hablas? Parpadeó al escuchar a Louis en el pasillo.— Con nadie —contestó—. Hablo solo.— ¡Ah! —exclamó ella, aceptando la mentira sin problemas—. Estaba pensando en llevarte de nuevo al Barrio Francés esta tarde. Podemos visitar el Acuario. ¿Qué te parece?— Claro —respondió él, saliendo del baño. Louis frunció el ceño, pero no dijo nada mientras se dirigía hacia las escaleras. Harry fue a cambiarse a la habitación. Mientras se ponía los pantalones, se fijó en las fotografías que Louis tenía en el vestidor. Parecía un niño tan feliz... tan libre. Le gustaba especialmente una en la que su madre le pasaba los brazos alrededor del cuello y ambos se reían a carcajadas. En ese momento, supo lo que debía hacer. No importaba lo mucho que deseara otras cosas, jamás podría quedarse con él. Se lo había dicho él mismo la noche que lo invocaron. Tenía su propia vida. Una en la que él no estaba incluido. No, Louis no necesitaba a alguien como él. A alguien que sólo atraería la indeseada atención de los dioses sobre su cabeza. Rompería la maldición y aceptaría la oferta de Atenea. No pertenecía a esta época. Su mundo era la antigua Macedonia. Y la soledad.

Esto fue tan fucking tierno y al mismo tiempo triste:/

Ya saben mientras mas lecturas y votos, más rapido subo:3

porfaaaaa haganme un favorzote y pasense por mis otras novelas personales please:3

besos y sigan haciendo locuras

Pd: me iré al infierno por leer smut y underage Larry/YOLO

=====

Capitulo 10

Capítulo 10

Lo unico que les puedo decir es que Lous les va a hacer encabronaren este capitulo →'

Algo iba mal. Louis lo notaba en el ambiente mientras conducía hacia el

Barrio Francés. Harry iba sentado junto a él, mirando por la ventana.

Había intentado varias veces hacerlo hablar, pero no había modo de que

despegara los labios. Todo lo que se le ocurría era que estaba deprimido por lo

sucedido en el cuarto de baño. Debía ser duro para un hombre habituado a

mantener un férreo control de sí mismo perderlo de aquel modo.

Aparcó el coche en el estacionamiento público.

— ¡Vaya, qué calor hace! —exclamó al salir y sentirse inmediatamente

asaltado por el aire cargado y denso.

Echó un vistazo a Harry, que estaba realmente deslumbrante con las gafas

de sol oscuras que le había comprado. Una fina capa de sudor le cubría la piel.

— ¿Hace demasiado calor para ti? —le preguntó, pensando en lo mal que lo

estaría pasando con los vaqueros y el polo de punto.

— No voy a morirme, si te refieres a eso —le contestó mordazmente.

— Estamos un poco irritados, ¿no?

— Lo siento —se disculpó al llegar a su lado—. Estoy pagando mi mal humor

contigo, cuando no tienes la culpa de nada.

— No importa. Estoy acostumbrado a ser el chivo expiatorio. De hecho, lo he

convertido en mi profesión.

Puesto que no podía verle los ojos, Louis no sabía si sus palabras le habían

hecho gracia o no.

— ¿Eso es lo que hacen tus pacientes?

Louis asintió.

— Hay días que son espeluznantes. Pero prefiero que me grite una mujer a

que lo haga un hombre.

— ¿Te han hecho daño alguna vez? —El afán de protección de su voz lo dejó

perplejo. Y encantado. Había echado mucho de menos tener a alguien que lo

cuidase.

— No —contestó, intentando disipar la evidente tensión de su cuerpo.

Esperaba que nunca le hiciesen daño, pero después de la llamada de Rodney, no

estaba muy seguro, y era bastante posible que ese tipo acabase con su buena

suerte.

Estás siendo ridículo. Sólo porque el hombre te ponga los pelos de punta no

significa que sea peligroso.

La expresión del rostro de Harry era dura y muy seria.

— Creo que deberías buscarte una nueva profesión.

— Tal vez —le dijo evasivamente. No tenía ninguna intención de dejar su

trabajo—. A ver, ¿dónde vamos primero?

Él se encogió de hombros despreocupadamente.

— Me da exactamente igual.

— Entonces, vamos al Acuario. Por lo menos hay aire acondicionado —y

cogiéndolo del brazo, cruzó el estacionamiento y se encaminó por Moonwalk hacia el lugar.

Harry permaneció en silencio mientras Louis compraba las entradas y lo guiaba

hacia el interior. No dijo nada hasta que estuvieron paseando por los túneles

subacuáticos, que les permitían observar las distintas especies marinas en su

hábitat natural.

— Es increíble —balbució cuando una enorme raya pasó sobre sus cabezas.

Tenía una expresión infantil, y la luz que chispeaba en sus ojos lo llenó de calidez.

Súbitamente, sonó su móvil. Soltó una maldición y miró el número. ¿Una

llamada desde el despacho un sábado?

Qué raro.

Sacó el móvil del bolso y llamó.

— ¡Hola, Louis! —le dijo Beth, tan pronto como descolgó—. Escucha, estoy

en mi consulta. Anoche entró alguien al despacho.

— ¡No!, ¿quién haría algo así?

Louis captó la mirada curiosa en los ojos de Harry. Le ofreció una sonrisa

insegura, y siguió escuchando a Beth Livingston, la psiquiatra que compartía la

consulta con Luanne y con él.

— Ni idea. Hay un equipo de la policía buscando huellas y todo está

acordonado. Por lo que he visto, no se han llevado nada importante. ¿Tenías algo

de valor en tu consulta?

— Sólo el ordenador.



— Está todavía allí. ¿Algo más? ¿Dinero, cualquier otra cosa?

— No, nunca dejo objetos de valor ahí.

— Espera, el oficial quiere hablar contigo.

Louis esperó hasta escuchar una voz masculina.

— ¿Doctor Louis Alexander Tomlinson?

— Sí, soy yo.

— Soy el oficial Allred. Parece que se llevaron su organizador Rodolex y unos

cuantos archivadores. ¿Sabe de alguien que pudiera estar interesado en ellos?

— Pues no. ¿Necesita que vaya para allá?

— No, no. Estamos buscando huellas, pero si se le ocurre algo, por favor,

llámenos —y le pasó el teléfono a Beth.

— ¿Quieres que vaya? —le preguntó.

— No. No hay nada que puedas hacer. En realidad, es bastante aburrido.

— Vale, avísame al móvil si necesitas algo.

— Lo haré.

Louis colgó el teléfono y lo devolvió a su bolsillo.

— ¿Ha pasado algo? —preguntó Harry.

— Alguien entró anoche en mi despacho.

Harry frunció el ceño.

— ¿Para qué?

— Ni idea —la pausa de Louis hizo que el ceño de Harry se intensificara,

mientras Louis pensaba en los posibles motivos—. No puedo imaginarme para qué iba a querer alguien mi Rodorex. Desde que me compré el Palm Pilot, ni siquiera lo he usado. Es muy extraño.

— ¿Tenemos que irnos?

Louis agitó la cabeza.

— No hace falta.

Harry dejó que Louis lo guiara alrededor de los diferentes acuarios, mientras

le leía las extrañas inscripciones que explicaban detalles sobre las distintas especies y sus hábitats.

¡Por los dioses!, cómo le gustaba escuchar el sonido de su voz al leer. Había

algo muy relajante en la voz de Louis. Le pasó un brazo por los hombros mientras

paseaban. Louis le rodeó la cintura y enganchó un dedo en una de las trabillas del cinturón.

El gesto consiguió debilitarlo. Se dio cuenta de que pasaba las horas

deseando sentir el roce de su cuerpo. Y la sensación sería mucho más placentera si ambos estuviesen desnudos en ese mismo momento.

Cuando Louis le sonrió, el corazón se le aceleró descontroladamente. ¿Qué

tenía este hombre que despertaba algo en él que jamás había sentido?

Pero en el fondo lo sabía. Era la primera persona que lo veía. No a su apariencia

física, ni a sus proezas de guerrero. Él veía su alma.

Jamás había pensado que podía existir una persona así.

Louis lo trataba como a un amigo. Y su interés en ayudarlo era genuino. O al

menos, eso parecía.

Es parte de su trabajo.

¿O era de verdad?

¿Podía una persona tan maravillosa y compasiva como Louis preocuparse realmente por un tipo como él?

Louis se detuvo delante de otra inscripción. Harry se quedó tras él y le

pasó ambos brazos por los hombros. Louis le acarició distraídamente los antebrazos mientras leía.

Con el cuerpo en llamas por el deseo que despertaba en él, inclinó la barbilla

hasta apoyarla sobre su cabeza y escuchar de ese modo la explicación, mientras

observaba cómo nadaban los peces. El olor de su piel invadió sus sentidos y anheló volver a su casa, donde podría quitarle la ropa.

No era capaz de recordar cuándo había sido la última vez que deseó tanto a

una persona como le ocurría con Louis. De hecho, no creía posible que algo así le

hubiese ocurrido antes. Deseaba perderse en su interior. Sentir sus uñas arañándole la espalda mientras gritaba al llegar al clímax.

Que las Parcas se apiadasen de él. Louis se le había metido bajo la piel.

Y estaba aterrado. Louis ocupaba un lugar en su corazón que acabaría

destrozándolo si le faltaba. Sólo Louis podía acabar realmente con él. Hacerlo

pedazos.

Era casi la una del mediodía cuando salieron del Acuario. Louis se encogió

tan pronto como volvieron a la calle, asaltado por la oleada de calor. En días como éste, se preguntaba cómo podría la gente sobrevivir antes de que se inventara el aire acondicionado.

Miró a Harry y sonrió. Por fin había encontrado a alguien a quien preguntar.

— Dime una cosa, ¿qué hacíais para sobrevivir en días tan calurosos como éste?

Él arqueó una ceja con un gesto arrogante.

— Hoy no hace calor. Si quieres saber lo que es el calor, intenta atravesar un desierto con todo tu ejército, llevando la armadura y con sólo medio odre de agua para mantenerte.

Louis hizo un gesto compasivo.

— Abrasador, supongo.

Él no respondió.

Louis echó un vistazo a la plaza, atestada de gente.

— ¿Quieres que vayamos a ver a Niall y demos una vuelta por la plaza?

Debe estar en su tenderete. El sábado suele ser uno de sus mejores días.

— Vamos.

Agarrados de la mano, bajaron la calle hasta llegar a Jackson Square. Como

era de esperar, Niall estaba en su puestecillo con un cliente. Louis comenzó a

alejarse para no interrumpir, pero Niall lo vio y le hizo un gesto para que se

acercara.

— Oye, Gracie, ¿te acuerdas de Ben? Bueno, mejor del doctor Lewis, de la

facultad.

Louis dudó en acercarse al reconocer al tipo corpulento, entrado ya en los

cuarenta.

¿Que si lo recordaba? Le había puesto una nota bajísima en su asignatura,

con lo cual, le bajó la media de todo el curso. Sin mencionar que el hombre tenía un ego tan grande como el territorio de Alaska, y le encantaba hacer pasar un mal rato a sus alumnos. De hecho, aún recordaba a una pobre chica que se echó a llorar cuando él dio el sádico examen final que había preparado. Él se rió, literalmente a carcajadas, cuando vio la reacción de la chica.

— ¡Hola! —saludó, Louis intentando no demostrar su antipatía. Suponía que

el hombre no podía evitar ser detestable. Como buen licenciado por la universidad

de Harvard, debía pensar que el mundo giraba a su alrededor.

— Señor Tomlinson—lo saludó con el mismo tono despectivo tan

insoportable que Louis recordaba a la perfección.

— En realidad debería llamarme doctor Alexander —lo corrigió, encantado al

ver cómo abría los ojos por la sorpresa.

— Discúlpeme —le dijo con un tono de voz que distaba mucho de parecer

arrepentido.

— Ben y yo estábamos charlando sobre la Antigua Grecia —explicó Niall,

dedicándole una diabólica sonrisa a Harry—. Soy de la opinión de que Afrodita era hija de Urano.

Ben puso los ojos en blanco.

— No me cansaré de decirte que, según la opinión más extendida, era hija de

Zeus y Dione. ¿Cuándo vas a aceptarlo y a unirte a nosotros?

Niall lo ignoró.

— Dime, Harry, ¿quién tiene razón?

Ben recorrió a Harry de arriba abajo con una arrogante mirada. Louis sabía

que lo único que veía en él era a un hombre excepcionalmente apuesto, que parecía sacado de un anuncio de automóviles.

— Joven, ¿ha leído usted alguna vez a Homero?, ¿sabe quién es?

Louis suprimió una carcajada ante la pregunta. Estaba deseando escuchar la

respuesta de Harry.

Harry se rió con ganas.

— He leído a Homero en profundidad. Las obras que se le atribuyen no son

más que una amalgama de leyendas, fusionadas con datos reales a lo largo de los siglos, y cuyos verdaderos orígenes se han perdido en las brumas del tiempo. Muy al contrario que la Teogonía de Hesíodo, la cual escribió con la ayuda directa de Clío.

El doctor Lewis dijo algo en griego clásico.

— Es más que una simple opinión, doctor —le contestó Harry en inglés—. Es

un hecho probado.



Ben volvió a mirarlo con atención, pero Louis sabía que aún no estaba muy

dispuesto a creer que alguien con el aspecto de Harry pudiese darle una lección en su propio campo.

— ¿Y usted cómo lo sabe?

Harry le respondió en griego.

Por primera vez desde que conocía a aquel hombre, hacía ya más de una

década, Louis le vio totalmente sorprendido.

— ¡Dios mío! —jadeó—. Habla griego como si fuese su lengua materna.

Harry miró a Louis con una sonrisa sincera; se estaba divirtiendo.

— Ya te lo dije —le dijo Niall—. Conoce a los dioses griegos mejor que

cualquier otra persona.

El doctor Lewis vio entonces el anillo de Harry.

— ¿Es eso lo que creo que es? —inquirió—. ¿Un anillo de general?

Harry asintió.

— Sí.

— ¿Le importa si le echo un vistazo?

Harry se lo quitó y se lo ofreció. El doctor Lewis contuvo el aliento.

— ¿Macedonio? Creo que del siglo II AC.

— Exacto.

— Es una reproducción increíble —comentó Ben, mientras se lo devolvía.

Harry se lo puso de nuevo.

— No es una reproducción.

— ¡No puede ser! —jadeó Ben, incrédulo—. No puede ser original, es

excesivamente antiguo.

— Lo tenía un coleccionista privado —apuntó Niall. Ben no dejaba de

mirarlo para, al momento, volver a centrar su atención en Harry.

— ¿Cómo lo consiguió? —le preguntó.

Harry tardó en contestar mientras recordaba el día en que se lo dieron. Liam

de Tracia y él habían sido ascendidos a la vez, después de salvar, prácticamente los dos solos, la ciudad de Temópolis de las garras de los romanos.

Había sido una batalla larga, sangrienta y brutal. Su ejército se había

desperdigado, dejándolos solos a Liam y a él para defender la ciudad. Harry había esperado que Liam lo abandonara también, pero el idiota le había sonreído, sosteniendo una espada en cada mano, y le había dicho: «Es un hermoso día para morir. ¿Qué te parece si matamos unos cuantos bastardos romanos antes de pagar a Caronte?»

Liam de Tracia, un lunático total y absoluto, siempre había tenido más

agallas que cerebro.

Cuando todo hubo acabado, bebieron hasta acabar debajo de las mesas. Y a

la mañana siguiente, los despertaron con la noticia del ascenso.

¡Por los dioses! De todas las personas que había conocido en Macedonia,

Liam era a quién más echaba de menos. Era el único que siempre le guardó las

espaldas y lo defendió.

— Fue un regalo —contestó Harry a Ben.

Él echó un vistazo a la mano de Harry, con los ojos cargados de codicia.

— ¿Consideraría usted la posibilidad de venderlo? Yo estaría a dispuesto a

pagar lo que pidiese.

— Nunca —contestó Harry, recordando las heridas que había recibido

durante la batalla de Temópolis—. No sabe por lo que pasé para conseguirlo.

Ben meneó la cabeza.

— Ojalá alguien me hiciese alguna vez un regalo como ése. ¿Tiene la más

ligera idea de lo que le darían por él?

— La última vez que lo comprobé, me ofrecieron mi peso en oro.

Ben soltó una carcajada y dio una palmada sobre la mesa de Niall.

— Muy bueno. Ése era el precio para liberar a un general capturado,

¿verdad?

— Para aquellos cobardes que no eran capaces de morir luchando, sí.

Los ojos de Ben mostraron un nuevo respeto al observar a Harry.

— ¿Sabe a quién perteneció?

Niall contestó.

— A Harry Styles de Macedonia. ¿Has oído hablar de él en alguna ocasión, Ben?

Él se quedó con la boca abierta y los ojos como platos.

— ¿Estás hablando en serio? ¿Es que no sabes quién fue?

Niall puso una expresión extraña. Asumiendo que no lo sabía, Ben continuó

hablando.

— Tesio dijo de él que iba a ser el nuevo Alejandro Magno. Harry era hijo de

Diocles de Esparta, también conocido como Diocles el Carnicero. Ese hombre haría que el Marqués de Sade pareciera Ronald McDonald.

» Según los rumores, Harry nació de una relación entre Afrodita y el general,

después de que Diocles salvara uno de los templos de la diosa de ser profanado. La opinión más extendida hoy en día es que su madre fue una de las sacerdotisas del templo.

— ¿De verdad? —preguntó Louis.

Harry puso los ojos en blanco.

— A nadie le interesa quién pudo ser el tal Harry. Ese tipo murió hace siglos.

Ben lo ignoró y siguió alardeando de sus conocimientos.

— Los romanos lo conocían como Augusto Julio Punitor... —miró a Louis y

añadió para que ella lo entendiera: — Harry, el Ejecutor. Él y Liam de Tracia

dejaron un rastro sangriento a lo largo de todo el Mediterráneo, durante la cuarta guerra macedonia contra Roma. Harry despreciaba a los romanos, y juró que vería la ciudad arrasada bajo su ejército. Él y Liam estuvieron a punto de conseguir que Roma se arrodillara ante ellos.

La mandíbula de Harry se relajó un poco.

— ¿Sabe qué le ocurrió a Liam de Tracia?

Ben dejó escapar un silbido.

— No tuvo un final agradable. Fue capturado; los romanos lo crucificaron en

el año 47 a.C.

Harry retrocedió al escucharlo. Con una mirada apesadumbrada y

jugueteando con el anillo, dijo:

— Ese hombre era, sin duda, uno de los mejores guerreros que jamás han

existido. Amaba la lucha como ningún otro que haya conocido —movió la cabeza—. Recuerdo que una vez Liam condujo su carro hasta atravesar una barrera de escudos, rompiendo los cuellos de los soldados romanos y permitiendo que sus hombres los derrotaran con tan sólo un puñado de bajas —frunció el ceño—. No puedo creer que lo capturaran.

Ben encogió los hombros con un gesto indiferente.

— Bueno, una vez desaparecido Harry, Liam era el único general

macedonio digno de dirigir un ejército; por eso los romanos fueron tras él con todo lo que tenían.

— ¿Qué le sucedió a Harry? —preguntó Louis, intrigado por lo que los

historiadores opinaban del tema.

Harry lo miró furioso.

— Nadie lo sabe —le respondió Ben—. Es uno de los grandes misterios del

mundo antiguo. Aquí tenemos a un general al que nadie puede derrotar en el campo de batalla y, de repente ¡puf! Desaparece sin dejar rastro —tamborileó con un dedo sobre la mesa de Niall—. La última vez que se le vio fue en la batalla de Conjara. En un brillante movimiento táctico, engañó a Livio, que perdió su, hasta entonces, inexpugnable posición. Fue una de las mayores derrotas en la historia del Imperio Romano.

— ¿Y a quién le importa? —se quejó Harry.

Ben ignoró la interrupción.

— Tras la batalla, se supone que Harry mandó decir a Escipión el Joven que

le perseguiría, en venganza por la derrota que acababa de infligirle al ejército

macedonio. Aterrorizado, Escipión abandonó su carrera militar en Macedonia y se marchó como voluntario a la Península Ibérica, para seguir luchando allí —el

profesor agitó la cabeza—. Pero antes de que Harry pudiese llevar a cabo la

amenaza, se desvaneció. Encontraron a toda su familia asesinada en su propio

hogar. Y ahí es donde la cosa se pone interesante —miró entonces a Niall.

» Los escritos macedonios que han llegado hasta nuestros días, afirman que

Livio lo hirió de muerte durante la batalla, y que en mitad de un increíble dolor,

regresó cabalgando a casa para asesinar a su familia y evitar, de este modo, que su enemigo los tomara como esclavos. » Los textos romanos aseguran que Escipión envió a varios de sus soldados, que atacaron a Harry en mitad de la noche. Supuestamente, lo mataron junto al resto de su familia, lo descuartizaron y ocultaron los pedazos de su cuerpo.

Harry resopló ante la idea.

— Escipión era un cobarde y un fanfarrón. Jamás se habría atrevido a

atacarm...

— ¡Bueno! —exclamó Louis, interrumpiendo a Harry antes de que se

delatase—. Hace un tiempo espléndido, ¿verdad?

— Escipión no era ningún cobarde —le respondió Ben—. Nadie puede discutir

sus éxitos en la Península Ibérica.

Louis vio como el odio se reflejaba en los ojos de Harry.



Pero Ben no pareció notarlo.

— Joven, el valor de ese anillo que lleva es incalculable. Me encantaría saber

cómo puede conseguirse algo así. Y a ese respecto, mataría por saber qué le

ocurrió a su dueño original.

Louis miró incómodo a Niall.

Harry hizo una mueca sarcástica a Ben.

— Harry desató la ira de los dioses y fue castigado por su arrogancia.

— Supongo que esa podría ser otra explicación —en ese momento, sonó la

alarma de su reloj—. ¡Joder! Tengo que recoger a mi esposa.

Se puso en pie y le ofreció la mano a Harry.

— No nos han presentado adecuadamente. Soy Ben Lewis.

— Harry —le contestó, aceptando el saludo.

El doctor Lewis se rió. Hasta que se dio cuenta que Harry no bromeaba.

— ¿En serio?

— Me pusieron el nombre de su general macedonio, se podría decir.

— Su padre debe haber sido como el mío. Dos amantes de todo lo griego.

— En realidad, en mi caso su lealtad iba para Esparta.

Ben se rió con más ganas. Echó una mirada rápida a Niall.

— ¿Por qué no lo traes a la próxima reunión del Sócrates? Me encantaría que

los chicos lo conocieran. No es muy frecuente encontrar a alguien que conoce la

historia griega tan profundamente como yo.

Dicho esto, volvió a dirigirse a Harry.

— Ha sido un placer. ¡Nos vemos! —le dijo a Niall.

— Bueno —comenzó a decir Niall una vez que Ben hubo desaparecido

entre el gentío—, amigo mío, has logrado lo imposible. Acabas de dejar

impresionado a uno de los investigadores de la Antigua Grecia más importantes de este país.

Harry no pareció impresionarse demasiado, pero Louis sí lo hizo.

— Niall ¿crees que es posible que Harry pueda trabajar como profesor en la

facultad una vez acabemos con la maldición? Estaba pensando que pod...

— No, Louis —lo interrumpió Harry.

— ¿Que no qué? Vas a necesitar...

— No voy a quedarme aquí.

La mirada fría y vacía que tenía en aquel momento era la misma con la que la

había mirado la noche en que lo convocaron. Y a Louis lo partió en dos.

— ¿Qué quieres decir? —inquirió Louis.

Harry desvió la mirada.

— Atenea me ha hecho una oferta para devolverme a casa. Una vez

rompamos la maldición, me enviará de nuevo a Macedonia.

Louis se esforzó por seguir respirando.

— Entiendo —dijo, aunque se estaba muriendo por dentro—. Usarás mi

cuerpo y después te irás. —Y siguió con un nudo en la garganta: — Al menos no

tendré que pedir a Niall que me lleve a casa después.

Harry retrocedió como si lo hubiese abofeteado.

— ¿Qué quieres de mí, Louis? ¿Por qué ibas a querer que me quedara aquí?

Louis no conocía la respuesta. Lo único que sabía era que no quería que se

marchara. Quería que se quedara.

Pero no en contra de su voluntad.

— Te voy a decir algo —le dijo. Comenzaba a enfadarse ante la idea de que

él desapareciera—; no quiero que te quedes. De hecho, se me está ocurriendo una cosa, ¿qué tal si te vas a casa de Niall por unos días? —y entonces miró a su

amigo—, ¿te importaría?

Niall abría y cerraba la boca como un pez luchando por respirar. Harry

alargó un brazo hacia Louis.

— Louis...

— No me toques —le advirtió apartando su propio brazo—. Me das asco.

— ¡Louis! —exclamó Niall—. No puedo creer que tú...

— No importa —dijo Harry con voz fría y carente de emoción—. Al menos no me ha escupido a la cara con su último aliento.

Lo había herido. Louis podía verlo en sus ojos; pero él también se sentía muy herido. Terriblemente herido.

— Hasta luego —le dijo a Niall y se marchó, dejando allí a Harry.

Niall dejó escapar el aire lentamente mientras observaba a Harry, que

contemplaba cómo Louis se alejaba de ellos. Su cuerpo estaba totalmente rígido y tenía un tic en la mandíbula.

— Donde pone el ojo, pone la bala. Un golpe directo al corazón. Una herida en carne viva.

Harry lo dejó clavado con una mirada francamente hostil.

— Dime, Oráculo. ¿Cuáles deberían haber sido mis palabras?

Niall barajó sus cartas.

— No lo sé —le contestó melancólicamente—. Imagino que no te habría ido tan mal si hubieses sido honesto.

Harry se frotó los ojos y se sentó en la silla, frente a Niall. No había tenido intención de herir a Louis.

Y jamás podría olvidar esa mirada, mientras le escupía las horribles palabras:

«No me toques. Me das asco.»

Se esforzó por seguir respirando, aguantando la agonía. Las Parcas seguían burlándose de él.

Debían tener un día aburrido en el Olimpo.

— ¿Quieres que te lea las cartas? —le preguntó Niall, devolviéndolo al presente.

— Claro, ¿por qué no? —contestó. No iba a decirle nada que no supiera ya.

— ¿Qué quieres saber?

— ¿Alguna vez...? —se detuvo antes de formular la misma pregunta que

hiciera, siglos atrás, al Oráculo de Delfos— ¿...conseguiré romper la maldición? — preguntó en voz baja.

Niall barajó las cartas, y sacó tres de ella. Abrió unos ojos como platos.

Harry no necesitaba que las interpretara. Ya lo veía por sí mismo: una torre

destrozada por un rayo, un corazón atravesado por tres espadas, y dos personas

encadenadas y arrastradas por un demonio.

— No pasa nada —le dijo a Niall—. Jamás he pensado que pudiese salir

bien.

— Eso no es lo que nos dicen las cartas —susurró—. Pero tienes toda una

batalla por delante.

Harry soltó una amarga carcajada.

— Manejo bien las batallas —era el dolor que sentía en el corazón lo que iba

a acabar con él.

Louis se limpió las lágrimas de la cara mientras entraba en el camino de

acceso al jardín. Apretó los dientes al bajarse del coche, y cerró la puerta con un

fuerte golpe.

Al infierno con Harry. Podía quedarse atrapado en el libro para toda la eternidad. Él no era un trozo de carne a su entera disposición.

¿Cómo pod...?

Buscó en el bolsillo las llaves de la entrada.

— ¿Y cómo no iba a hacerlo? —murmuró. Sacó la llave y abrió la puerta.

La ira lo consumía. Estaba siendo irrazonable, y lo sabía. Harry no tenía la

culpa de que Paul hubiese sido un cerdo egoísta. Como tampoco era culpable de

que él temiese ser utilizado.

Estaba culpando a Harry por algo en lo que no había participado, pero aún

así...

Sólo quería a alguien que lo amara. Que alguien quisiera quedarse a su lado.

Y había esperado que al ayudar a Harry se quedara cerca y...

Cerró la puerta y meneó la cabeza. Por mucho que deseara que las cosas

fuesen distintas, nada iba a cambiar, puesto que no estaba escrito que fuesen de



otro modo. Había escuchado lo que Ben contó acerca de la vida de Harry. La historia que el mismo Harry contó a los niños sobre la batalla.

Recordaba el modo en que había cruzado la calle como una exhalación para salvar al niño.

Él había nacido para liderar un ejército. No pertenecía a esta época.

Pertenecía a su mundo antiguo.

Era muy egoísta por su parte intentar mantenerlo a su lado, como si fuese una mascota que acabase de rescatar.

Subió las escaleras penosamente, con el corazón destrozado. Tendría que alejarse de él. Era todo lo que podía hacer. Porque, en el fondo, sabía que cuanto más supiese acerca de Harry, más cariño le cogería. Y si él no tenía intención de quedarse, acabaría muy herido.

Había subido la mitad de la escalera, cuando alguien llamó a la puerta principal. Por un instante, se le levantó el ánimo al pensar que podía ser Harry;

hasta que llegó a la puerta y vio la silueta de un hombre bajito esperando en el  
porche.

Entreabrió la puerta y emitió un jadeo.

Era Rodney Carmichael.

Llevaba un traje marrón oscuro, con una camisa amarilla y corbata roja. Se

había peinado hacia atrás el pelo corto y negro, y le dedicaba una radiante sonrisa.

— ¡Hola Louis!

— Señor Carmichael —lo saludó glacialmente, aunque el corazón le latía a

toda prisa. Había algo definitivamente espeluznante en este tipejo delgado—. ¿Qué está  
haciendo aquí?

— Pasaba por aquí y me detuve para saludar. Se me ocurrió que pod...

— Tiene que marcharse.

Él frunció el ceño.

— ¿Por qué? Sólo quiero hablar contigo.

— Porque no atiende a mis pacientes en casa.

— Vale, pero yo no soy...

— Señor Carmichael —le dijo con brusquedad—. Tiene que marcharse. Si no lo hace, llamaré a la policía.

Sin hacer mucho caso a la ira de Louis, asintió con la cabeza, demostrando tener la paciencia de un santo.

— ¡Vaya! Entonces debes estar ocupado. Puedo pasar por aquí más tarde.

Yo también tengo mucho que hacer. ¿Vengo luego entonces? Podemos cenar juntos.

Totalmente mudo de asombro, Louis lo miró fijamente a los ojos.

— No.

Él sonrió ante la negativa.

— Vamos, Louis. No seas así. Sabes que estamos hechos el uno para el otro. Si me deja...

— ¡Márchese!

— Muy bien; pero volveré. Tenemos mucho de qué hablar —se dio la vuelta y

bajó la escaleras del porche.

Con el corazón martilleando en el pecho, Louis cerró la puerta y echó el seguro.

— Voy a matarte, Luanne —dijo mientras se dirigía a la cocina. Al pasar por la

salita de estar, una sombra en la ventana llamó su atención.

Era Rodney.

Aterrado, cogió el teléfono y llamó a la policía.

Tardaron casi una hora en llegar. Rodney permaneció en el jardín todo el

tiempo, de ventana en ventana, observándolo a través de las rendijas de las

persianas. Hasta que no vio que el coche de policía subía por el camino de entrada no desapareció por el patio trasero.

Louis tomó una profunda bocanada de aire para calmar sus nervios y abrió la

puerta para que pasaran los agentes.

Se quedaron el tiempo suficiente para informarle de que no podían hacer

nada para mantener a Rodney alejado de él. Lo mejor que podía hacer era

conseguir una orden de alejamiento, pero puesto que era el que debía

encargarse del tratamiento de Rodney hasta que Luanne regresara, era algo

totalmente inútil.

— Lo siento —se disculpó el policía en la puerta, mientras los acompañaba—,

pero no ha incumplido ninguna ley que nos permita ayudarlo a librarse de él. Podría solicitar una orden de detención por allanamiento, pero a menos que tenga antecedentes no servirá de nada.

El agente, un hombre joven, lo miró compasivo.

— Sé que no le va a servir de mucho consuelo, pero podemos intentar

patrullar la zona con más frecuencia. Aunque el verano es una época especialmente ajetreada para nosotros. A modo personal, le aconsejo que se marche a casa de un amigo durante un tiempo.

— De acuerdo, muchas gracias —tan pronto como se marcharon, corrió por

toda la casa, asegurando puertas y ventanas con los cerrojos y pestillos.

Intranquilo, lanzaba miradas en torno a su propio hogar, esperando ver a

Rodney entrar a través de un agujero en la pared, como si se tratara de una

cucaracha.

Si tan sólo supiera realmente si el tipo era o no peligroso... Su informe del

hospital psiquiátrico mencionaba un comportamiento desviado y persecutorio hacia personas, a las que acosaba pero jamás hería físicamente. Se limitaba a aterrorizar a sus víctimas imponiéndoles su presencia continuamente, por lo cual había sido enviado al hospital para comenzar a tratarlo.

Como psicólogo, Louis sabía que no había nada especialmente peligroso en

Rodney, pero como persona estaba asustado.

Lo último que quería era acabar como una estadística más.

No, no podía quedarse allí esperando que el tipo regresara y lo encontrara

solo.

Se apresuró a subir las escaleras para hacer el equipaje.

Se los dije:/

Bueno bueno, ahora ya saben, más caps? votos y comentarios porfaaaa

y aparte porfa haganme ese favorcito y pasense por mis otras novelas, tambien son Larry:3

=====

## Capitulo 11

## Capítulo 11

Niall observaba cómo Harry se paseaba nervioso, por delante de su puesto, mientras hacía una tirada para un turista.

¡Dios santo!, podría pasarse todo el día observándolo caminar. Ese modo de andar hacía saltar los ojos de las órbitas, y a él le entraban unos deseos terribles de salir corriendo a casa, agarrar a Zayn y hacerle unas cuantas cosas pecaminosas.

Una y otra vez, las personas se acercaban a él, pero Harry no tardaba en quitárselas de en medio. Era ciertamente divertido ver a todas esas personas pavoneándose a su alrededor mientras él permanecía ajeno a sus estratagemas.

Nunca le había parecido posible que un hombre actuara así.

Pero claro, hasta él podía llegar a aborrecer el chocolate si se daba un atracón.

Y por el modo en que las personas respondían a la presencia de Harry, dedujo que él ya había sufrido más de un dolor de tripa causado por un empacho. La verdad es que parecía muy preocupado.

Y Niall se sentía fatal por lo que les había hecho a ambos, a él y a Louis.

Su idea parecía bastante sencilla en un principio. Si hubiese reflexionado un poco más...

¿Pero cómo iba a saber quién era Harry? Claro, que su nombre podía haber hecho sonar algún timbre en su mente; de todos modos, su especialidad era la Edad de Bronce griega que, hasta para la época de Harry, era la Prehistoria.

Y tampoco había creído que el tipo del libro fuese realmente humano.

Pensaba que era alguna clase de genio o criatura mágica, sin pasado ni sentimientos.

¡Señor!, cuando metía la pata lo hacía hasta el fondo.

Meneando la cabeza, observó cómo Harry rechazaba otra oferta, esta vez procedente de una atractiva pelirroja. El hombre era un verdadero imán de estrógenos.

Acabó la lectura.

Harry esperó unos minutos y se acercó a la mesa.

— Llévame con Louis.

No era una petición, no. Estaba seguro de que era el mismo tono de voz que empleaba para dirigir a su ejército en mitad de una batalla.

— Dijo que...

— No me importa lo que dijese. Necesito verlo.

Niall envolvió la baraja en el pañuelo negro de seda. ¿Qué demonios?

Tampoco es que necesitara que su mejor amigo volviera a hablarle.

— Vas directo a tu funeral.

— Ojalá —dijo en voz tan baja que Niall no pudo estar seguro de haber escuchado



correctamente.

Lo ayudó a recoger sus trastos para meterlos en el carrito, y llevarlo todo hasta la pequeña caseta que tenía alquilada para guardarlo.

Sin pérdida de tiempo, llegaron a casa de Louis.

Aparcaron en el camino del jardín justo cuando Louis estaba guardando sus maletas.

— ¡Hola, Lou! —saludó Niall—. ¿Dónde vas?

Louis miró furioso a Harry.

— Me marcho por unos días

— ¿Dónde? —le preguntó su amigo.

Louis no contestó.

Harry salió del coche y se acercó a Louis. Iba a arreglar las cosas, costase lo que costase.

Louis arrojó una bolsa al maletero y se alejó de Harry.

Él lo cogió por un brazo.

— No has contestado a la pregunta.

Louis se zafó de su mano.

— ¿Y qué vas a hacer, pegarme si no lo hago? —le dijo, mirándolo con los ojos entrecerrados.

Harry se encogió ante el evidente rencor.

— ¿Y te extrañas de que quiera marcharme? —Entonces se dio cuenta. A Louis le estaba costando horrores contener las lágrimas. Tenía los ojos húmedos brillantes. La culpa lo asaltó—. Lo siento, Louis —murmuró mientras cubría su mejilla con la mano—. No pretendía hacerte daño.

Louis observó la batalla que mantenían el arrepentimiento y el deseo en el rostro de Harry. Su caricia era tan tierna y tan suave... Por un instante, estuvo a punto de creer que, en realidad, Harry se preocupaba por él.

— Yo también lo siento —susurró—. Ya sé que no tienes la culpa.

Él soltó una brusca y amarga carcajada.

— En realidad, todo lo que sucede es culpa mía.

— ¡Eh! ¿Me puedo fiar de vosotros? —preguntó Niall.

Harry miró a Louis con ardiente intensidad, atrapando su mirada y haciéndolo temblar.

— ¿Quieres que me vaya? —le preguntó.

No, no quería. Ésa era la base de todo el problema. Que no quería que volviera a abandonarlo. Jamás.

Louis cogió las manos de Harry entre las suyas y las apartó de su rostro.

— Todo está solucionado, Niall.

— En ese caso, me voy a casa. Nos vemos.

Louis apenas si fue consciente de que su amigo ponía en marcha el coche y se alejaba. Toda su atención estaba puesta en Harry.

— ¿Ahora me vas a decir dónde vas? —le preguntó.

Por primera vez, desde que la policía se marchó, Louis sintió que podía respirar. Con la presencia de Harry, el miedo se desvaneció como la niebla bajo el sol.

Se sentía seguro.

— ¿Recuerdas lo que te conté sobre Rodney Carmichael? Él asintió.

— Estuvo aquí hace un rato. Él... él me inquieta.

La expresión gélida y severa que adoptó el rostro de Harry la dejó atónito.

— ¿Dónde está ahora?

— No lo sé. Se esfumó al llegar la policía. Por eso me marchaba. Iba a quedarme en un hotel.

— ¿Todavía quieres marcharte?

Louis negó con la cabeza. Con él allí, se sentía completamente a salvo.

— Cogeré tu maleta —le dijo. La sacó y cerró el maletero.

Louis se encaminó hacia la casa.

Pasaron el resto del día en una apacible soledad. Al llegar la noche, se tumbaron delante del sofá, reclinados sobre los cojines.

Louis apoyó la cabeza en el duro vientre de Harry mientras acaba de leerle Peter Pan y hacía todo lo posible para no distraerse con el maravilloso olor que desprendía su cuerpo. Y con lo maravillosamente bien que estaba, apoyado sobre sus abdominales.

Tenía que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no darse la vuelta y explorar los firmes músculos de su torso con la boca.

Harry le acariciaba lentamente el pelo mientras lo observaba. Señor, sus manos hacían que le ardiera la piel. Le hacían desear arrancarle la ropa y saborear cada centímetro de su cuerpo.

— Fin —dijo Louis, cerrando el libro.

La abrasadora mirada de Harry le quitó el aliento.

Se estiró y arqueó levemente la espalda, apoyándose con más fuerza sobre él.

— ¿Quieres que te lea algo más?

— Sí, por favor. Tu voz me relaja.

Louis lo miró fijamente por un instante y, después, sonrió. No recordaba que ningún otro cumplido hubiese significado tanto para él como aquél.

— Tengo la mayoría de los libros en mi habitación —le dijo mientras se ponía en pie—. Vamos, te

enseñaré mi tesoro escondido y encontraremos algo que nos guste.

Lo siguió escaleras arriba.

Louis notó que Harry observaba la cama con deseo y después lo miraba a él.

Fingió no darse cuenta y abrió la puerta del enorme vestidor. Encendió la luz y pasó una mano con cariño por las estanterías que su padre había colocado tantos años atrás.

Su padre y su mejor amigo se lo habían pasado en grande mientras colocaban las estanterías. Los dos eran profesores, y tenían la habitación hecha un desastre. Su padre acabó con dos uñas negras antes de que todo estuviese terminado. Su madre no había dejado de reírse y de llamar a su marido «carpintero profesional», pero a él no parecía importarle. La expresión de orgullo en su rostro cuando todo estuvo terminado, y los libros de Louis colocados en las estanterías, quedó impresa para siempre en el corazón de su hijo.

Cómo adoraba esa estancia. Aquí era donde realmente sentía el amor de sus padres. Aquí se refugiaba y huía de los problemas y sufrimientos que lo perseguían.

Cada libro guardado allí era un recuerdo especial, y todos ellos formaban parte de su mundo. Miró a su izquierda y vio Shanna, con la que había comenzado su afición a la novela romántica. *The Wolfling*, lo había introducido en la ciencia ficción. Y su adorado *Bimbos del Sol Muerto*, su primera novela de misterio.

También estaban allí las viejas novelas de sus padres, y las tres copias de los libros de texto que su padre había escrito antes de que él naciera.

Éste era su santuario y Harry era, sin contar a sus padres, la primera persona que ponía un pie en él.

— Llevas tiempo coleccionando libros —comentó Harry mientras echaba un vistazo a las estanterías.

Louis asintió.

— Fueron mis mejores amigos mientras crecía. Creo que el amor por la lectura es el mejor regalo que mis padres me han dado —alzó el libro de Peter Pan—. Éste era de mi padre, de cuando era niño. Es mi posesión más preciada.

Lo devolvió a una de las estanterías y cogió un ejemplar de Belleza Negra.

— Mi madre me leía éste una y otra vez.

Hizo un pequeño recorrido, mostrándole sus libros.

— Rebeldes —susurró con adoración—. Era mi libro favorito en el instituto. ¡Ah!, junto con éste, ¿Puedes demandar a tus padres por abuso de autoridad?

Harry se rió.

— Ya veo que significan mucho para ti. Se te ilumina el rostro cuando hablas de ellos.

Algo en su mirada le dijo a Louis que él estaba pensando en otro modo de hacer que se iluminara...

Tragando saliva ante la idea, se dio la vuelta y rebuscó en la estantería de la derecha, donde guardaba los clásicos, mientras Harry seguía mirando los de la izquierda.

— ¿Qué te parece éste? —le preguntó él, con una de sus novelas románticas en la mano.

Louis soltó una risita nerviosa al ver a la pareja que se abrazaba medio desnuda en la portada.

— ¡Señor!, me parece que no.

Harry miró la portada y alzó una ceja.

— Vale —dijo Louis quitándole el libro de la mano—. Has descubierto mi más profundo secreto. Soy un adicto a las novelas románticas, pero lo último que necesitas es que te lea una apasionada escena de amor en voz alta. Muchísimas gracias, pero no.

Harry le miró fijamente los labios.

— Preferiría recrear una apasionada escena de amor contigo —dijo en voz baja, acercándose a Louis.

Louis comenzó a temblar. Tenía la espalda pegada a la estantería y no podía retroceder más. Harry colocó un brazo sobre su cabeza y acercó su cuerpo al suyo, hasta dejarlos unidos. Entonces, bajó la cabeza y se acercó a su boca.

Louis cerró los ojos. La presencia de Harry inundaba todos sus sentidos. Lo rodeaba de una forma extremadamente perturbadora.

Por una vez, él mantuvo las manos quietas y se limitó a tocarlo tan sólo con los labios. Daba igual. La cabeza de Louis comenzó a girar de todos modos.

¿Cómo había podido su esposa elegir a otro hombre teniéndolo a él? ¿Cómo podía rechazarlo una persona en su sano juicio? Este hombre era el paraíso.

Harry profundizó el beso, explorando su boca con la lengua. Louis sentía los latidos de su corazón mientras él se acercaba aún más y sus músculos lo envolvían.

Jamás había sido tan consciente de la presencia de otro ser humano. Él lo ponía al límite, le hacía experimentar sensaciones que no sabía que pudiesen existir.

Harry se retiró un poco y apoyó la mejilla sobre la de Louis. Su aliento caía sobre su pelo y le erizaba la piel.

— Tengo unos deseos horribles de estar dentro de ti, Louis —murmuró—. Quiero sentir tus piernas alrededor de mi cuerpo, sentir tu pecho debajo de mí, escucharte gemir mientras te hago el amor lentamente. Quiero que tu aroma quede impreso en mi cuerpo y que tu aliento me quemé la piel.

Todo su cuerpo se tensó antes de separarse de Louis.

— Pero ya estoy acostumbrado a desear cosas que no puedo tener — susurró.

Louis le tocó el brazo. Harry cogió su mano, se la llevó a los labios y depositó un rastro de pequeños besos sobre los nudillos.

El deseo que se reflejaba en su apuesto rostro hacía que a Louis le doliera todo el cuerpo.

— Busca un libro y me comportaré.

Tragó saliva mientras él se alejaba. Entonces, se fijó en su viejo ejemplar de La Ilíada. Sonrió. Le iba a encantar, estaba seguro.

Lo cogió y bajó las escaleras.

Harry estaba sentado delante del sofá.

— ¡Adivina lo que he encontrado! —exclamó Louis excitado.

— No tengo la más remota idea.



Louis lo sostuvo en alto y sonrió.

— ¡La Ilíada!

Harry se animó al instante y los hoyuelos relampaguearon en su rostro.

— Cántame, ¡Oh Dios!

— Muy bien —respondió Louis, sentándose a su lado—. Y esto te va a gustar todavía más: es una versión bilingüe; con el original griego y la traducción inglesa.

Y se lo dejó para que lo viera.

La expresión de Harry fue la misma que habría puesto si le hubieran entregado el tesoro de un rey. Abrió el libro y, de inmediato, sus ojos volaron sobre las páginas mientras pasaba la mano reverentemente por las hojas, cubiertas con la antigua escritura griega.

Era incapaz de creer que estuviese viendo de nuevo su idioma escrito, después de tanto tiempo. Hacía una eternidad que no lo leía en otro lugar que no fuese su brazo. Siempre le habían encantado La Ilíada y La Odisea. De niño, había pasado horas oculto tras los barracones, leyendo pergaminos una y otra vez; escabulléndose para escuchar a los bardos en la plaza de la ciudad.

Entendía muy bien lo que sentía Louis por sus libros. Él había sentido lo mismo en su juventud. A la más mínima oportunidad, se escapaba a su mundo de fantasía, donde los héroes siempre triunfaban, los demonios y villanos eran aniquilados, y los padres y las madres amaban a sus hijos. En las historias no había hambre ni dolor, sino libertad y esperanza. Fue a través de esas historias como aprendió lo que eran la compasión y la ternura. El honor y la integridad.

Louis se arrodilló junto a él.

— Echas de menos tu hogar, ¿verdad?

Harry apartó la mirada. Sólo echaba de menos a sus hijos.

Al contrario que a Liam, la lucha nunca le había atraído. El hedor de la muerte y la sangre, los quejidos de los moribundos. Sólo había luchado porque era lo que se esperaba de él. Y había liderado un ejército porque, como bien dijo Platón, cada ser humano está capacitado por naturaleza para realizar una actividad a la cual se entrega. Por su naturaleza, Harry siempre había sido un líder y no podía seguir las órdenes de nadie.

No, no lo echaba de menos, pero...

— Fue lo único que conocí.

Louis le rozó el hombro, pero fue la preocupación que reflejaban sus ojos azules lo que le desarmó.

— ¿Querías que tu hijo fuese un soldado?

Él negó con la cabeza.

— Jamás quise que truncaran su juventud como les ocurrió a tantos de mis hombres —contestó con la voz ronca—. Bastante irónico, ¿no es cierto? Ni siquiera le habría permitido que jugara con la espada de madera que Liam le regaló para su cumpleaños; ni le hubiese dejado tocar la mía mientras estuviese en casa.

Louis enlazó las manos en su cuello y tiró de él para acercarlo. Sus caricias eran tan increíblemente relajantes... Hacían que la soledad doliese aún más.

— ¿Cómo se llamaba?

Harry tragó saliva. No había pronunciado los nombres de sus hijos desde el día de su muerte. No

se había atrevido pero, no obstante, quería compartirlos con Louis.

— Atolycus. Mi hija se llamaba Calista.

Louis lo miró con una sonrisa triste, como si compartiera su dolor por la pérdida.

— Tenían unos nombres preciosos.

— Eran unos niños preciosos.

— Si se parecían en algo a ti, me lo creo.

Eso había sido lo más hermoso que nadie le había dicho jamás.

Harry le pasó la mano por el pelo, dejando que los mechones se escurrieran sobre su palma. Cerró los ojos y deseó poder quedarse así para siempre.

El miedo a tener que abandonarlo lo estaba destrozando. Nunca le había gustado la idea de ser engullido por aquel desolado infierno que era el libro; pero ahora, al pensar que jamás volvería a verlo, que jamás volvería a oler el dulce aroma de su piel, que sus manos jamás volverían a rozar el suave rubor de sus mejillas...

No podía soportarlo. Era demasiado.

¡Por los dioses!, y había creído hasta entonces que estaba maldito...

Louis se alejó un poco, lo besó suavemente en los labios y cogió el libro.

Harry tragó. Louis quería rescatarlo y, por primera vez durante todos aquellos siglos, quería ser rescatado.

Se tendió en el suelo para que Louis pudiese apoyar la cabeza en él. Le

encantaba sentirlo así.

Estuvieron tendidos en el suelo hasta las primeras horas de la madrugada;

Harry lo escuchaba mientras leía la Odisea y narraba las historias de Aquiles.

Observaba cómo el cansancio iba haciendo mella en Louis, pero continuaba

leyendo. Finalmente, cerró los ojos y se quedó dormido.

Harry sonrió y le quitó el libro de las manos para dejarlo a un lado. Le acarició

la mejilla con la palma de la mano durante un instante.

No tenía sueño. No quería desaprovechar ni un solo segundo del tiempo que

tenía para estar a su lado. Quería contemplarlo, tocarlo. Absorberlo. Porque

atesoraría esos recuerdos durante toda la eternidad.

Nunca había pasado una noche así: tumbado tranquilamente en el suelo junto

a una persona, sin que ella montara su cuerpo y le exigiese que la tocara y la

poseyera.

En su época, las personas no solían pasar demasiado tiempo juntos. Durante las temporadas que pasó en su hogar, Penélope le hablaba en raras ocasiones. De hecho, no había demostrado mucho interés en él.

Por las noches, cuando la buscaba, no lo rechazaba. Pero, no obstante, no

estaba ansiosa por sus caricias. Siempre había conseguido engatusarla para que su

cuerpo le respondiera apasionadamente, pero no así su corazón.

Deslizó las manos por el pelo castaño de Louis, extasiado por la sensación de

tenerlo entre los dedos. Su mirada se detuvo sobre su anillo. Brillaba tenuemente,

captando la escasa luz de la estancia.

En su mente, lo veía cubierto de sangre. Recordaba cómo se le clavaba en el

dedo mientras blandía la espada en mitad de una batalla. Ese anillo lo había

significado todo para él, y no le había resultado fácil conseguirlo. Se lo había ganado

con el sudor de su frente y con las numerosas heridas que sufrió su cuerpo. Le

había costado mucho, pero había merecido la pena.

Durante un tiempo fue respetado, aunque no lo amaran. En su vida como

mortal, eso había sido esencial.

Suspirando, echó la cabeza hacia atrás para apoyarse en el cojín del sofá que

había puesto sobre el suelo y cerró los ojos.

Cuando por fin se deslizó entre las neblinas del sueño, no fueron los rostros

del pasado los que poblaron su mente, fue la imagen de unos claros ojos azules que

se reían con él, de una castaña melena y de una voz suave que leía palabras que le resultaban familiares aunque, de algún modo, extrañas.

Louis se desperezó lánguidamente al despertarse. Abrió los ojos y se



sorprendió al darse cuenta de que tenía la cabeza sobre el abdomen de Harry. Él

tenía la mano enterrada en su pelo y, por la respiración relajada y profunda, supo

que todavía estaba dormido.

Alzó la mirada hacia su rostro. Tenía una expresión tranquila, casi infantil.

Y entonces fue consciente de algo: no había tenido la pesadilla. Había

dormido toda la noche.

Sonriendo, intentó levantarse muy despacio para no despertarlo.

No funcionó. Tan pronto como levantó la cabeza, Harry abrió los ojos y lo

abrasó con una intensa mirada.

— Louis —dijo en voz baja.

— No quería despertarte.

Louis señaló las escaleras con el pulgar.

— Iba arriba a darme una ducha. ¿Debería cerrar la puerta?

Lo recorrió con ojos ardientes.

— No, creo que puedo comportarme.

Louis sonrió.

— Me parece que ya he oído eso antes.

Harry no contestó.

Louis subió y se dio una ducha rápida.

Una vez acabó, fue a su habitación y se encontró a Harry tumbado en la

cama, hojeando su ejemplar de La Ilíada.

Lo miró con expresión absorta al darse cuenta de sólo llevaba puesta una

toalla. Una lasciva sonrisa hizo que sus hoyuelos aparecieran en todo su esplendor,

y la temperatura del cuerpo de Louis ascendió varios grados.

— Me pongo la ropa y...

— No —le dijo con tono autoritario.

— ¿Que no qué? —preguntó incrédulo.

La expresión de Harry se suavizó.

— Preferiría que te vistieras aquí.

— Harry...

— Por favor.

Louis se puso muy nervioso ante la petición. Jamás había hecho algo así en

su vida. Y se sentía avergonzado.

— Por favor, por favor... —volvió a rogarle con una leve sonrisa.

¿Qué persona le diría que no a una expresión como ésta?

Lo miró con recelo.

— No te atrevas a reírte —le dijo mientras abría vacilante la toalla.

Harry miró su pecho con ojos hambrientos.

— Puedes estar completamente seguro de que la risa es lo último que se me

pasa por la mente en estos momentos.

Y entonces, se levantó de la cama y se acercó a la cómoda, donde Louis

guardaba la ropa interior, con los movimientos gráciles de un depredador. Un

extraño escalofrío recorrió la espalda de Louis mientras observaba cómo la mano

de Harry rebuscaba entre su ropa interior hasta encontrar la de seda negra que

Niall le había regalado de broma.

Harry la sacó y se arrodilló en el suelo delante de Louis, con toda la intención

de ayudarlo a ponérselo. Sin aliento y totalmente entregado a la seducción, Louis

miró sus rizos castaños mientras elevaba una pierna para dejar que él le pasara la

prenda por el pie.

Tras sus manos, que deslizaban la seda ascendiendo por su pierna, sus

labios dejaban un reguero de besos que la hicieron estremecerse. Para mayor

devastación de todos sus sentidos, abrió las manos y las colocó sobre sus muslos

con los dedos totalmente extendidos. Y lo que fue aún peor, una vez la prenda

estuviera colocada en su sitio, le acarició levemente entre las piernas antes de

apartarse.

Harry inclinó la cabeza y capturó sus labios. Podía sentir el fuego



consumiéndolo, exigiéndole que lo poseyera. Exigiéndole que aliviara el dolor de su

entrepierna aunque fuese por un instante.

Louis gimió cuando Harry profundizó el beso y se dejó llevar por completo. Harry

lo alzó en brazos para tenderlo sobre la cama. De forma instintiva, Louis le rodeó la

cintura con las piernas y siseó al sentir los duros abdominales presionando sobre su

sexo.

Harry le pasó las manos por la espalda. La visión de su cuerpo húmedo y

desnudo estaba grabada a fuego en su mente. Había llegado a un punto sin retorno

cuando un destello de luz cegadora iluminó la habitación.

Con los ojos doloridos por el resplandor, Harry se separó de Louis.

— ¿Has sido tú? —le preguntó Louis sin aliento, mirándolo arrobado.

Risueño, Harry negó con la cabeza.

— Ojalá pudiera atribuirmelo, pero estoy bastante seguro de que tiene otro

origen.

Echó un vistazo a la habitación y sus ojos se detuvieron sobre la cama.

Parpadeó.

No podía ser...

— ¿Qué es eso? —preguntó Louis, girándose para mirar la cama.

— Es mi escudo —contestó Harry, incapaz de creerlo.

Hacía siglos que no veía su escudo. Atónito, lo contempló fijamente. Estaba

en el mismo centro de la cama y emitía débiles destellos bajo la luz.

Conocía cada muesca y arañazo que había en él; recordaba cada uno de los

golpes que los habían producido.

Temeroso de estar soñando, alargó el brazo para tocar el relieve en bronce

de Atenea y su búho.

— ¿Y tu espada también?

Harry le agarró la mano antes de que pudiera tocarla.

— Ésa es la Espada de Cronos. No la toques jamás. Si alguien que no lleva

su sangre la toca, su piel quedará marcada para siempre con una terrible

quemadura.

— ¿En serio? —preguntó, bajándose de la cama para alejarse de la espada.

— En serio.

Louis miró a la cama con el ceño fruncido.

— ¿Qué hacen aquí?

— No lo sé.

— ¿Y quién los envía?

— No lo sé.

— Pues no me estás ayudando mucho.

Harry no pareció captar su sarcasmo. En lugar de darse por aludido, Louis lo

observó contemplar su escudo. Pasaba la mano sobre él como un padre que mira

con adoración a un hijo largo tiempo perdido.

Cogió su espada y la depositó en el suelo, debajo de la cama.

— No olvides que está aquí —le dijo muy serio—. Ten mucho cuidado de no

tocarla.

Su expresión se volvió más ceñuda al incorporarse. Miró de nuevo el escudo.

— Debe ser obra de mi madre. Sólo ella o uno de sus hijos podrían

enviármelos.

— ¿Y por qué iba a hacerlo?

Harry entrecerró los ojos mientras recordaba el resto de la leyenda que

rodeaba a su espada.

— Estoy seguro de que ha enviado mi espada por si tengo que enfrentarme

con Príapo. La Espada de Cronos también es conocida como la Espada de la

Justicia. No acabaré con su vida, pero hará que ocupe mi lugar en el libro.

— ¿Estás hablando en serio?

Harry asintió.

— ¿Puedo tocar el escudo?



— Claro.

Louis pasó la mano sobre las incrustaciones doradas y negras que formaban

la imagen de Atenea y el búho.

— Es muy bonito —dijo, maravillado.

— Liam lo mandó hacer cuando me nombraron General Supremo.

Louis acarició la inscripción grabada bajo la figura de Atenea.

— ¿Qué dice aquí?

— «La muerte antes que el deshonor» —dijo con un nudo en la garganta.

Harry sonrió con melancolía al recordar a Liam junto a él durante las

batallas.

— El escudo de Liam decía: «El botín para el vencedor». Solía mirarme

antes de la lucha, y decir: «Tú te llevas el honor, adelfos (hermano), y yo me quedo con el

botín».

Louis permaneció en silencio al escuchar el extraño tono de su voz.

Intentando imaginar su apariencia con el escudo en alto, se acercó un poco más.

— ¿Liam? ¿El hombre que fue crucificado?

— Sí.

— Lo apreciabas mucho, ¿verdad?

Él sonrió con tristeza.

— Le llevó un tiempo acostumbrarse a mí. Yo tenía dieciochos años cuando su

tío lo asignó a mi tropa, después de advertirme concienzudamente de lo que me

sucedería si dejaba que Su Alteza fuese herido.

— ¿Era un príncipe?

Harry asintió.

— Y no tenía miedo a nada. Apenas si llegaba a los veinte años y luchaba o

se metía en peleas sin estar preparado, sin creer que pudiesen hacerle daño. Me

daba la sensación de que cada vez que me daba la vuelta, tenía que sacarlo a

rastras de algún extraño contratiempo. Pero resultaba muy difícil no apreciarlo. A

pesar de su carácter exaltado, tenía un gran sentido del humor y era completamente

leal. —Pasó la mano por el escudo—. Ojalá hubiese estado allí para poder salvarlo

de los romanos.

Louis le acarició el brazo en un gesto comprensivo.

— Estoy seguro de que los dos juntos habríais sido capaces de salir de

cualquier atolladero.

Los ojos de Harry se iluminaron al escucharlo.

— Cuando nuestros ejércitos marchaban juntos, éramos invencibles. —Tensó

la mandíbula al mirarlo—. Hubiese sido cuestión de tiempo que Roma fuese nuestra.

— ¿Por qué depreciabais tanto al Imperio Romano?

— Juré que destruiría Roma el mismo día que conquistaron Primaria. Liam y

yo fuimos enviados para ayudarlos en la lucha, pero cuando llegamos era

demasiado tarde. Los romanos habían rodeado la ciudad y habían asesinado

salvajemente a todas las mujeres y a los niños. Jamás había visto una carnicería

semejante. —Su mirada se oscureció—. Estábamos intentando enterrar a los

mueftos cuando los romanos nos tendieron una emboscada.

Louis se quedó helado al escucharlo.

— ¿Qué ocurrió?

— Derroté a Livio y estaba a punto de matarlo en el momento en que intervino

Príapo. Lanzó un rayo a mi caballo y caí en mitad de las tropas romanas. Estaba

seguro de iba a morir cuando Liam apareció de la nada. Hizo retroceder a Livio

hasta que pude ponerme en pie de nuevo. Livio llamó a sus hombres a retirada y

desapareció antes de que pudiésemos acabar con él.

Louis fue consciente de la proximidad de Harry. Estaba detrás de él, tan

cerca que podía sentir el calor que emanaba de él. Colocó los brazos a ambos lados

de su cuerpo, atrapándolo entre él y la cama, y se apoyó sobre su espalda.

Louis apretó los dientes ante la ferocidad del deseo que lo invadió. Harry no lo

estaba tocando, pero sus sentidos estaban tan desbocados como si sus manos lo



acariciasen. Harry inclinó la cabeza y le mordisqueó el cuello.

La sensación de su lengua sobre la piel consiguió que todas sus hormonas

cobrarán vida. Arqueó la espalda mientras un estremecimiento le recorría el

pecho. Si no lo detenía...

— Harry —balbució; su voz no logró transmitir la advertencia que pretendía.

— Lo sé —susurró él—. Voy de camino a darme una ducha fría.

Mientras salía de la habitación, Louis lo escuchó gruñir una palabra en voz

baja:

— Solo.

Después de desayunar, Louis decidió enseñarle a conducir.

— Esto es ridículo —protestó Harry mientras Louis aparcaba en el

estacionamiento del instituto.

— ¡Venga ya! —se burló Louis—. ¿No sientes curiosidad?

— No.

— ¿Que no?

Harry suspiró.

— Esta bien, un poco.

— Bueno, entonces imagina las historias sobre la gran bestia de acero que

condujiste alrededor de un aparcamiento que podrás contarles a tus hombres

cuando regreses a Macedonia.

Harry la miró perplejo.

— ¿Eso significa que estás de acuerdo con que me marche?

No, quiso gritarle. Pero en lugar de eso, suspiró. En el fondo, sabía que jamás

podría pedirle que abandonara todo lo que había sido para quedarse con él.

Harry era un héroe. Una leyenda.

Jamás podría ser un hombre de carácter tranquilo del siglo veintiuno.

— Sé que no puedo hacer que te quedes conmigo. No eres un cachorrito

abandonado que me ha seguido a casa.

Harry se tensó al escucharlo. Tenía razón. Por eso le resultaba tan difícil

abandonarlo. ¿Cómo podía separarse de la única persona que lo veía como a un

hombre?

No sabía por qué quería enseñarlo a conducir pero, de todas formas, notaba

que se sentía feliz compartiendo su mundo con él. Y, por alguna razón que no quería

analizar demasiado a fondo, le gustaba hacerlo feliz.

— Muy bien. Enséñame a dominar a esta bestia.

Louis salió del coche para que Harry pudiese sentarse en el asiento del

conductor.

Tan pronto como Harry se sentó, Louis hizo una mueca al ver a un hombre, de

casi un metro noventa, encogido para poder acomodarse en un asiento dispuesto

para una persona de uno cincuenta y cinco.

— Lo siento, se me ha olvidado mover el asiento.

— No puedo moverme ni respirar, pero no te preocupes, estoy bien.

Louis se rió.

— Hay una palanca bajo el asiento. Tira de ella y podrás moverlo hacia atrás.

Harry lo intentó, pero el espacio era tan estrecho, que no la alcanzaba.

— Espera, yo lo haré.

Echó la cabeza hacia atrás cuando Louis se inclinó por encima de su muslo y

Puso su pecho sobre su pierna para pasarle el brazo entre las rodillas. Su cuerpo

reaccionó de inmediato, endureciéndose y comenzando a arder.

Cuando Louis apoyó la mejilla sobre su entrepierna al tirar de la palanca, Harry

pensó que estaba a punto de morir.

— ¿Te has dado cuenta de que estás en la posición perfecta para...?

— ¡Harry! —exclamó Louis, retrocediendo para ver el abultamiento de sus

vaqueros. Su rostro adquirió un brillante tono rojo—. Lo siento.

— Yo también —contestó él en voz baja.

Desafortunadamente, todavía tenía que mover el asiento, así que Harry se



vio forzado a soportar la postura una vez más.

Apretando los dientes, alzó un brazo y se agarró al reposacabezas con

fuerza. Era lo único que podía hacer para no ceder a la salvaje lujuria.

— ¿Estás bien? —le preguntó Louis, una vez colocó el asiento en su sitio y

volvió al suyo.

— ¡Claro! —contestó él con tono sarcástico—. Teniendo en cuenta que he

caminado sobre brasas que resultaron menos dolorosas que lo que está soportando

en este momento mi entrepierna, estoy fenomenal.

— Ya te he pedido perdón.

Harry lo miró fijamente.

Louis le dio unas palmaditas en el brazo.

— Venga, ¿llegas bien a los pedales?

— Me encantaría llegar a...

— ¡Harry! —exclamó de nuevo Louis. Era un hombre verdaderamente

libidinoso—. ¿Quieres concentrarte?

— De acuerdo, ya me estoy concentrando.

— En mi, no.

Harry bajó la mirada hacia el regazo de Louis.

— Ni ahí tampoco.

Para su sorpresa, hizo un puchero semejante al de un niño enfadado. La

expresión era tan extraña en él que Louis no tuvo más remedio que reírse de

nuevo.

— Vale —le dijo Louis—. El pedal que está a tu izquierda, es el embrague; el

del medio es el freno y el de la derecha, el acelerador. ¿Te acuerdas de lo que te

explicado sobre ellos?

— Sí.

— Bien. Ahora, lo primero que tienes que hacer es apretar el embrague y meter la marcha. —Y diciendo esto, colocó la mano sobre la palanca de cambios, situada entre los dos asientos, y le enseñó cómo debía moverla.

— En serio, Louis. No deberías acariciar eso de esa forma delante de mí. Es una crueldad por tu parte.

— ¡Harry! ¿Te importaría prestar atención? Estoy intentando enseñarte a cambiar de marcha.

Él resopló.

— Ojalá me cambiaras a mí las marchas del mismo modo.

Con un brillo malicioso en los ojos, soltó el embrague antes de la cuenta y el coche se caló.

— Se supone que esto no debería pasar, ¿verdad? —preguntó.

— No, a menos que quieras tener un accidente.

Él suspiró y lo intentó de nuevo.

Una hora más tarde, después que se las hubiera arreglado para dar una vuelta alrededor del estacionamiento sin golpear los postes y sin que el coche se le calara, Louis se dio por vencido.

— Menos mal que fuiste mejor general que conductor.

— Ja, ja —exclamó él sarcásticamente, pero con un brillo en la mirada que indicó a Louis que no estaba ofendido—. Lo único que alegaré en mi defensa es que el primer vehículo que conduje fue un carro de guerra.

Louis le sonrió.

— Bueno, en estas calles no estamos en guerra.

Con una mirada escéptica, él le respondió:

— Yo no diría eso después de haber visto las noticias de la noche. —Apagó el motor—. Creo que dejaré que conduzcas un rato.

— Muy inteligente por tu parte. No puedo permitirme comprar un coche nuevo de ninguna forma.

Salió del coche para cambiar de asiento; pero al cruzarse a la altura del maletero, Harry lo sostuvo para darle un beso tan tórrido que Louis acabó mareado. Él le cogió las manos y las sostuvo sobre sus estrechas caderas mientras mordisqueaba sus labios.

¡Santo Dios! Una persona podía acostumbrarse a eso con mucha facilidad.

Mucha, mucha facilidad.

Harry se separó.

— ¿Quieres llevarme a casa para que te mordisquee otras cosas?

Sí, eso era lo que quería. Y por eso no se atrevía. De hecho, el beso lo había dejado tan trastornado que no podía ni hablar.

Harry sonrió ante la mirada extraviada y hambrienta de Louis. Estaba observando sus labios como si aún pudiese saborearlos. En ese momento, lo deseó más que nunca. Deseó poder arrancarle la camisa, una vez estuviera tendido sobre él. Cómo deseaba estar de regreso en su casa donde pudiese quitarle los pantalones y escuchar sus dulces murmullos de placer mientras él le...

— El coche —dijo Louis, parpadeando como si despertara de un sueño—. ¡Vamos a entrar en el coche.

Harry le dio un pequeño beso en la mejilla.

Una vez dentro del coche y con los cinturones de seguridad abrochados,

Louis lo miró de soslayo.

— ¿Sabes una cosa? Creo que hay dos cosas de aquí que deberías experimentar.

— En primer lugar, tengo que poseerte en un...

— ¿Es que no vas a parar?

Harry se aclaró la garganta.

— Está bien. ¿Cuál es tu lista?

— Bourbon Street y la música moderna. Y de una de ellas nos podemos encargar ahora mismo.

—Y puso la radio.

Se rió al reconocer Hot Blooded de Foreigner. Qué apropiado, dado su pasajero.

Harry lo escuchó, pero no pareció muy impresionado.

Louis cambió la emisora.

Él frunció el ceño.

— ¿Qué has hecho?

— He cambiado de emisora. Lo único que hay que hacer es apretar los botones.

Él jugueteó y cambió de emisora un rato, hasta que encontró Love Hurts de Nazareth.

— Vuestra música es interesante.

— ¿Te hace añorar la tuya?

— Dado que la mayoría de la música que escuchaba procedía de las trompetas y los tambores que nos acompañaban a la batalla, no. Creo que soy capaz de apreciar esto.

— ¿El qué? —preguntó Louis juguetón—. ¿La música o el hecho de que el amor hace daño?

El rostro de Harry adquirió una expresión seria, dejando de lado el humor.

— Puesto que no he conocido nunca lo que es el amor, no sabría decirte si hace daño o no. Pero me imagino que ser amado no debe hacer tanto daño como el no serlo.

El pecho de Louis se encogió ante sus palabras.

— Entonces —dijo Louis cambiando de tema—, ¿qué quieres hacer cuando regreses a tu casa?

— No lo sé.

— Probablemente irás a darle una buena patada en el culo a Escipión, ¿verdad?

Él se rió ante la idea.

— Ya me gustaría.

— ¿Por qué? ¿Qué te hizo?

— Se cruzó en mi camino.

Vale, no era eso lo que él esperaba escuchar.



— Y a ti no te gusta que nadie se cruce en tu camino, ¿cierto?

— ¿Te gusta a ti?

Louis sopesó la pregunta antes de responder.

— Supongo que no.

Para cuando llegaron a Bourbon Street, la calle había sido invadida por la multitud típica de un domingo por la tarde. Louis se abanicó el rostro, luchando contra el intenso calor.

Miró a Harry, que apenas si sudaba; las gotitas de sudor le conferían un nuevo atractivo. El pelo húmedo se le rizaba alrededor de la cara y con esas gafas oscuras... ¡Ooooh, Señor!

Por supuesto que su atractivo quedaba aún más enfatizado gracias a la camiseta blanca, de mangas cortas, que se le adhería a los hombros y a la tableta de chocolate que tenía por abdominales. Mientras dejaba que su mirada vagara hasta el botón de sus vaqueros, deseó haberle comprado unos más anchos. Pero dado su seductor modo de andar, que decía mucho acerca de su confianza en sí mismo, Louis dudaba mucho de que unos vaqueros más anchos pudiesen ocultar tan tremenda sensualidad.

Harry se detuvo al pasar junto a un club de striptease. A su favor Louis tuvo que admitir que ni siquiera jadeó al mirar a las mujeres tan escandalosamente vestidas, que se contoneaban tras el cristal, pero su sorpresa fue bastante evidente.

Mirándole como si quisiera devorarlo, una exótica bailarina se mordió el labio inferior y se pasó la lengua por él de forma sugerente, mientras se tocaba los pechos. Le hizo un gesto con un dedo para que entrara al local.

Harry se dio la vuelta.

— Nunca habías visto algo así, ¿verdad? —preguntó Louis, intentando disimular el malestar que sentía ante los gestos de la mujer, y el alivio que lo invadió al ver la reacción de Harry.

— Roma —contestó simplemente.

Louis se rió.

— No eran tan decadentes, ¿o sí?

— Te sorprendería saber cuánto. Por lo menos aquí nadie hace una orgía en... —y su voz se perdió al pasar junto a una pareja que se lo estaba montando en una esquina—. Déjalo.

Louis se rió a carcajadas.

— ¡Ooooh Señor! —exclamó una prostituta, al pasar junto a otro club, haciendo un gesto a Harry—. Entra y te lo hago gratis.

Él meneó la cabeza sin detenerse. Louis lo cogió de la mano y lo detuvo.

— ¿Se comportaban así las mujeres antes de la maldición?

Él asintió.

— Por eso el único amigo que tuve fue Liam. Los hombres que conocía no podían aguantar la atención que me prestaban; las mujeres me perseguían allí donde estuviésemos, intentando arrancarme la armadura.

Louis se detuvo a pensar por un momento.

— Y tú no estás seguro de que todas esas mujeres te amaran, ¿verdad?

Lo miró con una chispa de diversión.

— El amor y la lujuria no son lo mismo. ¿Cómo puedes amar a alguien a quien no conoces?

— Supongo que tienes razón.

Siguieron caminando por la calle.

— Cuéntame cosas sobre tu amigo. ¿Por qué no le importaba que las mujeres se quedaran con la boca abierta al verte?

Harry sonrió, mostrando sus hoyuelos.

— Liam estaba profundamente enamorado de su esposa, y no le importaba ninguna otra mujer. Jamás me vio como un competidor.

— ¿Conociste a su esposa?

Harry negó con la cabeza.

— Aunque nunca lo hablamos, creo que los dos intuíamos que sería una mala idea.

Louis percibió el cambio en su rostro. Estaba recordando a Liam, seguro.

— Te culpas por lo que le sucedió, ¿verdad?

Él apretó los dientes mientras imaginaba lo que debía haber sentido su amigo al ser capturado

por los romanos. Considerando las ganas que habían tenido de atraparlos a ambos, no había duda de lo que lo habían hecho sufrir antes de matarlo.

— Sí —contestó en voz baja—. Sé que tengo la culpa. Si no hubiese despertado la ira de Príapo, habría estado allí para ayudar a Liam a luchar contra ellos. Y sabía con absoluta certeza que la desgracia de Liam provenía del hecho de haber sido tan estúpido como para ser su amigo.

Lanzó un suspiro.

— Una vida brillante que no debería haber acabado así. Si tan sólo hubiese aprendido a controlar su osadía, habría llegado a ser un magnífico gobernador — dijo, cogiendo la mano de Louis y dándole un ligero apretón.

Caminaron en silencio, mientras Louis intentaba pensar en el modo de animarlo.

Al pasar por la Casa del Vudú de Marie Laveau, Louis se detuvo y lo arrastró al interior.

Le explicó los orígenes del vudú mientras recorrían el museo de miniaturas.

— ¡Uuuh! —dijo cogiendo un muñeco de vudú de una estantería—. ¿Quieres vestirlo como Príapo y clavarle unos cuantos alfileres?

Harry se rió.

— ¿Por qué no imaginarnos que es Rodney Carmichael?

Louis suprimió una sonrisa.

— Eso sería muy poco profesional por mi parte, ¿no es cierto?... Pero me resulta muy tentador.

Dejó el muñeco en su sitio y se fijó en el mostrador de cristal, donde estaban colocados los amuletos y la bisutería. Justo en el centro, había un collar de cuentas negras, azules y verdes, trenzadas de un modo tan intrincado que daban la sensación de ser un delgado hilo negro.

— Trae buena suerte a quien lo lleva —le dijo la vendedora al percibir el interés de Louis—. ¿Le gustaría verlo de cerca?

Louis asintió.

— ¿Funciona?

— ¡Sí! Está trenzado siguiendo un poderoso diseño.

Louis no estaba muy seguro de que debiera creérselo; pero entonces recordó que, hacía apenas una semana, jamás habría creído que dos peersonas borrachas pudieran devolver a la vida a un general Macedonio.

Pagó a la mujer y se acercó a Harry.

— Agáchate —le dijo.

Harry lo miró con escepticismo.

— ¡Vamos! —le acució Louis—. Dame el gusto, anda.

La vendedora se rió al ver a Louis colocarle el amuleto a Harry en el cuello.

— Ese chico no necesita ningún tipo de suerte para aumentar su encanto. Lo que necesita es un hechizo que disperse la atención de todas esas mujeres que le están mirando el trasero ahora que está agachado.

Louis miró por encima del hombro de Harry y observó a tres mujeres que babeaban al mirarle el culo. Por primera vez, sintió un horrible ramalazo de celos.

Pero la sensación se evaporó por completo cuando Harry le dio un cariñoso beso en la mejilla antes de incorporarse. Con una mirada diabólica, le pasó un brazo alrededor de los hombros en un gesto posesivo.

Al pasar junto a las mujeres, Louis no pudo suprimir un travieso impulso. Se detuvo junto a ellas y las interpeló.

— Por cierto, desnudo está muchísimo mejor.

— Y tú que no pierdes oportunidad de comprobarlo, cariño —comentó Harry mientras se ponía las gafas de sol y comenzaba a andar con el brazo aún sobre sus hombros.

Louis le pasó la mano por la cintura y la metió en el bolsillo delantero del pantalón, mientras Harry lo atraía más hacia su cuerpo.

— ¿Sabes una cosa? —le susurró al oído—. Si bajases la mano un poquito más, no me importaría en absoluto.

Louis le dio un pequeño apretón, pero dejó la mano donde estaba.

Las miradas de envidia de las mujeres los persiguieron mientras se alejaban caminando por la acera.

Para cenar, Louis llevó a Harry a la Marisquería de Mike Anderson. Hizo una mueca al ver que depositaban un plato de ostras para Harry sobre la mesa.

— ¡Puaj! —exclamó Louis cuando él se comió una.

Muy ofendido, Harry resopló.

— Están deliciosas.

— Para nada.

— Eso es porque no sabes cómo tienes que comerlas.

— Claro que sé. Abres la boca y dejas que ese bicho viscoso se deslice por tu garganta.

Harry bebió un trago de su cerveza.

— Ésa es una forma de comerlas.

— Así acabas de hacerlo tú.

— Cierto, pero ¿no te gustaría probar otro modo?

Louis se mordió el labio, indeciso. Algo en el comportamiento de Harry le indicaba que podía ser peligroso aceptar su desafío.

— No sé.

— ¿Confías en mí?

— No mucho —resopló Louis.

Él se encogió de hombros y dio otro trago a la cerveza.

— Tú te lo pierdes.

— ¡Vale, está bien! —se rindió él, demasiado curioso como para continuar negándose—. Pero si me dan arcadas, recuerda que te lo advertí.

Harry tiró de la silla de Louis con los talones hasta colocarlo a su lado, tan cerca que sus muslos se rozaban. Se secó las manos en los vaqueros, y cogió la ostra más pequeña.

— Muy bien entonces —le susurró al oído y le pasó el otro brazo por los hombros—. Echa la cabeza hacia atrás. Louis obedeció. Harry deslizó los dedos por su garganta, causándole una oleada de escalofríos. Louis tragó, sorprendido por la ternura de sus caricias. Sorprendido por lo bien que se sentía con él a su lado.

— Abre la boca —le dijo en voz baja, mientras le rozaba el cuello con la nariz.

Louis volvió a obedecer.

Harry dejó que la ostra resbalara hasta su boca. Cuando Louis la tragó y comenzó a bajar por su garganta, Harry pasó la lengua por su cuello en dirección contraria.

Louis se estremeció ante la inesperada sensación. Los pezones se le endurecieron y un millón de escalofríos recorrieron su piel. ¡Era increíble! Y por primera vez, no le importó para nada el sabor de la ostra.

— ¿Te ha gustado? —le preguntó, jugueteando.

Louis no pudo evitar sonreír.

— Eres incorregible.



— Eso intento.

— Y lo consigues a las mil maravillas.

Antes de que Harry pudiera responder, sonó su teléfono móvil.

— ¡Puf! —resopló mientras lo sacaba de su bolsillo. Quienquiera que fuese, ya podía tener algo importante que decirle.

Contestó.

— ¿Louis?

Louis se encogió al escuchar la voz de Rodney.

— Señor Carmichael, ¿cómo ha conseguido este número de teléfono?

— Estaba apuntado en tu Rodolex. Vine a tu casa a verte, pero no estás —y suspiró—. Estaba deseando pasar el día contigo. Tenemos una conversación pendiente. Pero no pasa nada. Puedo reunirme contigo, ¿estás en el Barrio Francés con tu amigo el vidente?

El miedo lo paralizó.

— ¿Cómo conoce a mi amigo?

— Sé muchas cosas de ti, Louis. ¡Mmm! —masculló en voz baja—. Perfumas los cajones de tu ropa interior.

El terror lo poseyó por completo y no pudo moverse. Comenzaron a temblarle las manos.

— ¿Está en mi casa?

Podía oír cómo abría y cerraba los cajones de su cómoda, a través del teléfono. De repente, el tipo soltó una maldición.

— ¡Maldito! —espetó Rodney—. ¿Quién es él? ¿Con quién coño te has estado acostando?

— Eso es...

La comunicación se cortó.

Louis estaba temblando, tanto que apenas si podía respirar cuando colgó el teléfono.

— ¿Qué sucede? —le preguntó Harry, con el ceño fruncido por la preocupación.

— Rodney está en mi casa —le dijo con voz temblorosa. Marcó de inmediato el número de la policía para notificarlo.

— Nos encontraremos allí —le informó el agente—. No entre en su domicilio hasta que lleguemos.

— No se preocupe, no lo haré.

Harry le cogió las manos.

— Estás temblando.

— ¡No me digas! Resulta que tengo a un psicópata metido en mi casa, olfateando mi ropa interior e insultándome. ¿Por qué iba a temblar?

Sus ojos de verde profundo lo tranquilizaron con una mirada protectora. Le apretó las manos suavemente.

— Sabes que no voy a permitir que te haga daño.

— Te lo agradezco mucho, Harry. Pero este hombre está...

— Muerto si se acerca a ti. Sabes que no te abandonaré.

— Por lo menos no hasta la próxima luna llena.

Harry apartó la mirada y Louis asimiló la verdad.

— No pasa nada —dijo Louis con valentía—. Puedo hacerme cargo de esto, de

verdad. He estado solo durante años. Ésta no es la primera vez que un cliente me

acosa. Y dudo mucho que vaya a ser el último.

Los ojos de Harry lanzaron llamaradas verdes cuando lo miró.

— ¿Cuántos de tus pacientes te han acosado?

— No es tu problema, sino el mío.

Harry siguió mirándolo como si estuviese a punto de estrangularlo.

A veces Louis me cae mal y me dan ganas de golpearlo →→'

Ya saben el pan de cada día: voto + comentario x 10000 = capítulo

=====

Capítulo 12

Capítulo 12

Las vi desesperadas por capítulo:B

Saquen sus pañuelos por favor...

Llegaron a casa al mismo tiempo que la policía.

El joven y musculoso agente miró con suspicacia a Harry.

— ¿Quién es?

— Un amigo —le contestó Louis.

El policía alargó la mano hacia Louis.

— De acuerdo, déme las llaves y déjenos echar un vistazo. El agente

Reynolds se quedará con ustedes aquí fuera hasta que lo revisemos todo.

Louis le entregó obedientemente el juego de llaves.

Comenzó a mordisquearse las uñas mientras observaba cómo el policía

entraba a su hogar.

Por favor, que Rodney Carmichael esté dentro todavía.

Pero no estaba. El policía salió poco después meneando la cabeza.

— ¡Joder! —exclamó Louis en voz baja.

El agente Reynolds lo acompañó hasta la casa y Harry los siguió un poco

rezagado.

— Necesitamos que entre y eche un vistazo para ver si falta algo.

— ¿Ha hecho algún estropicio? —preguntó Louis.

— Sólo en los dormitorios.

Con el corazón en un puño, Louis entró en su casa y subió las escaleras para

ir a su habitación.

Harry la siguió y observó cómo se mantenía rígido y distante. Tenía el rostro

tan pálido. Podría matar al tipo que le había hecho esto. Ninguna persona debería pasar tanto miedo, especialmente en su propio hogar.

Cuando llegaron al piso superior, Harry vio que la puerta de la habitación del

final del pasillo estaba entreabierta. Louis corrió hacia allí.

— ¡No! —jadeó.

Se apresuró a seguirlo.

Harry comenzó a verlo todo rojo al contemplar el sufrimiento que reflejaba el

rostro de Louis. Podía sentir su dolor en el corazón como si fuese el suyo propio.

Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas mientras observaba el desorden.

El colchón estaba tirado en el suelo, las sábanas desgarradas, los cajones abiertos y

su contenido esparcido, como si Céfiro hubiera pasado por allí en mitad de un

arranque de mal humor.

Harry le colocó las manos sobre los hombros para reconfortarlo.

— ¿Cómo ha podido hacerle esto a su habitación? —preguntó Louis.

— ¿De quién es esta habitación? —preguntó el agente Reynolds—. Creía que vivía solo.

— Y lo hago. Ésta era la habitación de mis padres. Murieron hace tiempo —

miró a uno y otro lado, incrédulo. Una cosa era que fuese tras él, pero ¿por qué había hecho esto?

Contempló la ropa esparcida por el suelo; ropa que le traía a la memoria

tantos recuerdos maravillosos... Las camisas que su padre llevaba al trabajo; el

jersey favorito de su madre; los pendientes que su padre había regalado a su madre en su último aniversario de boda. Todo estaba desparramado por la habitación, como si no tuviese valor alguno.

Pero para Louis eran objetos muy valiosos. Era lo único que le quedaba de

ellos. El dolor le desgarraba el corazón.

— ¿Cómo ha podido hacerlo? —preguntó, mientras la rabia se abría paso en su interior.

Harry lo atrajo hacia sus brazos y la sostuvo con fuerza.

— No pasa nada, Louis —murmuró sobre su pelo.

Pero sí que pasaba. Louis dudaba poder superar aquello alguna vez. No

podía dejar de pensar en las manos de ese animal tocando la ropa de su madre o

desgarrando las sábanas. ¡Cómo se había atrevido!

Harry miró al agente de policía.

— No se preocupe —dijo el hombre—, encontraremos al tipo.

— ¿Y después qué? —preguntó Harry.

— Eso tendrá que decidirlo un tribunal.

Harry lo miró de arriba abajo y soltó un gruñido, asqueado. Tribunales. No

entendía cómo un tribunal moderno podía permitir que un animal así estuviese

suelto.

— Sé que todo esto es duro —comentó el agente—. Pero necesitamos que

compruebe si se ha llevado algo, doctor.



Louis asintió.

A Harry le sorprendió el coraje que demostró al desprenderse de su abrazo y

limpiarse las lágrimas. Comenzó a inspeccionar todo aquel desastre. Él se arrodilló a

su lado; quería estar cerca por si lo necesitaba de nuevo.

Después de comprobarlo todo concienzudamente, Louis cruzó los brazos

sobre el pecho y lanzó una rápida mirada al agente.

— No falta nada —le dijo, y salió de la habitación para ir a la suya.

Entró en ella con mucha aprensión. Un rápido vistazo le indicó que su

dormitorio había sufrido los mismos daños que el de sus padres. Había registrado

meticulosamente tanto la ropa de Harry como la suya. Toda la ropa estaba tirada

por el suelo, había desgarrado las sábanas y el colchón estaba ladeado.

Ojalá Rodney hubiese encontrado la espada de Harry bajo la cama y hubiese

cometido el error de tocarla. Eso sí que habría sido una justa recompensa.

Pero no la había visto. De hecho, el escudo aún seguía apoyado sobre la

pared, junto a la cama, donde él lo dejó.

Louis se sentía casi violado al contemplar toda su ropa esparcida por la habitación; como si las manos de Rodney hubiesen tocado su cuerpo.

En ese momento, vio la puerta del vestidor ligeramente abierta. Estaba muerto de miedo mientras se acercaba para abrirla y mirar en el interior. Entonces se sintió como si el tipo le hubiese arrancado el corazón y lo hubiese aplastado.

— Mis libros —murmuró.

Harry cruzó la habitación para ver lo que Louis estaba mirando. Se quedó sin respiración al llegar junto a él.

Todos los libros habían sido destrozados.

— Mis libros no —balbució, cayendo de rodillas.

Le temblaba la mano al pasarla sobre las hojas de los libros que su padre había escrito. Eran irremplazables. Jamás podría abrirlos de nuevo y escuchar su voz hablándole desde el pasado. No podría abrir Belleza Negra y oír a su madre

mientras se lo leía.

Todo había desaparecido.

Rodney Carmichael acababa de matar de nuevo a sus padres.

Louis se fijó entonces en lo que quedaba de su ejemplar de La Ilíada. Los

ojos se le llenaron de lágrimas al recordar la expresión de Harry mientras pasaba

sus páginas. Las horas que habían pasado juntos mientras él lo leía. Habían sido

unos momentos muy especiales, mágicos; los dos tumbados frente al sofá, perdidos

en la historia, como si hubiesen estado en un reino privado, sólo de ellos dos. Su

propio paraíso.

— Los ha destrozado todos —murmuró—. ¡

Dios

! Ha debido pasar horas aquí.

— Señor, sólo son...

Harry agarró al agente Reynolds por el brazo y lo sacó de la habitación.

— Para él son mucho más que simples libros —le dijo entre dientes—. No se atreva a burlarse de su dolor.

— ¡Vaya! —exclamó el hombre avergonzado—. Lo siento.

Harry volvió junto a Louis.

Sollozaba incontrolablemente mientras pasaba las manos sobre las hojas sueltas.

— ¿Por qué lo ha hecho?

Harry lo levantó, lo sacó del vestidor y lo acostó en la cama. Louis no lo soltó. Se aferraba a él con tanta fuerza que a Harry le costaba trabajo respirar, y lloraba como si el corazón estuviese rompiéndosele a pedazos.

En ese momento, Harry quiso matar al hombre que le había hecho esto.

Sonó el teléfono.

Louis gritó y forcejeó para incorporarse.

— Shh —le dijo Harry, mientras le limpiaba las lágrimas y lo sostenía,

impidiendo que se moviera—. No pasa nada. Estoy aquí, contigo.

El agente Reynolds le pasó el teléfono.

— Conteste, por si es él.

Harry miró con furia al hombre. ¿Cómo podía ser tan insensible? ¿Cómo podía pedirle que hablara con ese perro rabioso?

— Hola, Niall —saludó Louis, y volvió a estallar en lágrimas mientras le contaba a su amigo lo que había sucedido.

La mente de Harry bullía al pensar en el hombre que había invadido la casa de Louis y lo había herido tan profundamente. Lo que más le preocupaba era que el tipo sabía dónde golpear. Conocía a Louis. Sabía lo que era importante para él.

Y eso le hacía mucho más peligroso de lo que la policía sospechaba.

Louis colgó el teléfono.

— Siento mucho haber perdido el control —dijo, limpiándose las lágrimas—.

Ha sido un día muy largo.

— Sí, señor, lo entendemos.

Harry observó cómo se recomponía; Louis tenía una fuerza de voluntad que muy pocos hombres poseían.

Acompañó al policía por el resto de la casa.

— No debe haber visto este libro —dijo uno de los agentes con el libro de Harry en la mano, ofreciéndoselo a Louis.

Harry lo cogió de las manos de Louis. Al contrario que el agente, él no estaba tan seguro. Si el bastardo había intentado romperlo, se habría llevado una desagradable sorpresa.

No podía ser destruido. Él mismo había intentado hacerlo en incontables ocasiones a lo largo de los siglos. Pero ni siquiera el fuego hacía mella en él. El libro le hizo recordar las palabras de Louis.

Él se iría en unos cuantos días y Louis se quedaría solo, sin nadie que lo protegiera. Y esa idea lo enfermaba.

Los agentes se marcharon en el mismo instante que Niall llegaba en su coche. Salió del Jeep acompañado de un hombre alto y moreno que llevaba el brazo en un cabestrillo. Niall prácticamente corrió hasta la puerta.

— ¿Estás bien? —le preguntó a Louis mientras lo abrazaba con fuerza.

— Sí —le contestó él. Miró sobre su hombro y entonces saludó al hombre—.Hola Zayn.

— Hola Louis. Hemos venido a echarle una mano.

Louis le presentó a Harry y los cuatro entraron en la casa.

Harry detuvo a Niall tan pronto como estuvieron dentro, y lo llevó aparte.

— ¿Puedes mantenerlo un rato aquí abajo?

— ¿Por qué?

— Tengo que ocuparme de algo.

Niall frunció el ceño.

— Claro, no hay problema.

Esperó hasta que Niall y su marido sentaron a Louis en el sofá. Entonces,

fue a la cocina, cogió un par de bolsas de basura y se encaminó al vestidor.

Tan rápido como pudo, comenzó a ordenar todo aquel desastre para que

Louis no tuviera que verlo de nuevo. Pero con cada trozo de papel que tocaba, su ira crecía.

Una y otra vez acudía a su mente la tierna expresión de Louis mientras

buscaba un libro entre toda su colección. Si cerraba los ojos podía ver su pelo desparramado sobre su pecho mientras leía.

En ese momento, quiso la sangre de este tipo.

— ¡Joder! —exclamó Zayn desde la puerta—. ¿Esto lo ha hecho él?

— Sí.

— menudo psicópata.

Harry no dijo nada y continuó arrojando los papeles a la bolsa. Su alma

gritaba, clamando venganza. Lo que sentía hacia Príapo era una leve sombra de lo que en esos momentos pasaba por su mente.



Una cosa era hacerle daño a él. Pero herir a Louis...

Ya podían tener las Parcas compasión de ese tipo, porque él no pensaba tener ninguna

— ¿Llevas mucho saliendo con Louis?

— No.

— Eso me parecía. Niall no te ha mencionado, pero pensándolo bien, tampoco se ha mostrado tan preocupado porque Louis se quedara solo desde su cumpleaños. Supongo que os conocisteis entonces.

— Sí.

— Sí, no, sí. No eres muy hablador, ¿verdad?

— No.

— Vale, lo he cogido. Hasta luego.

Harry se detuvo cuando encontró la cubierta de Peter Pan. La cogió y apretó

los dientes. El dolor lo asaltó de nuevo. Ese libro era el preferido de Louis.

Lo apretó con fuerza un instante y después lo arrojó a la bolsa con el resto.

Louis no fue consciente del tiempo que pasó sentado en el sofá, sin moverse.

Sólo sabía que se encontraba muy mal. El golpe de Rodney había sido muy fuerte.

Niall le trajo una taza de chocolate caliente.

Él intentó beber, pero le temblaban tanto las manos que tuvo miedo de

derramarlo y lo dejó a un lado.

— Supongo que necesito limpiarlo todo.

— Ya lo está haciendo Harry —le dijo Zayn, que estaba sentado en el sillón

haciendo zapping.

Louis frunció el ceño.

— ¿Qué?, ¿desde cuando?

— Hace poco estaba arriba, recogiendo todo en el vestidor.

Boquiabierto por la sorpresa, Louis subió en su búsqueda.

Harry estaba en la habitación de sus padres. Desde la puerta, observó cómo

acaba de poner orden y se enderezaba. Dobló los pantalones de su padre de un

modo que haría que Martha Stewart hiciese una mueca de dolor, los colocó en el

cajón y lo cerró.

La ternura la invadió ante la imagen del que fuera un legendario general

ordenando su casa para evitar que él sufriera. Su delicadeza le llegó al corazón.

Harry alzó los ojos y descubrió a Louis. La honda preocupación que

reflejaban sus ojos verdes lo reconfortó.

— Gracias —dijo Louis.

Él se encogió de hombros.

— No tenía otra cosa que hacer. —Aunque lo dijo con un tono

despreocupado, algo en su actitud traicionaba su pretendida indiferencia.

— Aún así, te lo agradezco mucho —le dijo Louis mientras entraba y miraba

todo el trabajo que había hecho. Con el corazón en la garganta, colocó las manos

sobre la cama de caoba—. Ésta era la cama de mi abuela —le dijo—. Todavía

escucho la voz de mi madre cuando me contaba cómo mi abuelo la hizo para ella.

Era carpintero.

Con la mandíbula tensa, Harry contempló la mano de Louis.

— Es duro, ¿verdad?

— ¿Qué?

— Dejar que los seres amados se vayan.

Louis sabía que Harry hablaba desde el fondo de su corazón. El corazón de un padre que añoraba a sus hijos.

Aunque la pesadilla ya no le persiguiese por las noches, Louis le oía susurrar sus nombres, y se preguntaba si era consciente de la frecuencia con la que soñaba con ellos. Se preguntaba cuántas veces al día pensaba en ellos y sufría por su muerte.

— Sí —le contestó en voz baja—, pero tú lo sabes mejor que yo, ¿no es cierto?

Harry no contestó.

Louis dejó que su mirada vagara por la habitación.

— Supongo que ya va siendo hora de seguir adelante, pero te juro que aún

puedo escucharlos, sentirlos.

— Es su amor lo que percibes. Aún está dentro de ti.

— ¿Sabes? creo que tienes razón.

— ¡Eh! —gritó Niall desde la puerta, interrumpiéndolos—. Zayn está

encargando una pizza, ¿os apetece comer algo?

— Sí —contestó Louis.

— ¿Y tú? —le preguntó Niall a Harry.

Harry sonrió a Louis.

— Me encantaría comer pizza.

Louis soltó una carcajada al recordar cómo Harry le había pedido pizza la

noche que lo invocaron.

— Vale —dijo Niall—, pizza para todos.

Harry le dio a Louis los anillos de su madre.

— Los encontré en el suelo.

Se acercó a la cómoda para guardarlos

Al salir de la habitación, Harry cerró la puerta.

— No —le dijo Louis—, déjala abierta.

— ¿Estás seguro?

Louis asintió.

Cuando entraron en su dormitorio, vio que Harry también lo había ordenado.

Pero al contemplar las estanterías que habían guardado sus libros, ahora vacías, se

le rompió de nuevo el corazón.

En esta ocasión no protestó cuando Harry cerró la puerta.

Horas más tarde y después de haber comido, Louis pudo convencer a

Niall y a Zayn de que se fueran.

— Estoy bien, de verdad —les aseguró por enésima vez en la puerta.

Agradecido por la presencia de Harry, colocó la mano sobre su brazo—. Además,

tengo a Harry.

Niall lo miró con severidad.

— Si necesitas algo, me llamas.

— Lo haré.

Sin sentirse seguro del todo, Louis cerró la puerta principal y subió a la

habitación. Harry lo siguió.

Se tumbaron en la cama, uno junto al otro.

— Me siento tan vulnerable... —susurró.

Él le acarició el pelo.

— Lo sé. Cierra los ojos y duerme tranquilo. Estoy aquí. Yo te mantendré a

salvo.

Lo rodeó con sus brazos y Louis suspiró, reconfortado. Nadie lo había

consolado nunca como Harry lo hacía.

Tardó horas en dormirse. Cuando lo hizo, estaba rendido.

Se despertó con un silencioso grito.

— Estoy aquí, Louis.

Escuchó la voz de Harry a su lado y se calmó al instante.

— Gracias a Dios que eres tú —murmuró—. Tenía una pesadilla.

Harry depositó un ligero beso en su hombro.

— Lo sé.

Louis le dio un apretón en la mano antes de salir de la cama y prepararse para

ir al trabajo.

Cuando intentó vestirse, le temblaban tanto las manos que no fue capaz de

abotonarse la camisa.

— Déjame a mí —se ofreció Harry, apartándole las manos para poder hacerlo

él—. No tienes por qué estar asustado, Louis. No dejaré que ese tipo te haga nada.

— Lo sé. Sé que la policía lo atrapará y, entonces, todo habrá acabado.

Él no contestó, y siguió ayudándolo a colocarse la ropa.



Una vez estuvieron preparados, Louis condujo hasta la consulta, situada en el centro de la ciudad. Tenía un nudo tan grande en el estómago que le costaba respirar. Pero no podía encerrarse. No iba a dejar que Rodney controlara su vida.

Louis era el que llevaba las riendas y nadie iba a cambiar eso. No sin luchar.

No obstante, estaba muy agradecido por la presencia de Harry. Lo reconfortaba de tal modo que no quería pensar demasiado a fondo en el porqué.

— ¿Cómo se llama esto? —preguntó Harry cuando entraron al antiguo

ascensor del edificio de finales de siglo.

Louis le enseñó cómo tirar para cerrar la puerta y, de inmediato, percibió la incomodidad de Harry al quedarse encerrados.

— Es un ascensor —le explicó Louis—. Aprietas estos botones y subes a la planta que quieres. Yo trabajo en el último piso, que es el octavo. —Y apretó el botón de diseño antiguo.

Harry se puso aún más nervioso cuando comenzaron a ascender.

— ¿Es seguro?

Louis alzó una ceja y lo miró con curiosidad.

— No me puedo creer que el hombre que se enfrentaba sin miedo a los

ejércitos romanos esté ahora asustado de un simple ascensor.

Harry le dedicó una mirada irritada.

— Sé lo que son los romanos, pero esto me resulta desconocido

Louis le rodeó el brazo con el suyo.

— No es muy complicado. —Señaló a la trampilla del techo—. Sobre esa

puertecilla hay unos cables que suben y bajan la cabina, y también hay un teléfono

—dijo, señalando el intercomunicador situado bajo los botones—. Si el ascensor se

queda atascado, lo único que hay que hacer es apretar el botón del teléfono y, el

equipo de emergencia acudirá de inmediato.

Los ojos de Harry se oscurecieron.

— ¿Y suele quedarse atascado con mucha frecuencia?

— La verdad, no. Llevo trabajando en este edificio cuatro años y no ha sucedido ni una sola vez.

— Y si no estabas dentro, ¿cómo lo sabes?

— Los ascensores tienen una alarma que se activa si se quedan atascados.

Confía en mí, si nos quedamos encerrados aquí dentro alguien nos oirá.

Harry dejó vagar su mirada alrededor del reducido espacio y, por la luz que había en sus ojos Louis supo las malvadas ideas que le pasaban por la cabeza.

— ¿Puedes hacer que se detenga a propósito?

Louis se rió a carcajadas.

— Sí, pero no quiero que me pillen en flagrante delito en el trabajo.

Él inclinó la cabeza y depositó un leve beso en su mejilla.

— Pero ser pillado en flagrante delito en el trabajo puede ser muy divertido.

Louis lo abrazó con fuerza. ¿Qué había en él que le hacía sentirse feliz? Sin importar lo que ocurriera, Harry siempre conseguía que las cosas fueran mucho más

divertidas. Más brillantes.

— Eres malo —le dijo, y se apartó de él de mala gana.

— Cierto, pero te encanta.

Louis volvió a reírse.

— Tienes toda la razón. Me encanta que seas malo.

Las puertas se abrieron y Louis se encaminó hacia su consulta, situada muy

cerca del ascensor. Harry lo siguió.

Lisa los miró cuando entraron y abrió los ojos de par en par. Sus labios

dibujaron una amplia sonrisa al contemplar a Harry.

— Doctor Louis —dijo, jugueteando con un mechón rubio de sus cabellos—,

su novio es una bomba.

Meneando la cabeza, Louis los presentó y, después, le enseñó a Harry su

consulta. Él se quedó de pie, observando a través de los ventanales mientras Louis

encendía el ordenador.

Louis se detuvo al percibir que Harry lo miraba fijamente.

— ¿De verdad vas a pasarte todo el día aquí?

Él se encogió de hombros.

— No tengo nada mejor que hacer.

— Te vas a aburrir.

— Te aseguro que estoy más que acostumbrado al aburrimiento.

Lo malo era que Louis lo sabía. Colocó una mano sobre su mejilla al

imaginárselo dentro del libro, solo, encerrado en la más completa oscuridad.

Se puso de puntillas y lo besó con ternura.

— Gracias por acompañarme hoy. No creo que hubiera podido estar aquí de

no ser por ti.

Él mordisqueó sus labios.

— Es un placer.

Lisa lo llamó por el intercomunicador.

— Doctor Louis, su cita de las ocho está aquí.

— Esperaré fuera —le dijo Harry.

Louis le dio un apretón en la mano antes de dejar que se marchara.

Durante la siguiente hora, no fue capaz de concentrarse en su paciente. Sus

pensamientos volaban al hombre que la aguardaba fuera, y no paraban de dar

vueltas a lo mucho que significaba para él.

Y a lo aborrecible que encontraba el hecho de que se marchara.

Tan pronto como acabó la sesión, acompañó a su paciente a la puerta.

Lisa estaba enseñando a Harry a hacer solitarios en el ordenador.

— Doctor Louis —le dijo—, ¿sabe que Harry no había jugado antes al

solitario?

Louis intercambió una sonrisa chispeante con Harry.

— ¿En serio?

Lisa se apartó de Harry para echar un vistazo a la agenda.

— Por cierto, su cita de las tres ha sido cancelada. Y la de las nueve ha

llamado para decir que llegará unos minutos tarde.

— De acuerdo. —Louis señaló a la puerta con el pulgar—. Mientras jugáis,

voy un momento al coche. Olvidé mi Palm Pilot.

Harry alzó la mirada.

— Yo iré.

Louis negó con la cabeza.

— Yo puedo hacerlo.

Sin contestarle, él rodeó el escritorio de Lisa y extendió la mano para que

Louis le diera las llaves.

— Yo iré —dijo con un tono que no admitía réplicas.

Como no tenía ganas de discutir, le dio las llaves.

— Está bajo mi asiento.

— Vale, no tardaré nada.

Louis le hizo un saludo militar.

Con gesto de pocos amigos, salió de la oficina y se encaminó hacia el ascensor, al final del pasillo.

Iba a apretar el botón cuando se detuvo. ¡Por los dioses!, cómo odiaba esa cosa estrecha y cuadrada.

Y la idea de estar allí dentro, solo...

Echó un vistazo a su alrededor y vio las escaleras. Sin dudarlo ni un instante, se dirigió hacia ellas.

Louis estaba intentando encontrar el informe de Rachel en su maletín, pero cayó en la cuenta de que había dejado un par de archivadores en el asiento trasero del coche.

— ¿Dónde tengo hoy la cabeza? —se reprendió. Pero no hizo falta que pensara mucho la respuesta. Sus pensamientos estaban divididos entre dos hombres que habían alterado su vida por completo.



Enfadado consigo misma por no ser capaz de concentrarse, cogió el maletín y

salió de la consulta, detrás de Harry.

— ¿Dónde va, Doctor? —le preguntó Lisa.

— Me he dejado unos cuantos informes en el coche. No tardo.

Lisa asintió.

Louis se acercó al ascensor. Aún estaba rebuscando en el maletín en busca

de los archivos cuando se abrieron las puertas.

Sin prestar mucha atención, entró en el ascensor y, de forma automática,

apretó el botón de la planta baja.

Justo cuando las puertas se cerraron, se percató de que no estaba sola.

Rodney Carmichael estaba justo enfrente, mirándolo fijamente.

— ¿Me vas a decir quién es él?

Louis se quedó helado mientras la invadían el terror y la furia. ¡Sentía deseos

de despedazarlo! Pero aunque su altura fuese escasa para ser un hombre, aún le

sacaba una cabeza.

Y era muy inestable.

Ocultando el pánico, Louis le habló con calma

— ¿Qué hace usted aquí?

Él hizo un mohín.

— No me has contestado. Quiero saber de quién era la ropa que había en tu casa.

— Eso no es de su incumbencia.

— ¡No digas tonterías! —chilló.

Se balanceaba al borde de la locura y lo último que Louis necesitaba era que él se hundiera en el abismo mientras estuvieran encerrados en el ascensor.

— Todo lo que te rodea es asunto mío.

Louis intentó hacerse con el control de la situación.

— Escúcheme, señor Carmichael. No le conozco de nada, y usted no me

conoce a mí. No entiendo por qué se ha obsesionado conmigo, pero quiero que esta situación llegue a su fin.

Él apretó el botón que detenía el ascensor.

— Ahora, me vas a escuchar, Louis. Estamos hechos el uno para el otro. Lo sabes igual que yo.

— Muy bien —le contestó Louis, intentando apaciguarlo—. Vamos a discutir

esto en mi consulta. —Y apretó el botón para que el ascensor comenzara a moverse de nuevo.

Él volvió a detenerlo.

— Hablaremos aquí.

Louis tomó una profunda bocanada de aire; las manos empezaban a

temblarle. Tenía que salir de allí sin enfadarlo aún más.

— Estaríamos mucho más cómodos en mi consulta.

En esta ocasión, cuando Louis fue a apretar el botón él le cogió la mano.

— ¿Por qué no hablas conmigo? —le preguntó él.

— Estamos hablando —contestó Louis mientras se aproximaba lentamente al intercomunicador.

— Apuesto a que hablas con él, ¿verdad? Apuesto a que pasas horas riendo y haciendo Dios sabe qué cosas con él. Dime quién es.

— Señor Carmichael...

— ¡Rodney! —gritó—. ¡Maldita sea! Me llamo Rodney.

— Vale, Rodney. Vamos a...

— Apuesto a que te ha puesto sus sucias manos encima, ¿verdad? —le

preguntó mientras lo aprisionaba en el rincón, de espaldas al teléfono—. ¿Cuántas

veces te has acostado con él desde que me conociste, eh?

Louis se estremeció ante la salvaje mirada de aquellos ojos, pequeños y

brillantes. Estaba perdiendo el control de su mente.

Louis intentó agarrar el auricular pero, antes de poder acercárselo a la oreja,

él lo agarró.

— ¿Qué coño estás haciendo? —le preguntó él.

— Necesitas ayuda.

Rodney estrelló el auricular contra el panel de botones.

— No necesito ninguna ayuda. Sólo necesito que hables conmigo. ¿Es que

no me oyes? ¡Sólo necesito que hables conmigo! —gritó, mientras estrellaba el

teléfono contra el panel, enfatizando cada palabra con un golpe.

Aterrorizado, Louis contempló cómo el auricular se hacía pedazos. Rodney

comenzó a tirarse del pelo.

— Te ha besado, lo sé. —Repetía una y otra vez la misma frase, mientras se

arrancaba el pelo a tirones.

¡Santo Dios! Estaba atrapado con un loco.

Y no había salida.

Harry regresó a la consulta de Louis con el Palm Pilot.

— ¿Dónde está Louis? —le preguntó a Lisa al no encontrarlo en su escritorio.

— ¿No se ha encontrado con él? Salió unos minutos después que usted.

Iba a su coche.

Harry frunció el ceño.

— ¿Está segura?

— Claro. Dijo que se había dejado unos informes o algo.

Antes de poder preguntarle cualquier otra cosa, una atractiva mujer afroamericana vestida con un conservador traje negro y con un maletín en la mano, entró a la oficina.

Se detuvo en la puerta y se quitó un zapato con un puntapié, para frotarse el talón.

— Definitivamente, hoy es lunes —le dijo a Lisa—. Sólo me faltaba tener que subir ocho pisos por la escalera porque el ascensor se ha quedado atascado. Y ahora, ¿qué maravillosas noticias tienes para mí?

— Hola, doctora Beth —la saludó Lisa alegremente, mientras pasaba la mano sobre el libro de citas—. Su cita de las nueve es Rodney Carmichael.

Harry se quedó paralizado.

— Oh, no. Espere —dijo Lisa—. Esa cita es del doctor Louis. La suya...

— ¿Ha dicho Rodney Carmichael? —le preguntó a la secretaria.

— Sí. Llamó para cambiar la cita.

Harry no esperó a que Lisa terminara de hablar. Arrojó el Palm Pilot sobre el escritorio y salió corriendo de la oficina hacia el ascensor. Con el corazón latiendo desbocado, sólo podía pensar en llegar hasta Louis lo más rápido posible.

Fue entonces cuando comprendió que el ruido que había estado escuchando era una alarma.

Un escalofrío de terror le recorrió la espalda al comprender lo que había sucedido. Rodney había detenido el ascensor con Louis dentro. Estaba seguro.

De repente, se escuchó un grito sofocado tras las puertas cerradas del ascensor.

Con la visión nublada por la furia y el miedo, tiró de las puertas hasta abrirlas.

Y se quedó helado.

No se veía el ascensor. Sólo un abismo negro, muy parecido al libro. Peor aún, bajar por allí sería como descender hacia su infierno. Un infierno oscuro,

asfixiante y estrecho.

Luchó para poder respirar y superar el miedo.

En su corazón, sabía que Louis estaba allí abajo. Solo con un loco y sin

nadie que lo ayudara.

Apretando los dientes, dio un paso hacia atrás y tomó impulso para alcanzar

de un salto los cables.

\* \* \*

Louis apartó a Rodney con un violento empujón.

— ¡No voy a compartirte con nadie! —gruñó él, agarrándolo de nuevo por el

brazo—. Eres mío.

— No pertenezco a nadie —le contestó Louis, propinándole un rodillazo en la

entrepierna.

El hombre cayó de rodillas al suelo.

Desesperado, Louis intentó subir por las barras laterales para poder alcanzar



la trampilla del techo. Si pudiese llegar hasta allí...

Rodney lo agarró por la cintura y lo estrelló de espaldas contra el rincón.

Con el rostro contraído por la furia, colocó los brazos a ambos lados de

Louis.

— ¡Dime cómo se llama el hombre que ha estado dentro de ti, Louis! Dímelo

para que sepa a quién tengo que matar.

Con una escalofriante mirada en sus ojos vacíos, comenzó a arañarse el

rostro y el cuello hasta hacerse sangrar.

— ¿No sabes que eres mío? Vamos a estar juntos. Sé cómo cuidar de ti.

Sé lo que necesitas. ¡Soy mucho mejor que él!

Louis se agachó, para alejarse un poco de él, se quitó los zapatos y

los cogió. No es que fuesen las mejores armas, pero eran mejor que nada.

— ¡Quiero saber con quién has estado! —chilló él.

En el mismo instante en que Rodney daba un paso hacia atrás, la trampilla se

abrió. Louis miró hacia arriba.

Harry se tiró desde el hueco y cayó agachado como un sigiloso depredador.

Lo rodeaba un aura de peligrosa tranquilidad, pero la expresión de sus ojos era aún

más terrorífica. Iluminados por la ira del infierno, estaban clavados en Rodney con

mortal determinación, y lanzaban fuego.

Se puso en pie lentamente, hasta enderezarse del todo.

Rodney se quedó paralizado al ser consciente de la altura de Harry.

— ¿Quién coño eres tú?

— El hombre con el que Louis ha estado.

Rodney abrió la boca por la sorpresa.

Harry miró escuetamente a Louis para asegurarse de que se encontraba

sano y salvo, y volvió su atención de nuevo a Rodney, lanzando un rugido.

Aplastó al tipo contra la pared con tanta fuerza que Louis pensó que habían

dejado una señal en los paneles de madera.

Harry lo agarró por la camisa y volvió a golpearlo contra la pared.

Cuando habló, la frialdad de su voz hizo que Louis se estremeciera.

— Es una pena que no seas lo suficientemente grande para poder matarte,

porque quiero verte muerto —le dijo apretando los puños—. Pero pequeño o no, si

vuelvo a encontrarte cerca de Louis otra vez o haces que derrame una sola lágrima

más, no habrá fuerza en este mundo ni en el más allá que me impida hacerte trizas.

¿Lo has entendido?

Rodney luchó inútilmente para zafarse de los puños de Harry.

— ¡Es mío! Te mataré antes de que te interpongas entre nosotros.

Harry ladeó la cabeza como si no pudiese creer lo que acababa de oír.

— ¿Estás loco?

Rodney lanzó una patada al vientre de Harry.

Él le dio un puñetazo en la mandíbula con los ojos ensombrecidos. Rodney

cayó desmadejado al suelo.

Mientras Harry se agachaba junto al tipo, Louis suspiró aliviado. Todo había acabado.

— Es mejor que te mantengas inconsciente —lo amenazó Harry.

Se enderezó y abrazó a Louis hasta casi aplastarlo.

— ¿Estás bien, Louis?

Louis no podía respirar pero, en ese momento, no le importaba.

— Sí, ¿y tú?

— Mejor, ahora que sé que estás bien.

Unos minutos después, la policía consiguió abrir las puertas del ascensor y

Louis vio que habían quedado atrapados entre dos pisos.

Harry lo alzó por la cintura y Louis agarró la mano que le tendía un policía para ayudarlo a llegar hasta el suelo.

Una vez estuvo fuera del ascensor, frunció el ceño mientras observaba a los tres agentes que estaban ayudando a Harry a sacar el cuerpo inconsciente de

Rodney.

— ¿Cómo supieron que estábamos ahí?

El agente de más edad retrocedió un paso y dejó que los otros dos hombres

alzaran a Rodney para sacarlo.

— La operadora del servicio de emergencias nos llamó. Dijo que parecía

haber una guerra en el ascensor.

— Y lo fue —le contestó Louis, nervioso.

— ¿A quién esposamos?

— Al que está inconsciente.

Mientras Louis esperaba que Harry llegara a su lado, observó la oscuridad

que reinaba en el hueco del ascensor, por donde él había bajado para llegar hasta

él. Era un espacio muy reducido.

Recordó la mirada en el rostro de Harry, la noche que apagó la luz. Y la

expresión alterada que tenía poco antes, cuando subieron a su consulta.

Aún así, había venido a rescatarlo.

Abrumado, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Ha sido capaz de pasar por eso para protegerme.

Tan pronto como salió del ascensor, Louis lo abrazó con fuerza.

Harry temblaba a causa de la fuerza de las emociones que sentía. Estaba tan

aliviado al verlo sano y salvo... Lo cogió por la cintura y lo besó.

— ¡No!

Harry lo soltó en el mismo instante que Rodney se zafaba de una patada del

policía. Las esposas le colgaban de una de las muñecas mientras se hacía con la

pistola del agente y apuntaba.

Acostumbrado a reaccionar en mitad de una batalla, Harry agarró a Louis y

la empujó hacia la izquierda en el instante en que Rodney disparaba.

El disparo pasó rozándolos, y fue seguido por otros dos más. Otro de los

agentes, el de más edad, había disparado a Rodney.

Louis intentó acercarse, pero Harry se lo impidió.

Lo mantuvo pegado a él, con el rostro enterrado en su pecho, mientras

observaba cómo Rodney moría.

— No mires, Louis —susurró—. Hay ciertos recuerdos que no necesitas

conservar.

Cada vez Harry me enamora más:3

Ya saben votos y comentarios, tienen capitulos:D

=====

Capitulo 13

Capítulo 13

Parte hot...

— Sí, Niall —le contestó Louis por teléfono mientras se vestía para ir a

trabajar—. Ya ha pasado una semana. Estoy bien.

— Pues no lo parece —replicó Niall, incrédulo—. Tienes la voz temblorosa.

Y realmente aún no lo había superado del todo. Pero estaba bien, gracias a

Harry y al hecho de no haber visto morir al pobre Rodney Carmichael.

Una vez la policía hubo acabado con los interrogatorios, Harry lo llevó a casa

y él había procurado no pensar demasiado en lo sucedido.

— De verdad. Estoy bien.

Harry entró en la habitación.

— Vas a llegar tarde. —Le quitó el auricular de la mano y le ofreció una

galleta—. Acaba de vestirte —le dijo, y comenzó a hablar con Niall.

Louis frunció el ceño cuando Harry salió de la habitación; ya no podía

escuchar la conversación.

Mientras se vestía, cayó en la cuenta de lo cómodo que se sentía junto a

Harry. Le encantaba tenerlo a su alrededor, cuidarlo y que él lo cuidara. La

reciprocidad de su relación era maravillosa.

— Louis —le dijo, asomando la cabeza por la puerta—. Vas a llegar tarde.



Louis se rió y se puso los zapatos.

— Ya voy, ya voy.

Cuando atravesaron la puerta principal Louis vio que él no se había puesto

los zapatos.

— ¿No vas a venir hoy conmigo?

— ¿Me necesitas?

Louis dudó. En el fondo le encantaba almorzar junto a él y bromear entre

paciente y paciente. Pero claro, seguro que para él sentarse horas seguidas

esperándolo era muy aburrido.

— No.

Él le dio un beso hambriento.

— Hasta la noche.

De mala gana, se apresuró hacia el coche.

Fue uno de los días más largos de la historia. Louis lo pasó sentado tras el

escritorio, contando los segundos que faltaban para acompañar a sus pacientes hasta la puerta.

A las cinco en punto, echó a la pobre Rachel de la oficina, recogió rápidamente todas sus cosas y se marchó a casa.

No tardó mucho en llegar. Frunció el ceño cuando vio a Niall, que lo esperaba en el porche delantero.

— ¿Ha pasado algo? —le preguntó Louis al acercarse.

— Nada de importancia. Pero te daré un consejo: rompe la maldición. Harry es un tesoro.

Louis lo miró aún más ceñudo mientras Niall se alejaba hacia su Jeep.

Confundido, abrió la puerta para entrar en casa.

— ¿Harry? —lo llamó.

— Estoy en la habitación.

Louis subió las escaleras. Lo encontró tumbado sobre la cama en una

postura mucho más que deliciosa, con la cabeza apoyada en una mano. Había una rosa roja delante de él. Estaba increíblemente seductor y maravilloso con aquellos hoyuelos y esa luz en sus celestiales ojos verdes, que en esos momentos eran decididamente perversos.

— Tienes toda la apariencia del gato que se ha comido al canario —le dijo en voz baja—. ¿Qué habéis estado haciendo Niall y tú hoy?

— Nada.

— Nada —repitió Louis, escéptico. ¿Y por qué no se lo creía? Porque Harry tenía la apariencia de un niño que acaba de hacer una travesura.

Su mirada bajo hasta la rosa.

— ¿Es para mí?

— Sí.

Louis sonrió ante su escueta y cortante respuesta. Dejó caer sus zapatos al lado de la cama.

Al alzar la vista, captó la mirada de Harry que había estirado el cuello para no perderse nada. Él volvió a sonreír.

Louis cogió la rosa y aspiró su dulce aroma.

— Es una sorpresa encantadora —dijo, besándolo en la mejilla—. Gracias.

— Me alegra que te guste —susurró, acariciándole el mentón.

Louis se alejó con renuencia y cruzó la habitación para depositar la rosa sobre la cómoda, y abrir el cajón superior.

Se quedó paralizado. Sobre la ropa había un pequeño ejemplar de Peter Pan, adornado con un gran lazo rojo.

Boquiabierto, lo cogió y desató el lazo. Al pasar la primera página, su corazón dejó de latir un instante.

— ¡Oh Dios mío! ¡Es una primera edición, y firmada!

— ¿Te gusta?

— ¿Que si me gusta? —le contestó con los ojos humedecidos—. ¡Harry!

Se arrojó sobre él y depositó una lluvia de besos sobre su rostro.

— ¡Eres tan maravilloso! ¡Gracias!

Y por primera vez, Louis lo vio avergonzado.

— Esto es... —su voz se desvaneció al mirar hacia el vestidor. La puerta

estaba entreabierta y la luz del interior encendida.

No podía haber...

Muy lentamente, Louis se acercó. Abrió la puerta y miró dentro.

Los ojos se le llenaron de lágrimas de alegría y lo invadió una oleada de

calidez. Las estanterías estaban de nuevo llenas de libros. La mano le temblaba

mientras acariciaba los lomos de su nueva colección.

— ¿Esto es un sueño? —susurró.

Sintió a Harry tras él. No lo estaba tocando, pero podía percibirlo con cada

poro, con cada sentido de su cuerpo. No era nada físico pero conseguía que la tierra

temblara bajo sus pies. Y lo dejaba sin aliento.

— No pudimos encontrarlos todos, especialmente las ediciones de bolsillo,  
pero Niall me ha asegurado que hemos conseguido los más importantes.

Una única lágrima descendió por la mejilla de Louis al ver las copias de los  
libros de su padre. ¿Cómo los habían podido conseguirlos?

El corazón le latía con fuerza mientras veía sus títulos favoritos: Los tres

Mosqueteros, Beowulf, La Letra Escarlata, El Lobo y la Paloma, Armas de Caballero,  
Fallen, Amores en Peligro... y seguían y seguían hasta dejarlo aturdido.

Abrumado y con una sensación de mareo, dejó que las lágrimas corrieran por  
su rostro.

Se dio la vuelta y se lanzó a los brazos de Harry.

— Gracias —sollozó—. ¿Cómo...? ¿Cómo lo has hecho?

Él se encogió de hombros, y alzó una mano para enjugarle las lágrimas. En  
ese momento, Louis se dio cuenta de que algo faltaba en su mano.

— Tu anillo no —murmuró mientras contemplaba la señal blanquecina en el

dedo de su mano derecha, donde había llevado el anillo—. Dime que no lo has hecho.

— Sólo era un anillo, Louis.

No, no lo era. Louis recordaba la expresión de su rostro cuando el doctor Lewis quiso comprárselo.

«Jamás» —había dicho él— «No sabe por lo que pasé para conseguirlo»

Pero Louis sí lo sabía después de haber escuchado las historias de su pasado. Y lo había vendido por él.

Temblando, se puso de puntillas y lo besó con fiereza.

Harry se quedó helado al sentir sus labios. Jamás se había entregado a él de aquel modo. Cerró los ojos, hundió las manos en su pelo para dejar que le acariciara los brazos, y gimió ante el asalto de Louis.

La cabeza de Harry comenzó a dar vueltas al saborear su boca, al sentir el cuerpo de Louis pegado al suyo, al ser consciente de la ferocidad de su beso, que

nunca antes había experimentado; jamás le habían besado así...

Hasta su alma maldita se estremeció.

En ese momento, deseó poder permanecer sereno durante más tiempo. No

quería vivir otro segundo más separado de Louis. No podía imaginarse un solo día

sin que Louis estuviese a su lado.

Harry notó cómo, poco a poco, perdía el control. La locura lo asaltaba

dolorosamente, le atravesaba la cabeza al mismo tiempo que la entrepierna.

¡Todavía no! Gritó su mente. No quería que ese momento terminara. Ahora

no. No cuando Louis estaba tan cerca.

Tan cerca... pero no tenía opción

Lo separó de la mala gana.

— Ya veo que te ha gustado el regalo, ¿no?

Louis se rió.

— Por supuesto que me ha gustado. Harry, estás loco. —Le pasó los brazos



alrededor de la cintura y apoyó la cabeza sobre su pecho.

Harry se estremeció mientras unas desconocidas emociones hacían vibrar su cuerpo. Lo envolvió entre sus brazos y sintió cómo sus corazones latían al unísono.

Si pudiera, se quedaría así, abrazándolo para toda la eternidad. Pero no podía. Retrocedió un paso. Louis lo miró con una ceja alzada. Harry borró con una caricia las arrugas de preocupación que se habían formado en la frente de Louis.

— No te estoy rechazando, cariño —le susurró—. Lo que ocurre es que no me siento muy bien en este momento.

— ¿Es la maldición?

Harry asintió.

— ¿Puedo ayudarte?

— Dame un minuto para controlarlo.

Louis se mordió el labio mientras lo observaba acercarse a la cama. Era la única vez que Harry no parecía moverse con su habitual elegancia y fluidez. Daba la

impresión de que apenas podía respirar, como si tuviese un terrible dolor de estómago. Agarró con tanta fuerza el poste de la cama que los nudillos se le pusieron blancos.

El dolor se apoderó de Louis ante aquella imagen y quiso reconfortarlo.

Quería ayudarlo más que nunca. De hecho quería... Lo quería a él. Y punto.

Abrió la boca ante el repentino impacto de sus pensamientos. Lo amaba.

Profunda, verdadera y totalmente. Lo amaba. ¿Cómo no iba a amarlo?

Con el corazón enloquecido, Louis deslizó la mirada sobre los libros del

vestidor. Los recuerdos lo asaltaron: Harry la noche que apareció y se le ofreció;

Harry haciéndole el amor en la ducha; Harry tranquilizándolo, haciéndolo reír; Harry

bajando por la trampa del ascensor para rescatarlo; Harry tumbado en la cama con

la rosa, observándolo mientras él descubría sus regalos.

Niall tenía razón. Era el mayor de los tesoros y no quería dejarlo marchar.

Estuvo a punto de decírselo, pero se contuvo. No era el momento. No cuando

estaba soportando una tremenda agonía. No cuando era tan vulnerable.

Él querría saberlo.

¿O no?

Louis consideró las consecuencias de su posible confesión. A Harry no le

gustaba esta época, estaba claro. Quería irse a casa. Si él le confesaba cuáles

eran sus sentimientos, él se quedaría por esa razón; pero no sería justo, porque casi

lo haría por obligación. Quizás algún día acabara resentido con él por haberle

negado la posibilidad de regresar al mundo que una vez conoció. A lo que había

sido.

O peor aún, ¿y si su relación no funcionaba?

Como psicólogo, sabía mejor que nadie los problemas que podían

ocasionarse en una pareja, y cómo podían acabar destruyéndola.

Una de las causas más frecuentes de ruptura era la falta de intereses

comunes; parejas que se mantenían unidas por la simple atracción física y que

acaban separándose.

Harry y él eran completamente diferentes. Él era un psicólogo del siglo

XXI y Harry era un maravilloso general Macedonio del siglo II a.C. ¡Era como hablar de

emparejar a un pez y un pájaro!

Jamás habían existido dos personas más diferentes en el mundo que

hubieran sido obligadas a permanecer juntas.

En ese momento estaban disfrutando de la novedad de la relación. Pero no se

conocían en absoluto. ¿Y si dentro de un año descubrían que no estaban

enamorados?

¿Y si él cambiaba una vez acabaran con la maldición?

Harry le había dicho que en Macedonia era un hombre totalmente distinto.

¿Qué ocurriría si parte de su encanto o de la atracción que sentía por él se debían

a la maldición? Según Cupido, la maldición hacía que Harry se sintiese

irremediabilmente atraído hacia él.

¿Y si rompían la maldición y Harry se convertía en una persona diferente? ¿En alguien que no quisiese estar con él?

¿Qué pasaría entonces?

Una vez rechazara la oportunidad de regresar a su hogar, Louis sabía que no tendría otra ocasión de volver.

Se esforzó por respirar cuando cayó en la cuenta de que jamás podría decirle:

«Intentémoslo y veamos si funciona». Porque una vez tomaran la decisión, no habría vuelta atrás.

Louis tragó y deseó ser capaz de ver el futuro, como Niall. Pero hasta Niall

se equivocaba a veces. No podía permitirse una equivocación; Harry no se lo merecía.

No, tendría que haber otra razón de peso para que él se quedara. Harry tendría que amarle tanto como él lo amaba.

Y eso era tan probable como que el cielo se derrumbase sobre la tierra en los

próximos diez minutos.

Cerró los ojos y se encogió ante la verdad. Harry jamás sería suyo. De una forma o de otra, tendría que dejarlo marchar.

Y eso acabaría con él.

Harry soltó un suspiro entrecortado y soltó el poste de la cama. Miró a Louis con una leve sonrisa.

— Eso ha dolido —le dijo.

— Me he dado cuenta —le contestó Louis acercándose a él, pero Harry se alejó como si acabara de tocar a una serpiente.

Louis dejó caer la mano.

— Voy a preparar la cena.

Harry lo observó mientras salía de la habitación. Deseaba tanto ir tras Louis que apenas si podía contenerse. Pero no se atrevía.

Necesitaba un poco más de tiempo para serenarse. Más tiempo para aplacar

el fuego maldito que amenazaba con devorarlo.

Meneó la cabeza. ¿Cómo podían las caricias de Louis insuflarle tanta fuerza

y al mismo tiempo dejarlo tan débil?

\* \* \*

Louis acababa de preparar una sopa de sobre y unos sándwiches cuando

Harry entró a la cocina.

— ¿Te sientes mejor?

— Sí —le contestó mientras se sentaba a la mesa.

Louis removi6 su sopa con la cuchara y lo observ6 comer. Su cabello

reflejaba la luz del sol del atardecer y lo hac6a parecer a6n m6s claro. Se sentaba

con una postura muy erguida, y el m6s leve de sus movimientos despertaba una

oleada de deseo en Louis. Podr6a pasarse todo el d6a contempl6ndolo de ese modo y

no se cansar6a.

No. Lo que en realidad deseaba era levantarse de la silla, acercarse a 6l,

sentarse en su regazo y pasarle las manos por esas maravillosas ondas castañas mientras lo besaba ardorosamente.

¡Déjalo ya! Si no se controlaba, ¡sucumbiría a la tentación!

— ¿Sabes? —le dijo Louis, inseguro—. He estado pensando... ¿Y si te quedaras aquí? ¿Tan malo sería vivir en mi época?

La mirada que le dedicó hizo que se sofocara.

— Ya hemos hablado de esto. Éste es no es mi mundo; no lo comprendo, no entiendo vuestras costumbres. Me siento extraño, y odio esa sensación.

Louis se aclaró la garganta. De acuerdo, no volvería a mencionar el tema.

Suspirando, cogió el sándwich y comenzó a comérselo, aunque lo único que le apetecía era discutir.

Una vez acabada la cena, Harry lo ayudó a limpiar la cocina.

— ¿Quieres que te lea? —le preguntó.

— Claro —le contestó.



Pero Louis sabía que algo iba mal. Le estaba ocultando algo; se mostraba casi frío.

No lo había visto así desde que lo conoció.

Louis subió, cogió su libro nuevo de Peter Pan y volvió a bajar. Harry ya estaba tumbado en el suelo, apilando los cojines.

Louis se acomodó en el suelo, perpendicular a él y recostó la cabeza sobre su estómago. Pasó la primera página y empezó a leer.

Harry escuchó la voz suave y melodiosa de Louis, y no dejó de mirarlo un solo instante. Observaba cómo sus ojos bailaban sobre las páginas mientras leía.

Se había prometido no tocarlo pero, en contra de su voluntad, alargó un brazo y comenzó a acariciarle el pelo. El contacto de su cabello sobre la piel lo inflamó e hizo que su entrepierna se endureciera aún más, anhelando dolorosamente poseerlo.

Mientras las castañas y sedosas hebras acariciaban sus dedos, dejó que la voz

de Louis lo alejara de allí y lo llevara a un lugar acogedor. Se sentía en ese hogar  
esquivo que había perseguido durante toda la eternidad.

Un lugar en donde sólo existían ellos dos. Sin dioses ni maldiciones.

Maravilloso.

Louis arqueó una ceja cuando notó que la mano de Harry se apartaba de su

cabello y le desabrochaba el botón superior de la camisa. Contuvo la respiración y

aguardó expectante, pero aún así no estaba muy seguro de sus intenciones.

— ¿Qué estás...?

— Sigue leyendo —le dijo mientras acababa de desabrochar el botón.

Con el cuerpo cada vez más acalorado, Louis leyó el siguiente párrafo. Harry

le desabrochó el siguiente botón.

— Harry...

— Lee.

Louis leyó otro párrafo mientras su mano descendía hasta el siguiente botón.

Sus acciones le hacían perder el control y respiraba entrecortadamente con el corazón latiendo a un ritmo cada vez más frenético.

Alzó la mirada y se encontró con los ojos hambrientos de Harry.

— ¿Qué es esto? ¿Una sesión de lectura con striptease incluido? ¿Yo leo un párrafo y tú desabrochas un botón?

Como respuesta, Harry deslizó una cálida mano por encima de su pecho.

Louis gimió de placer cuando él empezó a acariciarlo y la piel de sus brazos se erizó ante el calor que emanaba de él.

— Lee —le ordenó de nuevo.

— Sí, claro. Como si pudiese leer mientras tú...

En ese momento, Harry le desabrochó el último botón y

cubrió su pecho desnudo con una mano.

— ¡Harry!

— Léeme, Louis. Por favor.

¡Como si fuese posible!

Pero la súplica que teñía su voz le llegó al corazón. Obligándose, se

concentró en el libro y Harry siguió pasando las manos sobre su piel.

Sus caricias eran relajantes y dulces. Sublimes. No se parecían en nada a las

que usaba para inflamarlo y seducirlo, eran algo muy diferente. Más allá de los

límites de la carne. Involucraban directamente al corazón.

Después de un tiempo, se acostumbró a los círculos que Harry trazaba

alrededor de su pecho, de sus pezones y de su ombligo. Se perdió en el instante,

en la extraña intimidad que estaban compartiendo.

Acabó el libro cerca de las diez. Harry pasó los nudillos sobre un endurecido

pezón mientras Louis dejaba el libro a un lado.

— Tu pecho es precioso.

— Me alegra que digas eso. —Escuchó que el estómago de Harry rugía bajo

su oreja—. Me da la sensación de que tienes hambre.

— El hambre que tengo no puede ser saciada con comida.

El rostro de Louis adquirió un tono escarlata.

Él deslizó las manos desde su ombligo hasta la garganta, una vez allí trazó la

línea de la mandíbula y ascendió hasta el cabello. Con los pulgares, dibujó el

contorno de sus labios.

— Qué extraño —dijo—. Sólo cuando me besas llego al borde del abismo.

— ¿Cómo?

Bajó las manos de nuevo hasta su vientre.

— Adoro la sensación de tu piel contra la mía. La suavidad de tu cuerpo bajo

mi mano —le confesó en voz baja—. Pero sólo cuando tus labios rozan los míos

siento que pierdo el control. ¿A qué crees que se deberá?

— No lo sé.

En ese momento sonó el teléfono.

Harry lanzó una maldición.

— Odio esos chismes.

— Yo estoy empezando a odiarlos también.

Harry retiró la mano para que Louis pudiera levantarse.

Louis la cogió y la volvió a poner sobre su pecho.

— Déjalo que suene.

Harry sonrió ante su actitud e inclinó la cabeza, acercándola a la suya. Sus labios

estaban tan cerca que Louis podía sentir su aliento en el rostro. De repente, Harry

retrocedió bruscamente.

Louis vio la agonía, el deseo en sus ojos un instante antes de que los cerrara y

apretara los dientes como si luchara para contenerse.

— Ve a contestar el teléfono —susurró, liberándolo. Louis se puso en pie; le

temblaban tanto las piernas que apenas si la sostenían. Cruzó la habitación y cogió

el inalámbrico mientras se tapaba con la camisa.

— Hola, Niall.

Harry lo escuchó hablar con el corazón pesado como el plomo, luchando  
contra el fuego que lo arrasaba.

Lo último que quería era dejar este refugio. Jamás había disfrutado tanto en  
su vida como desde que conoció a Louis. Y ahora estaba ansioso por pasar con él  
cada segundo del tiempo que disponían para estar juntos.

— Espera y le pregunto. —Louis volvió a su lado—. Niall y Bill quieren  
saber si nos apetecería salir con ellos el sábado.

— Tú decides —le contestó Harry, esperando que declinara la invitación.

Louis sonrió y se colocó de nuevo el teléfono en la oreja.

— Eso suena genial, Niall. Será muy divertido... Vale. Nos vemos  
entonces. —Dejó el teléfono en su sitio—. Voy a darme una ducha rápida antes de ir  
a la cama. ¿Vale?

Harry asintió. Lo observó subir las escaleras. Deseaba más que nunca volver  
a ser mortal.

Darí­a cualquier cosa por poder seguirlo en ese momento, tumbarse junto a él en la cama y enterrarse profundamente en su cuerpo.

Cerrando los ojos podrí­a jurar que era capaz de sentir el cuerpo de Louis rodeándolo.

Se mesó el cabello. ¿Cuántos días más podrí­a soportar esta tortura?

Pero querí­a luchar contra ella. Se negaba a rendirse, a entregar su cordura un segundo antes del plazo que las Parcas habían decretado.

\* \* \*

Louis sintió la presencia de Harry. Se giró y lo vio de pie junto a la bañera, completamente desnudo.

Louis dejó que su mirada se recreara con avidez en cada centímetro de aquel cuerpo, pero fue su sonrisa, cálida y fascinante, la que le robó el corazón y lo dejó sin aliento.

Sin decir una sola palabra, él se metió en la ducha.



— ¿Sabes? —comentó con una naturalidad que lo dejó pasmado—. Esta mañana encontré algo interesante.

Louis observó cómo el agua resbalaba sobre él, mojándole el pelo hasta convertirlo en una masa de rizos húmedos que caían sobre su rostro.

— ¿Sí? —contestó Louis, resistiéndose al impulso de alzar el brazo y coger uno de sus rizos. O mejor aún, mordisquearlo.

— Mmm —murmuró Harry, deslizando la mano por el cordón de la ducha hasta sacarla de su soporte en la pared. Giró hasta encontrar la posición de un ligero masaje—. Date la vuelta.

Louis dudó antes de obedecerle.

Harry deslizó su mirada por su espalda desnuda y húmeda. Jamás había visto una persona más tentadora en todos los días de su vida.

Era todo lo que había soñado, pero que no podía ni siquiera anhelar. No se atrevía. Era un sueño lejano.

Bajó los ojos hasta su trasero. Tenía las piernas ligeramente

abiertas. Una imagen de él separándose y sumergiéndose en Louis se abrió paso

en su mente.

Esforzándose por mantener la respiración, acercó el cabezal de la ducha

hasta los hombros de Louis.

— Eso es estupendo —murmuró Louis.

Harry no podía hablar. Mantenía la mandíbula fuertemente apretada para

controlar las voraces exigencias de su cuerpo. Su necesidad de tocarlo era tan

honda que hacía que el hambre y la sed que padecía mientras permanecía en el

libro fuesen una broma.

Louis se dio la vuelta para mirarlo; su rostro resplandecía. Alargó el brazo

para coger la manopla que se encontraba en la repisa, detrás de Harry. Él no se

movió mientras lo lavaba, pasando las manos por su pecho y su abdomen, avivando

la hoguera del deseo que sentía por Louis.

Contuvo la respiración, anticipando el momento en que su mano bajara más y más.

Louis se mordió el labio al tocar los duros abdominales. Miró hacia arriba y vio que Harry lo observaba. Tenía los ojos medio cerrados y parecía estar saboreando cada caricia que sus manos dejaban sobre su cuerpo.

Deseando complacerlo, pasó la manopla sobre los rizos oscuros de su entrepierna. Harry jadeó cuando lo tomó entre sus manos con suavidad. Louis sonrió al sentir el repentino estremecimiento que agitó su cuerpo.

La expresión de sumo placer que se veía en su rostro hizo que Louis se sintiera encandilado. Con el corazón acelerado, deslizó la mano hacia arriba, para poder acariciar su miembro hinchado.

Escuchó cómo la ducha golpeaba la bañera un segundo antes de que Harry lo envolviera entre sus brazos y enterrara los labios en su cuello.

Louis tembló ante la sensación de sus cuerpos húmedos, desnudos y

entrelazados. El amor que sentía por él fluyó por sus venas, rogando que sucediese un milagro que les permitiera pasar la vida juntos.

En ese instante, deseó poder sentirlo en su interior. Sentir cómo el tomaba posesión de su cuerpo de la misma forma que se había apoderado de su corazón.

Mientras lo torturaba con los labios deliciosamente, enterró un muslo entre sus piernas y la sensación del vello sobre su carne hizo que el sentido común de Louis acabara por derretirse.

Enfebrecido, Louis se restregó contra su muslo y se deleitó al moverse contra los duros músculos que se contraían bajo sus piernas mientras seguía lamiendo su cuello. Cuánto amaba a este hombre. Cómo deseaba escucharle decir que significaba para Harry tanto como Harry para Louis.

Harry pasó las manos a lo largo de la espalda de Louis y luego las movió hacia el frente.

Su mirada lo abrasaba mientras lo ayudaba a sentarse en la bañera.

— ¿Qué estás h...? —su pregunta acabó con un jadeo al sentir la lengua de

Harry en la oreja.

Louis percibió la tensión en los músculos de su brazo de él cuando cogió el

cabezal de la ducha y volvió a atormentar su cuerpo con su pulsante calor. Lo movió

lentamente, trazando círculos sensuales sobre su pecho y su vientre. Enardecido

por la estimulación del agua y el cuerpo de Harry, Louis luchaba por respirar.

Harry temblaba por la necesidad. Quería complacer a Louis como jamás

había querido hacerlo con nadie. Deseaba verlo retorcerse bajo él. Escucharlo gritar

cuando llegara al clímax.

Harry le separó los muslos con el codo y dejó que el agua de la ducha cayera

directamente entre sus piernas.

Louis emitió un entrecortado gemido al ser asaltado por una indescriptible

oleada de placer.

— ¿Harry? —jadeó, mientras su cuerpo se estremecía. La mano de Harry

cogió el miembro de Louis y comenzó a moverse, a la vez que los chorros de agua intensificaban sus caricias.

Jamás, jamás había experimentado algo parecido. Harry giraba la muñeca haciendo que el agua cayera sobre Louis en pequeños movimientos circulares, hasta que ya no pudo más.

Cuando alcanzó el orgasmo un segundo después, gritó aliviado.

Harry sonrió y mantuvo su cuerpo completamente inmóvil para no poseerlo.

Aún no había acabado con él. Jamás podría acabar con Louis.

Con las manos, la lengua y el cabezal de la ducha hizo que Louis disfrutara de cinco orgasmos más.

— Por favor —le rogó Louis tras el último—. Ten compasión. No puedo más.

Decidiendo que ya habían tenido los dos suficiente tortura, Harry se giró y cortó el agua.

Louis era incapaz de moverse. Cualquier sensación, por pequeña que fuera,

la hacía estremecerse. Observó cómo Harry se ponía de pie entre sus piernas y lo miraba con una leve sonrisa.

— Acabas de matarme —balbució—. Ahora tienes que enterrar el cadáver.

Él se rió ante la ocurrencia. Salió de la bañera, alargó los brazos y lo alzó.

Louis se quedó embelesado al sentir su piel desnuda mientras lo llevaba

hasta la cama y lo secaba con la toalla.

Muy lentamente y con mucho cuidado, utilizó el albornoz de un modo que

Louis juraría que a nadie se le había ocurrido antes. Lo pasó sensualmente por sus

hombros, sus brazos y sus pechos, y después descendió hasta el estómago

trazando sensuales espirales.

— Abre tus piernas para mí, Louis.

Sin fuerza de voluntad alguna, Louis obedeció.

Louis gimió al sentir la felpa sobre la trémula carne de su sexo. Súbitamente

el albornoz fue reemplazado por los dedos de Harry.

— Harry, por favor. No creo que pueda soportarlo de nuevo.

Él no le hizo caso. Ni siquiera su propio cuerpo tuvo en cuenta su opinión. Y

para su sorpresa, un nuevo orgasmo lo asaltó.

Harry se inclinó y le susurró al oído:

— Podríamos seguir así toda la noche.

Louis lo miró a los ojos y entonces se dio cuenta del alcance de la maldición: su

miembro estaba aún completamente erecto y tenía la frente cubierta de sudor.

¿Cómo podía soportar verlo correrse una y otra vez sabiendo que él no podría

hacerlo?

Pensando tan sólo en el amor que sentía por él, se incorporó hasta quedar

sentado y lo besó.

Harry se echó atrás con un movimiento violento. Cayó al suelo agitándose

como si le golpeasen.

Aterrorizado por lo que había hecho, Louis bajó de la cama.



— Lo siento —dijo al llegar junto a él—. Lo olvidé.

Harry se giró en ese instante para mirarlo. Tenía los ojos de aquel espantoso color oscuro.

Temblaba como si estuviese luchando por alejarse de la locura. Fue el miedo en el rostro de Louis lo que finalmente lo ayudó a calmarse.

Se alejó de Louis como si fuera venenoso.

Louis lo observó mientras utilizaba los peldaños de su cama como apoyo para ponerse en pie.

— Cada vez es peor —dijo con voz ahogada.

Louis no podía hablar. No podía soportar verlo sufrir de aquella manera. Y se odiaba a sí mismo por haberlo llevado hasta el borde del abismo.

Sin mirarlo siquiera, Harry recogió su ropa y salió de la habitación.

Pasaron varios segundos antes de que Louis pudiese moverse. Cuando finalmente consiguió ponerse de pie, abrió la cómoda para sacar algo de ropa y sus

ojos se quedaron clavados sobre la caja que contenía los grilletes.

¿Cuántos días más tendrían antes de que lo perdiera para siempre?

Apoco no les enamoro lo que hizo Harry? intentare subir varios hoy y mañana ya que el martes entro a clases:(

=====

## Capitulo 14

Capítulo 14 Los días siguientes fueron los mejores de la vida de Louis. Una vez se acostumbró a la regla que Harry impuso, que prohibía los besos y las caricias íntimas e incitantes, desarrollaron una relación agradable que fue casi una sorpresa para él. Pasaba los días en el trabajo, almorzaba a menudo con Harry y Niall, y dedicaba las noches a tumbarse entre sus maravillosos brazos. Sin embargo, con cada día que pasaba, saber que iba a abandonarlo a final del mes lo dejaba destrozado. ¿Cómo iba a soportarlo? Aunque la idea no abandonaba nunca su mente, se negó a pensar en eso constantemente. Viviría el momento y se preocuparía del mañana cuando llegara. El sábado por la noche quedaron con Niall y Zayn en Tip's, en el Barrio Francés. Aunque con bastante más afluencia de turistas que el original Tiptin's, era la noche de Zydeco y Louis quería que Harry escuchara la música que Nueva Orleans había hecho famosa. — ¡Eh! — Les dijo Niall mientras se aproximaban a la mesa, en el fondo del local—. Empezaba a preguntarme si iban a dejarnos colgados. Louis se sintió enrojecer al recordar el motivo de su retraso. Algún día de estos aprendería a cerrar la puerta del baño mientras se duchaba... — Hola Harry, Louis — les saludó Zayn. Louis sonrió al ver la escayola del brazo de Zayn que Niall había decorado con pintura fluorescente. Harry inclinó la cabeza a modo de saludo mientras retiraba una silla para que Louis se sentara y, después, hizo lo propio a su lado. En cuanto apareció el camarero pidieron cervezas y nachos, y Niall comenzó a seguir el ritmo de la música golpeando la mesa con la mano. — Vamos, Niall — dijo Zayn, malhumorado—. Será mejor que bailemos antes de que tenga que matarte por ese ruidito insoportable. Con una ligera punzada de envidia, Louis observó cómo se alejaban. — ¿Te gustaría bailar? — le preguntó Harry. A Louis le encantaba bailar, pero no quería que Harry pasara un mal rato. En su mente no había dudas de que él no sabía bailar música moderna. Pero, aún así, fue una invitación muy tierna por su parte. — No, no pasa nada. Pero él no lo escuchó. Se puso en pie y le tendió la mano. — Sí, claro que vas a bailar. Tan pronto como llegaron a la pista de baile, Louis comprendió que aquel hombre bailaba tan bien como besaba. Harry conocía cada paso y daba la sensación de que había nacido bailando. De

hecho, sus movimientos eran elegantes sin perder el toque masculino y fascinante. Louis nunca había visto a nadie bailar así. Y por las envidiosas miradas femeninas que sentía clavadas en él, podía imaginarse que todas aquellas mujeres tampoco habían presenciado antes nada semejante. Cuando el grupo terminó de tocar se sentía excitado y estaba sin aliento.—

¿Cómo...?— Fue el regalo de Terpsícore —le contestó Harry mientras le pasaba el brazo por los hombros y lo mantenía fuertemente pegado a su cuerpo.— ¿De quién?— De la musa de la danza. Louis sonrió.— Recuérdame que le envíe una nota de agradecimiento. Al comenzar la siguiente canción, Harry miró fijamente a su izquierda y frunció el ceño.— ¿Pasa algo? —preguntó Louis, mientras seguía la dirección de su mirada. Él meneó la cabeza y se frotó los ojos.— Debo estar viendo visiones.— ¿Qué has visto? Harry volvió a mirar entre la multitud, buscando al hombre castaño y alto que acababa de ver por el rabillo del ojo. Aunque apenas había captado su imagen, juraría que se trataba de Liam de Tracia. Con algo más de uno noventa de estatura, a Liam siempre le había resultado difícil perderse entre la multitud y, además, su modo de andar era bastante distintivo, ya que tenía un aura letal. Pero pensar que Liam estuviese en esa época era algo imposible. Debía ser la locura que volvía a hacer mella en él; ahora comenzaba a ver visiones.— Nada —contestó. Apartó el tema de su mente y miró Louis con una sonrisa. La siguiente canción era lenta y lo atrajo hacia sus brazos, manteniéndolo muy cerca de su cuerpo, al tiempo que se movían suavemente al ritmo de la música. Louis le rodeó el cuello y apoyó la cabeza en su pecho; podía inhalar el cálido aroma a sándalo que desprendía Harry. No sabía cómo, pero aquel olor conseguía que perdiera la cabeza por completo y que la boca se le hiciera agua. Con la mejilla apoyada sobre la cabeza de Louis, Harry comenzó a acariciarle el pelo mientras Louis escuchaba los latidos de su corazón. Louis podría quedarse así para siempre. Pero la pieza terminó demasiado pronto. Y después de dos canciones rápidas, Louis tuvo que regresar a su asiento. Simplemente, no tenía el aguante de Harry. Al encaminarse hacia la mesa, se dio cuenta de que Harry ni siquiera tenía la respiración alterada; pero eso sí, su frente estaba cubierta de sudor. Él le apartó la silla. Se sentó muy cerca de él y cogió su jarra de cerveza para tomar un gran trago.— ¡Harry! —dijo Niall con una carcajada—. No tenía ni idea de que podías moverte así. Zayn puso los ojos en blanco.— ¿Pensamientos lujuriosos de nuevo, Niall? Niall le dio un puñetazo a su marido en el estómago.— Sabes que no es eso. Tú eres el único juguete con el que me apetece jugar. Zayn miró a Harry con escepticismo.— Sí, claro. Louis vio cómo el rostro de Harry se ensombrecía.— ¿Estás bien? —le preguntó. Él le contestó con su sonrisa plagada de hoyuelos y a Louis se le olvidó la pregunta. Permanecieron sentados en silencio escuchando al grupo, mientras Harry y Louis se ofrecían nachos el uno al otro. Cuando Louis apartó la mano de los labios de él, Harry la capturó y se llevó de nuevo a la boca para chupar un poco de queso que se le había quedado pegado en la yema de un dedo. Pasó la lengua sobre su piel y Louis sintió que el cuerpo le estallaba en llamas. No pudo más que reírse al notar cómo el deseo lo consumía. Cómo deseaba haberse quedado en casa. ¡Le encantaría quitarle la ropa a Harry y lamer queso fundido sobre su cuerpo toda la noche! Definitivamente, iba a añadir Cheez Whiz a la lista de la compra. Con los ojos brillantes, Harry llevó la mano de Louis hasta su regazo y comenzó a morderle el cuello antes de apartarse y tomar otro trago de cerveza.— Niall —le dijo Zayn llamando la atención de su esposo, que estaba mirando a Louis y Harry. Le ofreció una servilleta—. Seguro que quieres limpiarte la baba que te gotea por la barbilla. Niall puso los ojos

en blanco.— Louis, necesito ir al baño. Vamos. Harry se echó hacia atrás para dejarlo pasar. Observó cómo Louis se perdía entre la multitud y, casi al instante, las mujeres comenzaron a acercarse. El estómago se le contrajo. ¿Por qué siempre tenían que revolotear a su alrededor? En ese momento, deseó que por una vez en su vida pudiera sentarse tranquilo sin tener que mantener a raya a un puñado de mujeres, de las cuales ni siquiera conocía sus nombres, antes de que empezaran a sobarlo.— Hola nene —coqueteó una atractiva rubia, que fue la primera en llegar a su lado—. Me gusta cómo bailas. ¿Qué tal si...?— No estoy solo —le contestó él, entrecerrando los ojos a modo de advertencia.— ¿Con él? —se rió la mujer mientras señalaba con un dedo hacia el lugar por donde Louis había desaparecido—. Venga ya. Pensaba que habías perdido una apuesta o algo así.— Yo pensé que lo hacía por pena —comentó otra mujer que se acercó junto a una morena. Dos hombres surgieron en ese momento de entre la multitud.— ¿Qué hacéis aquí vosotras tres? —preguntaron los tipos a sus compañeras. Las mujeres contemplaron con tristes miradas a Harry.— Nada —ronroneó la rubia, mirándolo por última vez antes de darse la vuelta y marcharse. Los hombres lo miraron furiosos. Él alzó una ceja con un gesto burlón y tomó otro trago de cerveza con total normalidad. Los tipos debieron darse cuenta de que la idea de pelear con él era bastante estúpida, porque se reunieron con sus chicas y se marcharon. Harry suspiró, disgustado. Daba igual la época en la que se encontrara, algunas cosas no cambiaban.— Oye —le increpó Zayn alzándose un poco por encima de la mesa—. Sé que últimamente has pasado mucho tiempo con Niall. Por tu bien, espero que no te estés metiendo en mi territorio. ¿Me has entendido? Harry tomó una honda bocanada de aire. Zayn no; él no.— Por si no lo has notado, sólo estoy interesado en Louis.— Sí, claro —masculló Zayn—. No intentes confundirme; Louis me cae muy bien, pero no soy idiota. No puedo creer que seas el tipo de hombre que se conforma con una hamburguesa cuando tiene un montón de jugosos solomillos de ternera esperándolo.— Sinceramente, me importa una mierda lo que creas. Louis vaciló cuando Niall y él regresaron junto a Harry y Zayn. La tensión de Harry era palpable. Sostenía la cerveza con tanta fuerza que se sorprendía de que la botella no hubiera estallado, hecha añicos.— Zayn —le dijo Niall mientras le pasaba los brazos alrededor del cuello—. ¿Te importaría mucho si bailo con Harry?— Joder, claro que me importa. De inmediato, Harry se disculpó y se acercó a la barra. Louis lo siguió con rapidez. Pidió otra cerveza justo cuando Louis llegó a su lado.— ¿Estás bien? —le preguntó.— Estupendamente. Pero no lo parecía. Definitivamente, no parecía estar bien.— ¿Sabes una cosa? Sé cuando no estás siendo sincero conmigo. Y ahora confiesa, Harry. ¿Qué pasa?— Deberíamos marcharnos.— ¿Por qué? Harry lanzó una rápida mirada a Niall y Zayn.— Creo que sería lo más sensato.— ¿Por qué? Harry gruñó. Antes de que pudiera contestarle, tres hombres aparecieron tras él y, por sus expresiones, Louis intuyó que no estaban muy contentos. Peor aún, parecía que Harry era la fuente de todos sus problemas. El más grande era un monstruoso culturista, siete centímetros más bajo que Harry, pero bastante más musculoso y voluminoso. Hizo una especie de mohín al mirar la espalda de Harry de arriba abajo. Y, en ese instante, Louis lo reconoció. Paul. El corazón empezó a latirle con rapidez. Físicamente, había cambiado muchísimo con los años. Tenía la cara más redonda, con arrugas prematuras alrededor de los ojos, y había perdido mucho pelo. Pero aún conservaba la misma sonrisa burlona.— Éste era el que estaba con Amber —le dijo uno de sus acólitos. Una calma mortal rodeó a Harry, haciendo que Louis se estremeciera de miedo. Louis no sabía de lo que era capaz y, por lo que estaba viendo, Paul no había cambiado

por dentro tanto como por fuera. Un niño de anuncio, rodeado de seguidores, que siempre se movía con su séquito. Todo lo que hacía tenía que ser notorio para dejar claro su poder. Con ese ego de chulo de playa, estaba claro que no se iría hasta que consiguiera enredar a Harry en una pelea. Lo único que esperaba era que su general tuviera más sentido común y nocayera en la trampa.— ¿Necesitáis algo? —preguntó, sin mirar a Paul ni a sus amigos. Paul se rió y palmeó a uno de los suyos en el pecho.— ¿Qué acento es éste? Tiene voz de pito. Harry se giró y miró furioso a Paul. A cualquier otra persona con más entendederas, esa mirada la habría hecho retirarse. Paul, por supuesto, carecía de entendederas. No había tenido nunca ni un apizca de sentido común.— ¿Qué pasa contigo, niño bonito? —se burló Paul—. ¿Te he ofendido? —Miró a sus amigos y meneó la cabeza—. Lo que pensaba; es un mariquita cobarde con voz de pito. Harry soltó una carcajada siniestra.— Venga Harry —le increpó Louis, cogiéndolo del brazo antes de que las cosas se pusieran peor—. Vámonos. Paul lo miró con aquella risita burlona y entonces lo reconoció.— Vaya, vaya, vaya. Louis Alexander. Hace mucho que no nos vemos. —Ledió una palmada en la espalda al tipo moreno que estaba a su lado—. Oye, Tom, ¿te acuerdas de Louis, el de la facultad? Su ropa interior blanca me hizo ganar nuestra apuesta. Harry se quedó paralizado ante sus palabras. Louis sentía que el viejo dolor volvía, pero se negó a demostrarlo. Jamás le daría ese gusto a Paul de nuevo.— No me extraña que fuera detrás de Amber —siguió Paul—. Probablemente quería probar a alguien que no estuviese todo el rato llorando mientras se lo tira. Harry giró hacia Paul con tal rapidez que Louis apenas si fue capaz de percibir el movimiento. Paul se movió un poco pero Harry se agachó y le lanzó un puñetazo a las costillas que lo envió hasta la multitud, que se agolpaba unos metros detrás de ellos. Con una maldición, se arrojó a plena carrera hacia Harry. Él se ladeó un poco, le puso la zancadilla y lo empujó haciéndolo volar por los aires. Paul aterrizó sobre la espalda. Antes de que pudiera moverse, Harry colocó el pie sobre su garganta y le sonrió con tal frialdad que Louis comenzó a temblar de la cabeza a los pies. Paul agarró el pie de Harry con las dos manos e intentó apartarlo. Comenzó a agitarse por el esfuerzo, pero Harry no se apartó.— ¿Sabías...—le preguntó Harry con un tono de voz tan pragmático que era realmente atemorizante—...que sólo son necesarios poco más de dos kilos para aplastarte el esófago por completo? Los ojos y los brazos de Paul comenzaron a hincharse cuando Harry ejerció más presión sobre su cuello.— Tío, por favor —suplicó Paul mientras intentaba quitarse el pie de Harry de encima—. Por favor, no me hagas daño, ¿vale? Louis contuvo el aliento, aterrado, al ver que Harry le pisaba aún con más fuerza. Tom se acercó a ellos.— Hazlo —le advirtió Harry— y te saco el corazón para que tu amigo se lo coma. Louis se quedó helado al ver la mirada de los ojos de Harry. Éste no era el hombre tierno que le hacía el amor por las noches. Éste era el rostro del general que una vez había mandado al infierno a los romanos más valientes. No dudaba ni por un solo instante que Harry podía llevar a cabo la amenaza. Y por lo rápido que la sangre abandonó el rostro de Tom, Louis supo que el hombre también lo creyó.— Por favor —volvió a implorar Paul, comenzando a llorar—. Por favor, no me hagas daño. Louis tragó saliva mientras esas palabras lo asaltaban; las mismas que él pronunció llorando en la cama de Paul. Fue entonces cuando Harry lo miró a los ojos. Louis vio la furia y el deseo de acabar con Paul. Por él.— Déjalo, Harry —le dijo en voz baja—. No merece la pena. A tu lado no valen nada. Harry miró a Paul con los ojos entrecerrados.— Los cobardes inútiles como tú son descuartizados como entrenamiento allí donde vengo. Cuando Louis

pensaba que iba a matarlo, Harry apartó el pie.— Levántate.Frotándose el cuello, Paul se puso en pie lentamente.La mirada gélida y letal de Harry hizo que Paul se encogiera.— Le debes una disculpa a Louis.Paul se limpió la nariz con el dorso de la mano.— Lo siento.— Dilo como si lo sintieras de verdad —lo amenazó Harry en voz baja.— Lo siento, Louis. De verdad. Lo siento muchísimo.Antes de que Louis pudiese responder, Harry pasó un brazo por sus brazos en un gesto posesivo y salieron a paso tranquilo del local.Ninguno de ellos habló hasta que llegaron al coche. Louis notaba que algo iba muy mal con Harry. Estaba totalmente tenso, como la cuerda de un arco.— Ojalá me hubieses dejado matarlo —le dijo Harry, mientras Louis buscaba las llaves del coche en el bolsillo de los vaqueros.— Harry...— No tienes ni idea de lo que me cuesta dejarlo marchar. No soy el tipo de hombre que suele dejar de lado una situación como ésta —confesó mientras golpeaba con fuerza el techo del coche con la palma de la mano para después girarse rápidamente y lanzar un gruñido—. ¡Maldita sea, Louis! hubo una época en la que me alimentaba de las entrañas de tipos como ése. Y he pasado de eso a...Harry dudó un instante cuando dos mil años de recuerdos reprimidos afluyeron a su mente. Volvió a verse como el respetado líder que fue. El héroe de Macedonia. El hombre que una vez consiguió que legiones completas de romanos se rindieran ante la simple aparición de su estandarte.Y después vio en lo que se había convertido. En una cáscara vacía. En una codiciada mascota, sometida a la voluntad de aquél que lo invocara.Durante dos mil años había vivido sin emociones y sin pronunciar más que un puñado de palabras.Había encontrado el punto exacto que le permitía sobrevivir. Y se había dejado arrastrar.Hasta que Louis llegó y descubrió su faceta humana...Louis observó la mirada de emociones que cruzaron por el rostro de Harry. Ira, confusión, horror y, finalmente, una terrible agonía. Se acercó hasta el otro lado del coche, donde él estaba, pero no dejó que lo tocara.— ¿Es que no lo ves? —le preguntó con un tono brusco a causa de las intensas emociones—. Ya no sé quién soy. En Macedonia sabía quién era; después me convertí en esto —dijo, mientras alzaba el brazo para que Louis pudiera ver las palabras que Príapo grabó a fuego—. Y tú lo has cambiado todo —acabó, mirándolo fijamente.La angustia que reflejaban sus ojos desgarraba a Louis.— ¿Por qué has tenido que cambiarme, Louis? ¿Por qué no me dejaste como estaba? Había aprendido, a fuerza de voluntad, a no sentir nada. Simplemente venía a este mundo, hacía lo que me ordenaban y me marchaba. No deseaba nada. Y ahora... —miró a su alrededor, como un hombre inmerso en una pesadilla de la que no puede escapar.Louis alargó el brazo.— Harry...Negando con la cabeza, él se alejó de su mano.— ¡No! —exclamó, mesándose el cabello—. No sé a dónde pertenezco. No lo entiendes.— Entonces, explícamelo —le suplicó Louis.— ¿Cómo voy a explicarte lo que es caminar entre dos mundos y ser despreciado por ambos? No soy humano, ni tampoco un dios; soy un híbrido abominable. No tienes idea de cómo crecí: mi madre me entregó a mi padre, que me entregó a su esposa, que me entregaba a cualquiera que estuviese cerca para alejarme de su vista. Y durante los últimos veinte siglos no he sido más que una moneda de cambio, algo que se podía comprar y vender. He pasado toda mi vida buscando un lugar al que poder llamar hogar. Buscando a alguien que me quisiera por lo que soy, no por mi rostro ni por mi cuerpo. —El tormento que reflejaban sus ojos hería a Louis como una quemadura.— Yo te quiero, Harry.— No, no es cierto. ¿Cómo ibas a quererme?Louis se quedó boquiabierto ante su pregunta.— Mejor dí que cómo no iba a hacerlo. Dios mío, jamás en mi vida he deseado estar junto a alguien como ahora deseo estar

contigo.— Es lujuria, nada más. Eso sí consiguió enfadarlo. ¡Cómo se atrevía a despreciar sus sentimientos como si fuesen algo trivial! Lo que sentía hacia él era mucho más profundo que la mera lujuria, era algo que le llegaba hasta el alma.— No me digas lo que siento o lo que no. No soy una niña. Harry meneó la cabeza, incapaz de creer sus palabras. Se trataba de la maldición. Tenía que ser eso. Nadie podía amarlo. Nadie lo había hecho nunca, desde el día en que nació. Pero que Louis lo amara... Sería un milagro. Sería... La gloria. Y él no había nacido para saborearla. «Sufrirás como ningún otro hombre lo ha hecho.» Sólo se trataba de otra estratagema de los dioses. Otro cruel engaño concebido para castigarlo. Y ya estaba cansado. Exhausto y agotado por la lucha. Sólo quería escapar al sufrimiento. Buscaba un puerto donde refugiarse de aquellos aterradores sentimientos que lo asaltaban cada vez que lo miraba. Louis apretó los dientes al ver la negativa en los ojos de Harry. Pero, ¿quién podía culparlo? Lo habían herido en incontables ocasiones. Pero de algún modo, de alguna forma, lograría probarle lo mucho que significaba para él. Tenía que hacerlo. Porque perderlo significaría la muerte para él.

No sé que pensar de este cap, ternura, dolor u odio →→'

=====

Capitulo 15

Capitulo 15

Harry mantuvo la distancia entre ellos lo que quedaba del fin de semana. Por

mucho que Louis intentaba derribar la barrera que lo rodeaba, él lo apartaba sin

dudarlo.

Ni siquiera quería que le leyera.

Totalmente descorazonado, se fue al trabajo el lunes por la mañana, pero ni siquiera debería haberse molestado en acudir a la consulta. No podía concentrarse en otra cosa que no fuesen sus celestiales ojos verdes, cargados de confusión.

— ¿Louis Alexander?

Louis alzó la mirada del escritorio y vio a una mujer rubia, increíblemente hermosa, de poco más de veinte años que estaba parada en el hueco de la puerta.

Parecía que acababa de salir de un desfile de modas en Europa, con aquel vestido de seda roja de Armani y las medias y los zapatos a juego.

— Lo siento —le dijo Louis—. Mi hora de visitas ha acabado. Si quiere volver

mañana...

— ¿Tengo aspecto de necesitar a un sexólogo?

A primera vista, no. Pero claro, Louis había aprendido hacía ya mucho tiempo a no hacer juicios apresurados sobre los problemas de la gente.

Sin que la invitara, la mujer entró tranquilamente a su consulta con un andar presuntuoso y elegante que le resultaba extrañamente familiar. Caminó hacia la



pared donde estaban colgados los títulos y certificados de Louis.

— Impresionante —le dijo. Pero su tono expresaba todo lo contrario.

Se volvió para observar concienzudamente a Louis y, por la mueca burlona

en su rostro, éste supo que la mujer la encontraba seriamente deficiente.

— No eres lo bastante guapo para él, ¿sabes? demasiado bajo y

demasiado rechoncho.

Completamente ofendido, Louis adoptó una postura rígida.

— ¿Cómo dice?

La mujer ignoró su pregunta.

— Dime, ¿no te molesta estar cerca de un hombre como Harry, sabiendo que

si tuviese oportunidad, jamás querría estar contigo? Tiene un cuerpo tan bien

formado, es tan elegante... Tan fuerte y cruel... Sé que nunca antes has tenido

detrás de ti a un hombre como él, y jamás volverás a tenerlo.

Atónito, Louis no era capaz de hablar.

Y tampoco tuvo que hacerlo; la mujer siguió sin detenerse.

— Su padre era como él. Imagínate a Harry con el pelo oscuro, un poco más

bajo y de apariencia más vulgar, no tan refinado. Pero aún así, ese hombre tenía

unas manos que... Mmm... —Sonrió pensativamente, con la mirada perdida—. Por supuesto Diocles tenía todo el cuerpo marcado por horribles cicatrices de las

batallas; tenía una espantosa que le atravesaba la mejilla izquierda. —Entrecerró los ojos con ira—. Jamás olvidaré el día que intentó marcar a Harry con una daga, para hacerle esa misma cicatriz. En ese momento hubiera deseado que viviese lo suficiente para arrepentirse de esa infracción, pero me aseguré de que no lo hiciera. Harry es físicamente perfecto, y jamás permitiré que nadie estropee la belleza que yo le di. —La fría y calculadora mirada que Afrodita dedicó a Louis hizo que éste se estremeciera.

» No compartiré a mi hijo contigo.

La posesividad de las palabras de la diosa despertó la ira de Louis. ¿Cómo

se atrevía a aparecer ahora y a decir tal cosa?

— Si Harry significa tanto para ti, ¿por qué lo abandonaste?

Afrodita lo miró, furiosa.

— ¿Crees que me dejaron otra opción? Zeus se negó a darle la ambrosía\*;

ningún mortal puede vivir en el Olimpo. Antes de que pudiera siquiera protestar,

Hermes me lo quitó de los brazos y lo entregó a su padre.

Louis vio el horror en el rostro de Afrodita al recordar aquel momento.

— Mi dolor por su pérdida iba más allá de los límites humanos. Inconsolable,

me encerré para alejarme de todo. Cuando fui capaz de enfrentarme a todos ellos de nuevo, habían pasado catorce años en la tierra. Apenas si reconocí al bebé que yo había amamantado. Y él me odiaba. —Sus ojos brillaron como si estuviese luchando por contener las lágrimas.

» No tienes idea de lo que es ser madre, y que ese hijo que has llevado en tu

vientre maldiga hasta tu propio nombre.

Louis comprendía su dolor, pero era a Harry a quien amaba; y su sufrimiento

era lo que más le preocupaba.

— ¿Alguna vez intentaste decirle cómo te sentías?

— Por supuesto que lo hice —espetó la diosa—. Le envié a Eros con mis

regalos. Me los devolvió, con un mensaje que un hijo no debería decirle a su madre

jamás.

— Estaba herido.

— Y yo también —gritó Afrodita. Todo su cuerpo temblaba de furia.

Desconfiado y bastante asustado por lo que una diosa enfadada pudiera

hacer con él, Louis observó cómo Afrodita cerraba los ojos y respiraba hondo para

calmarse.

Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz dura y el cuerpo tenso.

— Aún así, envié de nuevo a Eros con más regalos para Harry. Los rechazó

todos. Me vi a obligada a presenciar cómo juraba lealtad y servicio a Atenea en

venganza. —Masculló el nombre de la diosa como si la despreciara.

» Fue en su nombre que conquistó ciudades con los dones que yo le otorgué

cuando nació: la fuerza de Ares, la templanza de Apolo y las bendiciones de las

Musas y las Gracias. Incluso lo sumergí en el río Estigio para asegurarme de que

ningún arma humana pudiera matarlo o dejarlo marcado y, a diferencia de lo que

hizo Tetis con Aquiles, sumergí también sus tobillos para que no tuviese ni un solo

punto vulnerable. —Meneó la cabeza como si aún no pudiese creer lo que Harry

hizo.

» Hice todo lo que estuvo en mis manos por ese chico, y él no me demostró la

más mínima gratitud. Ni el respeto que merecía. Finalmente, dejé de intentarlo.

Puesto que rechazaba mi amor, me aseguré de que nadie lo amara jamás.

El corazón de Louis se detuvo al escuchar el egoísmo de la diosa.

— ¿Que hiciste qué?

Afrodita alzó la barbilla, altanera, como una reina orgullosa de sus frías y

sangrientas hazañas.

— Le maldije del mismo modo que él lo hizo conmigo. Me aseguré de que

ninguna persona pudiese mirarlo sin desear su cuerpo o envidiarlo profundamente

Louis no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Cómo podía una madre ser tan

cruel?

Y tan pronto como ese pensamiento se alejó de su mente, lo asaltó otro aún

más horrible:

— Tú fuiste la culpable de que Penélope muriera, ¿verdad?

— No, eso fue obra de Harry. Por supuesto que yo estaba enfurecida cuando

Eros me contó lo que había hecho por su hermano, y también porque Harry había acudido a él y no a mí.

» Puesto que no podía deshacer lo que la flecha de Eros había conseguido, decidí mermar sus efectos. Lo que Harry tuvo con Penélope fue algo insípido, y él lo sabe. —Afrodita se acercó hasta la ventana y contempló la ciudad.

» Si Harry hubiese acudido a mí alguna vez, habría dejado que Penélope lo amara. Pero no lo hizo. Lo observé acercarse a ella, noche tras noche, tomándola una y otra vez, y percibí su malestar, su angustia porque sabía que su esposa no lo amaba. Y todavía seguía rechazándome y maldiciéndome.

» Fueron las lágrimas que derramé por él a lo largo de los años lo que puso a

Príapo en su contra. Siempre ha sido el más leal de mis hijos. Debí detenerlo tan

pronto como supe que quería la sangre de Harry, pero no lo hice. Ansiaba que la ira de Príapo consiguiera que Harry me buscara e implorara mi ayuda. —Apretó los dientes.

» Pero no lo hizo.

Louis comprendía su dolor, pero eso no cambiaba lo que le había hecho a su hijo.

— ¿Cómo es que Harry acabó siendo maldecido?

La diosa tragó saliva.

— Todo comenzó la noche que Atenea le contó a Príapo que no existía otro

hombre más valiente y fuerte que Harry. Ella lo retó a enfrentar a su mejor general

con Harry. Dos días más tarde, contemplé cómo Harry cabalgaba hacia la batalla y

supe que no perdería. Cuando venció al ejército romano, Príapo se enfureció.

» Eros se fue de la lengua y le contó lo que había hecho. Al instante, Príapo

fue en busca de Jasón y Penélope. Yo no sabía las repercusiones que iba a tener.

—Se envolvió la cintura con los brazos.

» Nunca tuve intención de que los niños murieran. No te imaginas las veces

que me pregunto al cabo del día por qué dejé que ocurriera aquello.

— ¿No hubo ningún modo de evitarlo?

Afrodita negó tristemente con la cabeza.

— Incluso mis poderes están limitados por las Parcas. Cuando Harry se

dirigió a mi templo, tras verlos a todos muertos, contuve el aliento pensando que por fin acudía en busca de mi ayuda. Y entonces vio a esa puerca con la túnica de Príapo que se arrojó a sus brazos y le pidió que tomara su virginidad antes de que tuviese lugar la ceremonia en la que sería reclamada por mi otro hijo. Si Harry hubiese pensado con claridad, sé que la habría rechazado.

—El rostro de la diosa se ensombreció por la furia.

» Si no hubiese sido por Alexandria, ese día mi hijo hubiese venido a mí. Sé que me habría pedido ayuda. Pero era demasiado tarde. Todo acabó en el mismo momento en que se derramó en ella.

— ¿Y aún así te negaste a ayudarlo?

— ¿Cómo podía elegir entre dos de mis hijos?

Louis se horrorizó ante la pregunta.

— ¿Y no fue eso lo que hiciste cuando permitiste que encerraran a Harry en un pergamino?

Los ojos de Afrodita brillaron con tal malicia que Louis dio un paso atrás.

— Harry fue quien me rechazó. Todo lo que tenía que hacer era pedirme ayuda y yo se la habría dado. Louis no podía creer lo que estaba oyendo. Para ser una diosa, Afrodita era bastante egoísta y corta de entendederas



— Toda esta tragedia porque ninguno de los dos ha querido rebajarse a suplicar al otro. No puedo creer que concedieras a Harry la fuerza de Ares y luego lo maldijeras por esa fuerza que tú misma le otorgaste. En lugar de esperarlo o de enviar a otros en tu nombre, ¿no se te ocurrió nunca ir en persona?

Afrodita lo miró furiosa e indignada.

— Yo soy la Diosa del Amor, ¿cómo quieres que me arrastre? ¿Tienes la más

ligera idea de lo embarazoso que es para mí que mi propio hijo me odie?

— ¿Embarazoso? Tienes al resto del mundo para amarte. Harry no tiene a nadie.

Afrodita se acercó a él, furiosa.

— Aléjate de él. Te lo advierto.

— ¿Por qué? ¿Por qué me amenazas cuando no lo hiciste con Penélope?

— Porque él no la amaba.

Louis se quedó paralizado.

— ¿Estás diciéndome...?

La diosa se esfumó.

— ¡Venga ya! —gritó Louis mirando al techo—. ¡No puedes esfumarte en mitad de una conversación!

— ¿Louis?

La voz de Beth hizo que diera un respingo. Girándose de inmediato, la vio asomándose por la puerta.

— ¿Con quién estás hablando? —le preguntó Beth.

Louis hizo un gesto abarcando la consulta y después pensó que no sería muy inteligente decirle a su compañera la verdad.

— Conmigo mismo.

Beth lo miró sin acabar de creérselo.

— ¿Tienes la costumbre de gritarte a ti mismo?

— A veces.

Beth alzó una de sus oscuras cejas.

— Me parece que necesitas una sesión —comentó mientras se alejaba.

Haciendo caso omiso de su compañera, Louis no perdió tiempo en recoger sus cosas. Estaba deseando llegar a casa para ver a Harry.

Tan pronto como abrió la puerta supo que algo iba mal. Harry no salió a recibirlo.

— ¿Harry? —lo llamó.

— Arriba.

Louis dejó las llaves y el correo sobre la mesa, y subió los escalones de dos en dos.

— No vas a creerte quién pasó hoy por la... —su voz se desvaneció al llegar a la puerta de su dormitorio y ver a Harry con una mano encadenada a los barrotes de la cama, tendido en el centro del colchón, sin camisa y con la frente cubierta de sudor.

— ¿Qué estás haciendo? —le preguntó muerto de miedo.

— No puedo luchar más, Louis —le contestó respirando entrecortadamente.

— Tienes que intentarlo.

Él meneó la cabeza.

— Necesito que me encadenes la otra mano. No llevo.

— Harry...

Él lo interrumpió con una amarga y brusca carcajada.

— ¿No es irónico? Tengo que pedirte que me encadenes cuando todos los demás lo hacían libremente a las pocas horas de presentarme. —Lo miró directamente a los ojos—. Hazlo, Louis. No podría seguir viviendo si te hiciese daño.

Con el corazón en un puño, Louis cruzó la habitación hasta llegar junto a la cama.

Cuando estuvo bastante cerca, Harry alargó el brazo y acarició su mejilla. Lo acercó hasta él y lo

besó, tan profundamente que Louis pensó que iba a desmayarse.

Fue un beso feroz y exigente. Un beso que hablaba de deseo. Y de promesas.

Harry mordisqueó sus labios y lo alejó.

— Hazlo.

Louis pasó el grillete de plata por los barrotes del cabecero.

El alivio de Harry fue evidente. Hasta ese momento, Louis no se había dado cuenta de lo tenso que había estado durante la semana anterior. Apoyó la cabeza en la almohada y, con dificultad, respiró hondo.

Louis se acercó y le pasó una mano por la frente.

— ¡Dios santo! —jadeó. Estaba tan caliente que casi le hizo una quemadura—. ¿Qué puedo hacer?

— Nada, pero gracias por preguntar.

Louis fue hacia el vestidor en busca de su ropa. Cuando empezó a desabrocharse la camisa, Harry lo detuvo.

— Por favor, no lo hagas delante de mí.... —Echó la cabeza hacia atrás como si alguien le hubiese aplicado un hierro candente.

Louis fue consciente en ese momento de lo acostumbrado que estaba a su presencia; no había pensado en desnudarse en otro lado.

— Lo siento —se disculpó. Se cambió en el cuarto de baño y mojó unas toallas para colocárselas en la frente.

Volvió a la habitación para refrescarlo.

Le acarició el pelo, empapado de sudor.

— Estás ardiendo.

— Lo sé. Me siento como si estuviese en un lecho de brasas.

Siseó cuando Louis le acercó la toalla fría.

— No me has contado qué tal te ha ido el día —le dijo sin aliento.

Louis jadeó al sentir que el amor y la felicidad lo invadían. Todos los días Harry le hacía esa pregunta. Todos los días contaba las horas para regresar a casa junto a él.

No sabía lo que iba a hacer cuando se marchara.

Obligándose a no pensar en eso, se concentró en cuidarlo.

— No hay mucho que contar —susurró. No quería agobiarlo con lo que su madre le había confesado. No mientras estuviese así. Ya lo habían herido bastante, y no sería él el que aumentara su dolor—. ¿Tienes hambre? —le preguntó.

— No.

Louis se sentó a su lado. Pasó toda la noche leyéndole y refrescándolo.

Harry no durmió. No pudo. Sólo era consciente de la piel de Louis cuando lo tocaba y de su dulce perfume. Invadía sus sentidos y hacía que la cabeza le diera vueltas. Todas las fibras de su cuerpo le exigían que lo poseyera.

Con los dientes apretados, tiró de las cadenas de plata que apresaban sus muñecas y luchó contra la oscuridad que amenazaba con devorarlo. No quería rendirse.

No quería cerrar los ojos y desaprovechar el poco tiempo que le quedaba para estar junto a Louis mientras aún estuviese cuerdo. Si dejaba que la oscuridad lo consumiera no se despertaría hasta estar de vuelta en el libro. Solo.

— No puedo perderlo —murmuró. La simple idea de perderlo hacía pedazos lo poco que le quedaba de corazón. El reloj de pared dio las tres. Louis se había quedado dormido hacía muy poco rato. Tenía la cabeza y la mano apoyadas sobre su abdomen y su aliento le acariciaba el estómago.

Podía sentir su cabello rozándole la piel, la calidez de su cuerpo filtrándose por sus poros hasta llegarle al alma.

Lo que daría por poder tocarlo...

Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y se permitió soñar por primera vez desde hacía siglos. Soñó con pasar noches enteras junto a Louis.

Soñó que llegaba el día en que podía amarlo como se merecía. Un día en que él sería libre para poder entregarse a Louis. soñó en tener un hogar junto a Louis.

Aún estaba soñando cuando la luz del amanecer comenzó a filtrarse por las ventanas y el reloj dio las seis. Louis se despertó.

Frotó la mejilla sobre su pecho, acariciándolo de tal modo que para Harry supuso una tortura.

— Buenos días —lo saludó sonriente.

— Buenos días.

Louis se mordió el labio al pasear la mirada sobre su cuerpo y arrugó la frente por la preocupación.

— ¿Estás seguro que tenemos que hacer esto? ¿No te puedo liberar un ratito?

— ¡No! —exclamó con énfasis.

Louis cogió el teléfono y marcó el número de la consulta para hablar con Beth.

— No iré en un par de días, ¿puedes hacerte cargo de algunos de mis pacientes?

Harry frunció el ceño al escucharlo.

— ¿Es que no vas a ir a trabajar? —le preguntó en cuanto colgó.

Louis no podía creer que le hiciese esa pregunta.

— ¿Y dejarte aquí tal y como estás?

— Estaré bien.

Louis lo miró como si se hubiese vuelto completamente loco.

— ¿Y si pasara algo?

— ¿Cómo qué?

— Puede haber un incendio o alguien puede entrar y hacerte cualquier cosas mientras estás ahí indefenso.

Harry no discutió. Le entusiasmó el hecho de verlo tan dispuesto a quedarse junto a él.

A media tarde, Louis fue testigo de que la maldición empeoraba. Cada centímetro del cuerpo de Harry estaba cubierto de sudor. Los músculos de los brazos estaban totalmente tensos y apenas hablaba; cuando lo hacía, apretaba los dientes. Pero seguía mirándolo con una sonrisa, y sus ojos eran cálidos y alentadores mientras sus músculos se contraían con continuos espasmos y soportaba el sufrimiento que amenazaba con devorarlo.

Louis siguió refrescándolo, pero tan pronto como acercaba la toalla a su piel se calentaba tanto que apenas era capaz de tocarla después.

Para cuando llegó la medianoche Harry deliraba.

Observó impotente cómo se agitaba y maldecía como si un ser invisible estuviese arrancándole la piel a tiras. Louis nunca había visto algo así. Estaba forcejeando tanto que casi temía que echara abajo la cama.

— No puedo soportar esto —susurró. Bajó corriendo las escaleras y llamó a Niall.

Una hora después, Louis abrió la puerta a Niall y a su hermana Tiyana.

Con el pelo negro y los ojos cafés, Tiyana no se parecía en nada a Niall. Era una de las pocas sacerdotisas blancas de vudú; regentaba una tienda de artículos mágicos y hacía de guía turística por el cementerio los viernes por la noche.



— No sabéis cuánto os agradezco que hayáis venido —les dijo Louis al cerrar la puerta, una vez pasaron al recibidor.

— No es nada —le contestó Niall.

Tiyana llevaba un timbal bajo el brazo e iba vestida con un sencillo vestido marrón.

— ¿Dónde está?

Louis los llevó al piso superior.

Tiyana puso un pie en la habitación y se quedó paralizada al ver a Harry sobre la cama presa de continuas convulsiones y maldiciendo a todo el panteón griego.

El color abandonó su rostro.

— No puedo hacer nada por él.

— Tiyana —la increpó Niall—. Tienes que intentarlo.

Con los ojos abiertos como platos por el miedo, Tiyana meneó la cabeza.

— ¿Quieres un consejo? Sella esta habitación y déjalo hasta que regrese de donde vino. Hay algo tan maligno y poderoso observándolo que no me atrevo a hacerle frente. —Miró a Niall—. ¿No percibes el odio?

Louis comenzó a temblar al escuchar a Tiyana, y su corazón empezó a latir cada vez más rápido.

— ¿Niall? —llamó a su amigo. Necesitaba desesperadamente que alguien aliviara el sufrimiento de Harry de algún modo. Tenía que haber algo que ellos pudiesen hacer.

— Sabes que no puedo ayudarlo —le dijo Niall—. Mis hechizos nunca funcionan.

¡No!, gritó su mente. No podían abandonarlo de aquel modo.

Miró a Harry mientras éste forcejeaba por liberarse de los grilletes.

— ¿Hay alguien a quien pueda acudir en busca de ayuda?

— No —contestó Tiyana—. De hecho, ni siquiera puedo permanecer aquí. No te ofendas, pero todo esto me pone los pelos de punta. —Lanzó una mirada categórica a su hermano—. Y tú sabes muy bien a qué tipo de atrocidades me enfrento diariamente.

— Lo siento, Louis —se disculpó Niall, acariciándole el brazo—. Investigaré y veré lo que puedo descubrir, ¿de acuerdo?

Con el corazón en un puño, Louis no tuvo más remedio que acompañarlos a la puerta.

Cuando la cerró, se dejó caer sobre ella con cansancio.

¿Qué iba a hacer?

No podía limitarse a aceptar que no había ayuda posible para Harry. Tenía que haber algo que pudiese aliviar su dolor. Algo en lo que él aún no hubiese pensado.

Subió las escaleras y volvió junto a Harry.

— ¿Louis? —Harry lo llamó con un gemido tan agónico que su corazón acabó de hacerse pedazos.

— Estoy a tu lado, cariño —le dijo, acariciándole la frente.

Él dejó escapar un gruñido salvaje, como el de un animal atrapado en un cepo, y se lanzó sobre Louis.

Aterrorizado, Louis se alejó de la cama.

Se dirigió al vestidor, con las piernas temblorosas, y cogió el ejemplar de La Odisea.

Acercó la mecedora a la cama y comenzó a leer.

Pareció relajarlo. Al menos no se revolvió con tanta fuerza.

Con el paso de los días, la esperanza de Louis se marchitaba. Harry estaba en lo cierto al afirmar que no había modo alguno de romper la maldición si no lograba superar la locura.

No podía soportar verlo sufrir, horas tras hora, sin ningún momento de alivio.

No era de extrañar que odiara a su madre. ¿Cómo podía Afrodita dejarlo pasar por esto sin mover un solo dedo para ayudarlo?

Y había sufrido de aquel modo durante siglos...

Louis estaba totalmente fuera de sí.

— ¡Cómo podéis permitirlo! —gritó enfadado, mirando al techo.

— ¡Eros! —le llamó—. ¿Me oyes? ¿Atenea? ¿Hay alguien? ¿Cómo permitís que sufra así? Si lo amáis un poco, por favor, ayudadlo.

Tal y como esperaba, nadie contestó.

Dejó descansar la cabeza sobre la mano e intentó pensar en algo que pudiera ayudarlo. Seguramente habría algo que...

Una luz cegadora atravesó la habitación.

Perplejo, alzó la vista y se encontró con Afrodita que acababa de materializarse junto a la cama. Si se hubiese encontrado con un burro en la cocina no se hubiese sorprendido tanto.

La diosa perdió el color del rostro al contemplar cómo su hijo se revolvía, agitado por los espasmos, sufriendo una horrible agonía. Alargó una mano hacia él y la retiró con brusquedad, dejándola caer mientras apretaba el puño.

En ese momento miró a Louis.

— Le quiero —dijo en voz baja.

— Yo también.

Afrodita clavó la mirada en el suelo, pero Louis fue testigo de su lucha interior.

— Si lo libero, lo apartarás de mí para siempre. Si no lo hago, los dos lo

perderemos. —Afrodita lo miró a los ojos—. He estado pensando acerca de lo que me dijiste y creo que tienes razón. Lo hice fuerte y jamás debí castigarlo por eso. Lo único que deseaba es que me llamara madre. —Miró a su hijo.

» Sólo quería que me quisieras, Harry. Un poquito nada más.

Louis tragó saliva al ver el dolor en el rostro de Afrodita cuando acarició la mano de Harry.

Él siseó, como si el roce le hubiese quemado la piel.

Afrodita retiró la mano.

— Prométeme que lo cuidarás mucho, Louis.

— Tanto como él me lo permita; lo prometo.

Afrodita asintió y colocó la mano sobre la frente de Harry. Él echó la cabeza hacia atrás, como si acabara de ser alcanzado por un rayo. La diosa inclinó la cabeza y lo besó con ternura en los labios.

Al instante, Harry se relajó y su cuerpo se quedó inmóvil.

Los grilletes se abrieron y aún así no se movió. El corazón de Louis dejó de latir al darse cuenta de que Harry no respiraba. Aterrorizado, alargó una temblorosa mano para tocarlo.

Harry inspiró con brusquedad.

Mientras Afrodita tendía la mano hacia Harry, Louis percibió en sus ojos la necesidad de sentir el amor de un hijo que ni siquiera sabía que estaba allí. Era la misma mirada anhelante que a menudo captaba en los ojos de Harry cuando él no era consciente de que lo estaba observando.

¿Cómo era posible que dos personas que se necesitaban tan desesperadamente no fuesen capaces de arreglar las cosas?

Afrodita desapareció en el mismo instante que Harry abrió los ojos.

Louis se acercó a él. Temblaba tanto que le castañeteaban los dientes. La fiebre había desaparecido y su piel estaba tan fría como el hielo.

Recogió el edredón del suelo y lo cubrió con él.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó Harry con voz insegura.

— Tu madre te liberó.

Harry pareció enmudecer por la sorpresa.

— ¿Mi madre? ¿Ha estado aquí?

Louis asintió con la cabeza.

— Estaba preocupada por ti.

Harry no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Sería cierto?

Pero, ¿por qué iba a ayudarlo su madre ahora si siempre le había vuelto la

espalda cuando más la había necesitado? No tenía sentido.

Con el ceño fruncido, intentó bajarse de la cama.

— No, ni hablar —le dijo Louis con brusquedad—. Acabo de hacer que te

pongas bien y no voy a...

— Necesito ir al baño urgentemente —lo interrumpió él.

— ¡Ah!

Louis lo ayudó a bajar de la cama. Estaba tan débil que no se aguantaba en

pie y él lo sostuvo hasta atravesar el pasillo. Harry cerró los ojos e inhaló el dulce

aroma de Louis. Temeroso de hacerle daño, intentó no apoyarse demasiado en él.

Su corazón se enterneció al ver la forma en que Louis lo cuidaba, al percibir la

sensación de sus brazos envolviéndole la cintura mientras lo ayudaba a caminar.

Su Louis. ¿Cómo iba a soportar separarse de él?

Una vez atendió sus necesidades, Louis le preparó un baño caliente y lo ayudó

a meterse en la bañera.

Harry lo contempló mientras lo lavaba. Le parecía imposible que hubiese

permanecido a su lado todo aquel tiempo. No recordaba casi nada de los últimos

días, pero se acordaba del sonido de su voz atravesando la oscuridad para

reconfortarlo.

Lo había oído pronunciar su nombre a gritos y, en ocasiones, estaba seguro

de haber sentido su mano sobre la piel, anclándolo a la cordura.

Sus caricias habían sido su salvación.

Cerrando los ojos, disfrutó de la sensación de las manos de Louis

deslizándose sobre su piel mientras lo lavaba. Le recorrían el pecho, los brazos y el

abdomen. Y cuando rozaron accidentalmente su erección, no pudo evitar dar un

respingo ante la intensidad con la que percibió la caricia.

Cómo lo deseaba...

— Bésame —balbució Harry

— ¿No será peligroso?

Él le sonrió.

— Si pudiese moverme ya estarías conmigo en la bañera. Te aseguro que en

este momento estoy tan indefenso como un bebé.



Vacilante, Louis se humedeció los labios y le acarició una mano; su roce fue suave y tierno. Lo miró fijamente a los labios como si pudiera devorarlo, y Harry sintió que el frío desaparecía al contemplar sus ojos.

Louis se inclinó y lo besó con ansia. Harry gimió al sentir sus labios; anhelaba mucho más. Necesitaba sus caricias.

Para su sorpresa, obtuvo lo que deseaba.

Louis se apartó un instante de sus labios, lo suficiente para quitarse la ropa y quedarse desnudo ante él. Lentamente y con movimientos seductores, se metió en la bañera y se sentó a horcajadas sobre su cintura.

Harry volvió a gemir al sentir su miembro erecto en su entrepierna. Louis lo besó de nuevo, tan ardientemente que él creyó que se abrasaba.

¡Maldición, ni siquiera podía abrazarlo! No podía mover los brazos. Y necesitaba con desesperación rodearlo con fuerza.

Louis debió percibir su frustración porque se incorporó con una sonrisa.

— Ahora me toca mimarte —susurró antes de enterrar los labios en su cuello.

Cerró los ojos mientras Louis dejaba un rastro de besos sobre su pecho.

Cuando llegó al pezón todo comenzó a darle vueltas al sentir la lengua de Louis

jugueteando y succionándolo. Nada había conseguido estremecerlo del modo que lo hacían sus caricias. No recordaba ninguna ocasión en la que alguien le hubiese hecho el amor a él.

Y ninguna persona se había entregado de aquel modo. Ni le había dado tanto.

Contuvo la respiración en el momento que Louis introdujo la mano entre sus

cuerpos.

— Ojalá pudiese hacerte el amor —susurró Harry.

Louis alzó la cabeza para mirarlo a los ojos.

— Lo haces cada vez que me tocas.

Sin saber cómo, consiguió abrazarlo, aunque los brazos no dejaban de

temblarle, y lo atrajo hacia su pecho para reclamar sus labios.

Lo escuchó quitar el tapón con el pie mientras profundizaba el beso aún más

y atormentaba con leves caricias su miembro hinchado.

Harry sintió vértigo al notar la mano de Louis sobre su miembro. Ansiaba sus caricias; las anhelaba de un modo que no era capaz de definir.

Una vez la bañera se vació de agua, Louis abandonó sus labios para abrasarle la piel con diminutos besos, descendiendo por el pecho. Harry echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el borde mientras Louis le pasaba la lengua por el estómago y la cadera.

Y entonces, para su sorpresa, se llevó su miembro a la boca. Él gruñó y le sujetó la cabeza con ambas manos, deleitándose en las sensaciones que provocaban la lengua y la boca de Louis, lamiendo y rodeando su miembro.

Nunca antes alguien le había hecho eso. Se habían limitado a tomar lo que podían de él, sin ofrecerle jamás nada a cambio.

Hasta que Louis llegó.

Su boca arrasó con los resquicios de su sentido común y venció lo poco que quedaba de su resistencia. Le temblaba todo el cuerpo por la ternura que Louis estaba demostrando.

— Lo siento —se disculpó Louis, alejándose de él—. Otra vez estás

temblando de frío.

— No es por el frío —le contestó con voz ronca—. Es por ti.

La sonrisa de Louis le atravesó el corazón. Volvió a inclinarse y prosiguió con

su implacable asalto.

Cuando terminó, Harry creyó haber sufrido una intensa sesión de tortura. No

podría sentirse más satisfecho aunque hubiese llegado al clímax.

Louis lo ayudó a salir de la bañera. Aún le temblaban las piernas y tuvo que

apoyarse en Louis para llegar a la habitación.

Louis lo sostuvo hasta que estuvo acostado y, después, lo tapó con todas las

mantas que encontró. Depositó un beso tierno sobre su frente y acomodó la ropa de la cama.

— ¿Tienes hambre?

Harry sólo fue capaz de asentir con la cabeza.

Louis se apartó de su lado el tiempo justo para calentar un tazón de sopa.

Cuando regresó, él estaba profundamente dormido.

Dejó el tazón en la mesita de noche y se acostó junto a él. Lo abrazó y se

quedó dormida.

Harry tardó tres días en recuperar toda su fuerza. Durante todo ese tiempo,

Louis estuvo a su lado. Ayudándolo.

No acababa de comprender el motivo de la devoción que Louis le profesaba. Y

su fuerza. Era la persona que había estado esperando toda su vida. Y con cada día

que pasaba, era consciente de que el amor que sentía por Louis crecía un poco más.

Lo necesitaba a su lado.

— Tengo que decírselo —se dijo a sí mismo mientras se secaba con una

toalla. No podía permitir que pasara un día más sin que Louis supiese lo que

significaba para él.

Dejó el cuarto de baño y atravesó el pasillo hasta llegar al dormitorio de

Louis. Estaba hablando con Niall.

— Por supuesto que no le he contado lo que su madre me dijo. ¡Jesús!

Harry retrocedió un paso y se apoyó contra la pared mientras escuchaba a

Louis.

— ¿Qué se supone que debo decirle? ¿«Por cierto, Harry, tu madre me ha

amenazado»?

Él sintió que acababan de darle un golpe en el pecho y comenzó a verlo todo

negro. Entró a la habitación.

— ¿Cuándo has hablado con mi madre? —inquirió.

Louis alzó la vista, sorprendido.

— Esto... Nialler, tengo que colgar. Adiós. —Dejó el auricular en su sitio.

— ¿Cuándo has hablado con ella? —insistió.

Louis encogió los hombros descuidadamente.

— El día que comenzaste a sentirte mal.

— ¿Qué te dijo?

Louis volvió a encoger los hombros, esta vez con timidez.

— No fue una verdadera amenaza, sólo me dijo que no te compartiría conmigo.

La ira lo atravesó. ¡Cómo se había atrevido! ¿Quién demonios se creía su madre que era como para exigir que Louis o él mismo la obedecieran?

Qué imbécil había sido al pensar que el corazón de Afrodita se había ablandado.

¿Cuándo iba a aprender?

— Harry —lo increpó Louis, poniéndose en pie y acercándose a él, al pie de la cama—, ella ha cambiado. Cuando vino a liberarte...

— No, Louis —lo interrumpió—. La conozco mucho mejor que tú.

Y sabía de lo que su madre era capaz. Su crueldad hacía que las acciones de su padre pareciesen meras travesuras.

Con el corazón abatido, comprendió que jamás podría confesarle a Louis lo

que sentía por él.

Y lo que era aún peor, no podía quedarse con eél. Si algo había aprendido

acerca de los dioses era que jamás lo dejarían vivir en paz.

¿Cuánto tiempo tardarían en hacer daño a Louis? ¿Cuánto tiempo le llevaría

a Príapo ponerlo en su contra? ¿O cuándo se vengaría su madre de ambos?

Tarde o temprano, le pasarían factura por ser feliz. No le cabía la menor duda.

Y la simple idea de que Louis pudiese sufrir...

No. Jamás podría arriesgarse.

\* \* \*

Los días pasaron volando mientras ellos permanecían tanto tiempo juntos

como les resultaba posible.

Harry enseñó a Louis cultura clásica griega y algunas formas muy

interesantes de disfrutar del Reddi-wip\* y la crema de chocolate. Louis le enseñó a

desahuciar al contrario en el Monopoly y a leer en inglés. Después de unas cuantas clases más de



conducción, y de un nuevo

embrague, Louis reconoció que Harry no tenía futuro al frente de un volante.

A Louis le parecía que apenas había pasado el tiempo y, sin embargo, el

último día del plazo de Harry llegó tan rápido que lo dejó aterrorizado.

La noche previa a ese fatídico día, hizo el más sorprendente de los

descubrimientos: no podía vivir sin Harry.

Cada vez que pensaba en retomar su antigua vida, sin él, creía morir de dolor.

Pero finalmente comprendió que la decisión era de Harry, y sólo de él.

— Por favor, Harry —le susurró mientras él dormía a su lado—. No me

abandone.

Ambrosia: mi investigación sacó, que es un manjar que antiguamente solo los dioses unicos que viven en el olimpo podian probar.

Reddi-wipp: crema batida.

Espero que les haya gustado, voten y comenten please:D

=====

## Capitulo 16

## Capítulo 16

Al final me odiaran lose:B

Ninguno de los dos habló mucho en todo el día. De hecho, Harry evitó a Louis constantemente.

Eso, más que ningún otro detalle, le hizo imaginarse cuál era la decisión que había tomado.

Louis tenía el corazón destrozado. ¿Cómo podía abandonarlo después de todo lo que habían pasado juntos? ¿Después de todo lo que habían compartido?

No podía soportar la idea de perderlo. La vida sin él sería intolerable.

Al atardecer, lo encontró sentado en la mecedora del porche, contemplando el sol por última vez. Su rostro tenía una expresión tan dura que apenas si podía reconocer al hombre alegre que había llegado a amar tanto.

Cuando el silencio se hizo demasiado insoportable, le habló:

— No quiero que me abandones. Quiero que te quedes aquí, en mi época. Puedo cuidar de ti, Harry. Tengo mucho dinero y te enseñaré todo lo que deseas saber.

— No puedo quedarme —le contestó entre dientes—. ¿Es que no lo entiendes? Todos los que han estado cerca de mí alguna vez han sido castigados por los dioses: Jasón, Penélope, Calista, Atolycus. —Lo miró como si estuviese aturdido—. ¡Por Zeus! Liam acabó crucificado.

— Esta vez será diferente. Se puso en pie y miró a Louis con dureza.

— Tienes razón. Será diferente. No voy a quedarme aquí para ver cómo mueres por mi culpa.

Pasó por su lado y entró a la casa.

Louis apretó los puños, deseando estrangularlo.

— ¡Eres un... testarudo!

¿Cómo podía ser tan insoportable?

En ese momento notó que el diamante del anillo de boda de su madre se le clavaba en la palma de la mano. La abrió y lo miró durante un buen rato. Estaba a punto de conseguir que el pasado dejara de atormentarlo. Por primera vez en su vida tenía un futuro en el que pensar. Un futuro que lo llenaba de felicidad.

Y no estaba dispuesto a permitir que Harry lo echara todo por la borda.

Más decidido que nunca, abrió la puerta de la casa y sonrió maliciosamente.

— No vas a librarte de mí, Harry de Macedonia. Puede que hayas vencido a los romanos, pero te aseguro que a mi lado son unos enclenques.

Harry estaba sentado en la salita, con su libro en el regazo. Pasaba la palma de la mano sobre la antigua inscripción, despreciándola más que nunca.

Cerró los ojos y recordó la noche que Louis lo convocó. Recordó lo que se sentía cuando no tenía conciencia de su propia identidad. Cuando no era más que un simple esclavo sexual griego.

Hacía mucho, mucho tiempo que se hallaba perdido en un lugar oscuro y temible, y Louis lo había encontrado.

Con su fortaleza y su bondad había conseguido desafiar lo peor que había en él y le había devuelto la humanidad. Sólo Louis había percibido su corazón y había decidido que merecía la pena luchar por él.

Quédate con él.

¡Por los dioses!, qué fácil parecía. Qué sencillo. Pero no se atrevía. Ya había perdido a sus hijos. Louis era el dueño de lo que le quedaba de corazón, y perderlo por culpa de su hermano...

Sería lo más doloroso a lo que jamás se hubiera enfrentado.

Hasta él tenía un punto débil. Ahora conocía el rostro y el nombre de la persona que podría hacerle caer de rodillas.

Louis.

Tenía que apartarse de él para que estuviera a salvo.

Lo sintió entrar en la estancia. Abrió los ojos y lo vio de pie, en el hueco de la puerta, mirándolo fijamente.

— Ojalá pudiese destruir esta cosa —gruñó al devolver el libro a la mesita.

— Después de esta noche no tendrás necesidad de hacerlo.

Sus palabras le dolieron. ¿Cómo podía hacer esto por él? No soportaba la idea de que alguien lo utilizara y aquí estaba Harry, usándolo del mismo modo que lo habían usado a él tantas y tantas veces.

— ¿Aún estás dispuesto a dejarme utilizar tu cuerpo para que pueda marcharme?

La sinceridad de su mirada lo dejó paralizado.

— Si de ese modo conseguimos que seas libre, sí.

La siguiente pregunta se le atravesaba en la garganta, pero tenía que saber la respuesta.

— ¿Llorarás cuando me haya marchado?

Louis apartó la mirada y Harry vio la verdad en sus ojos. No era mucho mejor que Paul. Era exactamente igual que aquel egoísta. Pero, después de todo, era hijo de su padre. Tarde o temprano, la mala sangre siempre hacía acto de presencia.

Louis se dio la vuelta y se marchó, dejándolo solo con sus pensamientos.

Dejó que sus ojos vagaran por la salita. Cuando miró enfrente del sofá, el corazón se le encogió.

Cómo iba a echar de menos las noches pasadas allí junto a Louis, escuchando su voz. Su risa. Pero sobre todo, echaría de menos sus caricias.

Era muy tentador quedarse, pero no podía hacerlo. No había sido capaz de proteger a sus hijos, ¿cómo iba a proteger a Louis?

— ¿Harry?

Se sobresaltó al escuchar la voz de Louis que lo llamaba desde el piso de arriba.

— ¿Qué?

— Son las once y media. ¿No deberías subir?

Harry miró el bulto que se apreciaba bajo los vaqueros. Había llegado la hora de darle utilidad.

Debería estar encantado. Era lo que había querido desde el primer instante en que vio a Louis.

Pero, por alguna razón, le dolía el hecho de tomarlo así.

Por lo menos no le harás daño.

¿No?

De hecho, dudaba mucho que Paul lo hubiese hecho sufrir tanto como él

estaba a punto de hacer.

— ¿Harry?

— Voy —le contestó, obligándose a abandonar el sofá.

En la puerta, volvió la cabeza para mirarlo todo por última vez.

Incluso ahora podía ver la imagen de Louis tumbado en el sofá, con el pecho cubierto de nata mientras él, muy lentamente, lo lamía hasta no dejar ni rastro de la crema. Podía escuchar su risa y ver el brillo de sus ojos cada vez que lo llevaba al clímax.

«No me abandones, Harry», le había susurrado la noche anterior mientras él supuestamente dormía, y sus palabras le habían abrasado. Ahora le estaban partiendo en dos el corazón.

— ¿Harry?

Dándose la vuelta, se encaminó hacia las escaleras y se apoyó en el pasamanos. Sería la última vez que subiría estos escalones. La última vez que cruzaría el pasillo para llegar al dormitorio de Louis.

Y la última vez que lo vería en su cama...

Con el corazón en la garganta, se dio cuenta de que apenas podía respirar.

¿Por qué tenía que ser así?

Soltó una amarga carcajada. ¿Cuántas veces se habría hecho esa misma pregunta?

Se detuvo al llegar a la puerta. La habitación estaba alumbrada por la tenue luz de las velas, pero lo que más le impresionó fue ver a Louis con el boxer rojo que él había elegido.

Estaba arrebatador.

De repente, sintió que la lengua acababa de caérsele hasta el suelo y que era imperante enrollarla de nuevo para meterla en la boca.

— No vas a ponérmelo fácil, ¿verdad? —le preguntó con voz ronca.

Louis le dedicó una sonrisa traviesa.

— ¿Debería hacerlo?

Totalmente embobado por Louis, Harry era incapaz de mover un músculo mientras observaba

cómo se acercaba.

— ¿No tienes demasiada ropa?

Antes de que pudiese responder, Louis agarró el borde inferior de su camisa y la levantó hasta pasarla por su cabeza. Una vez la arrojó al suelo, alargó un brazo y colocó la mano en su pecho, justo sobre el corazón. En ese instante, para Harry era la persona más hermosa del mundo. Ni siquiera la belleza de los dioses podía competir con la de Louis.

Permaneció inmóvil como una estatua mientras Louis deslizaba las manos sobre su piel, provocándole escalofríos.

No, no iba a ponérselo nada fácil.

Harry notó que Louis intentaba desabrocharle el botón del pantalón.

— Louis —le advirtió, y le apartó las manos.

— ¿Mmm? —murmuró Louis, con los ojos oscurecidos por la pasión.

— No importa.

Louis se apartó y se subió a la cama. Se tumbó de lado y miró a Harry fijamente.

Tras despojarse de los vaqueros, se unió a Louis. Hizo que se tendiera de espaldas.

Harry se aprovechó de la situación.

— ¡Oh, Harry! —gimió Louis.



Lo sintió estremecerse bajo él cuando pasó la lengua alrededor del endurecido pezón. Su cuerpo era fuego líquido y gritaba exigiéndole que lo poseyera. Pero no sólo anhelaba su carne. Lo quería a él.

Y abandonarlo lo destrozaría.

Harry tragó y se apartó. Había estado esperando esta noche durante una eternidad. Había pasado la eternidad esperando a Louis.

Con mucha ternura acarició su rostro, guardando en la memoria cada pequeño detalle.

Su hermoso Louis.

Jamás lo olvidaría.

Su alma lloraba a gritos por lo que estaba a punto de hacerle. Le separó las piernas con las rodillas.

Se estremeció involuntariamente al sentir su piel desnuda bajo la suya. Y, en ese momento, cometió el error de mirarlo a los ojos.

El sufrimiento que vio en ellos lo dejó sin aliento.

«Jamás tuviste nada que no robaras antes». Se tensó al escuchar las palabras de Jasón en su cabeza. Lo último que quería era robarle algo a la persona que le había entregado tanto.

¿Cómo voy a hacerle esto?

— ¿Qué estás esperando? —le preguntó Louis.

Harry no lo sabía. Lo único que tenía claro era que no podía apartar la mirada de sus tristes ojos azules. Unos ojos que llorarían si lo utilizaba para después abandonarlo. Unos ojos que llorarían de felicidad si se quedaba.

Pero si se quedaba, su familia lo destruiría.

Y, en ese instante, supo lo que debía hacer.

Louis le envolvió la cintura con las piernas.

— Harry, date prisa. El tiempo se acaba.

Harry no habló. No podía hacerlo. En realidad, no confiaba en sí mismo, y podía decir algo que lo hiciera cambiar de opinión.

A lo largo de los siglos había sido muchas cosas: huérfano, ladrón, marido, padre, héroe, leyenda y, finalmente, esclavo.

Pero jamás había sido un cobarde.

No. Harry de Macedonia jamás había sido un cobarde. Era el general que había contemplado victorioso a legiones enteras de romanos, y les había desafiado entre carcajadas a que le mataran y le cortaran la cabeza si podían.

Ése era el hombre que Louis había encontrado, y ése era el hombre que lo amaba. Y ese hombre se negaba a hacerle daño.

Louis intentó moverse para que el miembro de Harry se hundiera en él, pero él no lo dejó.

— ¿Sabes lo que más echaré de menos? —le preguntó, mientras deslizaba una mano entre sus

cuerpos.

— No —murmuró Louis.

— El aroma de tu pelo. El modo en que te agarras a mí y gritas cuando te corres. El sonido de tu risa. Y sobre todo, tu imagen al despertar cada mañana, con el sol bañándote el rostro. Jamás podré olvidarlo. Apartó la mano y movió las caderas para encontrar las de Louis. Pero, en lugar de penetrarlo, todo se quedó en una placentera caricia que los hizo gemir a ambos.

Bajó la cabeza hasta la oreja de Louis y le mordisqueó el cuello.

— Siempre te amaré —le susurró.

Louis lo oyó respirar hondo en el mismo momento en que el reloj daba la medianoche.

Con un brillante destello, Harry desapareció.

Horrorizado, Louis permaneció inmóvil esperando despertar. Pero siguió escuchando las campanadas del reloj y se dio cuenta de que no era un sueño.

Harry se había ido.

Se había ido de verdad.

Solo puse la mitad del capitulo jijiji se me antojo hacerla de mala BUAJAJAJAJAJA

Naa aqui esta lo que falta, los amo y no los puedo dejar asi:D

— ¡No! —gritó mientras se sentaba en la cama. ¡No podía ser! —. ¡No!

Bajó de la cama con el corazón martilleándole con fuerza en el pecho y corrió hasta el salón. El libro estaba aún sobre la mesita de café. Pasó las páginas y vio que Harry estaba justo en el mismo sitio que antes, sólo que ahora no sonreía diabólicamente y llevaba el pelo corto.

¡No, no y no!, repetía su mente una y otra vez. ¿Por qué había hecho eso?

¿Por qué?

— ¿Cómo has podido? —Le preguntó mientras abrazaba el libro contra su pecho—. Yo te habría dado la libertad, Harry. No me habría importado. ¡Dios!, Harry ¿Por qué te has hecho esto? —sollozó—. ¿Por qué?

Pero en el fondo lo sabía. La ternura que había visto en sus ojos hablaba por sí misma. Lo había hecho para no herirlo como Paul.

Harry lo amaba. Y, desde el momento que llegó a su vida, no había hecho otra cosa que protegerlo. Cuidarlo. Hasta el final. Aun cuando de ese modo se negara la posibilidad de quedar libre de un tormento eterno, él había sido más importante.

Louis no soportaba pensar en el sacrificio que Harry acababa de hacer. Lo veía condenado a pasar la eternidad en la oscuridad. Solo y sufriendo una agonía.

Él le había contado que pasaba hambre mientras estaba atrapado en el libro, y sed. Y en su mente lo veía sufrir del mismo modo que lo había visto en su cama.

Recordó las palabras que dijo después.

«Esto no es nada comparado con lo que se siente dentro del libro»

Y ahora estaba allí. Sufriendo.

— ¡No! —gritó—. No permitiré que te hagas esto, Harry. ¿Me oyes?

Abrazó con fuerza el libro y se dirigió a toda prisa a la parte trasera de la casa. Abrió las cristaleras que daban al jardín y corrió hacia un claro iluminado por la luna llena.

— Regresa a mí, ¡Harry de Macedonia, Harry de Macedonia, Harry de Macedonia! —lo repitió una y otra vez, rogando por que apareciera.

No ocurrió nada. Nada de nada.

— ¡No!, ¡por favor, no!

Con el corazón destrozado, volvió a la salita.

— ¿Por qué?, ¿por qué? —sollozaba, arrodillado en el suelo sin dejar de mecerse hacia delante y hacia atrás.

— ¡Harry! —susurró con la voz rota mientras los recuerdos lo asaltaban.

Harry riéndose con él, abrazándolo. Harry sentado tranquilamente, pensando. Su corazón latiendo desenfrenado al mismo ritmo que el suyo.

Lo quería de vuelta.

Lo necesitaba de vuelta.

— No quiero vivir sin ti —balbució dirigiéndose al libro—. ¿Lo entiendes, Harry? No puedo vivir sin ti.

De repente, una luz cegadora iluminó la estancia.

Con la boca abierta, Louis alzó la mirada esperando encontrarse con Harry.

Pero no era él. Se trataba de Afrodita.

— Dame el libro —le ordenó con el brazo extendido.

Louis lo abrazó con más fuerza.

— ¿Por qué le haces esto? —inquirió Louis—. ¿Es que no ha sufrido yabastante? Yo no lo habría alejado de ti. Preferiría que estuviese contigo antes de que regresara al libro. —Se limpió las lágrimas—. Está solo ahí dentro. Solo en la oscuridad —susurró—. Por favor, no dejes que permanezca ahí. Envíame al libro con él, por favor. ¡Por favor!

Afrodita bajó la mano.

— ¿Harías eso por él?

— Haría cualquier cosa por él.

La diosa lo observó con los ojos entrecerrados.

— Dame el libro.

Cegado por las lágrimas, Louis se lo dio mientras rezaba para que Afrodita lo ayudara a reunirse con él.

Afrodita suspiró con fuerza y abrió el libro.

— Me van a joder bien por esto.

Súbitamente, otro destello cegador iluminó la sala y Louis tuvo que cerrar los ojos. La cabeza comenzó a darle vueltas y todo pareció girar a su alrededor, haciendo que su estómago protestara.

¿Por esto pasaba Harry cada vez que alguien lo invocaba? No lo sabía con certeza, pero ya era bastante terrorífico y por sí solo suponía una tortura.

Y, entonces, la luz desapareció.

Louis cayó a un profundo foso donde la oscuridad era un ente con vida que lo ahogaba, impidiéndole respirar y haciendo que le escocieran los ojos.

Intentó incorporarse para frenar la caída y sintió bajo él una superficie mullida que le resultaba familiar.

La luz volvió y se encontró en su cama, con Harry sobre él.

Harry miró alrededor, perplejo.

— ¿Cómo...?

— Será mejor que esta vez no lo fastidiéis —les dijo Afrodita desde la puerta—. No quiero ni pensar en lo que me harán los de arriba si intento esto de nuevo.

Y se esfumó.

Harry dejó de mirar el hueco de la puerta y clavó los ojos en Louis.

— Louis, yo...

— Cállate, Harry —le ordenó; no quería perder más tiempo— esta vez, hay que hacerlo bien. Diciendo esto, lo agarró por la cabeza y lo acercó para darle un beso apasionado y profundo.

Harry se lo devolvió con ferocidad, y con un poderoso y magistral envite se introdujo en él.

Echó la cabeza hacia atrás y gruñó cuando el húmedo cuerpo de Louis le dio la bienvenida, envolviéndolo con su calidez. El impacto que sufrieron sus sentidos fue tan poderoso que se estremeció de la cabeza a los pies. Por los dioses, era mucho mejor de lo que había imaginado.

Recordaba las palabras que le había dirigido.

«No quiero vivir sin ti, Harry. ¿Lo entiendes? No puedo vivir sin ti.»

Con la respiración entrecortada, lo miró a la cara y quedó subyugado al sentir a Louis, cálido y estrecho, alrededor de su miembro. Deslizó la mano por su brazo, hasta capturar su mano y aferrarla con fuerza.

— ¿Te estoy haciendo daño?

— No —le contestó con una mirada tierna y sincera. Se llevó la mano de Harry a los labios y la besó—. Jamás me harás daño estando conmigo.

— Si lo hago, dímelo y me detendré.

Louis lo rodeó con los brazos y las piernas.

— Si se te ocurre sacarla antes del amanecer te perseguiré durante toda la eternidad para darte una paliza.



Harry se rió; no le cabía la menor duda.

Louis le pasó la lengua por el cuello y se deleitó al sentir cómo vibraba entre sus brazos.

Harry movió las caderas, muy lentamente, torturándolo con el movimiento y, sin previo aviso, se hundió en él con tanta fuerza que Louis creyó morir de placer.

Contuvo el aliento al sentirlo por completo dentro de él. Era una sensación increíble. Era maravilloso sentir las embestidas de ese cuerpo ágil y fuerte.

Cerró los ojos y disfrutó del movimiento de los músculos de Harry, que se contraían y se relajaban sobre su cuerpo.

Jamás había sentido algo parecido. Se limitaba a respirar y a expresar con su cuerpo el amor que sentía por él. Era suyo. Aunque luego lo abandonara, disfrutaría de este momento de gloria junto a él.

Extasiado por el peso del cuerpo de Harry sobre él, le pasó las manos por la espalda hasta llegar a las caderas y lo empujó, incitándolo a ir más rápido.

Harry se mordió los labios cuando sintió que Louis le clavaba las uñas en la espalda. ¿Cómo era posible que unas manos pequeñas tuvieran el poder de vencerlo?

Jamás lo entendería; como tampoco entendería por qué lo amaba.

Se lo agradecía en el alma.

— Mírame, Louis —le dijo, hundiéndose profundamente en él de nuevo—. Quiero ver tus ojos.

Louis obedeció. Harry tenía los ojos entrecerrados y, por su modo de respirar y la expresión de su rostro, supo que estaba disfrutando de cada certera embestida.

Louis sentía cómo se le contraían los abdominales cada vez que se movía.

Nada podía ser mejor que tener a Harry sobre él, besándolo con pasión y deslizándose dentro y fuera de él.

Cuando creyó que ya no podría resistirlo más, su cuerpo estalló en miles de estremecimientos de placer.

— ¡Harry! —gritó—. ¡Sí, oh, sí!

Harry se hundió en él hasta el fondo y permaneció inmóvil, observándolo mientras los músculos de todo su cuerpo se contraían a su alrededor.

Cuando Louis abrió los ojos, se encontró con su diabólica sonrisa.

— Te ha gustado eso, ¿verdad? —le preguntó, mostrando sus hoyuelos y rotando sus caderas para que Louis lo sintiera dentro.

A Louis le costó un enorme esfuerzo no gemir de placer.

— Ha estado bien.

— ¿Bien? —le preguntó con una sonrisa—. Creo que tendré que seguir intentándolo.

Se dio la vuelta y lo arrastró consigo, con cuidado de que su miembro no lo abandonara.

Louis gimió al encontrarse sobre él.

La mirada de puro gozo que transmitían sus ojos fue mucho más placentera para Louis que sentirlo en su interior. Sonriendo, se sentó sobre él y alzó las caderas y las bajó para absorberlo por entero.

Louis lo sintió estremecerse.

— Te ha gustado eso, ¿verdad?

— Ha estado bien. — Pero la voz estrangulada traicionaba su tono despreocupado.

Louis soltó una carcajada.

Harry alzó las caderas en ese momento y se introdujo aún más en él.

Louis siseó de placer al sentir que lo llenaba por entero. Al sentir la dureza de su cuerpo y la fuerza que ostentaba. Y él aún quería más. Quería ver el rostro de Harry cuando llegase al clímax. Quería ser el que le diera lo que hacía siglos que no experimentaba.

— Si seguimos a este ritmo vamos a estar extenuados cuando llegue el amanecer, ¿lo sabías?  
—le dijo Harry.

— No me importa.

— Pero te vas a sentir dolorido.

Louis contrajo los músculos del interior para rodearlo con más fuerza.

— ¿Ah, sí?

— En ese caso... —Harry deslizó la mano muy lentamente por el cuerpo de Louis hasta llegar a su ombligo, y bajó aún más separando los húmedos rizos de su entrepierna para acariciarle su miembro.

Se mordió los labios mientras los dedos de Harry jugueteaban con él,acoplándose al ritmo que imponían sus caderas. Cada vez más rápido, más hondo y con más fuerza.

Harry lo cogió por la cintura y lo ayudó a seguir el frenético ritmo. Cómo deseaba poder abandonar el cuerpo de Louis el tiempo suficiente como para enseñarle unas cuantas posturas más. Pero no les estaba permitido.

Por ahora.

Pero cuando llegara el amanecer...

Sonrió ante la perspectiva. En cuanto amaneciera tenía toda la intención de mostrarle una nueva forma de utilizar el Reddi-wip.

Louis perdió la noción del tiempo mientras sus cuerpos se acariciaban y se deleitaban en su mutua compañía. Sintió que la habitación comenzaba a girar bajo sus expertas caricias, y se dejó llevar por la maravillosa sensación de expresar el amor que sentía por él.

Los dos estaban cubiertos de sudor, pero no dejaron de saborearse; seguían disfrutando de la pasión que al fin compartían.

Esta vez, cuando Louis se corrió, se desplomó sobre él.

La profunda risa de Harry reverberó por su cuerpo mientras pasaba sus manos por su espalda, sus caderas y por sus piernas.

Louis se estremeció.

Estaba extasiado por el hecho de tener a Louis desnudo y tumbado sobre él.

Sentía su pecho sobre su torso. Su amor por él brotaba de lo más hondo de su alma.

— Podría quedarme así tumbado para siempre —dijo en voz baja.

— Yo también.

Harry lo rodeó con los brazos y lo atrajo aún más hacia él. Notó cómo sus caricias se ralentizaban y su respiración se hacía más relajada y uniforme.

En unos minutos estuvo completamente dormido.

Harry lo besó en la cabeza y sonrió mientras se aseguraba de que su miembro no abandonara el lugar donde debía estar.

— Duerme —susurró—. Aún falta mucho para el amanecer.

Louis se despertó con la sensación de tener algo cálido que lo llenaba por completo. Cuando comenzó a moverse, fue consciente de unos brazos fuertes como el acero que lo inmovilizaban.

— Con cuidado —le advirtió Harry—. No la saques.

— ¿Me quedé dormido? —balbució, sorprendido de haber hecho tal cosa.

— No importa. No te perdiste gran cosa.

— ¿De verdad? —le preguntó él meneando las caderas y acariciándolo con todo el cuerpo.

Harry soltó una carcajada.

— Vale, de acuerdo. Te perdiste un par de cosillas.

Se incorporó y lo miró a lo ojos. Trazó la línea de la mandíbula, levemente áspera por la barba incipiente, con un dedo que Harry capturó y mordisqueó en cuanto llegó a los labios.

Súbitamente, él se incorporó y se quedó sentado con Louis en su regazo.

— Mmm, me gusta —dijo Louis mientras le pasaba las piernas alrededor de la cintura.

— Mmm, sí —convino Harry y comenzó a mover suavemente las caderas.

Bajando la cabeza, capturó uno de sus duros pezones y lo lamió.

Jugueteó con él y lo torturó dulcemente antes de soplar sobre la humedecida piel, que se erizó bajo su cálido aliento.

Dejó ese pezón y se dirigió al otro. Louis acunó su cabeza, acercándolo aún más a él, completamente extasiado por sus caricias. En ese momento se dio cuenta de que el cielo comenzaba a clarear.

— ¡Harry! —exclamó—. Está amaneciendo.

— Lo sé —le contestó, tumbándolo de espaldas sobre la cama.

Harry lo miró a los ojos mientras se acomodaba sobre él sin dejar de mover las caderas.

Lo contemplaba totalmente hechizado. Percibía su ternura y su amor. Nadie lo había conocido como él y jamás habría creído posible que alguien pudiese lograrlo. Lo había acariciado en un lugar que nadie había tocado antes.

En el corazón.

Y entonces anheló mucho más. Desesperado por tenerlo por completo, siguió moviéndose dentro de Louis.

Necesitaba más.

Louis lo envolvió con sus brazos y enterró el rostro en su hombro al sentir que aceleraba el ritmo de sus envites. Más y más rápido, más y más fuerte; hasta que Louis se quedó sin aliento por el frenético ritmo.

De nuevo, el sudor los cubría. Louis lamió el cuello de Harry, embriagado por sus gemidos. Él siseó de placer.

Y todavía seguía hundiéndose en él, una y otra vez, hasta que Louis pensó que no podría soportarlo más.

Le clavó los dientes en el hombro mientras alcanzaba el orgasmo rápida y salvajemente. Harry no disminuyó sus acometidas cuando Louis se tumbó sobre el colchón.

Se mordió el labio con fuerza y se movió aún más rápido, haciendo que Louis se corriera de nuevo, y esta vez con más intensidad que la anterior.

Justo cuando el primer rayo de sol atravesaba los ventanales de la habitación, escuchó que Harry gruñía y lo vio cerrar los ojos.

Con un envite profundo y certero, se derramó en él y todo su cuerpo seconvulsionó entre los brazos de Louis.

Harry era incapaz de respirar y la cabeza le daba vueltas a causa del éxtasis que acaba de sentir; la intensidad de su orgasmo había sido increíble. Le dolía todo el cuerpo, pero aún así, no recordaba haber experimentado con anterioridad semejante placer. La noche pasada lo había dejado exhausto, y estaba agotado por las caricias de Louis.

Habían roto la maldición.

Alzó la cabeza y vio que Louis le sonreía.

— ¿Ya está? —le preguntó Louis.

Antes de que pudiera contestar, el brazo comenzó a dolerle como si le estuvieran marcando con un hierro candente. Siseando, se apartó de él y lo cubrió con la mano.

— ¿Qué pasa? —le preguntó Louis al ver que se alejaba.

Perplejo, observó cómo un resplandor anaranjado le cubría todo el brazo.

Cuando apartó la mano, la inscripción griega había desaparecido.

— Ya está —balbució Louis—. Lo conseguimos.

La sonrisa se borró del rostro de Harry.

— No —dijo él, rozándole la mejilla con los dedos—. Tú lo hiciste.

Riéndose, Louis se arrojó en sus brazos. Harry lo abrazó con fuerza mientras se besaban en un caótico frenesí.



¡Ya había acabado!

Era libre. Por fin, después de tantos siglos, volvía a ser un hombre mortal.

Y era Louis el que lo había conseguido. Su fe y su fortaleza habían revelado lo mejor de sí mismo.

Louis lo había salvado.

Louis volvió a reírse y giró en la cama hasta quedar encima de él.

Pero la alegría le duró poco ya que otro destello, aún más brillante que los anteriores, atravesó la habitación.

Su risa murió al instante. Percibió la malévola presencia antes de que Harry se tensara entre sus brazos.

Sentándose en la cama, obligó a Louis a ponerse tras él y se colocó entre él y el apuesto hombre que los observaba desde los pies de la cama.

Louis tragó saliva cuando vio al hombre alto y moreno que los miraba furioso.

Estaba claro que tenía todas las intenciones de matarlos allí mismo.

— ¡Bastardo engreído! —gritó el hombre—. ¡Cómo te has atrevido a pensar que puedes ser libre!

Al instante, Louis supo que estaba ante el mismísimo Príapo.

— Déjalo, Príapo —le contestó Harry con una nota de advertencia en la voz— Ya ha acabado

todo.

Príapo resopló.

— ¿Crees que puedes darme órdenes? ¿Quién te crees que eres, mortal?

Harry sonrió con malicia.

— Soy Harry de Macedonia, de la Casa de Diocles de Esparta, hijo de la diosa Afrodita. Soy el Libertador de Grecia, Macedonia, Tebas, Punjab y Conjara. Mis enemigos me conocían como Augustus Julius Punitor y temblaban ante mi simple presencia. Y tú, hermano, eres un dios menor y poco conocido, que no significaba nada para los griegos y al que los romanos apenas si tomaron en cuenta.

La ira del infierno transfiguró el rostro de Príapo.

— Es hora de que aprendas cuál es tu lugar, hermanito. Me quitaste a lamujer que iba a dar a luz a mis hijos y que aseguraría la inmortalidad de mi nombre. Ahora yo te quitaré lo que más amas en este mundo.

Harry se arrojó sobre Príapo, pero ya era demasiado tarde. Había desaparecido llevándose a Louis.

=====

Capitulo 17 FINAL

Capítulo 17

Se van a querer pegar un tiro cuando les diga esto, ESTE ES EL ULTIMO CAPITULO!!

En un abrir y cerrar de ojos, Louis pasó de estar sentado desnudo en su habitación a encontrarse tumbado en un lecho circular, situado en una estancia que tenía todo el aspecto de ser la tienda de un harén en mitad de un desierto. Estaba cubierto por una pieza de seda de color rojo intenso, tan liviana y suave que se escurría sobre su piel como si se tratara de agua.

Intentó moverse pero no pudo. Aterrorizado, abrió la boca para gritar.

— No te molestes —le recomendó Príapo, acercándose al lecho. Deslizó los ojos sobre su cuerpo con una hambrienta mirada, justo antes de subir a la cama y colocarse de rodillas al lado de Louis—. No puedes hacer nada a menos que yo lo desee. —Le pasó un dedo, huesudo y frío, por la mejilla, como si quisiera comprobar la textura y la calidez de su piel—. Entiendo por qué te desea Harry. Tienes fuego en la mirada. Inteligencia. Valor. Es una pena que no hayas nacido en la época del Imperio Romano.

Príapo suspiró mientras su mano descendía hasta el hueco de la garganta de Louis.

— Pero así es la vida y así son los caprichos de las Parcas. Supongo que tendré que conformarme con utilizarte hasta que me canse de ti. Si me complaces hasta que llegue ese momento, puede que después permita que Harry se quede contigo.

Sus ojos ardían de deseo, y Louis no podía dejar de temblar.

El egoísmo de Príapo le resultaba increíble. Al igual que su vanidad.

Aterrorizado, quiso hablar, pero él se lo impidió.

¡Cielo santo! ¡Tenía poder absoluto sobre él!

Una fuerza invisible lo alzó para colocarlo de espaldas sobre los almohadones mientras Príapo se quitaba la túnica.

Los ojos de Louis se abrieron como platos al verle desnudo y con una erección completa. El terror lo asaltó de nuevo.

— Ahora puedes hablar —le dijo mientras se acercaba para recostarse junto a él.

— ¿Por qué quieres hacerle esto a Harry?

La ira oscureció los ojos del dios.

— ¿Que por qué? Ya lo escuchaste. Su nombre era reverenciado por todoaquél que lo escuchaba, mientras que el mío apenas si se pronunciaba aun en los templos de mi madre. Incluso ahora se burlan de mí. Mi nombre se ha perdido en la antigüedad, al contrario que su leyenda, que se cuenta una y otra vez a lo largo y ancho del mundo. Pero yo soy un dios y él no es otra cosa que un bastardo a quien ni siquiera le está permitido habitar en el Olimpo.

— Aparta las manos de Louis. Siempre has sido tan inútil que has acabado relegado en el olvido. Ni siquiera mereces limpiarle los zapatos.

El corazón de Louis comenzó a latir más rápido al escuchar la voz de Harry.

Alzó la cabeza de entre los almohadones y lo vio justo al pie del estrado donde estaban ellos. Sólo llevaba puestos los vaqueros e iba armado con el escudo y la espada.

— ¿Cómo...? —preguntó Príapo mientras bajaba de la cama.

Harry le dedicó una perversa sonrisa.

— La maldición ha desaparecido y estoy recuperando mis poderes. Ahora puedo localizaros e invocaros. A cualquiera de vosotros.

— ¡No! —gritó Príapo, y al instante, apareció cubierto por su armadura.

Louis luchó por librarse de aquella fuerza que lo mantenía inmovilizado mientras Príapo cogía su espada y su escudo, situados en la pared en la que se apoyaba el lecho, y atacaba a Harry.

Hipnotizado por el espectáculo, observó cómo luchaban los dos hermanos.

Jamás había visto nada semejante. Harry giraba ágilmente, como si estuviese ejecutando una macabra danza que devolviera los golpes de Príapo, uno por uno. El suelo y la cama temblaban por la intensidad de la lucha.

No era de extrañar que Harry hubiese llegado a ser un personaje legendario.

Pero tras unos minutos, vio cómo se tambaleaba y bajaba el escudo.

— ¿Qué te pasa? —se burló su hermano, utilizando el escudo para empujarlo—. ¡Ah, lo olvidaba! Puede que la maldición haya desaparecido, pero aún estás debilitado. Tardarás días en recuperar toda tu fuerza.

Harry meneó la cabeza y alzó el escudo.

— No necesito toda mi fuerza para acabar contigo.

Príapo se rió.

— Valientes palabras, hermanito. —Y bajó la espada, que se estrelló directamente sobre el escudo de Harry.

Louis contuvo el aliento mientras observaba cómo los golpes comenzaban de nuevo.

Justo cuando pensaba que Harry iba a ganar, Príapo utilizó una táctica para desestabilizarlo: dejó

que ganara terreno. Tan pronto como Harry perdió la protección de la pared en uno de sus flancos, Príapo blandió la espada y la hundió en el vientre de su hermano. Harry dejó caer su espada.

— ¡No! —chilló Louis, aterrado.

Con el rostro transfigurado por la incredulidad, Harry se tambaleó hacia atrás, pero no pudo ir muy lejos con la espada de Príapo hundida en su cuerpo y su hermano aún sosteniéndola.

— Vuelves a ser humano —le espetó mientras hundía la espada un poco más y retorció la hoja. Levantó un pie para apoyarlo en la cadera de Harry y le dio una patada.

Libre de la espada, Harry trastabilló y cayó. Su escudo resonó con fuerza al golpear el suelo, justo a su lado.

Príapo no dejó de reír mientras se aproximaba a Harry.

— Es posible que ningún arma humana pueda acabar contigo, hermanito, pero no eres inmune a un arma inmortal.

La fuerza que inmovilizaba a Louis desapareció en ese instante, liberándolo.

Tan rápido como pudo, cruzó la habitación hasta llegar junto a Harry, que yacía en un charco de sangre. Respiraba de forma laboriosa y no dejaba de temblar.

— ¡No! —sollozó Louis mientras sostenía su cabeza en el regazo.

Contemplaba, horrorizado, la herida abierta en su costado.

— Mi Louis —dijo Harry, mientras alzaba una mano ensangrentada para rozarle la mejilla.

Louis limpió la sangre que manaba de sus labios.

— No me abandones, Harry —rogó.

Él hizo una mueca de dolor, dejó caer la mano y luchó por respirar.

— No llores por mí, Louis. No lo merezco.

— ¡Sí lo mereces!

Él negó con la cabeza y entrelazó sus dedos con los de Louis.

— Has sido mi salvación, Louis. Sin ti, jamás habría conocido lo que es el amor. —Tragó y se llevó la mano al corazón—. Y nunca habría vuelto a ser quien fui.

Louis observó cómo la luz desaparecía de sus ojos.

— ¡No! —volvió a gritar, acunando su cabeza sobre el pecho—. ¡No, no, no!

No puedes morir. Así no. ¡¿Me oyes Harry?! Por favor... ¡No te vayas! ¡Por favor!

Lo abrazó con fuerza mientras la agonía que invadía su corazón y su alma brotaba en forma de lágrimas.

— ¡No! —resonó con ferocidad a través de la estancia, haciendo que las paredes temblaran.

Louis vio que el color abandonaba el rostro de Príapo al escuchar el chillido.

Se escuchó un trueno y, en mitad de un brillante destello de luz, apareció Afrodita delante de Louis. Su rostro estaba contraído como reflejo de la indescriptible agonía que sufría al contemplar el cuerpo exangüe y frío de Harry.

Incapaz de asimilar lo que tenía delante, miró furiosa a Príapo.

— ¿Qué has hecho? —le preguntó.

— Fue una pelea justa, madre. O él o yo. No tenía otra opción.

Afrodita dejó escapar un grito agónico directamente desde su corazón.

— Invoqué la ira de Zeus y la de las Parcas para conseguir su libertad. ¿Quién demonios crees que eres para hacer esto? —Miró a Príapo como si su mera presencia le provocara náuseas—. ¡Era tu hermano!

— Era tu bastardo, pero nunca fue mi hermano.

Afrodita gritó de furia.

— ¡Cómo te atreves!

Cuando la diosa miró de nuevo a Harry, Louis vio el dolor que reflejaban sus ojos.

— Mi precioso Harry —sollozó la diosa—. Jamás debí permitirles que te hiciesen daño. ¡Dulce Citera! ¿A dónde me ha llevado mi egoísmo? —Cayó de rodillas a su lado—. Te dejé solo cuando debía haber estado contigo para protegerte.

— ¡Vamos, madre, déjalo ya! —dijo Príapo, como si la aflicción de su madre hubiese conseguido aburrirlo—. Harry te conocía, igual que te conocemos nosotros desde el comienzo de los tiempos; no piensas más que en ti misma y en lo que los demás debemos hacer por ti. Es tu naturaleza. Y,



al contrario que Harry, todos la aceptamos hace eones.

Afrodita no se tomó muy bien esas palabras. De hecho, su rostro se convirtió en una máscara de granito y se puso en pie con toda la dignidad y la elegancia que se espera de una diosa.

Arqueó una ceja y miró a Príapo.

— ¿Has dicho que fue una lucha justa? Bien, tengamos una lucha justa. ¿Estás de acuerdo? Tánatos aún no ha reclamado su alma. Todavía no es demasiado tarde. Lo único que necesitamos para devolverlo a la vida es que su corazón comience a latir de nuevo.

Louis sintió una repentina oleada de calor atravesando el cuerpo inerte de Harry.

Se echó hacia atrás y observó cómo un aura dorada lo rodeaba mientras la herida de su costado se cerraba por sí sola y los vaqueros se desintegraban, siendo reemplazados por unas grebas de oro y unas sandalias. El resplandor dorado subió hasta cubrir su pecho que, al instante, quedó oculto a la vista por una antigua armadura dorada, repujada con cuero rojo, y una túnica. Sobre los brazos aparecieron unas anchas tiras de cuero marrón.

El tinte azulado desapareció de su rostro.

De repente, tomó una profunda bocanada de aire que hizo que todo su cuerpo se estremeciera, y abrió los ojos, mirando a Louis con aquella sonrisa que conseguía derretirle hasta el alma.

Louis se mordió los labios mientras la felicidad lo traspasaba. ¡Estaba vivo!

— ¿Qué diablos pasa aquí? —rugió Príapo.

Sobre ellos apareció una mujer, flotando plácidamente. Su pelo negro lanzaba destellos mientras miraba con furia a Príapo.

— Como muy bien ha dicho tu madre, ya es hora de que contemplemos una lucha justa, Príapo. Llevamos retrasándola demasiado tiempo y, esta vez, no esta Alexandria para que distraiga a Harry e impida que lleve a cabo su venganza.

— ¿Qué? —preguntó Afrodita—. Atenea, ¿qué estás diciendo?

— Estoy diciendo que fue él quién la envió intencionadamente para distraerlo, mientras acudía a refugiarse a tu templo por temor a la furia de Harry.

Por la cara de Príapo, Louis supo que era verdad. El dios curvó los labios en un rictus furioso.

— Atenea, ¡puta traicionera! Siempre lo mimaste.

Atenea se rió mientras se desvanecía en el aire para volver a aparecer junto a Afrodita.

— Nadie lo mimó nunca. Eso lo convirtió en el mejor guerrero que jamás salió de las filas espartanas; y eso es lo que va a ayudarlo a darte una buena patada en el culo en este momento.

Harry se puso en pie. La ceñuda mirada con la que enfrentaba a Príapo consiguió que Louis sintiera un súbito escalofrío.

Afrodita se movió hasta quedar entre sus dos hijos y, cuando alzó la mirada hacia Harry, Louis vio que sus ojos estaban llenos de orgullo.

— Ésta es la segunda vez que te doy la vida, Harry. Me arrepiento de no haber sido la madre que necesitaste la primera vez. No tienes ni idea de lo mucho que desearía poder cambiar el pasado. Lo único que puedo hacer ahora es darte mi amor y mis bendiciones. —Afrodita miró por encima del hombro, buscando los ojos de Príapo—. Y ahora dale una buena patada en el culo a este malcriado.

— ¡Madre! —gimoteó Príapo.

Harry miró a su hermano y balanceó la espada alrededor de su cuerpo mientras se acercaba a él.

— ¿Estás preparado?

Príapo atacó sin avisar. Pero tampoco es que importara demasiado.

Louis se quedó boquiabierto al verlos luchar. Si antes había pensado que Harry era un buen guerrero, ahora su destreza era infinitamente superior.

Se movía con una agilidad y una velocidad que jamás habría creído posibles.

Atenea se puso a su lado. Alzó un brazo y rozó ligeramente la seda con la que se envolvía.

— Bonito vestido.

Louis lo miró con el ceño fruncido.

— no es un vestido, es una manta, además ¿Estan luchando a muerte y tu estas burlandote de mi por esta manta?

Atenea se rió.

— Confía en mí; siempre elijo con mucho cuidado a mis generales. Príapo no tiene ninguna posibilidad frente a Harry.

Louis volvió a dirigir su atención a los hermanos en el mismo instante que Harry golpeaba a Príapo con su escudo. El dios perdió el equilibrio, se tambaleó y Harry aprovechó para hundirle la espada en el costado.

— Púdrete en el Tártaro, bastardo —dijo Harry con desdén mientras el cuerpo de Príapo se desintegraba entre destellos multicolores.

Louis corrió hacia él.

Harry arrojó a un lado la espada y el escudo.

— ¡Estás vivo! ¿Verdad que sí? —le preguntó.

— Sí, lo estoy.

Louis reclamó sus labios con un beso.

Louis escuchó que alguien se aclaraba la garganta.

— Discúlpame, Harry —dijo Atenea, al ver que no soltaba a Louis—. Debes tomar una decisión. ¿Quieres que te envíe a casa o no?

Louis se echó a temblar.

Harry lo miró de forma abrasadora y acarició con mucha suavidad su mejilla como si estuviera saboreando el tacto de su piel.

— Sólo he conocido un hogar en todos los siglos de mi existencia.

Louis se mordió el labio mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Iba a abandonarlo en ese mismo momento. Dios santo, sólo rogaba tener la fuerza necesaria para soportar el dolor.

Harry se inclinó y le besó la frente.

— Y es con Louis —susurró sobre su pelo—. Si él me acepta.

Louis puso los ojos en blanco; se sentía tan aliviado que tenía ganas de gritar y reír a la vez, pero sobre todo quería abrazarlo y retenerlo junto a él para siempre.

— ¡Jesús, Harry! —exclamó con una apatía totalmente falsa—. No lo sé...Ocupas toda la cama, y llevas unos boxers espantosos... ¿Crees que voy a poder soportarlo? Si vuelves conmigo tendremos que hacer que desaparezcan.

Harry soltó una carcajada.

— No te preocupes. Para lo que tengo en mente, el nudismo viene mucho mejor.

La risa de Louis se unió a la suya mientras Harry le tomaba la cara entre las manos.

Al intentar besarlo, Louis se alejó de forma juguetona.

— ¡Ah, por cierto! ¿Ésta es tu armadura?

Harry lo miró ceñudo.

— La misma; o al menos lo era.

— ¿Podemos quedárnosla?

— Si tú quieres... ¿por qué?

— Porque... cariño —ronroneó Louis —, te queda de muerte. Si te la pones, te prometo que pasarás un buen rato en la cama cinco o seis veces al día.

Atenea y Afrodita se rieron al unísono.

Aparecieron en la habitación de Louis con otro de aquellos destelloscegadores; exactamente en la misma posición que se encontraban cuando Príapo apareció.

— ¡Eh! —exclamó Louis enfadado—. ¿Dónde está la armadura?

Apareció súbitamente junto con el yelmo, la espada y el escudo, en un rincón del dormitorio.

— ¿Ya estás contento? —le preguntó Harry mientras lo acomodaba sobre su pecho.

— Delirante de felicidad.

Alzó la cabeza y lo besó de tal forma que Louis se estremeció de la cabeza a los pies y gimió al sentir la calidez de su boca sobre la suya. Al sentir su cuerpo bajo él.

Jamás permitiría que volviese a marcharse.

— Por cierto...

Harry se apartó de los labios de Louis con un gruñido y alzó la sábana conrapidez para tapparlos a ambos con ella.

Louis la apretó con fuerza.

— Atenea —dijo Harry—, ¿piensas seguir interrumpiéndonos?

La diosa no parecía avergonzada en lo más mínimo mientras se aproximaba a la cama. Llevaba

una caja dorada en las manos.

— Bueno, es que se me ha olvidado daros una cosa.

— ¿Qué? —preguntaron al unísono con suma irritación.

Antes de que Atenea pudiese contestar, apareció Afrodita.

— Ya lo tengo —le dijo a Atenea antes de quitarle la caja de las manos.

Atenea se desvaneció.

Afrodita se acercó a la cama, dejó la caja al lado de Harry y la abrió.

— Si vas a quedarte en esta época, necesitarás varias cosas: un certificado de nacimiento, un pasaporte, un permiso de residencia... —Afrodita miró la tarjeta verde y frunció el ceño— No, espera, esto no lo necesitas. —Y entonces miró a Louis—. ¿O sí?

— No, señora.

Afrodita sonrió mientras la tarjeta se evaporaba.

— También hay un carné de conducir pero, si aceptas un consejo maternal, deja que sea Louis quien se encargue del coche. No te lo tomes a mal, pero eres un completo desastre al volante. —Y suspiró—. Es una pena que no tengamos un dios para esas cuestiones. Pero qué se le va a hacer. —Cerró la caja y se la ofreció a su hijo—. Aquí tienes; puedes echarle un vistazo luego.

Cuando Afrodita comenzaba a alejarse, Harry se incorporó en la cama y la cogió de la mano.

— Gracias por todo, madre.

La diosa lo miró con los ojos llenos de lágrimas y le dio unas palmaditas en la mano.

— Siento muchísimo no haberme enterado de lo que les ocurrió a tus hijos hasta que fue demasiado tarde. No tienes idea de lo mucho que me arrepiento de no haberlo descubierto hasta después de que Tánatos reclamara sus almas.

Harry le dio un apretón cariñoso.

— ¿Me llamarás si necesitas cualquier cosa? —preguntó la diosa.

— Te llamaré aunque no necesite nada.

Afrodita se llevó la mano de Harry a los labios y la besó mientras sus ojos se clavaban en Louis para, de inmediato, volver de nuevo a su hijo.

— ¡Eh! —exclamó Louis sacando de la caja un título universitario—. ¿Le has dado un título de Licenciado en Historia Antigua? ¿Y de Harvard?

Afrodita asintió con la cabeza.

— También hay uno de Lengua y Cultura Clásicas. —Miró a Harry—. No estaba segura de lo que querrías hacer, por eso he dejado que seas tú quien elija.

— ¿Podemos usarlos de verdad? —preguntó Louis.

— Claro que sí. Si miras un poco más abajo encontrarás su certificado de notas.

Louis lo hizo y al mirarlo jadeó.



— No es justo, ¡sólo hay matrículas de honor!

— Por supuesto —rezongó Afrodita, un poco indignada—. Mi hijo jamás será un segundón.  
—Sonrió—. No me molesté en hacer un certificado de matrimonio.

Supuse que querríais encargáros de eso personalmente. Y tan pronto como Harry decida cuál será su apellido, aparecerá en todos los documentos. —La diosa rebuscó bajo los papeles y sacó una libreta bancaria—. Por cierto, he convertido el dinero que tenías en Macedonia en dólares para que puedas usarlo aquí. Louis abrió la libreta y se quedó con la boca abierta.

— ¡Jesús, María y José! ¡Eres asquerosamente rico!

Harry se rió a carcajadas.

— Ya te lo dije, se me daba muy bien lo de conquistar.

Afrodita alargó una mano y el libro donde Harry había estado atrapado apareció entre sus brazos.

— También pensé que te gustaría buscar un lugar seguro donde guardar esto.

Harry se quedó boquiabierto mientras cogía el libro de las manos de su madre.

— ¿Me estás encargando la custodia de Príapo?

Afrodita se encogió de hombros.

— Te mató. No podía dejar que se marchara sin castigarlo de algún modo. Acabará saliendo si es un buen chico.

Louis casi se sentía apenado por el pobre Príapo.

Casi.

Afrodita se inclinó y besó a Harry en la mejilla.

— Siempre te he querido. Pero no he sabido cómo demostrarlo.

Él asintió con la cabeza.

— Supongo que eso suele pasar cuando tu madre es una diosa. No puedes esperar fiestas de cumpleaños y comidas caseras.

— Eso es cierto, pero te he dado muchos otros regalos que a tu novio parecen gustarle muchísimo.

— Hablando de eso —la interrumpió Louis, repentinamente asaltado por un pensamiento—, ¿no podemos deshacernos de ése que hace que las mujeres se sientan atraídas por él como por un imán?

La diosa lo miró con una expresión divertida.

— Niño, mira bien a este hombre. ¿Qué persona en su sano juicio no lo querría en su cama? Tendría que dejarlos ciegos a todos o hacer que Harry engordara y se quedara calvo.

— Déjalo, no importa. Acabaré acostumbrándome.

— Eso creo yo.

Afrodita desapareció tras el comentario.

Harry envolvió a Louis entre sus brazos y lo acercó a él de nuevo.

— ¿Estás dolorido?

— No, ¿por qué?

— Porque tengo la intención de pasarme el día entero haciéndote el amor.

Louis le mordisqueó la barbilla.

— Mmm, me gusta esa idea...

Harry lo besó.

— ¡Ah, espera! —exclamó alejándose de sus labios.

Louis frunció el ceño mientras Harry salía de la cama para coger libro, arrojarlo al pasillo y cerrar la puerta después.

— ¿Qué estás haciendo? —le preguntó Louis.

Harry volvió a la cama con su característico andar lento y ágil que lo dejaba sin aliento y conseguía encenderlo. Trepó al lecho con la misma gracia que un animal salvaje, desnudo y sigiloso, y recorrió su cuerpo con una mirada lujuriosa y ardiente.

— Puede escuchar todo lo que decimos. Y, personalmente, no quiero tenerlo al lado mientras hago esto.

Louis jadeó cuando Harry lo puso de costado, acercándolo a él.

— O esto —siguió él, deslizando una mano entre sus muslos y acariciándolo con manos expertas.

Se acurrucó contra la espalda de Louis.

— Y sobre todo, no quiero que escuche esto.

Enterró sus labios en el cuello de Louis mientras deslizaba la mano por el interior de sus muslos para separarle las piernas e introducirse en él hasta el fondo.

Louis gimió de satisfacción.

— He estado esperándote dos mil años, Louis Alexander —le susurró al oído—, y cada segundo de espera ha merecido la pena.

Ahora solo falta el epilogo:D espero que les haya gustado la historia y mucho amor para mi por favooooor

=====

Epílogo

Epílogo

UN AÑO DESPUES

Harry abrió la puerta de la habitación del orfanato. Junto a su madre y a

Niall.

Louis estaba sentado en un banco azules de la habitación. Se veía algo ansioso y muy alegre. Louis los vio y les dedicó una sonrisa.

— Hola —dijo en un susurro.

— ¡Hola guapo! —le contestó Niall

— ¿Necesitas algo?

— Tengo todo lo que siempre he deseado —le contestó Louis con el rostro

radiante.

Harry le sonrió.

— Bueno, ¿dónde están mis nietos? —preguntó Afrodita.

— Aún no los han traído —contestó Louis.

Y, como si los hubiesen llamado, unas mujeres entraron en ese instante empujando una cuna con dos bebés. Los pusieron cerca de Louis y se retiraron en silencio.

Harry se apartó del lado de Louis lo justo para coger en brazos a su hijo con

mucho cuidado. La alegría lo inundó al acunar al diminuto bebé.

— Éste es Niklos James Alexander —dijo mientras lo depositaba en brazos

de Afrodita para coger a su hija—. Y ésta es Vanessa Anne Alexander —y la colocó sobre el otro brazo de su madre.

Los labios de Afrodita comenzaron a temblar cuando miró a su nieta.

— ¿Le has puesto mi nombre?

— Los dos quisimos hacerlo —le dijo Louis, él ya estaba de pie.

Las lágrimas brotaron de los ojos de la diosa mientras contemplaba a sus dos

nietos.

— ¡La de regalos que tengo para vosotros!

— ¡Mamá! —la interrumpió Harry con brusquedad—. Por favor, nada de

regalos. Tu amor será suficiente.

La diosa se limpió las lágrimas y soltó una carcajada.

— De acuerdo. Pero si cambiáis de opinión, decídmelo.

Louis observó a Harry mientras éste acariciaba la cabeza de Niklos. No lo habría creído posible pero, en ese momento, lo amaba aún más que antes. Cada día pasado junto a él había sido una bendición.

— ¡Ah, por cierto! —exclamó Niall mientras cogía a Vanessa de los brazos

de Afrodita—. Fui ayer a la librería y Príapo no estaba. Hace unos días que hubo

luna llena. ¿Alguien quiere apostar a que en estos momentos está practicando sexo salvaje y desenfrenado con alguien?

Todos se rieron.

Excepto Harry.

— ¿Te pasa algo? —le preguntó Louis.

— Supongo que me siento un poco culpable.

— ¡¿Culpable?! —exclamó Niall con incredulidad—. ¿Por Príapo?

Harry señaló con un gesto a Louis y a los niños.

— ¿Cómo podría guardarle rencor? Sin su maldición jamás os tendría a

ninguno de vosotros. Fue una pesadez pero debo admitir que mereció la pena.

Todas las miradas se clavaron, expectantes, en Afrodita.

— ¿Qué? —preguntó ella con fingida inocencia—. ¡No me digas que quieres

que lo libere! Ya te lo dije, lo haré cuando aprenda la lección...

Niall meneó la cabeza.

— Pobre Príapo —dijo dirigiéndose a Vanessa—. Pero fue un chico muy,  
muy malo.

La puerta se abrió en ese instante y una mujer se asomó, indecisa.

— ¿Doctor Alexander? —se dirigió a Harry—, hay una pareja aquí fuera que  
dicen ser familiares suyos. Ellos... mmm... —bajó la voz hasta hablar en un  
murmullo— son moteros.

— ¡Eh, Harry! —lo llamó Eros desde detrás de la mujer—. Dile a Atila el  
Huno que somos de fiar para que podamos entrar a babear sobre los bebés.

Harry soltó una carcajada.

— Está bien —le dijo a la mujer—. Es mi hermano.

Eros le hizo una mueca burlona a la mujer mientras entraba a la habitación junto  
a Psique.

— Que alguien me recuerde que tengo que dispararle una flecha de la mala



suerte al salir —comentó mientras la mujer cerraba la puerta.

Harry lo miró con una ceja arqueada.

— ¿Tengo que confiscarte de nuevo el arco?

Eros le contestó con un gesto grosero y se acercó a Niall para tomar en

brazos a Vanessa.

— ¡Ooooh! Menuda rompecorazones que vas a ser. Apuesto a que vas a

tener a montones de niños corriendo detrás de ti.

Harry perdió el color del rostro y miró a su madre.

— Mamá, hay un regalo que me gustaría pedirte.

Afrodita lo observó, esperanzada.

— ¿Te importaría hablar con Hefesto para que hiciera un cinturón de castidad

apropiado para Vanessa?

— ¡Harry! —balbució Louis con una carcajada.

— No tendría que llevarlo durante mucho tiempo; sólo treinta o cuarenta años.

Louis puso los ojos en blanco.

— Menos mal que me tienes a mí —le dijo al bebé que Eros sostenía—,

porque tu papi Harry no es nada divertido.

Harry alzó una ceja con un gesto arrogante.

— ¿Que no soy divertido? —repitió—. Divertido... eso no es lo que dijiste el

día que ...

— ¡Harry! —exclamó Louis con el rostro arrebolado. Pero ya hacía tiempo

que sabía que era incorregible.

Y lo amaba tal y como era.

Bueno nenas este es el final :) lloro como ustedes, les agradezco por sus agradecimientos y mucho amor y fijense que pienso hacer algo nuevo.

A mi lo que me encanta es pasar las novelas a wattpad asi como estan escritas, y/o adaptarlas a cualquier cosa, ya sea Larry, alguno de los chicos con \_\_\_\_ (tn), y cosas asi, asi que a partir de ahora, pueden comentar abajo o enviar un mensaje a mi buzón con alguna solicitud de adaptación o transferencia a wattpad de cualquier novela que quieran, obviamente junto con el link y luego de pedir permiso a la autor/a, les avisare si se podrá o no:D

espero que les guste la idea, muchos besos a todos:D

=====

## Final alternativo

Hola guapas lectoras, he visto bastantes comentarios sobre escribir otra novela parecida o continuar esta así que, después de comentarle a la autora, aquí está como un final alternativo de lo que pasó después con los bebés de Louis y Harry: se llama Legado Griego

aquí les dejo el link: <http://www.wattpad.com/40679093-legado-griego-larry-stylinson-final-alternativo-de>

Pasense y en esta semana la empiezo a escribir, besos xoxo

=====

## Aviso + Celebración 131K

Hola mis pequeñas y no tan pequeñas lectoras principesas, tengo rato sin dar señales de vida.

Bueno esta nota es para dos cosillas:

1ra. Esta novela ha llegado a los 131K de lectores y 5K de favoritos, es lo más ASHSISNKSNS de la vida, los amo mucho a todos y todas los que me leen, son los mejores y con muy buen gusto por leer esta novela n.n'2da. Me han estado enviando mensajes directos algunas lectoras, que por cierto, gracias por avisarme, muchas letritas de amor JEJDJENSJWNDDNDNDN (en mayúscula porque mi amor es grande) me han dicho que el capítulo 16 de esta hermosa novela no está funcionando, y la verdad he estado editando la novela y en mis apps no me ha salido ningún error, ES LA MIARDA DE WATTPAD QUE YA NO ESTÁ FUNCIONANDO T.T' Así que en estas semanas que encuentre tiempo si quiera para respirar, borraré el capítulo y lo tendré que volver a subir con el pesar de mi alma, lo que más amo de los caps son sus comentarios y me dolera eliminarlos, pls cuando lo vuelva a subir comenten a morir!!!!

Bueno me despido cariñitos, con mucho amor

RR'

Pd: ya elimine el capitulo y lo volvi a subir editado, avisenme si sigue sin verse porfas